



**UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE BIBLIOTECOLOGÍA**

**LA PERMANENCIA DEL LIBRO
EN LA SOCIEDAD DEL SIGLO XXI**

**T E S I S
PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN BIBLIOTECOLOGÍA**

**PRESENTA
OSCAR ANTONIO MAYA CORZO**

**ASESOR DE TESIS
DR. FELIPE MENESES TELLO**

CIUDAD UNIVERSITARIA, Cd. MX. 2017



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

La dedico a:

*A todas las mujeres que han estado en mi vida, en particular **a mamá***

A mis hermanas y hermanos, a papá

A mis amigos, maestros y colegas que con cariño, afecto y solidaridad van conmigo en el camino

A mi ALMA MATER que ha sido faro y destino

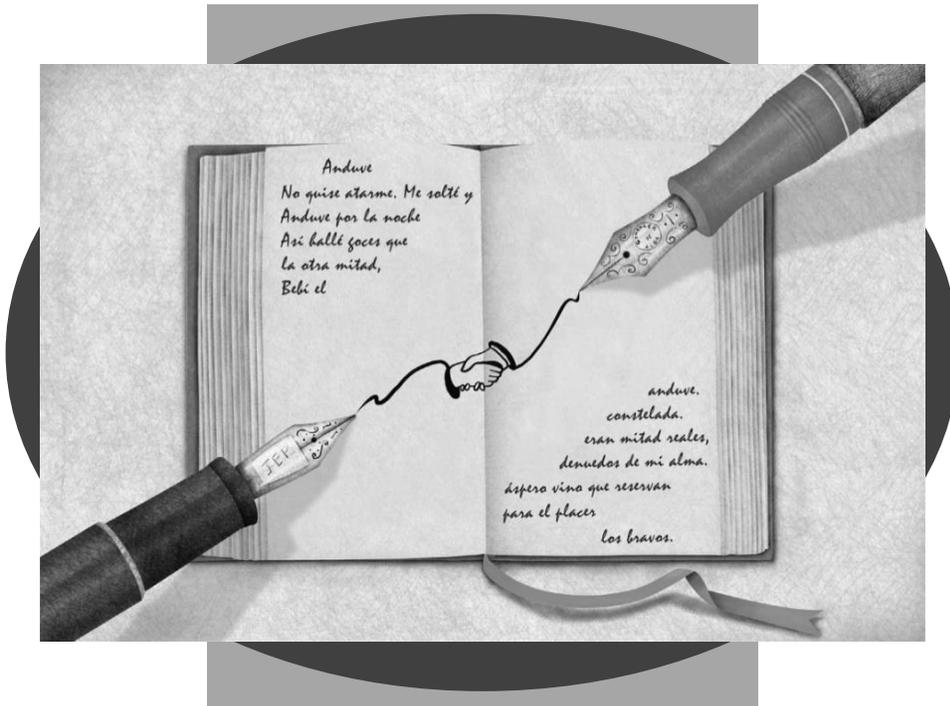


Imagen tomada de Revista Nexos: <http://www.nexos.com.mx/?p=19265>
Ilustración para *¿Y el vino de los bravos?* / Luis González de Alba

Oda al Libro

PABLO NERUDA

Libro, cuando te cierro
 abro la vida.
 Escucho
 entrecortados gritos
 en los puertos.
 Los lingotes del cobre
 cruzan los arenales,
 bajan a Tocopilla.
 Es de noche.
 Entre la islas
 nuestro océano
 palpita con sus peces.
 Toca los pies, los muslos,
 Las costillas calcáreas
 de mi patria.
 Toda la noche pega en sus orillas
 y con la luz de día
 amanece cantando
 como si despertara una guitarra.
 A mí me llama el golpe
 del océano. A mí
 me llama el viento,
 y Rodríguez me llama,
 José Antonio,
 recibí un telegrama
 del sindicato «Mina»
 y ella, la que yo amo
 (no les diré su nombre),
 me espera en Bucalemu.
 Libro, tú no has podido
 empapelarme,
 no me llenaste
 de tipografía,
 de impresiones celestes,
 no pudiste
 encuadernar mis ojos,
 salgo de ti a poblar las arboledas
 con la ronca familia de mi canto,

a trabajar metales encendidos
 o a comer carne asada
 junto al fuego en los montes.
 Amo los libros
 exploradores,
 libros con bosque o nieve,
 profundidad o cielo,
 pero
 odio
 el libro araña
 en donde el pensamiento
 fue disponiendo alambre venenoso
 para que allí se enrede
 la juvenil y circundante mosca.
 Libro, déjame libre.
 Yo no quiero ir vestido
 de volumen,
 yo no vengo de un tomo,
 mis poemas
 no han comido poemas,
 devoran
 apasionados acontecimientos,
 se nutren de intemperie,
 extraen alimento
 de la tierra y los hombres.
 Libro, déjame andar por los caminos
 con polvo en los zapatos
 y sin mitología:
 vuelve a tu biblioteca,
 yo me voy por las calles.
 He aprendido la vida
 de la vida,
 el amor lo aprendí de un solo beso,
 y no pude enseñar a nadie nada
 sino lo que he vivido,
 cuanto tuve en común con otros hombres,
 cuanto luché con ellos:
 cuanto expresé de todos en mi canto.

Oda al Libro II

PABLO NERUDA

Libro
hermoso,
libro,
mínimo bosque,
hoja
tras hoja,
huele
tu papel
a elemento,
eres
matutino y nocturno,
cereal,
oceánico,
en tus antiguas páginas
cazadores de osos,
fogatas
cerca del Mississippi,
canoas
en las islas,
más tarde
caminos
y aminos,
revelaciones,
pueblos
insurgentes,
Rimbaud como un herido
pez sangriento
palpitando en el lodo,
y la hermosura
de la fraternidad,
piedra por piedra
sube el castillo humano,
dolores que entretejen
la firmeza,
acciones solidarias,
libro

oculto
de bolsillo
en bolsillo,
lámpara
clandestina,
estrella roja.
Nosotros
los poetas
caminantes
exploramos
el mundo,
en cada puerta
nos recibió la vida,
participamos
en la lucha terrestre.
¿Cuál fue nuestra victoria?
Un libro,
un libro lleno
de contactos humanos,
de camisas,
un libro
sin soledad, con hombres
y herramientas,
un libro
es la victoria.
Vive y cae
como todos los frutos,
no sólo tiene luz,
no sólo tiene
sombra,
se apaga,
se deshoja,
se pierde
entre las calles,
se desploma en la tierra.

Libro de poesía
de mañana,
otra vez
vuelve
a tener nieve o musgo
en tus páginas
para que las pisadas
o los ojos
vayan grabando
huellas:
de nuevo
describenos el mundo,
los manantiales
entre la espesura,
las altas arboledas,
los planetas
polares,
y el hombre
en los caminos,
en los nuevos caminos,
avanzando
en la selva,
en el agua,
en el cielo,
en la desnuda soledad marina,
el hombre
descubriendo
los últimos secretos,
el hombre
regresando
con un libro,
el cazador de vuelta
con un libro,
el campesino
arando
con un libro.

T A B L A D E C O N T E N I D O

	PÁG
INTRODUCCIÓN: El permanente libro	i
Capítulo 1. El valor de la palabra escrita	1
1.1 En un principio la palabra	2
1.2 La oralidad y escritura: del prestigio y permanencia de la palabra escrita	8
1.2.1 1ª síntesis. Oralidad: los sonidos y las palabras como fundamento de la naturaleza del hombre	8
1.2.2 2ª síntesis. Las imágenes: una explicación del sentido del hombre	12
1.2.3 3ª síntesis. La palabra escrita: lo inerte sostiene a la vida	15
1.3 El libro: síntesis y horizonte de la palabra escrita	24
Capítulo 2. Una mercancía llamada libro	35
2.1 Objeto visible, medible, cuantificable	36
2.1.1 Objeto visible	37
2.1.2 Objeto medible	39
2.1.3 Objeto cuantificable	42
2.2 Mercancía: la corporeidad comercial	45
2.3 La ubicación del libro: mercancía y mercado	51
2.3.1 Quienes lo venden, dónde se vende	62
2.4 El libro ¿fetiche permanente y monolítico?	67
Capítulo 3. El libro: objeto de conocimiento	79
3.1 ¿Por qué el libro?	80
3.2 Quienes lo hacen	84
3.3 Quienes lo usan	90
3.4 Los usos del libro, el libro y sus usos	94
3.4.1 Múltiples miradas en torno al libro: recipiente, soporte, canal y puente, instrumento, herramienta, vehículo, máquina, sistema	95
3.4.1.1 El libro como recipiente: esto también es un arquetipo	97
3.4.1.2 El libro como soporte: registro del hombre y la sociedad	98
3.4.1.3 El libro como canal y puente: la inteligencia se comunica con la acción	101
3.4.1.4 El libro como instrumento: usamos a la palabra, la palabra nos hace	103
3.4.1.5 El libro como herramienta: una palanca que mueve al mundo	105
3.4.1.6 El libro como vehículo: un transporte para el tiempo	107
3.4.1.7 El libro como máquina: estructura para pensar y crear	109
3.4.1.8 El libro como sistema: las articulaciones de un ser vivo	112
3.4.2 El libro como memoria: cimiento-columna cultural y civilizatoria	114

Capítulo 4. El libro en un mundo de imágenes y sonidos	125
4.1 Libro e imágenes: y convivencia del texto impreso en el concierto de los lenguajes gráfico y sonoro	126
4.2 La competencia y la relación entre discursos: la grafía y el icono — la grafía y el sonido	133
4.3 El poder de la imagen, el poder del sonido	143
4.4 El libro entre imágenes y sonidos	148
4.5 El texto y el libro como síntesis de los lenguajes	156
CONCLUSIONES: El libro nuestro de todos los días	169
Bibliografía consultada	180

INTRODUCCIÓN

El permanente libro

Hoy, es evidente la fuerza, la potencia, la influencia decisiva que las imágenes tienen en la vida de las personas y de lo poco que se estima a la lectura, y en un ejercicio de reducción, al libro. Pareciera que la humanidad ha perdido una batalla significativa, aquella que se libra (desde hace mucho tiempo) en contra de los prejuicios y las desigualdades, mismas que pueden ser abatidas o reducidas gracias al uso de los libros. Un estado de ánimo embargado por la desazón embarga a no pocas personas que han depositado su mejor voluntad de mejora social, de placer y recreo intelectual, de trascendencia cultural, en un medio impreso como son los libros. Se manifiesta que lo *visual* avasalla al *escrito*, cuando no reparamos que ambos, visual y escrito, comparten elementos comunes, de allí que podamos sentirnos cómodos tanto frente a un párrafo impreso como ante una imagen. Este resumen de determinados panoramas sociales puede ser simplista y no basta para explicar la importancia que entraña usar y leer libros.

En un periodo largo donde la oralidad, el medio óptimo para la edificación social y cultural, dominaba las relaciones entre personas y grupos y permitió la construcción de lo *humano*, fue cediendo su lugar a la escritura. No porque la oralidad sea un recurso del lenguaje que no sea valioso, sino porque ante la palabra escrita e impresa, era difícil mantener un estatus de predominio. La economía de la palabra escrita era más productiva, más eficiente, formaba parte de la acción civilizatoria en tanto los textos podían leerse las veces que se deseara sin perder el sentido original de la información, en cambio, repetir discursos idénticos durante mucho tiempo no garantizaba que se mantendría la lógica inicial que los había procreado. Los errores e inexactitudes, si bien podían ser controlados, no aseguraban que habría cambios, omisiones u olvidos, coyunturas propicias para modificar y perder un discurso repetido durante generaciones. Fue así que la escritura pudo evolucionar y convertirse en un instrumento privilegiado de comunicación e información.

El libro, como elemento cultural se ha ganado, hace mucho, un lugar preponderante en tareas vitales de la humanidad, como la educación. Gracias a los libros, y su ecosistema: bibliotecas, librerías, museos, la humanidad ha mantenido la esperanza de ser mejor. No solo eso, el libro forma parte de un grupo de objetos que son emblemáticos, al ser parte constitutiva de la herencia cultural de la civilización; algunos han estado en el mundo hace centurias, han permanecido como elementos fundamentales que constituyen y construyen la memoria. El libro cubre holgadamente los preceptos anteriores. No es solo un objeto que sirve, un aditamento intelectual que vale porque se nos ha dicho que tiene valor; dado en sí un libro es todo eso, y más; es un recurso que comunica, informa, instruye.

Desde que las culturas y civilizaciones comenzaron a dejar testimonio escrito de sus éxitos en materia de cultura, de política, de economía, en lo social, y existió ya la

noción de historia, de trascendencia, fue necesario dejar registros imperecederos (de ser posible) que pudieran ser dúctiles, almacenables y dignos de preservación para la posteridad. En este contexto nacen tanto los antecesores (manuscritos) como los propios libros, los cuales no solo dieron testimonio de la administración del Estado, del gobierno, sino se convirtieron en eficaces testigos del avance que se dio en culturas y civilizaciones. De ser un reflejo para los usos del poder, los libros fueron abarcando todos los temas trascendentes de las sociedades y sus momentos históricos, alcanzando las más altas manifestaciones de la razón y el espíritu.

Desde sus inicios, los libros retrataron sobre todo, ideas, se usaron para alimentar el raciocinio, para enriquecer el pensamiento, en la construcción de conocimientos, sirvieron además para consolidar la inteligencia. Los textos escritos, confeccionados como libros, no fueron únicamente reflejos de la sociedad, constituyeron una parte de la sociedad, en tanto quienes los escribieron acumularon, registraron, incluyeron, discriminaron datos, con los cuales fue posible crear y recrear conocimientos. La escritura demostró que con los textos era posible permanecer social y culturalmente más allá de las circunstancias adversas (guerras, catástrofes naturales y sociales). Las culturas que nos han legado testimonios escritos son las que mejor han podido ser conocidas, siglos, milenios después que desaparecieron. Los manuscritos, después los libros fueron así, no solo útiles, se volvieron indispensables y necesarios. Gracias a los registros del lenguaje escrito, entre los cuales han destacado los libros, se constituyeron algunos de los sedimentos más valiosos de la memoria de las civilizaciones.

Los libros fueron convirtiéndose en actores destacados del progreso de las sociedades. Alentó revoluciones científicas, técnicas y sociales; y particularmente, desde su manufactura industrial a partir del siglo XV, fue cada vez más un eficiente objeto cotidiano en toda actividad que demandara hacer uso de la inteligencia. En el siglo XVII se convierte en uno de los cimientos de la sabiduría humanista y científica, en el XVIII de la razón. Ya en el siglo XIX tiene una privilegiada posición social y cultural, será el siglo XX en el cual alcanzará una envergadura hasta entonces insospechada. Vale aquí traer la reflexión de Eric A. Havelock:

[...] la palabra escrita, cada vez más dominante a medida que avanzaba la alfabetización de las masas europeas bajo los gobiernos liberales o democráticos, se convirtió en el único contexto en el cual se consideraban los problemas de la conciencia y de la comunicación. El que no leía y escribía no era, culturalmente hablando, una persona.¹

Todo esto no significa que los libros se hayan mantenido al margen de catástrofes y cataclismos, que su relevancia como objetos de primera importancia social les protegiera de la destrucción, nada más lejano de la verdad. El libro ha debido enfrentar circunstancias peligrosas, es uno de los objetos que ha sufrido los mayores exterminios, siendo así tanto un bien preciado como un objeto aniquilado, se le estima y venera o se le teme y devasta, en sí su naturaleza es paradójica. Señala Fernando Báez:

Además de tener carácter cosmogónico y escatológico, el mito de la destrucción se incorporó a la esencia de los dioses, quienes a un mismo tiempo debían ser creadores y devastadores. También se asumió que el instrumento de destrucción era sagrado. El fuego era un dios. El agua era un dios.²

Y añade Báez en relación con el poder destructivo de los elementos naturales, bien sean en estado puro o empleados por el hombre:

Al destruir el hombre reivindica este ritual de permanencia, purificación y consagración; al destruir, el hombre actualiza una conducta animada desde lo más profundo de su personalidad, en busca de restituir un arquetipo de equilibrio, poder o trascendencia. Sea que se movilice un sistema de disposición biológica o social. La reafirmación tiene un solo propósito: la continuidad.³

Ante este panorama, ha habido un sinnúmero de preocupaciones e inquietudes para garantizar tanto el acceso a sus beneficios como objeto cultural y civilizatorio, así como la preservación de los textos antiguos e históricos; y también nos ha llevado a establecer y comprometer acciones para proteger su futuro. Sin embargo, hay un evento que es el detonador de este trabajo: el año internacional del libro, ¿por qué fue necesario dedicar un año en particular a un objeto? Algo debía tener el libro más allá de su valor como recurso educativo, de solaz, de cultura. Además, comúnmente, los profesionales de bibliotecas, por lo menos en México, no suelen interesarse en el libro ni sus contextos. Consideré preciso dedicarle un largo tiempo a la reflexión del libro y su naturaleza, así como su permanencia como objeto del intelecto. A continuación presento un esbozo histórico sobre cómo la UNESCO llegó a estimar el valor del libro en la sociedad de las últimas décadas del siglo XX.

En 1971 la UNESCO tomó la decisión de declarar a 1972 como Año Internacional del Libro. Resolución que no entrañaría ninguna particularidad viniendo del máximo órgano internacional dedicado a los asuntos de educación y cultura. En 1972 se alcanza, además un consenso gremial internacional al ser proclamada la *Carta del libro*, misma que es suscrita por varios de los sectores involucrados en el universo del libro:

Considerando por último que la Conferencia General de la UNESCO proclamó «Año Internacional del Libro» el año 1972, con la divisa «Libros para todos»,
 La Comunidad Internacional de Asociaciones de Libreros,
 La Confederación Internacional de Sociedades de Autores y Compositores,
 La Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecarios,
 La Federación Internacional de PEN Clubes,
 La Federación Internacional de Documentación,
 La Federación Internacional de Traductores,
 La Unión Internacional de Editores,
*Adoptan por unanimidad la presente Carta del Libro y requieren a todos los interesados para que pongan en práctica los principios en ella enunciados.*⁴

Son diez artículos los que articulan la *Carta del libro*, en resumen: 1. Todos tienen derecho a leer. 2. Los libros son indispensables para la educación. 3. La sociedad tiene el deber específico de crear condiciones propicias para la actividad creadora de los autores. 4. Una vigorosa industria editorial es indispensable para el desarrollo nacional. 5. Unos equipos adecuados de fabricación son indispensables para la industria editorial. 6. Los libreros prestan un servicio fundamental de enlace entre el editor y el lector. 7. Las bibliotecas son un medio valiosísimo para la difusión de la información y del conocimiento, para el disfrute del saber y de la belleza. 8. La documentación presta a la causa del libro un valioso servicio al reunir y poner a disposición del público el material básico de consulta. 9. La libre circulación de los libros entre los países constituye el complemento imprescindible de la producción

nacional y favorece la comprensión internacional. 10. Los libros sirven a la causa de la comprensión internacional y la cooperación pacífica.⁵ La UNESCO creó un programa de acción bajo el lema «Libros para todos», que le permitió emprender tareas orientadas a la promoción del libro en todo el mundo.

Diez años después se lleva a cabo el Congreso Mundial del Libro, el cual tuvo como resultados más evidentes la *Declaración de Londres: hacia una sociedad de lectura*, y *Hacia una sociedad que lea: objetivos para los años 80*, documentos a cargo de la UNESCO. La Declaración de Londres puede resumirse en: 1. Apoyo de las asociaciones que suscribieron la *Carta del libro*, a los principios y objetivos establecidos durante el Año Mundial del Libro (1972); 2. Sostienen que los libros son portadores del conocimiento, la educación, la recreación y la cultura, y contribuyen al enriquecimiento individual y social. 3. Validan la *Carta del libro* así como la meta «Libros para todos». 4. Se busca que los libros sean más asequibles a las personas. 5. Los libros cumplen una función de mejora intelectual y social. 6. La lectura trasciende barreras nacionales o culturales. Se exhorta a la producción y difusión de libros. 7. Se exhorta a la supresión de las restricciones para la creación, producción, publicación y distribución de libros; se confía también en los beneficios de las leyes nacionales sobre derechos de autor. 8. Derivado del Congreso Internacional del Libro, se busca que la lectura sea «tan natural como deseable y sea considerada como una actividad vital que ha de ser estimulada por estrategias nacionales oficiales y conscientes del fomento del libro y asistida por la acción nacional cooperativa.» 9. Se exhorta a los interesados para aceptar las guías de acción, se confía en que: «Deseamos construir un mundo en que efectivamente haya libros para todos, pero también en el cual todos puedan leer y aceptar el libro y la lectura como una parte necesaria y deseable de la vida cotidiana.»⁶

A su vez, sintéticamente, los objetivos para *Hacia una sociedad que lea*, son:

1. Formulación de una estrategia nacional del libro. 2. Reconocimiento del carácter esencial de la industria del libro. 3. Incorporación de las nuevas tecnologías a la industria del libro. 4. Creación de un medio propicio a la lectura en todos los tipos de sociedad y en sus distintos niveles. 5. Estímulo de la cooperación internacional para crear un potencial nacional de producción de libros. 6. Intensificación de la circulación de libros en ambos sentidos a través de las fronteras.⁷

Las consecuencias tanto del Año Internacional del Libro como de la *Declaración de Londres*, fueron variadas. En algunos casos sí existieron compromisos nacionales para cumplir con los emblemáticos lemas «libros para todos» y «una sociedad que lea». Se crearon programas para la promoción del libro y la cultura lectora. En otros casos sirvieron como un marco para el establecimiento de los planes nacionales de lectura y la promulgación de leyes referidas al libro y al mercado editorial, inclusive bibliotecas. Los esfuerzos de los profesionales del mundo del libro tampoco han sido menores, tanto bibliotecarios, como editores, autores, librerías, promotores de cultura en esferas públicas y privadas, han mantenido acciones de todo tipo para hacer del libro un bien con acceso abierto y democrático. La confianza en torno a la importancia del libro se ha mantenido, pese a los resultados los cuales no suelen ser halagüeños ni esperanzadores.

En los últimos 30 años hemos asistido también a la muerte anunciada del libro, la cual se mantiene vigente hoy en día. Hay quienes dudan, y han dudado, acerca de la

viabilidad del libro como un objeto que permanecerá. Evidentemente en el mundo han sucedido cambios que avalan este supuesto. Las tecnologías compiten por la supremacía para el control de los lectores. Los dispositivos electrónicos han evolucionado al punto de ser muchos de ellos objetos de lectura. Las tabletas y los teléfonos inteligentes son la mejor muestra. Podemos leer tanto un texto impreso de manera convencional como electrónicamente, esto permite suponer, no sin razón, que la Galaxia Gutenberg vive sus últimos momentos. La edición electrónica ha abierto nuevas puertas en el mundo del libro. Puertas al acceso a los textos en línea, a los títulos agotados o fuera de mercado, a nuevas relaciones con la lectura.

No existe todavía una opinión que sea unánime en relación con el papel que tiene y tendrá el libro electrónico. Se espera que los nativos digitales obvien muy pronto al libro impreso y sean solo lectores de textos virtuales. Los puntos de vista tanto de los partidarios del libro impreso con tinta y los de las ediciones hechas con bits, suelen ser apasionadas, críticas e inteligentes. Por el momento, continúa la edición de libros en papel. No sabemos cuál será su porvenir, lo cierto es que tenemos altos volúmenes de impresos en papel que todavía ocupan considerables superficies en bibliotecas, librerías, en almacenes de los distribuidores y en las habitaciones de nuestras casas.

El inicio del siglo XXI mantiene todavía la decisiva herencia del siglo pasado. Los libros son útiles y funcionales. A pesar del éxito de los dispositivos electrónicos, leemos textos impresos; de hecho la civilización contemporánea escribe e imprime más que generaciones anteriores. Y lee también textos electrónicos y pone en práctica técnicas reprobadas por la ética como es *copiar* y *pegar* sin otorgar los créditos correspondientes. Tenemos entonces que el libro es considerado un bien cultural de primera necesidad, aunque temas como las actualidades tecnológicas y cómo preservar cantidades de papel que siguen aumentando al paso del tiempo forman parte de discusiones que van y vienen. Este trabajo tiene como propósito identificar y describir las circunstancias que permiten la permanencia del libro en la sociedad de inicio del siglo XXI, no como una consecuencia del azar, o gracias a condiciones mágicas, sino como el resultado de prolongados procesos económicos, sociales y culturales que han hecho del libro un recurso fundamental para explicarnos y conocernos mejor como especie pensante.

REFERENCIAS

1. Havelock E. La musa aprende a escribir: Reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente. España: Paidós; 1996. p. 65.
2. Báez F. Historia universal de la destrucción de los libros: de las tablillas sumerias a la guerra de Irak. Barcelona: Ediciones Destino; 2004. p. 20.
3. Báez F. *Op. cit.* p. 21.
4. UNESCO. Carta del libro. Boletín de la UNESCO para las bibliotecas. 1972 sept-oct 26:(5):250-253.
5. *Ibidem.*
6. UNESCO. Declaración de Londres. En: Hacia una sociedad que lea: objetivos para los años 80 [acceso 2016 feb 12]. Disponible en: <http://unesdoc.unesco.org/images/0005/000545/054546sb.pdf>
7. *Ibidem.*

CAPÍTULO 1

.....



<http://www.lojquistryckeri.com/res/Default/gutenberg1.jpg>

El VALOR de la palabra escrita



Quien ha escrito una vez y siente en su interior la pasión de escribir, de casi todo lo que hace y vive aprende a extraer solo aquello que es comunicable literariamente. No piensa más en sí mismo sino en el escritor y su público; quiere la inteligencia, pero no para su uso propio.

FRIEDRICH NIETZCHE



Hablamos, nos graban, secretarias diligentes escuchan nuestras frases, las depuran, las transcriben, las subrayan, extraen una primera versión que nos presentan para que la limpiemos de nuevo antes de en tregarla a la publicación, al libro, a la eternidad, ¿no acabamos de asistir al «embalsamamiento del muerto»? Embalsamos nuestra palabra como a una momia, para hacerla eterna. Porque tenemos que durar un poco más que nuestra voz; estamos obligados por la comedia de la escritura a inscribirnos en alguna parte.

ROLAND BARTHES

1.1 En un principio, la palabra

*Quien mata a un hombre, mata a una criatura de razón, a imagen de Dios;
pero quien destruye un buen libro, mata a la razón misma, mata a la imagen de Dios.*

JOHN MILTON

Para asumirnos e identificarnos como especie, colectiva o individualmente, utilizamos una de las herramientas más prodigiosas que se hayan manufacturado: la palabra, madre y principio del lenguaje, elemento distintivo de la especie humana.

Como inicio tenemos a la palabra (o el verbo) entendida como sonido articulado con significado. Para muchas culturas es el inicio del orden en el caos, la separación de las tinieblas y la entronización de la luz: el poder mismo del verbo es tal que nombrar al todo y a cada uno de los elementos existentes le otorga dominio sobre lo nombrado, de acuerdo con Walter Ong «Los pueblos orales comúnmente consideran que los nombres (una clase de palabras) confieren poder sobre las cosas.»¹ La palabra no significaría nada para una mente incompleta, una inteligencia imperfecta, una humanidad no instituida como tal. La palabra y el lenguaje responden entonces, o deben responder, a la necesidad vital (no la simple supervivencia) de un ser infinitamente complejo que sea capaz de tener en uso permanente a la razón expresada a través y en el sonido. Esta palabra sonora de soporte, vehículo se transmuta en raíz, de raíz en soporte, de soporte en semilla, en una relación dialéctica tal que es literalmente imposible separar hoy a los hombres, y la humanidad misma, de la palabra. De allí que la razón no sea un don, ni un accidente: es el resultado lógico de la evolución de habilidades, consolidación de capacidades y el crecimiento exponencial de las posibilidades de interpretar el mundo, los fenómenos y el entorno con esquemas abstractos y racionales en y a partir de la palabra.

Nuestra especie, la humana, insignificante al principio, evoluciona hacia una dirección como ninguna otra lo ha hecho. De la alta vulnerabilidad originaria se transita a la agresión con fines de sobrevivencia: de presa a cazador, de herbívoro a carnívoro; ya después vendrá la necesidad y la sed de dominio. Con paciente perseverancia, al paso de los milenios crece su masa encefálica, lo que le permitirá identificar fenómenos y desarrollar procesos; los vuelve parte indisoluble de su estructura biológica, ya no es ni será posible desandar el camino: el hombre está naciendo y alejándose definitivamente de los primates. La anatomía misma de estos seres primarios sufre también mutaciones; el uso de la mano juega en el proceso de humanización un papel fundamental en el tránsito del estadio de primate a homínido, creando una especie nueva y única: *el homo sapiens*, *el homo faber*, el hombre reconocible como tal. El sentido de la evolución quedaría incompleto si no hubiera traído aparejado eventos simultáneos, complementarios en la formación de esta nueva especie suspendida entre la floresta y la sabana, esta nueva especie de cazadores instintivos, predadores

temibles más por su comportamiento gregario que por su innata rapacidad. Diminutos e insignificantes, ciertamente, con una capacidad sorprendente: poder construir y reconstruir, crear, recrear, explicar e inventar su realidad inmediata y mediata. Así como el trabajo y el papel de la mano como herramienta inicial nos permiten pasar de los estadios elementales, originarios, cuando la dieta de primates con base en hierbas y granos cambia por una dieta de proteínas, de igual suerte esa joven masa encefálica ordena ruidos incomprensibles que poco a poco y durante milenios irá ordenándose en códigos organizados, en sistemas artificiales de sonidos articulados que no son innatos porque fueron creados por la necesidad de vivir, de permanecer y por la evolución de la especie.

La palabra como acto fundacional de la especie humana, como principio ordenador de la realidad, es lo que ha permitido al hombre trascender en mucho sus propias limitaciones, imponer su presencia como especie hegemónica y convertir a la palabra como motor vital de identidad y pertenencia. No es solo un rasgo genético que diferencia a los humanos del resto de las especies animales, es una de sus cualidades más destacadas, siguiendo a Ong.

Sin embargo, en un sentido profundo el lenguaje, sonido articulado es capital. No solo la comunicación sino el pensamiento mismo, se relaciona de un modo enteramente propio con el sonido.²

Es lo que ha permitido articular a la memoria, nombrar (y recordar) el pasado, rotular el presente y explicar al hombre su naturaleza y a la naturaleza misma. La palabra es, entonces, generación y destino de la especie.

La paulatina complejidad individual se reflejó en la sofisticación creciente de su organización social. La palabra que me comunica con el exterior también me comunica conmigo mismo. De grupos anárquicos evolucionó a grupos jerarquizados, a grupos tribales, manadas organizadas de mamíferos que se comunican con sonidos articulados. Son sonidos perfectamente diferenciados, agrupados en códigos arbitrarios que se fundamentan en significados y se colman de significantes, son los vocablos, las ideas y los conceptos expresados con palabras que dieron nacimiento a las lenguas. De allí que la palabra no puede mantenerse aislada porque carecería de sentido, de tal suerte se forjó una asociación indisoluble entre palabras y lenguaje.

La palabra delimitó, dio forma, marcó fronteras. Cada sonido, cada pareja o trío, o más sonidos que se relacionó con una palabra determinada solo pudo designar a ésta. Cada palabra —el verbo es ya todopoderoso— se asoció a un objeto que fue su referente, o bien, a diferentes objetos que fueron descritos por el concepto que expresa una palabra. Y también varias palabras para expresar una idea o un concepto. Estas articulaciones sonoras no solo nos comunicaron, en realidad operaron profundos cambios en nuestra morfología animal, si tomamos en cuenta lo que anota Rudy Mostacero:

La oralidad consiste en un sistema triplemente integrado, constituido por variados componentes verbales (emisión sonora, decodificación semántica, combinatoria sintagmática, elementos paraverbales, entre otros), por un repertorio kinésico y proxémico y por un sistema semiótico concomitante (dimensión cultural). Por eso mismo, pertenece a un triple plano: un plano verbal o lingüístico, un plano

paralingüístico y un plano semiótico-cultural. Esto, lógicamente, determinará la inmensa variedad de posibilidades de comunicación, así como la riqueza de formas y registros, lo cual redundará en textos híbridos y polifónicos.³

Sin palabras difícilmente podríamos andar por el mundo y por la vida. La palabra le da forma al mundo de los hombres y de paso, al de otras especies, conforma el mundo de las ideas y explica al cosmos inacabable, a la materia y al espíritu. El verbo, la palabra original, se transmutó en movimiento, dado que la palabra es parte inherente al movimiento en sí.

La palabra designó, nombró, enumeró, clasificó, construyó. El sonido articulado no fue solo un medio para conocer, para decir o expresar, era ya el conocimiento en sí, afirma Ong «no existe manera de detener el sonido y contenerlo.»⁴ ¿Cómo explicar procesos de pensamiento en los cuales no aparezcan palabras? Identificó lo inmediato y lo mediato, nombró el espacio y el tiempo, y no solo les llamó de una manera, los determinó al darles un nombre. Es así que el hombre comenzó a vivir de palabras; la realidad y la imaginación se nutrieron de palabras. Este es el peso innegable que tuvieron (y tienen) en nuestra existencia y en la existencia de la especie. Las generaciones pasadas entendieron el poder de la palabra tanto que les asignaron un sentido mágico, porque construye y destruye. Si el verbo creó lo conocido, la vida misma, podía también destruirle en tanto fue el principio, el origen y el fundamento primigenio. Esta cualidad asignada a la palabra le dotó de una fuerza profunda y notable: determinó a las culturas y civilizaciones, a los pueblos y las razas. No importaron los estadios de *desarrollo*, las complejas o sencillas relaciones de organización social y política, la palabra quedó unida, sin poder separarle ya, a nosotros, al género humano.

Por eso la palabra permite ejercer un dominio de las acciones y desde nuestras acciones, también a través y desde nuestros pensamientos e ideas. Desde la realidad y lo concreto a lo inasible, a la abstracción. De lo que observamos, olemos y tocamos a lo que intuimos, predecimos, entrevemos entre vaguedades, suposiciones, sabemos que existe porque le hemos nombrado. Lo tangible transformado en concepto y el concepto mutado en símbolo, en una relación mental que asombrosamente guardó una estrecha relación con el mundo físico, a través —y no— de los sentidos, de la memoria y el recuerdo, coincidiendo con McLuhan, «El lenguaje es metáfora en el sentido que no solo acumula, sino que también transmite experiencia de una forma a otra.»⁵ Un paso trascendente: la palabra que fue parte de lo conocido y lo apenas entrevisto. La inteligencia humana quedó integrada a estos procesos de ordenamientos y explicación de los universos externos e internos de los hombres. La palabra nos permitió conocer hasta dónde llegaríamos y también hasta dónde podríamos llegar; es decir, nos indicó los horizontes de lo finito y lo infinito porque inclusive lo que nunca abarcaré, a donde nunca llegaré pudo ser nombrado con palabras.

De tal suerte la palabra se volvió un atributo, una cualidad, un elemento *innato* de la especie humana. Se hizo tan *natural* que cuando alguien no puede escuchar o expresar vocalmente con claridad palabras, queda separado de la comunidad. La sordera y la mudez se compensan con imágenes y de alguna forma pueden remontar su calidad de condiciones de segregación porque las

imágenes mantienen también una poderosa influencia sobre las palabras, a su vez que en mucho las palabras se explican a través de las imágenes. Entonces, la relación dialéctica se fundó y estableció, a pesar de todo, entre elementos que cumplieron propósitos distintos y vitales para la especie humana. Inclusive con la ceguera que rompe la relación entre palabras e imágenes, porque el ciego no ve... escucha. El sonido es su puente hacia el mundo de los no ciegos, la palabra fue, lo mismo que los demás, su vínculo con el mundo.

El ser humano administró y organizó las palabras, tal como la palabra construyó y organizó al hombre, bien fuera desde su yo profundo o desde su entorno, como enuncia Kerstin Boter:

La diferencia entre lengua hablada y lengua escrita incluye una serie de fenómenos, los cuales tienen que ver tanto con la diferencia entre los signos de escritura y los sonidos, como también con las diferentes posibilidades de comunicación por escrito y oral.⁶

La construcción de discursos a partir de la palabra es evidentemente uno de los momentos más significativos y trascendentes del desarrollo humano. Los discursos como un reflejo y producto de las palabras domeñadas, como el fin y el principio. Entretejiendo lo real con lo imaginario, lo que tengo enfrente, lo que veo (el componente, el elemento visual es primordial en el proceso) cerca y vislumbro en la lejanía. Por eso usamos palabras hiladas bajo códigos precisos, a pesar de lo artificial del código que es marco y cárcel; todo código es *antinatural*, en tanto es arbitrario, en este caso, con la palabra, ha adquirido carta de naturaleza humana. También de naturaleza divina. Al paso de las generaciones se humanizó, en parte perdió su simiente de imposición aunque mantuvo su valor dominante, si no ¿cómo existirían las palabras? Y todo en un estadio tan antiguo que en realidad no tenemos ya memoria de estos eventos.

De antiguo el pensamiento y la inteligencia se alimentaron, primordialmente, de palabras, éstas se unieron definitivamente a los procesos de conocimiento y aprendizaje, de una forma tal que las formas como aprendimos y conocimos carecían de valor si no eran expresadas a través de palabras. La inteligencia y la sabiduría de nuestro origen salvaje quedaron dominadas, avasalladas, domesticadas por medio y a través de palabras, explicadas por medio de sonidos y otras expresiones en donde intervinieron ordenamientos lógicos, es decir, códigos comprensibles y entendibles, lo que los hizo enseñables también, y reproducibles. Sin palabras la existencia, sus condicionantes tales como el pasado, el presente y lo que vendrá, carecían de sentido ¿cómo saber que nos referíamos a categorías o accidentes temporales y espaciales? Sin palabras, es literalmente imposible. La genética de nuestra comprensión de la vida, de nuestra vida misma, quedó unida definitivamente al dominio de las palabras. Es oportuna una reflexión de Eric A. Havelock sobre el sentido de la oralidad:

Se ha debatido sobre el «problema de la oralidad», tal como se ha presentado a la investigación durante los últimos veinticinco años, desde diversos puntos de vista. Hay una dimensión histórica: ¿qué significaba, para las sociedades del pasado y sus culturas, prescindir de los medios de comunicación orales en favor de varias clases de medios escritos? Está la dimensión contemporánea: ¿cuál es la relación precisa entre la palabra hablada de hoy (o de ayer) y el texto escrito? Luego hay una

dimensión lingüística: ¿qué le sucede a la estructura de una lengua hablada cuando se convierte en un artefacto escrito? ¿Es que sucede algo? Desde ahí se puede pasar al nivel filosófico (o psicológico) y preguntar: ¿es la comunicación oral el instrumento de una mentalidad oral, de un tipo de conciencia notablemente diferente de la mentalidad alfabetizada?⁷

Es por eso que las crónicas que narran lo que pasaría con personas separadas de la enseñanza de las palabras como medio de identificación consigo mismas y con el medio demostraron que los resultados en términos de socialización no podían ser menos que dramáticos, inclusive desastrosos. Los ejemplos abundan y fueron tema predilecto de cenáculos literarios, objeto de estudio de lingüistas, o pretexto para filmar buenas películas. Se cuenta de niños separados desde los primeros días de nacidos, encerrados en lugares alejados sin contacto con persona alguna, ¿cómo se comunicaban, cómo un lenguaje a partir de palabras creadas en su aislamiento si desconocen lo que es el lenguaje? Las respuestas y los resultados (verídicos o no) fueron diversos, lo cierto es que el tema se convirtió en una anécdota favorita que intentó demostrar la pertinencia del mito del buen salvaje (quien puede o no hacer uso de las palabras); o bien de la bondad congénita que no se contaminó por quien usa o requiere de palabras, es decir, el hombre que no perdió su pureza originaria, su salvajismo primordial.

Este estado de inconsciencia trae aparejado un castigo: la incomunicación des-truye la aparente pureza, impide al ser que no usa palabras conocerse como tal (se le excluye de pertenecer a la especie), y para mejor explicación, difícilmente se sabrá si es capaz de razonar o establecer algún contacto con otros hombres en tanto no puede comunicarse con palabras. De nada servía vivir en estado de gracia si no existía la capacidad de comprender conscientemente la existencia de dicho estado. Sin comprensión no hay aprendizaje, luego quien vivía sin palabras (siempre y cuando no sea mudo o sordo de nacimiento) estaba condenado a permanecer más cerca de las bestias que de la humanidad. ¿Podíamos tolerar mayor castigo como lo es el ser comparados e igualados al nivel de la irracionalidad, de la bestialidad, del estado animal inicial? Hemos negado nuestra pertenencia animal (que nos ha unido a un origen bestial *non grato*, incómodo) y hubimos de anteponer al hombre y a la humanidad como eje y principio de todo lo existente, con la palabra como eje y fundamento de las todas medidas. Sin accidentes, sin errores, todo controlado como debían ser los universos que rodeaban y daban forma a la existencia humana. La preeminencia del uno (el lenguaje) justificó el papel de la otra (la palabra). El peso ciclópeo de una, demostró, glorificó, enalteció el carácter conquistador del otro. Una asociación altamente productiva, que le rindió grandes beneficios a una especie que ha aborrecido su estado salvaje, primitivo, por su indefensión ante los elementos de la naturaleza. Con la palabra se pudo desechar el temor de volver a estadios primitivos incompatibles con las altas misiones de dominación y conquista autoimpuestas como uno de los destinos de la especie. Luego entonces, el verbo cumplió más allá de lo que cualquier homínido balbuciente pudo nunca imaginar cuando descifraba, una tibia tarde sentado en medio de la sabana, a la orilla de un arroyo, los misterios del mundo que se sucedían frente a sus ojos de primate evolucionado. No solo su destreza y astucia le permitieron evolucionar y dar el gran salto evolutivo al caminar erguido, sino saber aprovechar los recursos de sus entornos y crear herramientas, sistemas, proce-

sos, para llegar más lejos que cualquier otro animal sobre la tierra. La oralidad tenía un sentido, trascendente, a pesar de su temporalidad, apuntan Mónica Castillo Luch y Géraldine Galeote:

La oralidad, cuya esencia radica en su soporte físico acústico (emisión sonora y recepción por el oído), durante mucho tiempo ha sido asociada con la comunicación inmediata en el tiempo y el espacio. Este carácter inmediato hace posible, por un lado, la interacción entre los hablantes, pero, por otro lado, presenta inconvenientes relacionados con una emisión evanescente (entre los cuales, destaca, la falta de fiabilidad de la transmisión). Implica asimismo una espontaneidad lingüística que tiene incidencias formales importantes.⁸

Un recurso desarrollado como parte de una necesidad tribal y de manada para superar su condición de especie frágil, terminó por transformarse en componente biológico, social, cultural, político, de la propia especie. Una apropiación que penetró pacientemente en su anatomía, y entre más complejo se volvió el hombre, se estableció una dependencia más determinante hacia la palabra; entre más se estrechó la dependencia más creció la necesidad de no perder ni romper el vínculo entre ambos, porque ambos (hombre y palabra) evolucionaron como unidad social y cultural; entre más se ataron los nexos mayor fue el sentido humano de orfandad al faltar la palabra. De esta relación asumida, de esa simbiosis, somos un producto acabado; terminamos siendo, a final de cuentas, la medida de nuestras palabras.

Así, las palabras (una vez más el verbo) dieron el sentido y la orientación al lenguaje. Si ordenaron el mundo debieron permanecer, conservarse el mayor tiempo posible para mantener el orden, para sostener a la humanidad. Las palabras que no perduraron es como si nunca hubieran existido, su presencia etérea fue manifiesta en tanto eran perennes: una vez articuladas desaparecieron. De allí la urgencia de guardarlas y conservarles para evitar que pasen fugaces sin grabar su huella en las culturas y civilizaciones de las razas humanas que se construyeron ya a partir de la memoria, de sus memorias y de la necesidad de comunicación. De acuerdo con Niklas Luhman y Guillermo Zermeño:

La comunicación es un acto genuinamente social. No puede entenderse como una acción de un sujeto porque requiere por lo menos otro sujeto. No es un «acto de habla» (speechact). Y no puede concebirse como algo «entre» sujetos porque este «entre» asumiría entonces un estatuto paradójico, no estando ni en uno ni en otro de los lados [...]⁹

La oralidad no fue solo un medio de sobrevivencia, significaba ya la construcción de la humanidad y sus atisbos de civilización.

1.2 La oralidad y escritura: del prestigio y permanencia de la palabra escrita

Si tienes una biblioteca con jardín, lo tienes todo.

CICERÓN

Hoy más que nunca, un escritor, un libro y una biblioteca nombran al mundo y le dan voz al ser humano. Hoy más que nunca, un escritor, un libro y una biblioteca nos dicen: si nosotros no nombramos, nadie nos dará un nombre. Si nosotros no hablamos, el silencio impondrá su oscura soberanía.

CARLOS FUENTES

Dada entonces la importancia de la oralidad en la construcción de lenguaje, ¿por qué prevaleció la escritura, por qué el lenguaje escrito ocupó un papel fundamental, central, en la cultura y la civilización? Para explicarlo, identifico tres circunstancias que permitieron una evolución lógica de lo oral a lo escrito, en cada uno se da un proceso de síntesis que puede sobreponerse y desplazar al proceso previo; o bien, quedar en un plano culturalmente relevante cumpliendo con otra función, o funciones.

1.2.1 1ª síntesis. Oralidad: los sonidos y las palabras como fundamento de la naturaleza del hombre

Los sonidos y el lenguaje oral cumplen y han cumplido con creces su función de memoria de la humanidad, durante toda nuestra historia las palabras articuladas con sonidos han sido fieles acompañantes de los hombres. Fueron y han sido una tecnología útil y una herramienta poderosa que ha permitido al hombre ser lo que es, o debiera ser. Afirman Castillo y Galeote «El idioma es principalmente oral.»¹⁰ Sin embargo, siendo una tecnología útil tiene sus propias limitaciones, sus fronteras y perspectivas delimitadas, limitadas.

La palabra, bien se sabe, está íntimamente y definitivamente asociada al lenguaje, de hecho éste no puede existir sin palabras. Para que ambos existan deben ser compartidos en una dupla inseparable. Escribe Jesús Tusón «Hablo yo; pero hablo como tú y como tantos otros, y todos nos sometemos a las reglas del juego de una lengua y cooperamos mediante una lengua.»¹¹ Sería absurdo que este proceso que nos identifica como seres pensantes, inquietos intelectualmente, con alto sentido de la lógica y por ende, reflexivos, razonables, circunstancia que nos ha marcado y determinado histórica y genéticamente, se convirtiera con el correr de las generaciones en un recurso que sucumbiera víctima de sus propios límites. De poco serviría contar con el lenguaje si al paso del tiempo éste desapareciera sin dejar rastros reconocibles. Las sociedades, las culturas y civilizaciones no habrían podido cimentarse con una tecnología tan sutil como inestable; los sonidos guardados en la memoria entonces cumplen también un papel principal como archivo y fábrica del lenguaje y las palabras, de las ideas y los pensamientos humanos. Es decir, el sonido para trascender su tránsito de saeta, precisa ser guardado en los archivos de la memoria,

alimentándole permanente, amorosamente con repeticiones y nutriéndole con nuevos hallazgos, organizándole y preservándole. Bien sea para la explicación de lo que nos acontece en el fuero interno, bien sea para ubicar la estadía de cada cual en un complejo social determinado (histórica, geográficamente).

En suma, para saber que somos humanos. Tusón, citando a Sebastià Serrano, reflexiona sobre el sentido del lenguaje: «Lo que resulta pensable y comunicable lo es desde el lenguaje. El lenguaje es el elemento constitutivo de la intersubjetividad y de la vida social.»¹² Y es aquí donde de nueva cuenta la palabra fue fundamental para cada individuo: para pensar y expresar lo que pienso; para expresar lo que siento, necesito de las palabras. Un acto en donde cada cual pudo explicar qué es el mundo y cómo me comunico con éste; o quién soy yo y quizá, dentro de mí, como una reflexión o un acto meditado compartido internamente o con otros; en cualquier caso necesitamos siempre de las palabras. Por eso los lenguajes fueron estructurados y mantenidos a partir de las palabras sonoras, palabras de sonidos articulados y organizados, codificados y administrados desde y con la experiencia, el aprendizaje, el conocimiento.

A las palabras se las lleva el viento, se dice con ligereza y sabiduría popular evidente, aunque en la práctica no sea tan cierto. Una acumulación preciosa de palabras aceptadas y usadas durante décadas, centurias, milenios, en ámbitos determinados de seguridad —la familia, el clan, la tribu, el grupo—, lo que incluye situaciones azarosas —comunicaciones con otros grupos empleando códigos similares, espacios de aislamiento obligado o elegido—, permitieron consolidar el lenguaje humano como una tecnología comunicacional próspera y sumamente útil. Nada, o casi nada, se sabe de esas etapas tempranas, sin soportes perdurables para un medio inestablemente volátil como lo es el lenguaje hablado, buena parte de estos momentos históricos quedaron en el fértil terreno de la especulación. Conscientemente el hombre no tiene registros que den fe de estos sonidos remotos, quizá inconscientemente haya sustratos preservados en los ordenamientos genéticos y memorísticos más profundos de la humanidad. Lo que sí es posible identificar fue que a mayor avance evolutivo de individuos y grupos, a mayor complejidad de relaciones sociales, bien fuera en sociedades nómadas, rurales o urbanas, mayor necesidad de usar el lenguaje hablado. Simplemente, para vivir en una sociedad, perteneciendo el hombre a una especie gregaria por condición, se hizo indispensable utilizar sonidos articulados como medio de acercamiento y pertenencia al grupo. Sin comunicación articulada la vida se torna literalmente imposible. Y los sonidos son materia propicia para las articulaciones, los cambios, los ajustes, la plasticidad sonora casi es inagotable, tal como concluye Clotilde Pontecorvo.¹³

Esto dio como consecuencia que el hombre, como especie, haya desarrollado complicados códigos de comunicación que se manifestaron en varias direcciones: la oralidad, la gestualidad, la comunicación gráfica, la escritura.

Si bien se ha dado por un hecho que *esto siempre ha sido tal como es*, en realidad, observando estos procesos se puede determinar que hay elementos, relaciones, reacciones, productos que no se explican a partir de meras suposiciones, de simplificaciones excesivas, de reducciones o de respuestas predeterminadas para justificar la existencia de la escritura en el universo del lenguaje

oral. Los sonidos fueron reconocibles en un proceso de comunicación en tanto debieron codificarse y mantener una organización permanente. Dado que los sonidos han existido siempre, lo mismo que los ruidos, abundar en el particular no es objeto de esta tesis. Lo cierto es que solo los sonidos articulados en un sistema que fuera reconocible, identificable, enseñable, transmisible, perdurable, conformaron al lenguaje oral como tal. La oralidad en su momento, desde que tenemos registros, no incluyó todos los sonidos, ni todas las variantes sonoras posibles. Empleó solo aquellos que le eran necesarios, de acuerdo con un contexto humano, cultural y civilizatorio. Nunca excedió estos límites, de allí que la oralidad, fuera un proceso de síntesis altamente eficiente para la comunicación entre personas y sociedades. Reflexionan Castillo y Galeote:

La oralidad en tanto que primer medio de expresión, devuelve valores del original, del natural, de la infancia y de la espontaneidad; la evanescencia y la dinámica inherentes a lo oral tienen una contraparte positiva (carácter único de creaciones y rendimientos) y negativa (su desaparición). En contraste, la escritura es un medio de expresión derivado, cultural y no espontáneo; la fijación y la estabilidad propios del escrito tienen la ventaja de garantizar la perfecta conservación de la información, pero entrañarían una dimensión estática. La relación conceptual que se establece entre escritura e intelecto --del que la oralidad está excluida-- se construye sobre aspectos fisiológicos y cognitivos (un soporte visual-espacial se presta mejor al análisis y la objetividad que una materia auditiva-temporal) pero está determinada, sobre todo, por una consideración de orden socio-cultural [...]¹⁴

Cada sonido codificado adquirió un valor único, lo mismo que sus matices e inflexiones, cada sonido fue una pieza fundamental para construir la oralidad. Cada sonido recuperado en un sistema, tal como el lenguaje, fue ya un elemento indispensable para que éste —el lenguaje— fuera útil, necesario, reproducible y usable. Al paso del tiempo, pasó también a ser un ingrediente de genética de la especie, conformando una materia común con la memoria, la(s) herencia(s) de los grupos y las sociedades.

Tal fue la fuerza de la oralidad, no importando el lugar y la época. El asunto entrañó una contradicción. Difícilmente la palabra oral, lo *dicho* pudo trascender un lugar determinado y el tiempo, sobre todo si los espacios se hayan en puntos muy distantes; no se diga sobre periodos cronológicos que nunca pudieron coincidir, o que existieran circunstancias repetibles. Además, si el circuito hablante-escucha fuera muy cerrado, nadie más, salvo los interlocutores, pudieron participar del evento. Para trascender fue necesario compartir la experiencia con más personas, o dejar constancia de ello en otros medios que no fueran solamente la mnemotecnia, el viento, el aire. En este sentido, Emilia Ferreiro anota:

Porque el argumento histórico incontestable —o sea, que la humanidad se comunicó durante siglos oralmente, antes de inventar la escritura— planteado así sin mayor reflexión, lleva casi inevitablemente a una visión reduccionista, como si la escritura siguiera teniendo las funciones de la comunicación oral, con algunas ventajas (perdurabilidad del mensaje, comunicación a distancia) al mismo tiempo que acumula deficiencias (no es capaz de reflejar los matices del mensaje oral porque no transcribe los énfasis, los alargamientos intencionales, los cambios expresivos, y por si fuera poco, suele transcribir con deficiencias los fonemas mismos).¹⁵

Ante este conflicto, las imágenes como signos y símbolos resolvieron con evidente ganancia el problema, era suficiente que el grupo, el clan, la sociedad establecieran, codificaran, reconocieran, aprobaran lo que cada imagen significaba y representaba, estuvieron listas para ser usadas como elementos de comunicación. Otro problema asociado se refirió al grupo o clase en el cual la oralidad cumplía sus funciones. Si el grupo fuera abierto y no estableciera diferencias entre lo público y lo privado, mejor, en tanto no se separara lo público y lo privado en compartimentos apartados, la comunidad y el individuo pudieron usar con comodidad la oralidad. Sin embargo, en el momento que lo público correspondió a actividades que las personas practicaron con la comunidad, para la comunidad, en la comunidad, lo privado se relacionó con el individuo, con respuestas que no necesariamente se compartieron en grupo, la oralidad mostró sus limitaciones en tanto la memoria debió entender el código público y atender el privado, lo que civilizadamente funcionó bastante bien. Esta complejidad no la resolvió la imagen. Un dibujo, un elemento gráfico, aunque se asoció también al ámbito de lo público y de lo privado pudo tener distintos usos; hay imágenes que sirvieron para comunicar a los poderes con los súbditos, y hay imágenes que permitieron al poder preservarse frente al peligro del caos y la fuerza colectiva de la comunidad. Tal como lo sintetiza Armando Petrucci en los usos que hace el poder público (entendiéndose como gobierno, Estado) de la escritura¹⁶, y son, en palabras del autor: El poder constituido determina directa o indirectamente la función de la escritura en la sociedad. El poder constituido determina en general de manera indirecta, la amplitud y la naturaleza del uso social de la escritura. El poder constituido usa por sí mismo la escritura, produciendo directamente testimonios gráficos encaminados a dar mensajes a sus súbditos, a propagar la propia imagen y a perpetuar en el tiempo la memoria de sí. Los testimonios gráficos producidos por el poder público siempre tienen caracteres exteriores de particular solemnidad y son realizados con particular esmero. Tales características tienden a conferir a los testimonios mismos la capacidad de exposición. Para alcanzar tales fines los testimonios gráficos emitidos por el poder público son producidos por categorías de técnicos especializados.

Las imágenes fueron cada vez más importantes para comunicar, tal como fueron las palabras dichas. Las imágenes, en muchos contextos se metamorfosearon y progresaron hasta ser letras, se organizaron en alfabetos o sistemas similares. Afirma Rosaura Hernández Monroy:

[...] el lenguaje se usa para representar al mundo, permite reflexionar sobre el entorno y tomar conciencia de él. La escritura se utiliza para representar el lenguaje, por tanto, también abre la posibilidad de meditar sobre él. Así la lectura y la escritura inciden en el pensamiento. Al manejar lenguaje escrito, ya sea al leerlo o escribirlo, se toma conciencia simultáneamente de dos cosas: del mundo y del lenguaje.¹⁷

Desde luego no es posible afirmar *el hombre siempre se comunicó con letras, con palabras escritas*, dado que hay sistemas y civilizaciones que no han utilizado la letra como fundamento de un código de comunicación. Han empleado imágenes en su estado original sin haber evolucionado abstrayéndose de su representación simbólica originaria. Tampoco que la oralidad es o haya sido el estadio más primitivo de todos los conocidos hasta el momento, tampoco que la palabra oral

sea mejor en tanto es un código *natural, innato*. Lo cierto es que las sociedades utilizaron tanto la oralidad y la escritura como sistemas fundamentales, privilegiados, de intercambio de ideas, de gestación y de reproducción de éstas; de estabilidad —entendida como la posibilidad de contar con sustratos estables que propicien la construcción— social, política, cultural, humana. Afirma Ong: «Lo que el lector ve sobre esta página no son palabras reales, sino símbolos codificados por medio de los cuales un ser humano apropiadamente informado puede evocar en su conciencia palabras reales, con sonido real o imaginario.»¹⁸

1.2.2 2ª síntesis. Las imágenes: una explicación del sentido del hombre

Al lado del sonido, indudablemente estuvieron las imágenes como recursos de comunicación, de información. Es indudable que las imágenes siempre han sido poderosas, con ellas se explica todo, o casi todo lo que tenemos con nosotros. En un principio la realidad y sus proximidades simbólicas: un coto de caza, un refugio seguro y amable para guarecerse en invierno o en una tormenta, donde poder vivir por temporadas determinadas, cuales animales son inéditos o ya conocidos en el catálogo de la muerte y la subsistencia. En evolución continua, lo interno que distingue a los hombres de las bestias: sentimientos, miedos, esperanzas, todos fueron nombrados, enumerados, sentimientos múltiples que conformaron la temprana psique de la humanidad. Son elementos mágicos, profundos, misteriosos que quedaron pintados o grabados. Anota Guillermo Díaz-Plaja:

Con la escritura simbólica, hacían falta expertos o magos conocedores del secreto; con la grafía fonética, el aprendizaje de los signos se convierte en algo infinitamente más sencillo. Lo que en muchas culturas es una lengua distinta —cuyo sentido solo conoce el sacerdote— se convierte en el lenguaje claro o popular. Las letras son sonidos, no ideas.¹⁹

¿Hechiceros, hombres con poderes mágicos inconmensurables, señores guerreros, deidades vivientes, deidades imaginadas y temidas? Es probable que nunca lo sepamos con una certeza absoluta, pero al lado de la realidad identificable aún en las sofisticadas sociedades tecnológicas, hay eventos y escenas que perturban la imaginación. Y esto solo es posible dado el alto grado de precisión (lo que se retrata) así como la ambigüedad que las imágenes pueden significar. Antes que la escritura, el signo gráfico se enseñoreó. Para Ong:

La gente de una cultura caligráfica y tipográfica le parece convincente pensar en la palabra, en esencia un sonido, como un «signo», porque «signo» se refiere fundamentalmente a algo percibido de manera visual.²⁰

Todas las civilizaciones y culturas le tuvieron como un componente determinante en su desarrollo. Literalmente no ha existido grupo humano que no le haya utilizado, tanto que cuando falta la escritura se emplearon las imágenes para representar al mundo, bien fuera en superficies bidimensionales pintadas, bien en objetos tridimensionales. Una imagen se carga, se transporta, lo mismo que un sonido, con sus significados y significantes que le vuelve memorable, es

decir, recordable; y por tanto reproducible, listo para su consumo. Ambos, imagen y palabra, como todo lo que el hombre ordena, son arbitrarias, nacidas probablemente al amparo de la casualidad y del ensayo, forjadas en el uso práctico, una vez adoptadas como fundamentos del lenguaje, pierden la fragilidad de la improvisación, la espontaneidad de lo novedoso y se transmutan en signos, voces, expresiones.

La imagen fue probablemente el segundo gran momento en la construcción de comunicación de la humanidad. Si la palabra oral surgió como una necesidad para expresar toda suerte de sensaciones y se articuló para crear el lenguaje como tal; el signo gráfico, la imagen en sí, es también un producto que cumplió con un cometido similar. A diferencia del sonido que no puede ser apresado (en el horizonte cultural de la humanidad no es sino hasta hace relativamente muy poco que hemos podido resguardarle y confinarle en máquinas), la imagen, para ser tal, debió ser sostenida en un soporte. Si bien las personas viven rodeadas de imágenes, desde que nacen —también se vive en medio de sonidos—, para ser preservadas debieron quedar anotadas. Y en el inicio de la comunicación literalmente fue así.

La palabra dicha permitió estar en contacto con la tribu, el clan, el grupo, la sociedad, y en conversación con nuestro yo, en ambas direcciones inclusive al mismo tiempo, pocos procesos se le pueden igualar en complejidad. La palabra una vez nombrada pudo dejar de tener sentido, adquirió uno nuevo, o reforzó el ya conocido. La memoria y sus procesos cognitivos le atraparon y guardaron, ciertamente, entonces solo será parte de la fortuna personal de un individuo. Si éste no lo comparte, allí terminó todo: ese es un límite más de la extensión y duración de la oralidad. Empezó con alguien y terminó con alguien. Solo pudo dejar atrás las fronteras del espacio y la temporalidad cuando se compartió en un grupo, cuando más de uno pudo garantizar, con un relativo éxito, que una generación futura podría conocer y usar las palabras y frases articuladas por alguien en un lugar y en un momento dado sin modificar su sentido y significado. Solo cupo encomendarse a las bondades de la memoria, a las capacidades de cada hombre o mujer, a la organización social, política y económica de cada cultura. En síntesis: tuvo éxito siempre y cuando hubiera una sabia administración de sonidos controlados y articulados. Así, la oralidad era eficiente en el grupo, adquirió un valor destacado como bien social, dice Havelock:

[...] la oralidad era, como se reconocía indirectamente, de aquella clase que se lleva a cabo entre individuos o entre un individuo y su auditorio (momentáneo). Lo mismo valía para el punto de vista que se adoptaba acerca de la relación entre el lector y su texto, aunque en el caso del texto escrito se percibían más fácilmente los efectos sociales que provocaba. El lenguaje mismo, la «materia» prima que hay detrás del escrito y del libro, es identificado como un medio de comunicación «interpersonal» [...] ²¹

Si una catástrofe, un accidente o la acción destructiva de la especie rompían este precario equilibrio, el proceso se encaminaba al fracaso. Y ni la memoria más vivaz, ni las inteligencias más despiertas, ni los seres más hábiles para recordar, podrían hacer mucho con los recursos de la oralidad. Palabras no preservadas, sonidos nunca más articulados, inflexiones perdidas, fueron irrecu-

perables en el tiempo. Nos impide entonces saber con precisión y exactitud qué se dijo en Ur o en Tebas, qué acento y modulación emplearon, o cómo recitaron los rapsodas la primera *Iliada*, qué fue de Tihuanaco, o de la Atlántida. Solo la imaginación (y vaya que el término es elocuente, imaginación tiene un referente obligado con la palabra *imagen*) y el delirio, pueden recrear una época perdida, u olvidada. De allí la necesidad vital de comunicación permanente, de la reunión para conversar y escuchar, para construir y guarecer la memoria del grupo, de la clase, de la sociedad. Sergio Pérez Cortés expone:

En síntesis, una mezcla de la voz, la memoria y la página impregnaba todos y cada uno de los hábitos intelectuales básicos. Las obras maestras que hoy leemos como textos, en realidad son un tejido elaborado con hilos de la audición y la memoria.²²

Una imagen detenida, un dibujo, una pintura, un signo no están sometidos a tales límites. Salvo el que impone que un lenguaje desaparezca y nuestro referente oral, y por tanto, cognitivo, no tenga más razón de existir. Y aun así, aunque la cultura, la sociedad, la civilización de un pueblo hayan desaparecido, sus imágenes quedaron como testigos mudos, altamente elocuentes para quien desee identificar o encontrar algo en su inerte presencia. Es más, aún sin referentes sonoros, gracias a las imágenes, y a los textos, podemos saber con una relativa exactitud cómo se vivió en Tebas o en Ur, y qué recitaron los rapsodas en su andar por las polis griegas. Las ciudades, las culturas se poblaron con imágenes, las superficies de casas, palacios, templos, mercados, no importa los materiales de construcción, si son instalaciones temporales de los grupos nómadas o perennes de las civilizaciones urbanas. Habitaciones y patios de familias prominentes o habitantes acaudalados quedaron pintadas con imágenes del entorno y la vida cotidiana, incluyeron también el imaginario de sus leyendas y mitos; en los templos hubo representaciones divinas y mágicas; en los palacios el refinamiento ornamental se expresa en todos los tonos de la imaginación y la comunicación. La decoración de grutas, cavernas y refugios, la reminiscencia de los estadios troglodíticos se transportó a los confines habitados. Las culturas no solo fueron sonoras, fueron visuales también. Enuncia Hernández Monroy «En sus inicios el alfabeto se empleó para registrar el lenguaje oral, tal como estaba organizado para facilitar su memorización.»²³ Los gráficos son cosa común porque están en todas partes, en cualquier espacio, no solo en los muros, fueron también los utensilios, ropajes, mobiliario, herramientas, todo llevó imágenes que van de lo críptico, desconcertante, grácil, refinado, a lo sencillo, lo basto, lo común. Una vez descubierto el valor de comunicación y la belleza de las superficies ornamentadas, el hombre pareció temer al vacío y prefirió los colores y las formas para humanizar su entorno inmediato.

No hay espacio común que no fuera digno de ser cubierto con diseños y trazos, esculpidos o pintados, no circunscrito solo para el mundo de los vivos, se extendió a los entierros y sepulcros en los que se usaron signos y referentes pictóricos de la celebración de la vida, el respeto a la muerte. Se crearon y recrearon relatos, historias que son reflejos de las sociedades; la costumbre perdurará centurias o milenios después como resultado de una larga herencia o sucesiones culturales. En todas partes y momentos, en cualquier dirección geográfica hay elementos visuales con mensajes hechos para comunicar, con

escenas ricas en información, bien sea con representaciones realistas que inmovilizan una acción o abstracciones hermosas, algunas de las cuales hoy son inquietantes dado que desconocemos su propósito. Eran las antecámaras de la escritura, la cual evolucionaría de la oralidad al silencio, señala Pérez Cortés:

La aparición de la escritura y la lectura silenciosa no fue una sencilla modificación técnica, sino el índice de una transmutación profunda de valores e ideales. La memorización, el dictado y la lectura en voz alta representaban, además de una forma de transmisión del saber, una manera de constituir y pertenecer a una comunidad de lectores, escritores y auditores, un recurso particular a las aptitudes del gesto y el cuerpo, y una valoración de la presencia y la palabra humana.²⁴

Además, siguiendo a Jean-Michel Bruneton el cual establece relaciones duales de la memoria y las prácticas de comunicación, y las esquematiza como: a) Dualismo: lo auditivo en relación con lo visual; b) Dualismo: lo oral en relación con lo escrito; c) Dualismo: lo innato en relación con lo adquirido; d) Dualismo: lo popular en relación con lo erudito; categorías que se relacionan con la oralidad, la escritura y el uso de las imágenes como medios de comunicación del hombre.²⁵ La fuerza y el poder que adquieren las imágenes, llegan a ser temibles o temidas también; a falta de lenguaje escrito, una imagen bien pudo ser usada como medio de comunicación de ideas. Y esto la volvió un recurso altamente productivo, sintético (aún más que el sonido) en su dualidad identificable y significativa. Las imágenes fueron un paso previo a una codificación compleja que les utilizó en su carácter de signo, y éste es el gozne maravilloso entre el sonido, la idea, el concepto, la palabra, permitiendo el paso de la oralidad y la recuperación de una imagen significativamente valiosa en algo nuevo, único: el lenguaje escrito.

1.2.3 3ª síntesis. La palabra escrita: lo inerte sostiene a la vida

En la tradición oral se usó la palabra como un medio inmediato de comunicación, en donde quien habla estableció una relación cercana y estrecha con el escucha, una relación biológica, ecológica de comunicación. Es una relación bajo condiciones sencillas y con consecuencias lógicas, porque el lenguaje es el nexo, la liga, la puerta entre los actores del proceso de comunicación (hablante, escucha); lo que tiene cualidades evidentes, ventajas definitivas: un recurso económicamente abundante, con gran riqueza de posibilidades expresivas (matices, ritmos, connotaciones, inflexiones) del lenguaje hablado. Basta que los actores compartieran un código común o semejante, o estuvieran en condiciones de compartir uno, para que la oralidad fuera sana, saludable como medio de comunicación. Los caminos a la escritura estaban dados, reflexiona Havelock:

Una de las dificultades de pensar el lenguaje es que hay que usar el lenguaje para pensarlo. Un acto lingüístico se debe dirigir sobre sí mismo. Una vez escrito, el acto podía adquirir la forma de una imagen mental, y esta cosa visual se podía separar del acto de hablar y disponerlo en una especie de mapa visual.²⁶

Sin embargo, los sonidos tienen corta permanencia, son caducos y su temporalidad es precaria, de corto tiempo. Para conocer o reconocer un sonido del pasado (no importa si es mediato, inmediato o remoto) ¿cómo recuperarlo en el tiempo? Tengamos a la mano un ejemplo. En la música solo podemos saber cómo se escucha cuando tenemos registros o notaciones para poder reinterpretarla o escucharla fuera del momento en que tuvo vida, cualquier vestigio sonoro pasado se ha perdido, ha desaparecido irremisiblemente. Algo similar sucedió con los enunciados orales. A la oralidad, para emplearla como una tecnología nos demandó recursos mnemotécnicos que le volvieron útil en las sociedades que mantuvieron por siglos una fuerte y sólida tradición oral. Si bien, los sonidos ordenaron el caos esto sucedió en tanto la palabra es pronunciada. Para que este efecto socializante tuviera lugar y cumpliera así su cometido siempre fue necesario utilizar el lenguaje hablado, nombrar y renombrar a través del verbo, proceso de repetición que logró mantener lo ordenado en su lugar y nunca fuera de éste. Es un recurso, un medio, efectivo y eficaz, tanto que nos ha permitido describir no solo nuestro entorno físico, sino además nuestras reacciones internas y mantener relaciones de pertenencia con otros hombres. En el proceso de humanización y en el transcurso de los estadios humanos establecidos por los historiadores y antropólogos (*homo faber, homo ludens*), el lenguaje oral, la palabra expresada con sonidos, desempeñó un papel trascendente y en momentos definitivamente significativo, determinante. La condición pasajera de la palabra oral fue suplida con un éxito indiscutible por el empleo de la imagen, del signo y la palabra escrita.

La oralidad permitió la comunicación vital, inmediata, directa, dinámica, las inflexiones, el ritmo, el tono le dieron a la comunicación oral una energía dinámica no solo simbólica sino audible, demostrable ¿quién puede negarlo? Las imágenes también, salvo cuando llegaron a codificarse y estilizarse en un contexto que las volvió complejas y poco asequibles al entendimiento común perdiendo su valor. La escritura entonces cumplió su función primordial: suplir estas condicionantes temporales y espaciales. El lenguaje oral determinó el horizonte del lenguaje escrito, así como las imágenes determinaron el tipo y la calidad de los signos de la escritura. Debió existir una correspondencia, si no, la codificación gráfica y simbólica reflejada en los signos (grafías) carecía de sentido. Una escritura sin dirección o propósito no tenía razón de ser, las escrituras debían corresponderse, si no exactamente sí con una cercanía notable a la oralidad que representaba. Tanto que los cambios en uno de los lenguajes pudo verse reflejado, influyendo de alguna forma, en el otro. La oralidad es dúctil, maleable y dinámica. De allí que se estableció una regla: que el lenguaje hablado permeó y determinó a la escritura. Los signos de escritura (imágenes al fin) no son tan simples ni susceptibles de ser cambiados al modo y al gusto de alguien o algunos, su codificación es más estricta y su evolución más lenta dado que deben acumularse como sustratos de la inteligencia y la sabiduría. Havelock describe una paradoja entre oralidad y escritura:

Aparte de la paradoja por la cual se debe usar el lenguaje para entender el lenguaje, es decir, para entenderse a sí mismo, nos enfrentamos a un dilema comparable cuando tratamos de entender la oralidad, pues el principal material que se nos ofrece como fuente para la investigación es textual. ¿Cómo es posible que el conocimiento de la oralidad se derive de su opuesto? Y aun suponiendo que los textos nos puedan proporcionar una especie de imagen de la oralidad, ¿cómo se

puede verbalizar adecuadamente esa imagen en una descripción textual que probablemente emplea un vocabulario y una sintaxis que son propios de la textualización y no de la oralidad?²⁷

Las estructuras de la escritura no son sencillas y no siempre lo oral apareció visible, reflejado en lo escrito, tal como sí sucede con el signo. Si los cambios orales fueron relativamente rápidos, ágiles dada su inmediatez, quizá nunca se registraron en un medio escrito dada las reglas que gobiernan toda lengua, debió obedecer a una morfología que se aplicó a cualquier tipo de manifestación comunicativa. Y ya que la codificación escrita fue más rígida, su lógica pudo ser desquiciante cuando se le empleó (de allí que su dominio exigió esfuerzos encaminados al aprendizaje y dominio de la técnica para escribir *correctamente* lo que tuvo como consecuencia *expresar algo correctamente*), sus códigos no admitían saltos u omisiones deliberadas. Aceptarlo fue asumir la autoridad de una reunión de reglas, excepciones, usos y tradiciones, las cuales no fueron solo el producto de una herencia a capricho o impuesta, son los fundamentos que sostuvieron la permanencia, la trascendencia del lenguaje escrito. Construyeron el lenguaje escrito, tal como sugiere Dimitrinka Georgíeva Nikleva:

[...] los dos fenómenos (oralidad y escritura) se caracterizan por la complementariedad y las influencias recíprocas. De hecho, la oralidad cabe estudiarla solo a través de la escritura. No se puede estudiar lo oral oralmente, confiando en la memoria. El pensamiento es analítico y el estudio abstracto parece ser imposible sin la escritura y la lectura.²⁸

Si bien el contexto verbal de la oralidad fue increíblemente maleable, al grado tal que si cae en el olvido, nunca podrá recuperarse, a diferencia de lo que pudo hacerse con un texto escrito. Aunque es pertinente hacer una precisión, indica Pérez Cortés:

En efecto, la lectura antigua nunca fue, como su contraparte moderna, un veloz tránsito por escritos rápidamente producidos y rápidamente obsoletos; era más bien la retención ordenada de cierto material específico.²⁹

Esta permanencia de los signos, esta inamovilidad de los símbolos sobre otros sistemas de lenguaje permitió el ascenso de castas, clases, de grupos que dominaron la escritura (aunque no necesariamente la lectura); alentó al poder en las primeras culturas y civilizaciones gráficas contar con un cuerpo encargado de reproducir el conocimiento, la sabiduría, la inteligencia de las sociedades. A partir de un contrato que se impuso en la conformación de estructuras sociales más complejas, el control y dominio del lenguaje alentó el desarrollo de sociedades que basaron su supervivencia triunfante a partir del uso del lenguaje tanto oral como escrito. Al respecto, indica Hernández Monroy:

[...] el hombre al desarrollar la escritura, generó otro tipo de competencia lingüística que no era necesaria cuando el interlocutor estaba presente, esta nueva discursividad, impactó directamente sus estructuras de pensamiento ya que el individuo ejercitó ampliamente sus habilidades para describir, explicar, ordenar, recordar; entró a un ámbito donde la descontextualización, la objetividad y la precisión eran necesarias para producir un texto escrito. El pensamiento también se ejercitó en la reflexión metalingüística, inusual en la oralidad y aunque al principio la escritura era un modelo del habla, pronto creó una estructura modélica más compleja.³⁰

Escribir es un acto de suplantación en la economía altamente productiva de la oralidad y un tributo a la fuerza inasible de las imágenes. Si ambos lenguajes no corren a la par, sí deben estar muy cercanos el uno del otro, la escritura debe reunir también cualidades que le empaten en mucho con el sonido. Como existen pocos recursos para expresar la complejidad de la comunicación humana se hizo necesaria establecer una poderosa economía de signos. De allí la existencia de dibujos, ideas, símbolos, de múltiples elementos gráficos que sirven para fundamentar la existencia de un código de grafías con las cuales se construyó la representación visual del lenguaje para complementar o sustituir la sonoridad evasiva. Así, tanto el signo escrito, como la grafía, pudieron otorgar al lenguaje la categoría de trascendencia. Como es un símbolo que permanece, luego entonces ha podido sobrevivir el momento en que fue producido, el tiempo no fue ya un obstáculo insalvable. Aunque el significado de éstos se haya perdido, basta saber qué significaron —o intuir su significado— o descifrarlo, en caso que no quede huella de su uso, para poder entender su sentido, para poder rescatar la memoria. Para evitar enaltecer el uno sobre el otro, es preciso anotar lo que David R. Olson denominó:

[...] seis creencias o suposiciones muy arraigadas y ampliamente compartidas respecto de la cultura escrita sobre las cuales los estudios actuales han echado una considerable sombra de duda.³¹

De acuerdo con Olson, estas creencias son, en términos generales: 1. La escritura es la transcripción del habla. 2. La superioridad de la escritura respecto del habla. 3. La superioridad tecno-lógica del sistema alfabético de escritura. 4. La escritura como órgano de progreso social. 5. La cultura escrita como instrumento de desarrollo cultural y científico. 6. La cultura escrita como un instrumento de desarrollo cognitivo, del mismo modo en que lo era del desarrollo cultural.

La escritura adquirió una posición predominante porque la perpetuación y permanencia de la palabra se convirtió en un elemento fundamental de las culturas letradas. Hubo una evolución lenta y sostenida en donde la acción de la palabra oral empezó a perder fuerza frente a la contundencia de un medio económico y simple, lo suficientemente hermético, como código que es, para no ser reconocido por los legos o los intrusos a los cuales puede mantenerse al margen y bien alejados de la escritura. Esta simpleza, esta fórmula efectiva le fue confiriendo una hegemonía que ha mantenido, en un vigoroso nivel de dominación, a la palabra escrita.

En un principio no fue así, la palabra oral mantuvo un peso notable frente a las palabras escritas, preeminencia que conservó durante siglos, ¿acaso milenios? Las palabras habladas tenían el privilegio de ser verdaderas (una vez dicha, la palabra existe, la persona, el objeto nombrado cobran vida) no así cuando dibujamos o creamos imágenes, o cuando escribimos porque tenemos la posibilidad de borrar, cambiar, enmendar, corregir, acciones imposibles en el momento de emitir un sonido. Su fuerza le fue dada al ser una consecuencia por el simple acto de haber sido pronunciada; así, existe y vale, fue y es un recurso inteligente. Sin embargo, en situaciones donde fue imposible o se hizo complicado usar el lenguaje verbal, la escritura cumplió satisfactoriamente su misión

como medio de comunicación, como puente entre los hombres. Si bien se perdió la vitalidad del verbo, la espontaneidad, el peso lapidario de los sonidos, se ganó en otros aspectos: cualquiera que supiera leer podría regresar tantas veces como quisiera a revisar un escrito y utilizar su contenido. Asunto imposible en un sistema formado solo con sonidos. Afirma McLuhan, citando a Carothers:

[...] cuando las palabras se escriben, pasan a formar parte del mundo visual. Como la mayor parte de los elementos del mundo visual, devienen cosas estáticas y, como tales, pierden el dinamismo tan característico del mundo auditivo en general y de la palabra hablada en particular. Pierden mucho del elemento personal, en el sentido de que la palabra escuchada nos ha sido dirigida, comúnmente, en tanto que la palabra vista no lo ha sido, y la leemos o no, según queramos.³²

Aunque éstos en su contundencia sonora mantuvieron una influencia evidente aun cuando los documentos impresos circulaban ya en abundancia y varios procesos sociales y políticos eran registrados minuciosamente por escrito. De hecho, con el uso cada vez más extendido de la escritura, se valoró la utilidad de dejar perennemente grabadas las ideas y los sucesos de la humanidad en una especie de empresa cultural, en un *continuo* que permitió además la sedimentación y la construcción de puentes entre generaciones a partir de la escritura. En un medio oral también se presentó la consolidación de procesos que acumulan información, así la transmisión de datos fue mucho más lenta, y no siempre confiable dada la mutabilidad de los sonidos. La ventaja suprema de la oralidad radicó en que un mayor número de personas es dueña de esta herramienta, de los datos, de la información; misma que no ha sido nunca, ni con mucho, patrimonio solo de quienes son capaces de escribir... y leer. La información era parte de un bien comunitario, de una relación y liga entre los individuos y los grupos; la oralidad permitió (aún permite) cumplir con creces esta necesidad. Construyó en todo momento una relación comunitaria bastante sólida entre el individuo y el grupo al que pertenece, aun en las sociedades muy estratificadas o altamente divididas. En cambio, la palabra escrita tendió a aislar tanto a quien la escribió como a quien la leyó, de alguna manera rompe el vínculo de comunión del sonido y a su vez estableció un nuevo eslabón, una unión entre el signo y su lector, entre el signo escrito en ese momento y el signo escrito tiempo atrás. Es decir, se convirtió en un nexo, que pretendió ser sólido, entre generaciones. A la par que la oralidad, con el inconveniente que los sonidos no pueden viajar más allá de límites geográficos y temporales, asunto que no fue obstáculo para las palabras escritas, afirma Olson:

No todas las características gráficas necesitan verbalizarse, y no todas las diferencias verbalizadas necesitan aparecer en la escritura. El factor decisivo en la elaboración de la escritura no serán los modelos verbales (dado que, como hemos visto muchos modelos no están disponibles antes de la escritura) [...]³³

En sí la palabra escrita, por sobre la oral, representó un avance en tanto garantizó que ésta quedaría guardada, preservada en el paso de la generaciones. Un retroceso dirán otros, los griegos entre los primeros, aunque sus mismos discursos se preservaron por escrito y en realidad nunca fueron opositores decididos salvo en la parte que la memoria jugaba un papel fundamental como parte del desarrollo equilibrado entre la mente, la lengua y la razón, si se toma en cuenta que la mnemotecnia privilegia a estos elementos productores y ges-

tores de ideas, de discursos, del lenguaje. Y determinó también nuestra percepción de cultura y civilización, indica Havelock «La suposición general es que toda civilización digna de tal nombre debe estar basada en alguna clase de escritura, o que debe ser en cierta medida una sociedad alfabetizada.»³⁴ Como contraparte, la palabra escrita le otorgó una gran movilidad a la memoria porque la aligera del peso que implica mantener una inteligencia atlética en perfecto estado de salud, además le permitió tener consigo un espacio más vasto para acumular y crear nuevas ideas sin la carga que trae aparejada el almacenamiento verbal de generaciones. Con una tecnología adicional, como lo es la escritura, los horizontes memorísticos y cognitivos del hombre se ampliaron de tal suerte que a partir de ese punto fue literalmente imposible disociar de la escritura procesos tales como avance civilizatorio y las fundaciones culturales. Así como el lenguaje oral operó una revolución en el comportamiento primario de la humanidad, así también la escritura transformó para siempre las formas de interpretación y construcción del mundo, de la apropiación vital del entorno del hombre. Se establece un sistema de apropiación y acumulación intelectual, al respecto comenta Hernández Monroy:

La escritura abrió la posibilidad de materializar el pensamiento, y lo más importante: acumularlo. El hecho de poder leer textos del pasado y compararlos generó la indagación crítica. El hombre logró leer y cotejar el pensamiento de hombres que lo habían precedido, y se dio cuenta cómo miraron la realidad de diversas formas.³⁵

La economía de representaciones gráficas permitió el ascenso y la dominación, la conquista del mundo por las grafías. Éstas se ordenaron en sistemas relativamente reducidos, relativamente pobres aunque versátiles, flexibles, lineales ciertamente, con posibilidades de crecer en significados no tanto como sistemas infinitos (todos los alfabetos o sistemas de signos más elaborados tienen límites y son finitos, no crecen desmesuradamente). Variantes que son comunes en el lenguaje oral no pudieron transcribirse o reproducirse con facilidad en el lenguaje escrito. El signo impreso *mató* a la lengua en tanto la petrificó, es un ataúd que le sirvió a su vez de mortaja y le (res)guardó para el futuro, no lo momificó, dado que era un retrato de lo dicho, de lo pensado y también una nueva forma de expresión y comunicación. Ante la exuberancia verbal, el esquemático lenguaje de los signos poco pudo hacer para dominarle en términos formales, ante la oralidad el lenguaje de las grafías triunfó porque se convirtió en parte fundamental de la memoria del poder, como reproductor y cobijador de su paso por el mundo, elemento vital porque en sí es la historia armada de cronologías, genealogías, sucesos documentados. Hay entonces una paradoja: para construir la memoria de la especie fue necesario inmovilizar al lenguaje, dominarlo, adormecerlo para preservarlo. Tal como reflexiona Roland Barthes:

De ahí un conjunto de signos sin relación con la idea, la lengua o el estilo y destinados a definir en el espesor de todos los modos posibles de expresión, la soledad de un lenguaje ritual.³⁶

El triunfo impuesto de la palabra escrita se dio a partir, y como consecuencia, de estos procesos. La palabra escrita tuvo su futuro asegurado como un componente fundacional y permanente, su estancia en las culturas del hombre

quedó así ligado a la permanencia, la persistencia de la memoria. Esta reducción del triunfo de la palabra escrita sobre la lengua oral puede justificarse si se revisan culturas de diferentes periodos históricos y espacios geográficos. Casi como una regla, cada grupo o nación que dominó a otros grupos o naciones, usó o llegó a usar la transcripción en signos de su lengua verbal. Los pueblos triunfantes se acompañaron de la escritura como recurso para sojuzgar, para dominar, como herramienta de imposición conquistadora. La historia, la cultura, la civilización, pudieron mantenerse y dar un salto adelante en tanto había registros perdurables que ejercieron la función de cimientos o trabes, de piso, de muros; es decir, la casa de las comunidades, de las naciones, se edificó y fincó a partir de la permanencia y la trascendencia de los lenguajes. Sin huellas o registros guardados es como si no hubieran existido, y si bien la arqueología nos ofrece una documentación valiosa cuando recupera objetos, ésta resulta más efectiva, más entendible a nuestra contemporaneidad fundamentada en la escritura cuando se acompaña de materiales con escritura, o vestigios escritos. De allí que los registros se conviertan en la memoria de culturas y civilizaciones, de allí nuestro celo no solo para descubrirlos sino el afán de coleccionista, de taxidermista para guardarlos y atesorarlos y alimentar archivos, bibliotecas, museos, para la posteridad.

El poder requirió (y ha requerido) de instrumentos para dominar, el control de la palabra, el gobierno de la palabra alimenta y da sustento al poder, al Estado. Tanto que en muchas culturas gráficas se dividió celosamente el trabajo de escribanos y lectores, los primeros no siempre sabían leer (un caso curioso de analfabetismo funcional y de dominio que requería de un sistema de signos codificados), en tanto los segundos no podían escribir. Esta división artificial permitió una lealtad casi absoluta para con los dueños de vidas y bienes. Se suponía, y no sin razón, que quien dominara ambas habilidades era peligroso ya que podía socavar y hacerse de los fundamentos del poder. La palabra escrita adquirió entonces una cualidad que no le ha abandonado: ser un instrumento de dominación. Aún hoy quien lee y escribe se impone sobre el analfabeto. Y el analfabeto para trascender su condición de excluido debe integrarse y pertenecer al grupo de los alfabetizados, o quedarse en los márgenes sociales. Así, se llegó a un punto de normalización, refiere Díaz-Plaja:

[...] las observaciones formuladas por Marshall McLuhan en orden a las trascendencia cultural del descubrimiento al crear, con la unidad de los textos, la regulación y estabilización de las lenguas y la uniformidad nacional obtenida por el hecho de existir una comunidad capaz de entender los mismos libros. En cualquier caso, el invento de Gutenberg utiliza hasta el máximo la enorme ventaja que la humanidad obtuvo al pasar de una escritura simbólica a otra fonética.³⁷

Las culturas, y sus gobiernos, lo Estados que emplearon la palabra escrita fueron decantado su uso y los llevaron a un punto tal que el término civilización estuvo irremisiblemente ligado, hermanado, casado con la palabra escrita tanto que le hicieron parte de su herencia genética, estructural. Difícilmente se podría pensar o actuar sin compañía de la escritura, para hacerlo sería menester reinventar de nueva cuenta un espacio en donde la escritura dejara de tener valor, empresa literalmente imposible si no es que fantástica. Emprender la utopía de dar inicio al desarrollo de las culturas sin signos ni símbolos podría entrañar inclusive un componente de humor negro o tragedia: ¿quién quedaría

para dar cuenta de la empresa? Homeros no hay ya en abundancia, amén que hemos perdido la extraordinaria capacidad de usar los recursos orales como se usaron en los primeros tiempos, señalan David Barton y Mary Hamilton:

No obstante, los diferentes dominios, y las comunidades discursivas que les son asociadas, no están claramente delimitados. De hecho, existen cuestionamientos acerca de la permeabilidad de los límites, los escapes y movimientos entre los límites, así como la yuxtaposición entre los diferentes dominios. El hogar y la comunidad, por ejemplo, suelen ser tratados como un mismo dominio y, sin embargo, son distintos de muchas formas, inclusive en la dimensión de los comportamientos públicos y privados.³⁸

En este punto de la historia, no fue posible anteponer la división que se mantuvo durante los siglos ilustrados (que va desde el uso intensivo de la imprenta hasta la hegemonía avasalladora de la razón y del uso primordial de la escritura como notación fundamental para hacer ciencia, tecnología, arte, civilización) entre culturas gráficas y culturas ágrafas, ninguna tiene más valor que la otra: son desarrollos paralelos que corresponden a culturas o procesos civilizatorios diferentes, en momentos complementarios o suplementarios. José Daniel Moncada Patiño indica:

[...] las transformaciones en la historia de la lectura y la escritura son un punto clave para un extenso razonamiento en torno a las relaciones estructurales del hombre y la sociedad. Abundantes estudios han analizado la lectura y la escritura en la historia —aunque por separado—, demostrando su conveniencia en la explicación de problemas de carácter económico, social, político y cultural. Estos, además, han tenido como base *lo público* y *lo privado*, lo que era visto por todos y lo que era vedado en la intimidad, desde la vida antigua hasta la actualidad.³⁹

Entre lo público y lo privado, el uso común y el uso necesario, no es sino hasta el siglo XX en donde fue posible entrever un posicionamiento definitivo, contundente, de las grafías como medio de comunicación universal.

El destino de la especie humana quedó definitivamente unido a la palabra escrita. Esta premisa fue una regla que no fue puesta en tela de juicio hasta el siglo pasado. La civilización occidental y la cultura prohiada por ésta, o bien las culturas y derivaciones civilizatorias occidentales se mantuvieron en buena medida gracias al uso intensivo y extensivo de la palabra escrita; lo mismo las pujantes culturas orientales. Todas hicieron de la palabra escrita y de la palabra impresa uno de los fundamentos más significativos, inclusive determinantes, en su devenir cultural. Tal como afirma Díaz-Plaja «De ahí que nuestra civilización haya considerado la imprenta y su consecuencia, el libro, como la llave para la cultura y para la libertad.»⁴⁰

Si la representación gráfica del lenguaje lo *inmovilizó*, lo cual no parece ser siempre un resultado deseable, es en consecuencia el precio que se pagó para dejar constancia del paso por la tierra. La vitalidad, el movimiento, la reproducción de este recurso humano es lo que permite su existencia. El sonido, tangible, móvil, pasajero, es alimento cultural. La estática de los signos, la inmovilidad, su preservación, por ende, no le aniquila. El movimiento no permanece en su inmediatez, lo inmóvil, en su árida posición, queda para la posteridad. Lo maravilloso se constituye y explica en estos procesos antagónicos

que no existen ya aisladamente una vez aceptado el signo o el símbolo como medios de transporte de ideas.

La fuerza original del sonido que devino una posesión de los objetos, desapareció. Sin embargo, la posesión directa se volvió posesión simbólica, y aquí cabe una pregunta: ¿es esta fuerza simbólica una expresión «mágica»? Si tal fuera, ¿vale como una explicación para el carácter y el poder que alimenta el culto por la palabra escrita, después por el texto? ¿Símbolo y magia acompañantes del texto? Y esto a pesar que el alfabeto, no es más que el ordenamiento arbitrario de los referentes escritos, tiene un principio y un fin. Y bajo este sistema todo lo que el hombre puede nombrar, por ende, dominar y volverlo propiedad, se encuentra delimitado por las grafías del alfabeto. Límites estrechos, e increíblemente productivos. La escritura, dominante ya, pudo evolucionar alcanzando el grado de arte, como anota Díaz-Plaja:

[...] el proceso de abstracción mental que encierra toda lectura, el cual convierte un dibujo en una letra, un perfil plástico, como logro de belleza, condujo la civilización manuscrita a esmerarse en el trazado de los *gruesos* y *perfiles*, a cuidar la puntuación y las tildes (por eso se dice escritura atildada), creando una bella arte menor: la *caligrafía*. 41

El temor a pensar más allá de los límites que imponen las representaciones de las grafías o el peso de los sonidos convertidos en imágenes simplificadas —la letra y el número son un ejemplo magnífico de la simpleza y de la riqueza que puede encerrar la economía de un signo, de una imagen—, ha acompañado a generaciones de hombres, a culturas y civilizaciones. En su artificialidad se impuso como componente fundacional, inclusive genético, ¿quién pondría en duda lo magníficos servicios que nos prestan los signos impresos? El aumento de la capacidad de la memoria, la posibilidad de asociar cantidades abundantes de información utilizando letras y números como redes de pescar o recipientes mentales que fueron liberando al hombre de los largos y en momentos frágiles recursos recitativos y nemotécnicos. La palabra escrita liberó al hombre de su relación de subordinación con el sonido y la salmodia de las frases repetidas, con fórmulas simples del discurso recitativo, solución eficaz y altamente productiva. En el fondo resultó inútil, ante los cambios de la evolución de las sociedades, con su complejidad de jerarquías y clases, operó con los recursos de comunicación oral y dio paso a una callada revolución que desplazó lentamente, con firmeza, a la palabra hablada y permitió el ascenso y dominio de la palabra escrita. Ong establece en *Oralidad y escritura*⁴² un discurso que sirve de guía y de explicación en detalle del proceso cómo las palabras, abandonado el cobijo de la divinidad del Verbo, alejándose de las primeras expresiones literarias (contrasentido en tanto la literatura es palabra escrita pura), terminó como refugio de los grupos sin poder, sin derechos al dominio del lenguaje que en el uso permanente de la lengua la preservaron, enriquecieron, le mantuvieron viva como vehículo de expresión y medio de comunicación inmediata, mediata y aún en el largo paso de las civilizaciones. Sobre el Verbo y la relación con la oralidad, Yves Beaupérin apunta:

[...] la globalidad-oralidad precede a la escritura, en el sentido que un largo período de globalidad-oralidad antecedió escribir y que pudiera ser hecho. Al igual que el río lleva al barco, tal como la globalidad-oralidad lleva la escritura, en ese sentido la

Torá escrita se sigue transmitiendo en la globalidad-oralidad. Así como el río continúa con el barco río abajo, por lo que la globalidad-oralidad prolonga la escritura, en el sentido que sin la globalidad-oralidad, la interpretación y la aplicación de los textos escritos resultan incompletos debido a que el texto escrito no dice nada y no incluye las tradiciones orales que han permanecido.⁴³

En este punto vale una última reflexión. Si se revisa el camino de cómo los sonidos articulados, las palabras terminaron representadas por grafías, es probablemente un resultado esperado: trascender y construir, siempre construir y avanzar (aunque en el tránsito se destruya) que es una de las tareas que la humanidad se ha impuesto desde siempre. Luego un sonido, una imagen elegida y transformada en signo, dan por resultado una letra o su equivalente, que en su inteligente simpleza nos ha modelado la vida, el conocimiento, la sabiduría y la acción de la especie humana.

Sin embargo, algo faltaba, un soporte que permitiera subyugar a la oralidad, a las imágenes también, bajo el dominio de la escritura. Una tecnología o un conjunto de tecnologías que no solo le dieran superioridad, sino le permitiera mantener su estatus de límite, de registro, de valla.

1.3 El libro: síntesis y horizonte de la palabra escrita

De los diversos instrumentos inventados por el hombre, el más asombroso es el libro; todos los demás son extensiones de su cuerpo... Solo el libro es una extensión de la imaginación y la memoria.

JORGE LUIS BORGES

El libro fue el producto de un proceso en donde convergen otros más, no puede obviarse la participación de la técnica y la tecnología las que se volvieron indispensables para las culturas humanas. Así, Escarpit apunta en torno a la natu-raleza del libro:

Es el fruto de determinadas técnicas que se han puesto al servicio de determinadas intenciones y que permiten determinadas utilidades. Aunque podría decirse lo mismo de la mayoría de los productos de la industria humana, lo peculiar del libro es que las intenciones, las utilidades y las técnicas que convergen para definirle, en vez de dejarse captar por el fenómeno, lo rebasan ampliamente, conservan en cierto modo su autonomía, evolucionan con las circunstancias históricas e influyen unas sobre otras, modificando mutuamente su contenido y haciendo que varía hasta el infinito no solo el libro propiamente dicho sino su situación y su función en la vida individual o social de los hombres.⁴⁴

La vida urbana empezó a dominar por sobre las comunidades agrícolas y los pueblos de pastores. La escritura se convirtió en una herramienta que avasalló por sobre otras como vehículo de preservación y transmisión de la palabra. El proceso no fue inmediato, ni sin rupturas. Hay civilizaciones que lo emplearon y usaron como arma de dominación, supieron que el lenguaje es también un arma poderosa. Hay civilizaciones que aunque alcanzaron altos niveles de desarrollo, de influencia civilizatoria (la luz de Atenas brillará así durante siglos) indiscuti-

blemente poderosas y determinantes, dudaron en emplear a la escritura como un elemento de comunicación permanente. La economía de la escritura terminó imperando en casi todo el mundo. Refiere Pérez Cortés:

Las páginas obedecían a los ritmos y los tiempos de la palabra. No era casual sino indicativo de una constelación en la que la palabra pronunciada era dominante, y la página escrita no había alcanzado la autonomía que la cultura textual habría de otorgarle más tarde.⁴⁵

Si bien el papiro se convirtió en un soporte escriptorio de gran valor por la facilidad y maleabilidad de su uso y empleo, su alto costo, lo laborioso de su producción y un mercado mediterráneo en poca medida demandante le mantuvieron bastante alejado de los escribas y de las incipientes burocracias estatales. Con el tiempo será un objeto de lujo y ya en los albores del cristianismo casi habrá caído en el olvido. Otros recursos aparecieron en estas sociedades complejas que con determinación daban la espalda a sus orígenes tribales. Las tablillas de madera recubiertas de cera serán muy populares y el estilo en que se graban dará inclusive nombre a una buena parte de acciones y objetos relacionados con la escritura o el acto de razonar. Es quizá la primera ocasión en que un objeto simple, de mantenimiento nulo se asoció al acto de escribir. Es probable que esta asociación fortuita haya permitido la evolución de los soportes hasta llegar al libro nuestro. De ser así se encontró un alto valor al hecho de contar con materiales que fueran dúctiles y duraderos.

No obstante, algo faltaba en este sistema, algo que permitiera trascender más allá de las generaciones presentes. Una tablilla se podía usar infinidad de veces, en cada ocasión el grabado anterior desaparecía. Si bien era ya una herramienta de escritura seguía dependiendo de la fuerza de lo oral. Se le consideraba como un apoyo de la pereza, un recurso que alentaba el vicio de la indolencia. Dado que los retóricos y los amos de la oratoria creían en el valor imperecedero de la palabra articulada (nada mejor que mantener en forma a la memoria con elaborados ejercicios de recordación y reconstrucción de lo recitado) vieron en estos apoyos gráficos un síntoma de la corrupción de las costumbres. No pudieron comprender cómo las jóvenes generaciones confiaban en algo tan endeble como una capa de cera que sería borrada al día siguiente. Y en parte tuvieron razón, poco a poco se dio una evolución a paso lento y firme: las estructuras abiertas de pensamiento asociadas a la fuerza del sonido (de la palabra oral, evidentemente) fueron transitando a nuevas formas de organizar el mundo con la palabra escrita. Novedosas y trascendentales formas de resguardar las palabras que desplazaron a los antiguos ejercicios de repetición y encadenado de largos discursos que fueron el sustento para organizar la literatura de los antiguos. Y aún más, con la posibilidad de guardar en objetos inertes el maravilloso encanto de las entonaciones verbales, se había dado un paso decisivo. Más allá de las tablillas, los muros, la cerámica, las piedras se convertían paulatinamente en registros de eventos cotidianos o de sucesos míticos. Cualquier elemento susceptible de ser grabado con signos fue utilizado. Los antiguos empezaron a involucrarse en una relación estrecha con el signo y el símbolo, los límites de la expresión gráfica no conocieron de hecho fronteras. Al lado de dibujos e imágenes se fueron anotando textos, frases simples y sentencias.

La división que hoy hacemos entre dibujo y letra no parece haber sido importante en esos días. El uno no delimitaba a la otra, la una no explicaba necesariamente a la imagen. Había planos, espacios contiguos que se ocupaban porque la función de una ánfora era la de servir como documento de primera mano más que como un sucedáneo de una vinagrera. En la cerámica clásica, por ejemplo, quedó grabada indeleblemente una parte de la vida, un fragmento congelado de la vitalidad de los hombres. Y lo mismo sucedió con las cráteras, las tinajas inmensas, los toneles de piedra, tal como lo sugirió McLuhan⁴⁶ cuando las toma como ejemplos de contenedores de información en la época clásica. Resultaba difícil mantener la historia y la memoria de las civilizaciones en materiales tan rígidos y al tiempo, tan poco oportunos para grabar y perpetuar mensajes. Ya la piedra se usaba con estos fines, sin embargo, no era fácil tener a la mano buenas piedras, tampoco cómodo mantener un archivo pétreo para los asuntos de gobierno, o para documentar la vida cotidiana. En este tenor, reflexiona Juan B. Iguíniz:

Desde que fue inventada la escritura buscaron los hombres los medios de fijarla y conservarla. Los elementos de que para ellos se valieron fueron en un principio las hojas de los árboles, las piedras, las maderas, los metales y otras materias naturales las cuales, unas por falta de solidez y otras por no ser manuales, eran inadecuadas al fin al que se les destinaba.⁴⁷

Así comenzó la historia de la escritura, y se mantuvo durante milenios empleando técnicas para grabar en piedras y materiales similares.

Con el uso de las fibras vegetales hay un avance cualitativo y cuantitativo. El papiro siempre fue costoso, la cerámica muy económica y poco práctica para usarle como material escriptorio durante un tiempo indefinido. Como testimonio social resultaba limitada, aún como base pictórica. El papiro fue un elemento no abundante, no obstante, relativamente simple de manufacturar, de una facilidad de uso sorprendente y con una dudosa durabilidad le volvió en cierto modo el más adecuado material en el ya próspero negocio de la escritura. Posteriormente se tuvo también al pergamino, material útil y caro, espléndido como soporte de escritura, además de ser un material que puede mantenerse en buen estado sin necesidad de invertir fortunas en su cuidado y preservación. No es posible pensar en la hegemonía del cristianismo, en el sostenimiento del opulento y pesado poder imperial de Bizancio, de los reinos y señoríos europeos si solo hubieran tenido frágiles soportes de escritura y de difícil recuperación. El pergamino fue, para este largo periodo histórico, el sostén de la palabra escrita. Señala Escarpit:

Verba volant, scripta manent: la escritura permitió la conquista del tiempo por la palabra, mientras el libro le ha permitido la del espacio. Los soportes flexibles y ligeros que, hace aproximadamente treinta siglos dieron sus diversos nombres al libro, abrieron el camino a dos progresos decisivos: por una parte, la posibilidad de copiar rápida y fácilmente un texto largo y, por otra, la de transportar rápida y fácilmente a cualquier sitio un número considerable de copias de ese texto.⁴⁸

Un proceso acompañaba al otro, es decir, la oralidad se afianzaba con la escritura, ambos recursos del lenguaje se hilaron y tejieron, en una red con sus correspondencias y espejos lingüísticos, también con sus particularidades, y todo perfectamente ensamblado. Lo escrito, como apoyo mnemotécnico, útil y práctico

—como correspondía a los pueblos que entendían las ventajas de una vida ordenada bajo principios urbanos— se transformaba ya en un elemento *natural* de uso cotidiano. La forma de pensar había sido emparejada con el modo de expresar y preservar por escrito las ideas. Ya no era ignominioso usar apoyos de escritura para recordar los largos argumentos de la épica clásica, o los intrincados juegos de oratoria, o los complejos razonamientos filosóficos de los inicios. Era una forma más de aprender, de conocer, de pensar. En tanto lo sonoro nos permite usar algún sentido más, la vista demanda nuestra atención y concentración. La lectura es estricta, demanda nuestra entrega, literalmente no admite distracciones. Es necesario atenderle con cuidado por sobre otras actividades. Si bien ahora sabemos que la lectura originalmente se practicaba en voz alta (el apego a las formas tradicionales era fundamental, no se había abandonado en modo alguno la forma de ejercitar la gestación y transmisión de ideas), de hecho la lectura en voz alta se practicó así hasta hace poco tiempo, la vista fue dominando el modo de percepción y de entendimiento de la realidad y la imaginación. Así se puede afirmar a la par con Olson:

[...] una vez que se ha reconocido la fuerza ilocucionaria de un texto como la expresión de una intencionalidad personal y privada, los conceptos para representar el modo en que debe tomarse un texto proporcionan los conceptos necesarios para la representación de la mente.⁴⁹

Y también, es propicio suscribir lo que afirma Hernández Monroy:

La reflexión fue la base de la conducta letrada, así la escritura incrementó los procesos reflexivos y después posibilitó la representación de los resultados de la aplicación de estos procesos. Esta representación constituyó un modelo del mundo sobre el cual se había meditado, esta abstracción de la realidad la llamaremos genéricamente texto, podía ser un poema, un mapa, una narración. Además de este proceso abstractivo, el individuo debió realizar otro inverso, el hermenéutico, o sea el de la interpretación.⁵⁰

Con la caída de Roma y el paso caótico del orden clásico, de suyo imperfecto: con el esclavismo, la dominación por la guerra, la destrucción de culturas ajenas, a la Edad Media, hay cambios significativos. No es ya el hombre el centro del cosmos sino la conciencia de la divinidad. No es ya la voluntad de las deidades la que gobierna el destino de los hombres y los pueblos, sino la decisión de un Dios. La noción de uno, de individuo queda determinada por la comunidad, por la tradición, la herencia. Y la escritura como medio ha demostrado ser más que buena, hay que emplearla para los nuevos fines de la sociedad y la economía, la política y la religión, de los nacientes proto-Estados europeos. Y es aquí donde los instrumentos de escritura y sus productos empezarán a ser indispensables. Los centros donde se manufacturaban manuscritos serán los núcleos culturales, políticos también, durante el extenso periodo medieval: las instituciones del Estado una cancillería, un consejo real; y de la Iglesia, un obispado y sus instituciones: catedrales, conventos, monasterios, abadías; o de las asociaciones libres: académicas, entes comerciales, una universidad, un gremio, un banco, todos necesitan nutrirse y alimentarse de palabras... escritas. Es por ello que necesitan de soportes que las resguarden a futuro.

Los libros como tales tardarán siglos para adoptar la forma en que les conocemos: de rollos a pliegos de pergamino unidos en códices, después códices

que no se arman en tiras sino en pliegos sustituyendo los amarres por encuadernaciones. Roger Chartier reflexiona en torno al espacio físico de la página, soporte físico y superpuesto del libro:

La invención de la página, los seguimientos asegurados por la foliación y la indización de la nueva relación entre el trabajo y el objeto que es el medio de transmisión hicieron posible una relación sin precedentes entre el lector y sus libros.⁵¹

Sus hacedores expresan la necesidad que se tiene de ellos como herramientas, como instrumentos, donde las palabras escritas encontrarán su horizonte definitivo y más significativo. Un espacio (no siempre pequeño, la idea de volumen no ha sido la misma al paso de los siglos) que se puede guardar, ordenar, usar, transportar, un objeto en donde la formidable fuerza de las palabras quede expresada para el presente y la posteridad. Un documento del que nadie tenga, ni ose tener, dudas sobre lo que alguien, o algunos, han determinado escribir para educar, dominar, someter o gobernar por sobre otros. Se usarán utensilios agresivamente afilados —punzones, cálamos— hechos para tallar, raspar, grabar o escribir con tinta en superficies no siempre suaves, lo que le confiere a la escritura un carácter de agresión a la superficie, de confabulación cruel entre la inteligencia y su representación gráfica. ¿Una necesidad de marcar con dureza el abandono decidido de la oralidad como medio de preservación de la cultura? Con el paso de los siglos, los escribanos empuñan pinceles y finas plumas de ave que deslizarán por las amables superficies de suaves pieles, telas y papeles, en donde escribirán con cuidada caligrafía e ilustrarán con primoroso arte los primeros libros manufacturados. La nobleza de los materiales, el resultado de las largas jornadas de paciente trabajo, de dedicación a la escritura, el dibujo, se ven altamente recompensados, nunca antes se habían tenido productos no solo necesarios, indispensables sino también bellos, llegando a ser majestuosos. El portento de la sabiduría y la inteligencia inspirando la confección de libros. Libros para las estancias de los eruditos y los maestros de las universidades, para engalanar las habitaciones de los reyes, para los claustros de los clérigos, para elevar a la nobleza a los acaudalados burgueses, para fundar las precarias fortunas y los limitados tesoros de los privilegiados mortales tocados por la gracia del ejercicio de la lectura.

Sobre todo los libros tendrán una relación determinante para los asuntos de Dios y de la religión, del príncipe y el gobierno, de la inteligencia y el arte, el mundo donde habitan las personas; ya mucho después, se editarán libros para atender las necesidades del ocio, del pasatiempo culto entre lecturas. Estos usos dotaron al libro de un prestigio notable. En un momento, solo lo que es bueno y digno, lo correcto, lo edificante, quedará preservado mediante palabras escritas. Dio origen al coleccionismo, la acumulación de libros estaba a la par de las grandes fortunas, no bastaba con ser rico sino parecer también un letrado; fue el inicio del control de los impresos, su salvaguarda, su uso controlado, su producción vigilada, estuvieron siempre en los escritorios y los gabinetes de los amos y censores. Los libros también amueblaron, decoraron los pasillos y las habitaciones del poder. Así, cuando los libros dejaron de ser manuscritos y fueron editados, llegaron con excelentes antecedentes e inmejorables virtudes asociadas a ocupar un lugar memorable en la vida de las naciones, se acomodaron sin saberlo en el futuro de los hombres y las sociedades. Indica Díaz-Plaja:

Lo que el libro aporta, en principio, es la autonomía que nos permite, en primer término, «construir» nuestra biblioteca y, en segundo lugar, escoger, en cada caso, el momento y la dirección de las lecturas. Por eso la noción de libro va acompañada de una cierta idea de poder, cuyo primer estadio implica la posesión física de los libros, lo que comporta el concepto importantísimo de biblioteca particular ligada a nuestro yo más privativo.⁵²

No fueron objetos intrusos, a pesar del aparente divorcio de la oralidad. Se leía en voz alta, los textos se recitaron, los lectores leyeron y se escucharon. Sobre estos procesos paralelos, refiere Pérez Cortés «Cuando el autor antiguo concluía su obra, la difusión se llevaría a cabo, primero mediante lecturas públicas y luego mediante copias manuscritas normalmente de carácter privado, empezando por su círculo más próximo.»⁵³ No hubo una disociación entre lo que el hombre escucha y dice —su propia voz, el verbo que lo constituye y es fundamento en su constitución corporal—. La flexibilidad prodigiosa de la lectura no se confrontó con la fortaleza innegable de la oralidad. No se separaron en forma violenta, tal como sucede en los días nuestros donde cada recurso compite en un falso darwinismo que preconiza la salvaje preponderancia del uno sobre los otros, dando como resultado palabras dichas, palabras escritas, imágenes se tornan así ajenas, separadas, divididas.

Para entender estos procesos, es necesaria la historia del libro, en relación con este tema comenta Robert Darton:

¿Cuál es la conexión entre la cultura y la estratificación social? Para la consecución de estas cuestiones, los estudiosos se encontraron en un cruce de caminos en tierra de nadie de una media docena de campos de estudio. Decidieron constituir un campo propio e invitar a historiadores, estudiosos de la literatura, sociólogos, bibliotecarios, y cualquier otra persona que quería entender el libro como una fuerza en la historia.⁵⁴

Cuando el libro se fundó como el material que ha gobernado la lectura, cuando se inauguró como medio de conocimiento en la cultura moderna, todavía las palabras se movían con una libertad extraordinaria, pasaban con naturalidad de las páginas a las conversaciones, de la estática del plano impreso a la volátil mecánica de los sonidos. Era un mundo que no se había especializado aún, que descubría los valores altos de las ciencias, las artes, las humanidades conviviendo en una armonía quizá inconcebible para la realidad contemporánea que adora y promueve los compartimientos estancos. Hoy cada disciplina debe permanecer separada, aislada de ser posible, del resto. Una decisión que se defiende como eficiente, limpia, higiénicamente necesaria. Evidentemente en lo social, lo político y económico es más rentable, dado que le permite al poder, en términos reales, mantener eficaces controles sobre cada uno de los estamentos y clases, grupos y facciones que conviven en la arena de la vida. Y una administración inmejorable de los recursos que conforman al Estado, aun en los más insignificantes y aparentemente irrelevantes detalles de las existencias de las instituciones y las personas. En un inicio no era así, antes lo contrario. El hombre se veía entonces como grande y único, un Prometeo que robó la energía primigenia del fuego y un Adán en busca de conocimientos, ambos capaces de desafiar al Creador, a la divinidad. Así, las palabras habladas, gritadas, escritas,

dibujadas, impresas, le eran imprescindibles. No como un don, una dádiva de entidades sobrenaturales, si no como el premio justo a la evolución de la humanidad que buscaba una vez más una Arcadia posible. La inteligencia se corona entonces con el lujo de la imprenta. Anota Díaz-Plaja:

Pero la imprenta, finalmente, al inventar de manera continua nuevos tipos de letras y diversas ordenaciones de las columnas impresas, crea otros tipos de lectura, basados en las diversas posibilidades de la lectura *visual*, que se apoya en el «haz óptico activo» o abanico de visión que posee la pupila humana, al modo como un objetivo fotográfico puede ampliar su campo visual hasta los límites del «gran angular». Ello permite, además no solo la *lectura sucesiva* (lineal), sino la *global*.⁵⁵

Desde el inicio, con el verbo como impulso creador, con los sonidos dominando y creando todo acto, toda acción; con las imágenes en tránsito hacia la codificación del símbolo, o en su origen de reproducción de la realidad. Con la escritura, armada de signos y síntesis gráficas el hombre fue dotado de una amplia experiencia para domeñar su naturaleza y avanzar, por decir algo, hacia el dominio de todo lo que su imaginación pudiera proveerle, en buena parte y por primera vez bajo la forma de un libro impreso. Tal como apunta Chartier:

[...] es conveniente recordar que la producción, no sólo de los libros, sino de los propios *textos*, es un proceso que, más allá del gesto de la escritura, implica diferentes momentos, diferentes técnicas, diferentes intervenciones: las de los copistas, los libreros editores, los maestros impresores, los cajistas (o componedores en la lengua del Siglo de Oro), los correctores.⁵⁶

Con la imprenta y el texto consolidado y contenido en un libro, transitamos a la clausura de la oralidad, que si bien ha permanecido con nosotros, inclusive en las prácticas lectoras de los siglos pasados, y tímidamente en la alborada del siglo XXI, pudo imponerse el silencio como canon. Afirma Pérez Cortés:

Nuestros hábitos intelectuales se han vuelto silenciosos. Normalmente leemos en silencio, las más de las veces solos dejando que el alma perciba a través de los signos las palabras de un ausente. También escribimos en silencio, de propia mano o en el teclado, sin duda como parte de una técnica que nos permite seguir razonablemente de cerca el hilo de nuestros pensamientos.⁵⁷

El libro en el centro, construyendo, dominando, sin importar cuántos lo lean y cuáles sean las calidades lectoras. Aún en nuestros días, cuando no solo leemos libros impresos, usamos también el libro electrónico. Peter Balis entreteje una evocación entre el libro impreso y las posibilidades del texto electrónico:

Hay gran belleza y simplicidad en un libro impreso. Sin embargo, la tecnología de la página impresa tiene límites que las nuevas tecnologías no tienen. Solo estamos limitados si elegimos no hacer de la palabra impresa algo mejor.⁵⁸

Los críticos del libro impreso, paradójicamente gente de lecturas, le auguran desde hace décadas un fin inminente como objeto permanente de cultura; o esperan una mutación digital inevitable que lo obligue a mutar, a cambiar de forma. En tanto, con libros se sigue alimentando la inteligencia de culturas y civilizaciones.

REFERENCIAS

Capítulo 1

1. Ong W. Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra. 3a reimp. México: Fondo de Cultura Económica; 1999. p. 38.
2. Ong W. *Op cit.* p. 16.
3. Mostacero R. Oralidad, escritura y escrituralidad. Sapiens, revista universitaria de investigación [Internet]. 2004 jun [acceso 2016 oct 3];5(1):53-75. Disponible en: <http://www.redalyc.org/pdf/410/41050105.pdf>
4. Ong W. *Ibidem.* p. 38.
5. McLuhan M. La galaxia Gutenberg. México: Planeta-De Agostini; 1985. p. 12.
6. Boter K. Oralidad en la escritura: un breve estudio sobre la oralidad fingida en: *Conversación en la catedral* de Mario Vargas Llosa [Internet]. Sevilla: Universidad de Sevilla; 2014 [acceso 2016 ago 23]. Disponible en: http://www.academia.edu/8335453/Oralidad_en_la_escritura
7. Havelock E. La musa aprende a escribir: Reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente. España: Paidós; 1996. p. 47.
8. Castillo M, Galeote G. La oralité dans tous ses états. Pandora: Revue d'Études Hispaniques [Internet]. 2002 [acceso: 2016 jul 22];(2):11-34. Disponible en: https://www.academia.edu/12068326/_con_G%C3%A9raldine_Galeote_L_oralit%C3%A9_dans_tous_ses_%C3%A9tats
9. Luhman N, Zermeño G. La forma escritura. Estudios sociológicos. 2002 ene-abr;20(58): 3-21.
10. Castillo M, Galeote G. *Op cit.* p. 13.
11. Tusón J. El lujo del lenguaje. Barcelona: Paidós; 1989. p. 20.
12. Tusón J. *Op. cit.* p. 21.
13. Pontecorvo C. Las prácticas de alfabetización escolar: ¿es aún válido el «hablar bien para escribir bien»? En: Relaciones de (in)dependencia entre oralidad y escritura. Barcelona: Gedisa; 2002. p. 149.
14. Castillo M, Galeote G. *Op cit.* p. 12-3.

15. Ferreiro E. Escritura y oralidad: unidades, niveles de análisis y conciencia metalingüística. En: Relaciones de (in)dependencia entre oralidad y escritura. Barcelona: Gedisa; 2002. p. 151-2.
16. Petrucci A. Alfabetismo, escritura, sociedad. Barcelona: Gedisa; 1999. p. 58-9.
17. Hernández R. El impacto de la cultura escrita en las estructuras de pensamiento. Contactos [Internet]. 2001 [acceso 2016 jun 29];(39):5-8. Disponible en: <http://www.izt.uam.mx/newpage/contactos/anterior/n39ne/impacto.pdf>
18. Ong W. *Ídem*. p. 79.
19. Díaz-Plaja G. El libro ayer, hoy y mañana. España: Salvat Editores; 1974. p. 121.
20. Ong W. *Íbid*.
21. Havelock E. *Op cit*. p. 85.
22. Pérez S. La travesía de la escritura: De la cultura oral a la cultura escrita. México: Taurus; 2006. p. 11.
23. Hernández R. *Op. cit*. p. 5.
24. Pérez S. *Op. cit*. p. 12.
25. Bruneton J-M. Mémoire, oralité, écriture: Formation continue 2003-2005. Rhône-Alpes: CEFEDM [acceso 2016 ago 30]. Disponible en: <http://www.trans-mut.fr/ressource/docs/Bruneton.pdf>
26. Havelock E. *Ibidem*. p. 61.
27. Havelock E. *Ídem*. p. 73.
28. Nikleva G. La oposición oral/escrito: consideraciones terminológicas, históricas y pedagógicas. Didáctica: lengua y literatura [Internet]. 2008 [acceso 2016 jul 21];20:211-227. Disponible en: <http://revistas.ucm.es/index.php/DIDA/artic le/view/DIDA0808110211A/18983>
29. Pérez S. *Ibidem*. p. 42.
30. Hernández R. *Ibidem*. p. 8.
31. Olson DR. El mundo sobre el papel: el impacto de la escritura y la lectura en la estructura del pensamiento. Barcelona: Gedisa; 1994. p. 23-7.
32. McLuhan M. *Op. cit*. p. 31.
33. Olson DR. *Op. cit*. p. 101-2.

34. Havelock E. *Ibíd.* p. 87.
35. Hernández R. *Ídem.* p. 6.
36. Barthes R. El grado cero de la escritura: y nuevos ensayos críticos. México: Siglo XXI; 1997 [acceso 2016 jul 16]. Disponible en: [http://assets.espapdf.com/b/Roland%20Barthes/El%20grado%20cero%20de%20la%20escritura%20\(2896\)/El%20grado%20cero%20de%20la%20escritura%20-%20Roland%20Barthes.pdf](http://assets.espapdf.com/b/Roland%20Barthes/El%20grado%20cero%20de%20la%20escritura%20(2896)/El%20grado%20cero%20de%20la%20escritura%20-%20Roland%20Barthes.pdf)
37. Díaz-Plaja G. *Op. cit.* p. 120.
38. Barton D, Hamilton M. La literacidad entendida como práctica social. En: Escritura y sociedad: nuevas perspectivas teóricas y etnográficas. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú; 2004. p. 117.
39. Moncada JD. Balance y perspectivas predominantes en la historia de la cultura escrita: una aproximación. Palabra clave [Internet]. 2014 abr [acceso 2016 ago 10];3(2):102-118. Disponible en: <http://eprints.rclis.org/28440/1/PCLP%20014v3n2a3.pdf>
40. Díaz-Plaja G. *Op. cit.* p. 121.
41. Díaz-Plaja G. *Ibídem.* p. 127.
42. Ong W. *Vid. op. cit.*
43. Beaupérin Y. La Bible entre oralité et écriture [acceso 2016 ago 4]. Disponible en: <http://mimopedagogie.pagesperso-orange.fr/Beauperin/Traditionsorales/Bible%20entre%20Oralite%20et%20Ecriture.pdf>
44. Escarpit R. La revolución del libro. Madrid: Alianza Editorial; 1968. p. 15-6.
45. Pérez S. *Op. cit.* p. 40.
46. McLuhan M. *Vid. op. cit.*
47. Iguíniz JB. El libro: epítome de bibliología. 2ª ed. México: Porrúa; 2014. p. 3.
48. Escarpit R. *Op. cit.* p. 17.
49. Olson DR. *Op. cit.* p. 298.
50. Hernández R. *Op. cit.* p. 5.
51. Chartier R. Lecteurs et lectures à l'âge de la textualité électronique. Colloque virtuel Écrans et réseaux, vers une transformation du rapport à l'écrit? 2001 dic 31-2002 mar 14, Paris: Bibliothèque publique d'information [acceso 2016 jun 29]. Disponible en: http://www.text-e.org/conf/index.cfm?ConfText_ID=5
52. Díaz-Plaja G. *Op. cit.* p. 122.

53. Pérez S. *Ibidem*. p. 10.
54. Darnton R. What Is the History of Books? *Daedalus* [Internet]. 1982 [acceso 2016 sept 3];111(3):65-83. Disponible en: https://dash.harvard.edu/bitstream/handle/1/3403038/darnton_historybooks.pdf?sequence=2
55. Díaz-Plaja G. *Ibidem*. p. 136.
56. Chartier R. Materialidad del texto, textualidad del libro. *Orbis Tertius* [Internet]. 2006 [acceso 2016 sept 3];11(12):1-9. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/10626?show=full>
57. Pérez S. *Ídem*. p. 7.
58. Balis P. El libro en la era digital. En: *Analógico / digital: dos soportes, un futuro*. Guadalajara: CANIEM; 2012. p. 85.

CAPÍTULO 2

.....



<https://www.loc.gov/exhibits/heads/venlycraft/images/rw308s-tn.jpg>

Una mercancía llamada libro



Los primeros impresores que se establecieron en Francia trabajaron sin competidores y no tardaron en acumular una fortuna honesta. Sin embargo, no fue con Horacio, ni con Virgilio, ni con otros autores de semejante vuelo que la naciente imprenta ensayó sus primeros pasos. En el comienzo se trató de obras de poco valor, de poca extensión y que respondían al gusto de un siglo bárbaro. Es de presumir que quienes se acercaron a nuestros antiguos tipógrafos, celosos por consagrar las premisas del arte a la ciencia que profesaban y que consideraban como la única esencial, ejercieron alguna influencia sobre sus elecciones. Yo consideraría obvio que un capuchino aconsejara a Gutenberg comenzar por la Regla de San Francisco. Pero más allá de la naturaleza y el mérito real de una obra, fue la novedad de la invención, la belleza de la ejecución, la diferencia de precio entre un libro impreso y uno manuscrito lo que favoreció la rápida difusión del primero.

DENIS DIDEROT

2.1 Objeto visible, medible, cuantificable

*La verdadera universidad de nuestros días
consiste en una colección de libros.*

THOMAS CARLYLE

Una casa sin libros es una casa vacía.

EDMUNDO DE AMICIS

Para que un objeto sea reconocido como tal, debe existir. Es una condición que puede parecer una sinrazón, y sin embargo es preciso anotarla. La imaginación, la fantasía, la condición mítica de la especie humana han creado objetos que no existen, lo cual parece ser un contrasentido, hay una lista grande de objetos que no existen salvo en la memoria, nombrados solo por el lenguaje, la mera referencia. El libro, siendo una mercancía, existe en un plano físico, terrenal, es fácilmente ubicable y reconocible.

Al ser el libro una representación material de la palabra en su forma impresa y la imagen (en su forma gráfica) es un objeto visible, medible, cuantificable en tanto es un objeto manufacturado para ser leído. En nuestros días en varios ámbitos el libro aún es la médula de la lectura. El libro como objeto se auto-representa así como representa lo que contiene. La condición material del libro lo hace medible, cuantificable (medimos sus volúmenes y tasa de producción); la condición digital del libro también aunque no exista una materialidad como tal. Hay una relación evidente entre estos procesos, que son los que le dan su carácter, su sentido, su razón de ser. El continente libro puede ser así estudiado desde diferentes disciplinas y puntos de vista: la economía, la historia, la sociología, la bibliotecología. Lo que es posible dado que hay un correlato entre el libro, su representación formal, el contenido y el objeto. Afirman Julio Alonso Arévalo y José Antonio Cordon García:

Las definiciones del libro se han dividido entre aquellos que lo consideran principalmente en su materialidad, y aquellos que lo consideran desde la perspectiva que toma en consideración su carácter como portador de un mensaje desde el punto de vista sociológico y semiótico. Explicar un texto exclusivamente por su forma material sería absurdo y se incurriría en un simplismo. La identificación del mismo nunca ha representado problema alguno desde el momento en que el concepto estaba asociado a un soporte, el papel, que le confería un carácter unitario y, en cierto modo, totalizador en el que continente y contenido formaban parte de un objeto en el que ambos conceptos eran indisolubles.¹

2.1.1. Objeto visible

Hay veces en que se desea besar el libro.

JOSÉ MARTÍ

El lugar de privilegio que tiene, que mantiene el libro aún en tiempos de poca lectura, de erudición irrelevante, le ha elevado sobre su propia dimensión como objeto. Un objeto que tiene límites físicos y materiales, como cualquier otro. Las artes, las ciencias, las humanidades, con sus discursos y representaciones textuales, que van del rigor de la frase, la precisión de los términos hasta la explosión verbal más delirante, delimitan formalmente al contenido del libro. De hecho éste no puede existir más allá de los límites de sus textos. De hecho cada lector se detiene en las fronteras físicas del libro, para emprender su propia marcha intelectual. Sin embargo, fácticamente, existen asociados una amplia posibilidad de significados, de contextos, de significantes alrededor de un libro, el libro. Es pertinente acotar: de algunos libros, dado que en el mercado hay, desde siempre, mediocres o malos, o los pertinentes y excelentes títulos, siempre los referentes apuntarán hacia éste, al «libro». Aunque la lectura busque la experiencia lectora, como señalan Eco y Carrière:

Un gran libro permanece siempre vivo, crece y envejece con nosotros, sin morir nunca. El tiempo lo vivifica y modifica, mientras que las obras sin interés se deslizan junto a la historia y desaparecen.²

En un sentido literal, el lector se enfrenta al texto bajo las condiciones que presenta, sin posibilidades de hacer una mayor modificación o cambio, sigue un respeto absoluto, una devoción quizás a la autoridad y al autor: «es una cita tomada de», «es parte de un capítulo que se encuentra en», «se puede leer en». Sucede que cada lector le dé un uso dirigido, determinado, como una forma más abierta de crear y recrear lo que una autoridad o un autor escribieron: «es una interpretación de», «es una idea apoyada, fundamentada en». Y en un ejercicio común de la libertad de pensamiento, que nos resulta familiar, aunque sea un ejercicio relativamente moderno en boga hace apenas algunos siglos, el lector puede no solo no tomar al pie de la letra lo que alguien más afirma, sino que interpreta, refuta, contradice, reduce, enriquece, transforma: «he aquí una aseveración que bien vale tirar por tierra». Si Aristóteles o Descartes aparecen citados más de mil veces en diferentes obras, en textos diversos, sabemos que son ya autoridades porque quedaron inmortalizados como tales. Hago un alto en el tiempo. Esto supuso un cambio dado que la *autorictas* solo tenía razón de ser en el armario de la escolástica, con las jerarquías bien fundadas en los doctores, en la patristica, fincando su prestigio en la tradición; hubo un cambio con la imprenta: ahora cada autor tenía derecho a ser citado, en tanto cada uno era publicado. El elogio del autor no ha llegado a significar que la frecuencia, o el número de veces que algunos hacen referencia a las ideas de otros sea una condición *sine qua non* para establecer, apuntalar o erigir autoridades. Se necesitan más elementos intelectuales y condiciones formales (académicas, institucionales) para que esto tenga lugar. En cada texto el lector podrá seguir las líneas de su autor e invitar en una reunión o asamblea de ideas y amoldadas a sus propios intereses y sus particulares necesidades, las referencias a los

clásicos, de las autoridades, antiguas y modernas. Dadas estas premisas, definitivamente los límites del objeto son solo la formalidad física para reconocerlo como tal, sea un título, un libro con la presentación que tiene frente a cada persona (volumen, peso, color, archivo resguardado), una obra que ha leído o de la que tiene solo noticia.

El libro es fundamentalmente visible, si bien se han creado libros audibles, en realidad no se tienen frente al lector un libro en sí, sino un texto leído que fue impreso originalmente en forma de libro. La literatura nos ha brindado ejemplos notables de este oximorón (es decir: un libro que se escucha, no un libro que se lee), recuérdese la evocación en alguna de las *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury, en donde las bibliotecas son musicales, audibles en las casas fantásticas de las prósperas costas de Marte³; similar a lo que vislumbró Octave Uzanne en *El fin de los libros*⁴, un relato de sus *Cuentos para bibliófilos*. El nombre que hace referencia al objeto libro audible y lo que esto puede entrañar: no más textos, no más esclavitud de la palabra escrita. La posibilidad es sugerente, aunque poco creíble o aceptable como una opción para un lector promedio, salvo para los débiles visuales, personas eternamente excluidas del sistema dominante de la palabra escrita como norma de comunicación, salvo cuando pueden leer textos en alfabeto Braille. O para los noveles colegiales de los jardines de niños que podrían tener un primer acercamiento a la lectura a partir de este objeto. Y en otras circunstancias, para todo aquel que tenga una limitante... lo que hace del libro audible más un medio didáctico y funcional que una opción posible y exitosa frente al libro impreso. Lo gráfico una vez más determina y se impone a la memoria.

¿Podemos imaginar algo más visible, en el terreno del lenguaje y de las palabras que el libro? Si bien hay un número generoso de publicaciones, con formatos de todo tipo, el libro mantiene una jerarquía de *supremacía* sobre los demás. En la *Declaración de Londres* de 1982 se enuncia: «2. Los libros, a nuestro juicio, mantienen su preeminencia como portadores del conocimiento, la educación, la recreación y la cultura en la sociedad humana. [...]»⁴, y a pesar de no ser un documento de data cercana, buena parte de sus postulados aún son válidos.

El libro es un objeto que en su materialidad tiene algo de gloria, de fama, de prestigio de uso. De hecho ya de antes viene el prestigio del libro, anotan Eco y Carrière: «La idea de coleccionar libros es muy antigua. No pasó con los libros, por lo tanto, lo que les ha pasado a las películas. El culto de la palabra escrita, y más tarde del libro, es tan antiguo como la escritura.»⁶ Las ideas, los conocimientos, el saber institucional, la inteligencia aceptada como dominante, no son —quizás nunca lo han sido— objetos de consumo para una buena parte de la humanidad. Hay algo de yermo, de complejo, de sagrado incluso, en lo que dice y escribe un humanista, un científico. Y si se aplica esta afirmación en un espectro temporal, llegando a los tiempos antiguos, la regla ha funcionado desde que tenemos registros escritos. Aún la ficción, con su domesticación y cultivo del lenguaje, y presentado a éste como selva, soto de caza, huerto o jardín del estilo, de la gramática, pudiendo llegar a ser más que hermoso y soberbio, no es de uso general, ni cotidiano para el común de las personas. El libro demanda una

atención particular, una entrega atenta de sus lectores. Tal como todo texto impreso, en este sentido escribe Chartier:

En la cultura impresa, la percepción inmediata combina un tipo de objeto, una clase de textos y usos particulares. El orden del discurso de este modo se establece a partir de la materialidad de sus propios medios: carta, periódicos, revistas, libros, archivos, etc.⁷

No hay una esclavitud, ciertamente, el libro no puede hacer olvidar a sus lectores las circunstancias que le obligan a ser más que un anodino objeto de lectura. Sobre el libro como objeto, apunta Escarpit:

En general el libro-objeto puede tener tres usos que, por lo demás, nunca se dan aisladamente, sino que se entrecruzan y se combinan hasta el infinito. Puede ser una inversión, un elemento de decoración o lo que se llama *status symbol*, o sea, el signo de pertenencia a una determinada categoría social. Incluso la biblioteca funcional del universitario o de la persona que ejerza una profesión liberal se ve influida por esas motivaciones extraliterarias.⁸

Desde el principio de la producción en serie de libros, en la era de Gutenberg, fue relativamente simple su evolución como una mercancía, *sui generis* mercancía sin duda; su morfología como objeto visual de lectura le venía de antes, de la era de los códices y los papeles escritos medievales. Al paso de las décadas renacentistas y de los siglos de la historia de Occidente, se ha ubicado ya en el centro de la cultura dominante y ha sido reconocido en la civilización occidental como un recurso de conocimiento e información fundamental, el hecho que desde un primer momento trajo consigo un valor comercial no parece haber sido un impedimento mayor en demérito de su prestigio como instrumento del intelecto. Señala Álvaro Garzón:

Pero el libro es también un vector importante del bienestar material porque es un instrumento para compartir y actualizar el saber. Más allá de su misión específica para el propio sector editorial, el libro constituye un verdadero pivote de la economía en su conjunto.⁹

De los elegantes y refinados textos medievales, privilegio de la nobleza y de la gente de letras y estudios, se transitó sin mayores sobresaltos al libro para usos y fines en una escala nunca antes vista, o sospechada: la nutrición de la inteligencia, a ser parte de un exitoso mercado.

2.1.2 Objeto medible

Gastar dinero en los libros es una inversión que rinde buen interés.

BENJAMIN FRANKLIN

La presencia del libro es medible. Esta faceta de su naturaleza como un objeto fabricado en serie permite cuantificarle, medirle en términos de producción industrial. Es en verdad una de las operaciones más sencillas saber cuántos libros se editan, dado que desde el principio de su producción industrial el libro

fue un objeto susceptible de ser medido como mercancía. Asevera Sofia de la Mora:

No se puede negar que el libro es un artículo para ser comercializado. En algunos espacios es concebido como una mercancía, es por eso que dentro de la complejidad de su producción no hay que perder de vista que se busca que el libro, como objeto, tenga cualidades para ser manejado como tal, que pueda ser exhibido y vendido como un producto de consumo. El objetivo empresarial lleva al texto de un autor a las manos de un lector y esto no es un camino fácil.¹⁰

Así, desde el inicio de la impresión mecánica, los impresores debían llevar inventarios, lo mismo que los libreros; con el comercio entre continentes (Europa y sus colonias) los barcos registraban los cajones con libros que transportaban. Un orden celoso que se ejercía con presteza: no eran tiempos para permitir que las ideas sediciosas en contra de la religión, del orden, del *statu quo* transitaran con libertad. Eran los años en que las naciones y los embriones del Estado moderno occidental hacían acto de aparición, el poder de los libros no era pequeño aunque pocos fueran los privilegiados que pudieron usarlos.

La fácil reproducción de las ideas, la manera en como los autores se convertían en autoridades poniendo en jaque a las jerarquías que siglos antes manifestaban aun con mayor arrogancia su poder. Ahora, algunos sencillos libros y pequeñas biblio-tecas podían desatar revueltas, quizás revoluciones. Si un simple pliego tambaleó imperios y deshizo reinos (en la memoria de los católicos romanos está el ejemplo de Martin Lutero, cuando el 31 de octubre de 1517 clava sus 95 tesis en las puertas de la iglesia en Wittenberg, el texto recorrerá todo el norte y centro de Europa como fuego en un pajar seco dado lo sencillo que resultaba duplicarle en un impreso), qué se podía esperar de otros textos. El poder de la palabra impresa al servicio de los hombres, no de todos ni de una mayoría, salía ya del control absoluto de las cancillerías, de los consejos reales, de abadías, palacios arzobispales y catedrales. Un viento nuevo que amenaza tormentas se enseñoera en el ímpetu del Renacimiento, y el libro es en momentos el ojo del huracán. Así se miden los libros, como objeto de comercio, como motores culturales. El impacto del libro en las estructuras sociales también es medible. En relación con este papel fundamental en el entorno de la lectura, Joëlle Bahloul reflexiona: «Además de esta distinción entre libros y prensa, al interrogar sobre la lectura se sugiere la hipervaloración de la categoría “libro”.»¹¹

Un impresor exitoso sabe que los mejores títulos le darán fama, celebridad y fortuna. Sus ediciones deben competir todavía con los inmejorables libros manuscritos. Muy pronto, en un salto notable, se mejorarán las técnicas de impresión, tanto que en pocos años los libros no se manufacturan más de acuerdo con el gusto medieval. Pierden colores y adornos, no son más exquisitas obras de orfebrería caligráfica, los libros no se ubican solo en facistolos o devocionarios, no son un adorno de la casa y del espíritu. Son la casa, la materia y el espíritu. Los impresores encuentran caminos nuevos, abandonan los tipos góticos y refundan los textos impresos en caracteres latinos, o inspirados en éstos. Cada cual desea crear su propia tipografía, solo algunas se convertirán en norma y canon. Las imágenes subordinadas a las líneas son importantes, enriquecen el discurso y agregan información para el lector; los primitivos grabados en madera serán sustituidos muy pronto por los espléndidos realizados

en metal. Hay un paso natural de la gubia al buril, lo que da nacimiento a volúmenes soberbios dotados de una tipografía excelsa, con láminas prodigiosas, labradas en la imaginación febril de una nueva era. Y esto a pesar de que los impresores deben solicitar el permiso y el favor del Estado, la autorización de la corona, los privilegios del príncipe para poder operar, es decir, imprimir, vender, transportar, almacenar libros. Este sentido de modernidad quedará confinado en el tiempo, tal como lo describe Chartier:

[...] desde mediados del siglo XV a comienzos del XIX no hay grandes cambios técnicos en la imprenta. Gutenberg estaría sorprendido de ver un taller tipográfico desde fines del siglo XVIII en Francia ya que la tecnología en su proceso no habría cambiado fundamentalmente y continuaría, por otra parte el dominio del capital mercantil en el libro.¹²

Todavía no hay librerías que se correspondan con nuestra acepción contemporánea de espacios libres y autónomos para vender ideas. En términos formales se pierde en goce estético, se ganan pequeños espacios para el ejercicio del pensamiento, siempre y cuando éste quede bien ordenado bajo los estrictos marcos que imponen la corona, la censura del Estado y la iglesia. El poder temporal y el orden espiritual estarían en riesgo si no se aplicaran en los talleres del impresor estas simples normas de gobierno y autoridad, solo así un libro salía a la luz. A pesar de los obstáculos, era cada vez más fácil llevar al mercado títulos... y también, autores. El éxito del impresor se dio ya por el número de títulos editados (lo que le permitía mantener un catálogo que fue y es una unidad de medida de su capacidad como editor); de volúmenes tirados (una bodega surtida de libros *hablaba bien* de un sello, así el editor demostraba lo hábil que era para vender un objeto *útil*); de las traducciones realizadas; de las ciudades a las que llegaban sus libros. Definitivamente todo esto le permitió medir, en términos mercantiles y de administración de sus propios recursos, de sus expectativas a futuro qué libros eran de fácil comercio, cuáles podrían presentar más problemas y en qué momentos se podían correr riesgos en el duro mundo de entonces.

Estas previsiones, con los ajustes lógicos del tiempo, prevalecen aún en nuestros días. Si bien los privilegios reales, la censura abierta y autoritaria la cual hoy se ejerce de manera sutil, hipócrita, las técnicas casi artesanales, son solo referentes históricos de una mercancía que nació en el seno de uno de los primeros procesos industriales que concibió la humanidad: la edición y el comercio de libros. El texto no es una prueba irrefutable de lo que alguien escribió y el editor decidió publicar. No puede alegarse en favor de alguien las culpas evidentes o manifiestas acerca de una edición, de ahí que los gobiernos pudieran con suma facilidad encaminar los pasos de la represión en las direcciones correctas. Bastaba con llegar a los talleres de impresión y a las librerías, confiscar los catálogos para saber cómo aplicar la presión suficiente para acallar la disidencia, la autonomía, la independencia. Y aun así, con la amenaza de tener a la policía a las puertas, se han editado las rebeldías, las insurgencias, las revoluciones.

En otro contexto, está el ánimo de obtener ganancias como cualquier empresa que participe en el mercado. Un editor moderno que no mida los resultados, que olvide que en los negocios las unidades de medida se transforman en cifras y

éstas en ganancias o pérdidas, definitivamente estará destinado al fracaso. Si bien los públicos que leen, los lectores que dicen sin rubor «disfruto un libro, tal como disfruto la vida», inclusive en momentos que leer puede ser una rareza, y no son plausibles ni ejemplo para la mayoría, los editores bien saben que es posible medir el impacto que tienen los libros en la sociedad. A pesar de lo que afirma Pierre Bourdieu, (las bastardillas son mías):

Pero toda la lógica del campo editorial y la creencia literaria que se genera nos inclina a olvidar que las interacciones, más o menos encantadas, en el cual cada microcosmos editorial es *el lugar*, están determinadas por la estructura del campo editorial en su organización [...] ¹³

Si no ¿cómo explicar las fastuosas ferias dedicadas a los libros?, ¿cómo justificar la existencia de los defensores, apologistas, fanáticos inclusive del libro impreso o electrónico? Lo anterior es alimento y consecuencia de una industria que se mantiene, con títulos y autores que van de lo excelso a lo olvidable, de la celebración de las ideas a la medianía intrascendente. Estas también son las medidas, o parte de las escalas de medición en el mundo del libro.

De acuerdo con Gloria Gómez-Escalonilla:

[...] aunque la colonización y homogeneización cultural en el mundo del libro no llega a las cuotas de la producción audiovisual, fundamentalmente por la barrera idiomática, sí que hay situaciones que deben preocupar, tanto a nivel internacional como en los distintos mercados nacionales. En el mundo editorial existen altos índices de concentración empresarial y multinacional que perjudican seriamente la pluralidad y diversidad nacionales y culturales. Existe también un marcado desequilibrio territorial a favor de los países occidentales y, dentro de sus Estados, a favor de los núcleos más poblados. Este desequilibrio no sólo afecta a la producción sino también y sobre todo a la distribución porque los procesos de concentración que se han extendido al canal mayorista e incluso al canal librero han agudizado los problemas endémicos del sector de la distribución. [...] Y existe sobre todo un mercado que favorece el éxito de la producción más comercial, apoyándola no solamente con una distribución eficaz sino también y sobre todo con agresivas campañas de promoción y publicidad, excluyendo a la cultura especializada o minoritaria. ¹⁴

Así, se deja ver que para muchos, en el mundo de los negocios, han entendido que editar libros, sí es un negocio aún rentable.

2.1.3. Objeto cuantificable

El camino de la ignorancia está empedrado de buenas ediciones.

GEORGE BERNARD SHAW

Sobre los primeros años de la edición, escriben Lucien Febvre y Henri-Jean Martin:

Desde el principio, la impresión surgió como una industria regida por las mismas leyes que otras industrias, y el libro una mercancía que los hombres hacen sobre

todo para ganarse la vida - incluso cuando, como Alde o Estienne, estaban juntos humanistas y eruditos. Así que tuvieron que encontrar los primeros capitales para poder trabajar e imprimir los libros impresos susceptibles de satisfacer a su clientela, y esto con unos precios propios para sostener la competencia. Dado que el mercado del libro siempre fue así, semejante a todos los otros mercados. Los industriales que hicieron el libro: los tipógrafos, a los comerciantes que los vendían, los libreros y editores, surgieron los problemas de los precios y del financiamiento. Problemas que nos gustaría estudiar aquí tratando de determinar cómo podrían condicionar la estructura de los oficios del libro.¹⁵

Si el libro se mide, tiene también un peso. Una de las pasiones humanas es indagar qué se dijo o cómo se dijo, cómo se pensó en el pasado y una forma de saberlo con cierta precisión es estudiando la producción editorial en periodos y en lugares determinados. Lo que escribimos denota nuestra época, indica con relativa exactitud las sendas que tomaron ideas, pasiones, conceptos, en qué habitaciones nacieron y dónde están sus actuales residencias. En todo esto siempre hay un libro, o libros, ocupando espacios evidentes, con un peso específico en la cultura y la civilización.

Una vez que un libro se edita, el mundo no es el mismo. Alguien, algunos más, al poner sus ideas, opiniones, conocimientos en tinta de impresión dejan parte de sí y de otros más, porque cada autor suele ser la síntesis de generaciones y sus circunstancias. En los territorios de la edición hay calidades. Las altas, las óptimas, que crean los libros nodales; las medianas que darán textos excelentes, buenos, útiles, y pocos son memorables. En los fondos de la calidad, las obras malas, que por desgracia, nunca han sido minoría. A cada calidad le corresponde un peso: intelectual, cultural, histórico, social, económico. Hay momentos en que un título o un autor serán fundamentales para los creadores de ideas, los recreadores de pensamientos, en suma los intelectuales que son tradicionalmente el público cautivo del libro. O un peso cultural cuando el texto o el autor encarnan un valor, una cualidad que alcanzan la categoría de destacado, de digno para una nación, un grupo, una cultura. O cuando la historia hace su trabajo y resguarda nombres y títulos y de no ser por ella, no habrían quedado en la memoria de los hombres y de sus instituciones; obras que en el transcurso de las décadas o los siglos, han adquirido no la pátina sino el peso de la historia. Tal como afirman Eco y Carrière «Los libros a veces son erróneos. Pero ciertas veces los errores son nuestros y de nuestros delirios interpretativos.»¹⁶ En otros momentos, el peso social podrá adquirir una relevancia inequívoca, esta carga puede corresponder a un estado de ánimo, a una moda: basta revisar las listas de libros, que en su momento fueron celebrados; los homenajes, los honores, las alabanzas hacia algunos autores, los cuales no resistieron el juicio del tiempo. Y no menos desdeñable, ni menos importante, el peso económico. Este factor ha sido quizás el más decisivo en el orden editorial en el último siglo, tanto que ha llegado a desplazar a otros factores y determinantes: lo intelectual, la cultura, la historia y no es excepcional el que haya impedido que éstos se conviertan en contrapesos que pueden ser vitales para determinar la calidad de un libro.

Estos contrapesos han existido de alguna forma, durante mucho tiempo no se editaban libros si no reunían un mínimo de características que garantizaran su venta: textos reconocidos de autoridades textos que representan el avance, los cambios y evolución de algunas disciplinas en las ciencias y las tecnologías,

fundamentalmente, o los lentos derroteros que tomaba la religión con la teología, la hagiología; obras literarias, de las que muchas conformaron el sustrato original y la riqueza, el prestigio nacional de cada lengua; la historia y la geografía, con el ensanchamiento del mundo conocido para Europa, después para América, se demandaba un conocimiento más exacto de la vida de los hombres en otras latitudes. Al paso de las décadas, nuevas áreas y temas que establecían sus propios discursos y teorías requerían de textos que fincaran sus cuerpos discursivos, cimentaran sus fundamentos y edificaran los sistemas teóricos de ciencias, artes, humanidades. Siendo los públicos lectores relativamente pequeños, las tiradas difícilmente rebasaban los márgenes de venta conocidos ya por cada editor. No se imprimían títulos que pudieran representar un riesgo comercial, y esto, en espacios históricos en donde las libertades para pensar y actuar estaban altamente reguladas y acotadas por el Estado y la religión. Solo publicaban los hombres de letras, los cultos, lo que dominaban el uso y ejercicio de la escritura, muchos de ellos con maestría y donaire. En estas circunstancias, en el universo de las letras y las ideas, con reglas precisas, inviolables inclusive, se daban relaciones entre economía, sociedad, cultura, política que durante mucho tiempo fue la garantía de producción de textos buenos, excelentes, inclusive magníficos. Sin embargo, a finales del siglo XIX se rompen estos equilibrios. El vértigo de los avances en todas las áreas del pensamiento, la explosión intelectual y artística, da como resultado que editar no sea ya un privilegio de las clases ilustradas. En el siglo XX, y aún antes, literalmente cualquiera puede ya escribir un libro, y darlo a la imprenta. Lo insustancial, la trivialidad inundan el mercado. Observa Bourdieu:

Contra la ilusión de autonomía de los lugares de «decisión» visibles, que hace caso omiso de las limitaciones del campo, basta con recordar que la organización de los textos ofrece la «elección» de los «responsables» editoriales y es ya en sí mismo el producto de una selección regulada por la lógica diacrítica del campo: de hecho, los autores se orientan en la colocación de sus manuscritos, de acuerdo con una representación más o menos razonable de los diferentes editores o, al menos, de aquellos que son relacionados con las escuelas (la «nouveau roman») o de grandes nombres, del presente o del pasado...¹⁷

Los títulos malos cohabitan con los títulos de calidad, los autores un poco más que malos reclaman atención a la par que los prestigiados. Después las editoriales encuentran nuevos nichos de mercado, pueden estratificar las metas de producción de acuerdo con parámetros determinados por grupos de edad, género, condiciones social y económica, nivel educativo, inclusive origen racial. Hay una aparente democratización de los accesos al libro en tanto la abundancia en la oferta, y un creciente y sostenido aumento en el número de lectores, hacen suponer que el libro se ha convertido en un objeto popular, de uso común. En algunos países o regímenes políticos se cumple esto. Se puede saber cómo los libros pesan en la sociedad, en la cultura, en la economía. No es un asunto universal, a pesar de los discursos, de las voluntades, de los deseos de entidades públicas y privadas, agencias nacionales e internacionales. ¿Y en nuestro siglo? Ernesto Baltar reflexiona en torno a la situación de la edición de libros en el siglo XXI:

Es necesario reformular la realidad del libro como producto cultural y bien de ocio en el entorno digital y repensar las funciones de todos los actores implicados en la

nueva cadena de valor, puesto que los modos tradicionales de producción y comercialización han perdido vigencia, validez y eficacia ante los requerimientos del presente. Este replanteamiento exige la eliminación de hábitos y costumbres esclerotizados, así como la supresión de algunos intermediarios que no aportan valor algunos al proceso y que dejan de tener sentido en el marco de los nuevos usos de la sociedad, pero no tiene por qué implicar la desaparición como tal del antiguo producto: el centenario (y ‘venerable’ libro impreso).¹⁸

El objeto libro es pues material y tangible, aún en su forma electrónica deseamos evocar una *cierta* materialidad, desear que algo pese entre la vista y nuestras manos.

2.2 Mercancía: la corporeidad comercial

Escribir libros es fácil; solo hace falta pluma, tinta y papel. Imprimir libros resulta algo más difícil, porque a menudo el talento se complace en tener un carácter de letra ilegible. Leer libros es aún más difícil, debido a la dulce somnolencia que lleva consigo la lectura. Pero la tarea más ardua que puede emprender un hombre es la de vender un libro.

FELIX DAHN

El librero M. Lehec amó sus libros a tal grado que no fue capaz de venderlos, pues consideró que serían muy raras las personas dignas de merecerlos.

GUILLAUME APOLLINAIRE

El libro es una mercancía, desde su origen como manufactura. Sobre su naturaleza comercial, resume Jorge Alfonso Sierra:

El libro fue el primer producto cultural que teniendo en sus orígenes un carácter canónico y exclusivista, alcanzó sin embargo —sin que las elites pudieran evitarlo y debido al desarrollo de la imprenta—, la posibilidad de ser llevado y adquirido en y por grandes porciones de población.¹⁹

Los bibliófilos y quienes practican el purismo intelectual de la producción y reproducción de las ideas, los pensamientos, los conocimientos, no pueden concebir, o se resisten a ello, que el libro, como objeto acabado de estos procesos intelectuales, está en el rango de las mercancías. Alabanzas, frases hermosas, apologías hacia el libro, para el libro, fundamentaban su alta categoría. No es fácilmente aceptable que un producto tan prestigiado se encuentre en convivencia con demás utensilios, máquinas, instrumentos, herramientas, en un vastísimo ecosistema de mercaderías de todo tipo. En realidad no es equiparable en muchos aspectos, y este es un buen argumento para defenderle de su corporeidad comercial. Como mercancía, en torno al libro, se han construido emporios culturales, los espacios académicos necesitan y usan —o expresan, juran usar— con verdadero entusiasmo, en algunos casos rayando en el fanatismo de la veneración, de los libros. Los profesionales, los técnicos se ven obligados a emplear libros, dado que las disciplinas se apoyan con títulos que dan cuenta de los cambios y transformaciones en sus ámbitos. Hay una necesidad innegable de usar libros, por lo tanto, se apuntala permanentemente el ciclo de producción editorial y el comercio de libros. Así, el libro forma parte, indudablemente, de un

proceso productivo y se inserta en un circuito comercial. Su corporeidad mercantil se manifiesta con evidencia contundente. En este punto, comenta Sierra:

Todo lo comercializable y lo susceptible a ser propuesto en un mercado para su difusión y su venta, ha sido asignado en los últimos tres siglos —con etiquetas de exclusividad mercantil— al modelo capitalista. Bajo esta perspectiva, se ha pretendido que algunos productos, sobre todo los culturales, no deben tener mediatizadores ni esquemas de difusión masivos, como tampoco estrategias que coadyuven a su venta y difusión.²⁰

No es del todo exacto que el libro sea solo un producto cultural, un objeto que celebra el pensamiento, la inteligencia, la sabiduría, es también un objeto mercantil y como tal adquiere las características de las mercancías. Se produce, se distribuye, se comercia (compra y venta), se desecha, se destruye, también se preserva. Tiene un ciclo natural y común a las mercancías. Para los libros, se tiene entonces que un autor escribe, se presenta a una casa editorial; o bien, se escribe por encargo y presenta el producto de su pluma, o de su teclado, el editor analiza la factibilidad de publicarlo. Aquí se ponen en marcha los procesos de mercadotecnia más comunes: análisis de costo-beneficio, estudio de mercado y de factibilidad, de tal suerte que no se editan todos los textos producidos, solo aquellos que garantizan la obtención de una ganancia. En caso que el título no fuera rentable, existe la posibilidad que el autor financie y corra con el costo total de la edición. Los atributos de calidad: buena escritura, ideas que enriquecen o generan pensamientos, conocimiento, inteligencia, no siempre se respetan en este esquema. Basta que un editor sepa, intuya o explore la posibilidad que el título puesto en prensa será vendible, no importando las cualidades estéticas, teóricas, científicas, literarias del texto, se tiene así un mercado en donde las malas ediciones son comunes.

Si el libro funciona como una mercancía y cumple un ciclo vital como tal, ¿qué se hace con los títulos fuera de catálogo, los que abordan temas en desuso, o que despiertan escaso o nulo interés entre los lectores? En una época, el costo del papel era tan alto, y la calidad de éste extraordinaria, que después de un tiempo perentorio, los ejemplares en bodega se desencuadernaban y se llevaban al molino para convertirlos de nueva cuenta en papel listo para ser editado. A cambio, el papel moderno, como regla común, no alcanza calidades óptimas, luego su reciclado no sirve para fabricar celulosa digna para imprimir nuevos títulos. El ciclo de vida termina en una trituradora de donde se fabricará mala celulosa para otros usos, o en un contenedor de basura. Un fin indigno para los títulos meritorios, un destino justo para los autores sin talento. Otro rumbo es el que toman los libros que envejecen en los acervos de las bibliotecas, son aceptados y nunca se usarán. Pasan a formar parte de los pasivos de la indiferencia, de la mala planeación, del exceso de títulos.

En términos generales a un editor no le preocupa que sus títulos tengan fines infamantes, salvo que su catálogo sea cuidado, importante, excelente y sus ediciones ejemplares; basta haya clientes que compren sus obras, que los títulos no se rezaguen demasiado tiempo, que la mercancía circule con rapidez en las carreteras de los círculos de ventas de nuestro siglo. La lectura es entonces fundamental para que el mercado funcione, vale una reflexión de Edward Nawotka, el cual escribe:

¿Por qué leemos libros? Los motivos son tan diversos como las vidas que vivimos. Por ejemplo, un ingeniero que lee un manual mientras se ocupa de una máquina compleja no tiene la misma motivación que lee una novela o que un estudiante que estudia un libro de texto.²¹

Parecen palabras dichas miles de veces y que han perdido su trascendente significado, sin embargo el mercado lector es el mercado del libro. Si las cubiertas relucientes, de colores atractivos, con diseños incitantes al consumo (y quizá a la lectura), el tema editado, el nombre del autor no son suficientes para atraer a los compradores, o lectores, entonces algo falló en el cálculo editorial. A veces no hay tiempo para los arrepentimientos, para lamentar los errores, es preciso que la mercancía (el libro como tal) no ocupe un espacio en un almacén lo que es caro. Comercialmente debe ponerse en circulación, literalmente a cualquier precio y que la ganancia proyectada, se recupere aunque sea en parte para minimizar los costos de inversión, edición, distribución. Ya vendrán nuevos títulos, nuevas ediciones que suplirán a la inversión fallida, equilibrando las ganancias del editor. El ciclo de consumo debe mantenerse activo, en movimiento. Después de todo pocos serán los títulos que trascenderán al cabo de un año, una década, un siglo. Los clásicos no se construyen en una hora, los éxitos del día no se sabe si serán los de mañana, la reputación y la fama siguen caminos insospechados, aunque todo mundo haga su parte para que cada libro editado tome uno de esos caminos.

El libro en su propio ámbito, espacio comercial, luego, es necesario, obligado venderle. De acuerdo con José Manuel Anta:

El libro, producto de oferta versus producto de demanda: Hasta ahora, excepto en casos en los que la compra del libro está prescrita (libros de texto), el libro estaba considerado como un producto de oferta. Eran los libros los que «venían a nuestro encuentro», debíamos descubrirlos en las mesas de novedades de las librerías, como escaparate privilegiado en el que se mostraba la oferta editorial, que propiciaba la venta al ser descubiertos por los compradores.

Esta circunstancia de la venta por impulso, y la necesidad de captar el interés del comprador entre un gran número de referencias, hacía que en nuestro sector el sistema utilizado para acercar el libro al potencial lector se considerase como una variable estratégica. La decisión sobre el canal de comercialización adecuado y sobre las diferentes técnicas de marketing a aplicar para la venta, justifican esta necesidad del acercar el libro al comprador.²²

Funciona a partir de la regla: el libro es una mercancía, luego, el libro se vende; que no es el signo por excelencia ni el que lo caracteriza, sí es un atributo fácilmente identificable. Cada uno de los participantes del ámbito cumple una función y ocupa un lugar que se encuentra delimitado y definido de acuerdo con las actividades que realiza, o emprende. Para que el libro como mercancía sea posible, se necesita un editor, alguien que lo distribuya y un sitio en donde se venda, en estos procesos participan tanto actores que juegan un papel principal como actores que desempeñan papeles secundarios. Al principio, las fronteras de estas funciones no presentaban una estricta división. En la casa del editor se llevaban a cabo prácticamente todos los procesos; cuando el mundo creció y las colonias se volvieron una parte fundamental del sistema comercial europeo, fue

necesario que distribuidores o agentes comerciales se hicieran cargo de la dotación de libros para los nuevos públicos. La exportación de libros fue una rama comercial floreciente, a pesar de la censura y los controles del Estado y las iglesias, cuando los colonos y los emigrantes se formaron poblaciones económicamente sólidas (incluso antes), estuvieron en posibilidades de establecer sus propias imprentas y fundar sus casas editoriales. La concesión no era gratuita. El poder colonial necesitaba de estos implementos para publicar una gran cantidad de documentos y libros, con la letra impresa se ejercía el poder de la corona (y el eclesiástico) en territorios de ultramar. Los libros que liberaban, o podían liberar, servían también para domeñar a las sociedades.

Fue aceptado entonces que el libro y sus procesos productivos se insertaran en circuitos comerciales. Se organizó una cadena productiva y se crearon los mecanismos de comercio en los cuales transita el libro. El editor lo produce, lo vuelve una mercancía vendible. El distribuidor enaltece sus cualidades, busca cualquier cantidad de oportunidades para venderle. Y el libro se encuentra a la venta en diferentes espacios. El lector solo debe acercarse al producto, adquirirlo y hacer con éste lo que desee (guardarlo, preservarlo, leerlo). No hay mayor complejidad porque fue concebido como un sistema eficaz. El modelo funcionó bastante bien durante los primeros siglos de la imprenta; sin embargo, al cerrar el siglo XVIII y al avanzar el siglo XIX hubo una evolución en la especialización de cada participante en la cadena del comercio de libros. Los cambios radicales tienen lugar en el siglo XX; las técnicas y modelos para producir, entender y controlar el mercado, distribuir productos, comerciarlos, migraron en tareas altamente especializadas, sofisticadas. Ya no hay solo editores o impresores, distribuidores y libreros, hay publicistas, mercadólogos, gerentes de producción. Se conforma todo un equipo técnico que tiene como obligación defender y promover la corporeidad comercial del libro. Se insiste, no hay un conflicto entre la mercancía y sus asociaciones intelectuales (inteligencia, conocimiento, saber, memoria) caracteres enriquecedores (que mitifican) al objeto libro, la mercancía libro, en tanto han coexistido desde que el libro es libro editado con medios mecánicos. En relación con el mercado del libro, Lorenzo Soccavo apunta:

A lo largo de la historia de la humanidad, la lectura y el mercado del libro han ido progresando y evolucionando gracias a las transformaciones de los soportes, que necesariamente condicionan los usos y las prácticas de los lectores.²³

Se construye un escenario comercial para establecer términos estrechamente ligados, entre el comercio del libro y las cualidades físicas del objeto libro. Su facilidad de uso, su precio increíblemente bajo, si se toma en cuenta todo lo que representa manufacturar un libro, así como el prestigio por leer y poseer libros. Aunque la humanidad cambie y se empleen las tecnologías con timidez o con entusiasmo, el libro ha continuado aquí. Si los libros son objetos lejanos al común de las personas, entonces se hacen libros para el común de la sociedad. Y a pesar de las contradicciones, no hay una discordancia: como mercancía el libro se justifica con los correlatos relacionados con su corporeidad mercantil, se enfatiza en sus cualidades para elevarlo o alejarlo del estereotipo *mercancía*. En ninguna campaña lanzada por las editoriales se usan frases que digan lo barato que es leer, lo accesible de los precios, la ganancia de tener libros en casa; siempre se señalan el provecho que entraña mejorar, ser mejor, avanzar con la

lectura y de la mano de los libros. Hay una exaltación didáctica, pedagógica, ejemplar, evitando caer en las elegancias y los conflictos de intelectualismos y erudiciones. En cierta forma, es preciso despojar a los libros del prestigio cultural que traen como marca de nacimiento, se mantiene una escala de valores que evitan al libro ser un objeto vulgar, sin lustre ni brillo: hay títulos y autores *clásicos*, vendibles, comercialmente conocidos, que garantizan su uso inmediato; por desgracia en este rango pueden caber tanto los clásicos como tales, también logran colarse los *best-sellers* a los que se les da el trato de «clásicos»; hay ediciones *bellas*, aunque los contenidos no estén a la altura del trabajo del tipógrafo, del diseñador, el ilustrador; existen colecciones *buenas*, sin pretender que sus contenidos trasciendan el momento y para lo que fueron hechas, ya después, devaluadas, darán tumbos por estantes y librerías olvidadas.

La corporeidad comercial del libro es, después de todo, la suma de un proceso industrial, de una campaña comercial, de la distribución y puesta en venta. Sin lo anterior, no habría libros circulando. La fórmula es en apariencia tan simple, aunque existen circuitos marginales: las «ediciones de autor», un eufemismo para etiquetar la edición que corre a costa y financiamiento del autor; las ediciones tiradas por organismos de todo tipo y laya sin fines mercantiles; las ediciones con un decisivo carácter de rebeldía (generalmente textos políticos, literarios) o de vanguardia, ediciones que se imprimen en comarcas o ciudades alejadas de la hegemonía de las metrópolis, o en los subterráneos editoriales. Todas necesitan de esta maquinaria para que sus libros *existan* en los circuitos comerciales del mercado. Si bien no competirán con los libros creados comercialmente, necesitan circular en las rutas del comercio para mantenerse, asegurar su presencia a futuro y compensar el esfuerzo humano y monetario que significó editarlos.

Editar para obtener una ganancia no ha sido siempre el principal motivo para manufacturar libros, en realidad esto es una excepción a la regla. Quien fabrica libros, no necesariamente como un gran negocio puede entender el testimonio de Anne-Marie Métaillié:

Ser independiente es tener la libertad de situar los libros y los autores en el centro de la actividad y, en este sentido, considerarlos como amigos y aliados. Es, al mismo tiempo, tener una clara idea acerca de la realidad del mercado en el cual uno trabaja, saber que no es posible programar un «éxito», que nosotros somos actores de una industria de la oferta y que proponemos textos que nadie necesita ni espera.²⁴

Los libros que conmemoran, celebran, recuerdan, no siempre son marginales. Organismos públicos y privados suelen editar volúmenes para ser obsequiados a clientes, amigos, a gente de los círculos del privilegio para los cuales un buen libro puede ser un ornamento apropiado. Estos bellos objetos son por lo general ediciones cuidadas, de una calidad sorprendente y que benefician económicamente a no pocos impresores y editores. Se manufacturan solo para dejar constancia del poder que pueden expresar los estamentos públicos y privados para hacer libros y demostrar que éstos son también un buen motivo de obsequio, tal como podría regalarse casi cualquier otro, en el fondo no son indicadores de respeto por la inteligencia ni el saber, ni siquiera la pasión por el

buen gusto del arte de editar. Es solo la construcción de relaciones públicas empleando un artículo social y comercialmente prestigiado: el libro.

El libro como mercancía se sostiene, se ha sostenido y si bien su paso por la vida de los hombres y las sociedades nunca ha sido fácil, tampoco imposible, ¿cómo se explica que su comercio permanezca, a pesar de los obstáculos que ha debido sortear? Si bien se hacen esfuerzos con el objeto que la producción editorial no se despeñe y fracase, para mantener los márgenes de utilidades, desde luego algo se logra en algunos momentos, nunca es suficiente. Hay conflictos en las relaciones internas entre los actores que participan y las actividades, tareas, para la edición de libros. Factores de todo tipo pueden desencadenar inestabilidad momentánea o conducir al editor a la bancarrota: el precio del papel, los costos de impresión, el uso y actualización de tecnologías, el cambio en los procesos productivos, el pago de salarios, la contratación de profesionales y especialistas. Ante un panorama que puede parecer catastrófico, Métaillé reflexiona:

Yo quisiera, en primer lugar, cuestionar la idea tan ampliamente extendida de la inexorable decadencia del libro en nuestras sociedades y ligado a esta, la imagen del editor como una especie en vías de extinción. Yo creo que el libro resiste muchísimo mejor que otras industrias culturales a las mutaciones de nuestro siglo.²⁵

A lo anterior, es justo sumar un factor que se ha convertido en lugar común: el libro, tradicionalmente, no es un objeto de consumo popular; siendo cierto lo anterior, a pesar de todo, el libro se vende.

El libro ha adquirido entonces, su corporeidad comercial, reconocida, evidente, tangible. De acuerdo con los parámetros que lo acotan, no es ya motivo de escándalo o sorpresa que sea una mercancía. Aunque la calidad de objeto comercial no es uno de las características más reconocidas del libro, éste logra trascender su estatus industrial, de cosa vendible, llegando a dejar a un lado, o en un plano secundario, esta particularidad. No es suficiente que el libro cumpla como soporte y fundamento. En el resguardo y transporte del lenguaje se finca su razón de ser; su presencia, supervivencia y en no pocos momentos, su permanencia se ha garantizado gracias a su corporeidad comercial.

2.3 La ubicación del libro: mercancía y mercado

Nunca leas un libro acabado de publicar. Espera al menos un año y si entonces todavía se habla del libro, decide leerlo o no.

RALPH WALDO EMERSON

Los que compran los libros para enseñarlos y no para leerlos son unos imbéciles. Pero si diez mil imbéciles compran un libro, hacen que su precio baje y, así, los demás pueden leerlo más barato.

UMBERTO ECO

El mercado de los libros pusiera pensarse próspero. De hecho lo es, de no ser esto cierto ¿por qué en este siglo de modernidades y novedades tecnológicas reproducidas sin cesar, tienen aún buena acogida las actividades de mercado relacionadas con los libros? La competencia en los ámbitos académicos y profesionales refleja, no siempre de la mejor forma, los usos y prácticas de las empresas, de los círculos en donde las ganancias comerciales, y no precisamente el amor al arte y la inteligencia, son cosa común. Si hay una reunión que convoca a gente de la academia, es casi una norma encontrar anexo un pequeño festival, un espacio ferial (si es este el nombre correcto) dedicado a la venta de libros. El motivo se justifica, después de todo se ha reunido un público que en parte ha hecho de los libros ingrediente de su dieta diaria, o por lo menos, de los complementos vitamínicos necesarios para mantener el vigor y la fuerza intelectual que en momentos demanda la docencia y la investigación. En un acto similar, no importa a veces el motivo de la reunión, que en otros ámbitos sucede lo mismo. Como si se quisiera exorcizar la indiferencia lectora de los asistentes, se les conforta con kioscos o espacios dedicados a la exhibición de libros. En un anhelo de dotarles de información hecha a la medida de sus necesidades e intereses, o casi, se pone a su alcance una muestra editorial que busca ser succulenta, que puede terminar como un mero tentempié libresco. La mayoría no lo notará, muchos no reconocen las sutiles fronteras entre las humanidades y la literatura de consumo rápido, entre las ciencias y las obras de divulgación trivial, anodina, supersticiosa. Después de todo, qué importa, si el propósito es dotar al asunto de una pátina de elegancia culterana, de erudita vigencia. El formato es sencillo y mercadológicamente correcto: libros en todos partes y en todos los espacios en donde pueda venderse algo. Una reducción sensata aunque incompleta y a menudo falaz.

De las mercancías con atributos de cultura, arte, civilización, conocimiento, inteligencia, que se venden en el mercado, quizás el libro es la que ha cumplido con más éxito sus objetivos culturales, y comerciales. De la Mora reflexiona sobre las características que presenta el libro como producto editado:

El libro es un producto que reúne aspectos culturales, ideológicos, sociales, políticos y económicos complejos y, por lo tanto, es difícil de comparar con otros artículos de consumo. Cultural, por ser el objeto material en el cual se contiene la palabra dicha y escrita, la literatura, el conocimiento, la belleza de la escritura y la lectura; ideológico, por contener ideas en párrafos y textos completos de un autor en un contexto determinado; social, porque su difusión permite la reunión de

diferentes grupos sociales por medio de la lectura; político, por ser el espacio idóneo para la difusión de las ideas y que, como tal, es una herramienta para el fomento de la educación; y, económico, porque el libro es el sustento de una industria y no un producto gravable.²⁶

Tiene un mercado mucho más grande y generoso, lo que le permite ocupar posiciones de ventaja frente a otros productos culturales, por ejemplo ante lo que producen las artes visuales o las artes gráficas. Como mercancía posee innegables cualidades tal como se ha enumerado en párrafos anteriores: es altamente portátil y es fácilmente transportable, puede tener ciclos de vida muy eficientes, puede reproducirse con facilidad, puede tener más de un ciclo de vida (por ejemplo, los clásicos), es parte de las prácticas de consumo (un *bestseller*, por ejemplo), puede ser comerciado en distintos puntos de venta. Si se colocan unos cuantos libros en una sala denota que quien está allí es alguien digno de confianza: lee libros. Si se colocan libros en un espacio público, ese espacio en el cual no es común dispone libros, es un lugar que sin duda se adornará con un aire de distinción. Bien sea que haya buenas intenciones o un simple impulso decorativo, el libro mantiene su dignidad esté en una mesa o en un buen librero. El resplandor de su prestigio dota al medio ambiente más inocuo de un carácter civilizado como pocos objetos pueden hacerlo. Fuera de la armadura majestuosa de las instituciones culturales (bibliotecas, museos, oficinas respetables) nos acercan los libros con desenfado, jovialidad y con una casualidad premeditada, con *naturalidad*. Perdido el prurito que obligaba a la cultura de los libros mantenerse bien lejos de otras mercancías, de exhibirle como una mercadería sin arreglo adecuado, perdido el pudor que separaba a los objetos en materia privilegiada de la sabiduría y en materia hecha con la fuerza y la destreza manual o industrial, cualquier sitio es bueno para vender un libro. Roto el formalismo que le aprisionó por un par de siglos, se le libera de la sujeción que le ha apartado del contacto con el público, se deja a un lado el estigma aristocratizante, ya es posible asociarlo con el hombre de a pie y sus prácticas culturales.

Creadas las circunstancias para el comercio sano de la mercancía libro, se desarrollaron soluciones de mercadeo ingeniosas, creativas, imaginativas, y también vulgares, crasas, tal vez desquiciantes, todas buscando posicionarle en sitios inmejorables, guiándole con fiereza en la batalla diaria de la competencia mercantil. Se enriquecieron sus presentaciones, creando y recreando fórmulas para su venta y dándole realce a su forma física: la edición, selección del formato, diseño, se le volvió atractivo al gusto de cada época, o temporada. Libros vistosos, elegantes, sobrios y bellos, los que no dejarán de ser advertidos dado el bonito ropaje o la llamativa epidermis de papel con que se le dota. Para poner el objeto al día, emparejarlo al ritmo de máquina de los siglos se crean libros, se inventan libros al modo de la época. Así, para tratar un tema tan vasto, son oportunas las apreciaciones de Jean-Yves Mollier y Patricia Sorel sobre la historia de la edición de libros:

En la medida en que afectan directamente a la economía del libro, deben ser analizados en detalle, periodo a periodo, para identificar las mutaciones que se entrevén a través de la historia de la profesión.²⁷

En el siglo XVIII, y desde antes, hay libros de formato pequeño, en 8° se llaman, hechos para viajar, encuadernados en pieles delgadas y flexibles. En el XIX los libros se vuelven formalmente más sencillos, menos ostentosos, más útiles, hechos para ser usados por vez primera en forma masiva; los discursos pedagógicos, políticos, sociales de ese siglo exaltan el valor supremo, liberador, emancipador de la lectura, el conocimiento. Y esto traerá como consecuencia, en el siglo XX, la aparición del libro de bolsillo, una invención tardía y justificada, ya de antes se tenía un equivalente en esos prácticos libros para llevar de viaje. Ahora, el formato de bolsillo no solo es popular sino altamente demandado. O los libros de texto que de suyo son antiguos, evolucionan a presentaciones más humildes y menos atractivas en su condición de cartillas didácticas, no es sino hasta el siglo XX que la imaginación de los equipos editoriales llevan a altitudes asombrosas las presentaciones gráficas de los textos escolares. O bien, el diseño de series o colecciones, que nacen bajo la inspiración de una empresa memorable y fundacional: la enciclopedia que es piedra de toque para las instituciones culturales, a partir de ella, las ciencias y las artes, las tecnologías, no serán ya las mismas. En las series aparecerán reunidas obras diversas bajo un título colectivo, organizado arbitrariamente de acuerdo con el gusto del editor, con el olfato del comerciante, con la audacia del hombre de letras que desea compartir sus gustos y aficiones con la sociedad. Habrá versiones, traducciones, compilaciones y cualquier cantidad de textos ajustados, extendidos, explicados, de acuerdo con los intereses y las líneas, objetivos, apuestas comerciales de las casas editoriales.

El libro, siendo una mercancía, presenta entonces problemas comunes a otras mercancías: el almacenamiento, la distribución, la presentación final del producto. Entre los más evidentes: el almacenamiento es costoso, en lugares determinados no se vende fácilmente; una inversión en ediciones no siempre es rentable a corto plazo; colocar nuevos títulos o publicar a cualquier autor puede ser muy riesgoso o entrañar contextos de riesgo sin control. Sin embargo, se promueve a autores elegidos, seleccionados que no siempre son buenos escritores; hay diferencias sustanciales en las calidades de los contenidos (una consecuencia de lo anterior). Por tanto, no es una casualidad que la mercancía prevalezca como libro.

El libro no tiene obstáculos para ser ubicado como objeto de consumo; en este punto el problema que enfrenta son los pocos compradores, o el desinterés abierto y público. Entonces, los libros como mercancía no son una rareza en términos formales, y se encuentran exhibidos en lugares públicos desde hace siglos, en plazas, calles, corredores, logias, escaparates, estos componentes de la arquitectura urbana han visto cómo los vendedores colocan libros. Fue necesario emprender tareas de promoción para la venta de libros, se volvió una práctica colocar anuncios o inserciones en gacetas, gacetillas u hojas volantes para dar noticia de la llegada de títulos desde otras ciudades o países, de la aparición de nuevas obras, de las novedades ofertadas. Información ahora más que valiosa porque nos ilustra con datos históricos sobre los usos del libro: qué se imprimía, que se vendía, que se leyó o pudo leer. Todo esto en páramos necesitados de lectores, en sociedades que a pesar del aparente incremento de los niveles educativos (se infiere: de los niveles de lectura y de uso y apropiación de los libros) no parecían justificar la existencia de editoriales, librerías, bibliotecas. Y

sin embargo existieron, y hoy suelen ser el orgullo de cualquier país que se exhiba como moderno porque puede justificar su preeminencia gracias a su herencia libresca o bibliográfica.

La ubicación del libro como mercancía es clara, no presenta mayores dificultades reconocer dónde está. Las técnicas mejor probadas para venderle se emplean en profundidad y sin demora: rotación de mercancías, exploración de nuevos nichos de mercado, análisis de la competencia, batallas inclementes para vender, competir, ganar, sin descanso. Hay un patente privilegio de la parte comercial, anteponiendo la ganancia, por sobre las altas pretensiones del libro como aliado del espíritu. Aunque la mercadotecnia use al libro alzándole en su innegable valor cultural, civilizatorio.

Además, el mercado del libro puede ser grande y complejo, o mediano e irrelevante de acuerdo con cada nación, sociedad o momento histórico. Las condiciones particulares de la economía, la política, la sociedad, la cultura, determinan definitivamente el tamaño del mercado. Tal como se indica en *The evolution of the book industry* para el panorama contemporáneo en la edición de libros:

Debido a que no existe solo un mercado de impresión de libros, los editores de libros tienden a especializarse en mercados verticales selectos. Los impresores de libros comerciales ven dos puntos de presión que afectan el volumen de libros impresos:

1) Presión de otras formas de entretenimiento dado que la gente no lee tanto como solían, y 2) un cambio impulsado demográficamente, donde la generación más joven prefiere «alquilar» en lugar de tener sus propias cosas físicas.²⁸

Los equilibrios, las relaciones entre todos los factores indican la bonanza o la crisis en el mercado del libro. Si hay prosperidad económica, condiciones políticas favorables, una sociedad (o clases sociales) que participa(n) activa y decididamente en la vida pública, se instruye(n) y educa(n), es altamente probable una mejora o una consolidación en la edición y venta de libros. Si alguna de las variables anteriores se deteriora o empeora, es probable que influya negativamente en la edición y venta de libros; díganlo si no, las guerras, los regímenes autoritarios que declaran al libro como un enemigo a combatir, por ende se condena a la inteligencia, el conocimiento, la sabiduría, a ser tratados como entidades nocivas, las cuales es preciso vencer con los mecanismos del control que auspician la desinformación y la ignorancia.

El mercado del libro se organiza como cualquier otro, de acuerdo con la demanda y con la oferta resultante. Así ha sido y desde hace siglos así es, no hay novedades significativas en estos comportamientos, salvo que cada vez el poder ejercido con obstinada autoridad puede ser menos corrosivo en el control editorial, en la censura de las ideas, en la domesticación de los ímpetus sociales, políticos, individuales, se puede afirmar que el libro es socialmente indispensable, de acuerdo con Robert Darton:

La «galaxia Gutenberg» todavía existe, y el «hombre tipográfico» sigue alrededor de ella. Consideremos el libro. Tiene un poder de permanencia extraordinaria. Desde la invención del código en algún momento cerca del nacimiento de Cristo, ha

demostrado ser una máquina maravillosa ideal para el envasado de información: [...] cómodo para acurrucarse con uno, excelente para el almacenamiento, y notablemente resistente a los daños. No necesita ser actualizado o descargado, accedido o iniciado, enchufado a circuitos o extraído de webs.²⁹

Aunque no está muy lejos en el tiempo están las terribles escenas de quema de libros, de destrucción de imprentas, de persecución llegando al asesinato de autores y editores. Si las adversidades han acompañado al libro desde siempre, bastaba un cambio de timón en el gobierno de una ciudad o territorio para que los libros tenidos como peligrosos fueran objeto de acoso. El mercado del libro es altamente adaptable, y en momentos de emergencia suele ser dócil, amable, inofensivo para la autoridad y los actos autoritarios. Las casas editoras, con compromisos comerciales no pueden arriesgar sus ganancias, deben estar en condiciones de negociar sus circunstancias en el idioma del negocio, de la empresa. La revolución fundada en el papel, la insurgencia de los libros se refugia entonces en las imprentas subterráneas, los resquicios clandestinos del ejercicio de las libertades, en la subversión acosada que sobrevive en las páginas de los impresos.

El mercado del libro atiende a diversos y múltiples públicos y funciona en varios escenarios. Hay públicos cautivos, que necesariamente deben usarle. Se sabe que el mundo de la academia, con sus universidades y grupos de profesores, investigadores se encuentran en primera fila; los sistemas educativos, en todos sus niveles, ocupan también una posición de primer orden. Los currículos institucionales no tienen razón de ser sin el sostén de los libros, el orden de permanencia académica en los niveles de élite para la investigación demandan que los autores publiquen, no solo artículos en publicaciones especializadas (que formalmente tienen un impacto inmediato por su rápida difusión) sino en libros donde manifiesten el aliento más largo de sus conocimientos. Las entidades públicas o privadas, en particular las que mantienen bibliotecas o sistemas de información, que requieren y necesitan libros como fuentes primordiales de datos son también tradicionales clientes en el mercado editorial. En un estudio de prospectiva del mercado editorial, señala Richard Uribe:

En este sentido, los actores involucrados en el sector del libro deberán continuar diseñando y produciendo materiales y estrategias que generen incrementos en las prácticas lectoras tanto en los ambientes educativos como en los recreativos.³⁰

Hay también públicos intermitentes, que se acercan al libro por múltiples motivos, y motivaciones: gusto, curiosidad. Si la academia necesita de los textos, y sus públicos y actores lo demandan; en el caso de otras necesidades, las cosas cambian. El espectro de lectores, de compradores, se dispara literalmente por todos los rumbos del mercado. Hay quienes se acercan a la literatura ligera, o la mala literatura que aborda cualquier tema con una manifiesta irresponsabilidad, a las literaturas que son todo menos eso. Hay quienes necesitan de los textos técnicos, o de los textos de divulgación para estar al día, o informarse sobre áreas del conocimiento que conocen poco, o conocen demasiado bien. Y están quienes solo buscan el placer y el gozo de la lectura, de la literatura como arte del ingenio y manifestación gloriosa de la palabra elevada a una de sus manifestaciones más excelsas. Hay así públicos para todo tipo de libros; y hay un

libro para cada apetencia o necesidad. En las ferias del libro, las de asistencia general y en donde se exhiben todo tipo de títulos, se da cuenta probada de ello. Sobre las ferias del libro en nuestra era, Uribe, Zapata, Jaramillo y otros autores, anotan:

Las ferias del libro actuales no han cambiado respecto a sus antecesoras en lo referente al modelo comercial, aunque sí lo han hecho en cuanto a su estructura organizativa y sus objetivos. Hoy, el libro en su doble condición (bien económico y cultural) y en sus múltiples formatos se exhibe en exclusiva en los recintos feriales o en espacios públicos adaptados para ello. La mayoría de las ferias son organizadas por entidades gremiales con el concurso de los gobiernos nacionales y municipales, cuentan con el presupuesto de organismos públicos y de los gremios de editores y libreros o de empresas privadas.³¹

De las mejores ediciones, de los autores más conocidos, o reconocidos, afamados, algunos estarán en esta posición de privilegio, algunos solo por una temporada, ya el mercado encontrará otros que ocuparán su lugar; otros tendrán la suerte de permanecer más tiempo en los catálogos y las listas de venta. Al lado están los clásicos, los que habitan el Parnaso, el Olimpo de las letras, las humanidades, las ciencias, conviviendo con los honores pasajeros elevados por editores que pueden encumbrar a pequeñajos autorales y vulgares textos. Y se tiene a la inmensa, innumerable reunión de autores que no pasarán de ser un nombre al lado de un título, en donde hay personajes fundamentales para una disciplina aunque no estarán jamás en los pasillos de la fama, probablemente nunca en las esferas de la inmortalidad.

Así funciona el mercado, con una oferta más que abundante, donde literalmente no hay un tema, aspecto, matiz, interpretación, referida a un área del conocimiento o un tópico en particular, que no cuente con un libro, o libros, que lo aborden, que lo toquen, que nos lo expliquen. Se afirma, no sin razón, que hay una abundancia, una sobreabundancia de libros. Así, en la *Reflexión estratégica del sector del libro de la CAE* de acuerdo con un análisis del comercio de libros, se ofrece una síntesis de la situación actual:

El modelo de producción, distribución y comercialización del libro adolece de ineficiencias que generan unos porcentajes de devolución insostenibles. La sobreproducción de títulos, el acortamiento de su ciclo de vida y la falta de información para la comercialización son aspectos susceptibles de mejora.

Es necesario promover sistemas de gestión de datos que ayuden a que la información circule entre editores, distribuidores y libreros. Resulta prioritario fijar acuerdos mínimos para unificar la información y establecer protocolos a respetar por todos.³²

Los títulos editados han aumentado desproporcionadamente, en algunas disciplinas, tanto que nadie sabe a ciencia cierta cuántos se encuentran en venta. Un exceso en la oferta puede indicar la existencia de una industria editorial próspera, exitosa, y no necesariamente ser eso. Pueden reflejar el deterioro en las calidades literarias y solo garantizar la venta de libros mal editados, con contenidos estériles, con calidades científicas o humanísticas más que pobres y quizá hasta inexistentes. Se colocan en el mercado libros que poco o ningún honor hacen a la tradición intelectual inaugurada en los albores del Renacimiento. Tal como debiera acontecer con cada título producido, sin

importar quien lo escribió, dado que la acción de llevar un texto a la imprenta tendría que ser garantía de la publicación de ideas inteligentes, la edición de conocimientos y sabiduría preservados en letra impresa. No es así, el mundo de los editores, por necesidad de supervivencia ha debido acercarse al ámbito de la especulación comercial, de las pequeñeces culturales, de las ediciones irrelevantes que atienden a públicos que no ganarán mucho con las lecturas de sus libros. Y para todo este universo de editores debe usarse el mercadeo, de acuerdo con Manuel Gil, lo cual no es una regla:

En general, al mundo del libro le falta marketing, pero también la puesta en marcha de estrategias adecuadas. Y no hay peor estrategia que no tener estrategia, porque ¿cómo sabremos que hemos llegado si no sabíamos a dónde queríamos llegar?³³

El mercado del libro se organiza en distintos niveles. Tradicionalmente, los profesionales, que en un momento de poético afán clasificatorio se les etiquetó como *profesionales liberales*, universitarios casi todos, eran continuos compradores de libros. Mantener un repositorio privado, una colección particular era fundamental para dejar en claro la calidad de título académico que detentaba el profesional lector, el cual podía ser también *culto*. Cuando las profesiones se multiplican y surgen nuevas disciplinas, o las especializaciones fragmentan a sus estamentos originales, se añaden más profesionales, egresados de las universidades generalmente, al universo de posibles lectores y de quizás, consumidores de libros. En estas circunstancias, Bahloul sostiene:

Por último se encuentra de nuevo en este orden de ideas genéricas que están excluidas las lecturas para uso enfocado y profesional, en particular, la legítima categoría de la «Lectura». Esto sólo puede ser una distensión, para aquellos que tienen el «gusto» o la pasión por la lectura, pero no por leer y consultar libros técnicos, jurídicos, etc. con fines profesionales [...]³⁴

En este contexto, los profesionales dedicados a las disciplinas humanísticas han sido estereotipados como consumados lectores; si no se cumple con este reducido patrón, difícilmente son tenidos en cuenta, en estima o vistos con respeto. Si no pueden demostrar que mantienen su propia colección de lecturas, su particular acervo de libros, no tienen el valor de quienes sí pueden exhibir lo contrario. Igual sucede con los científicos, sean ciencias duras o adscritos a las disciplinas sociales. Y en términos generales, cualquiera que pregone su grado académico como un salvoconducto de probidad intelectual, debe tener en su haber libros. Definitivamente, quien no posee libros, pareciera ser alguien que no es alguien digno; y es casi imposible pueda acceder a los privilegiados círculos del prestigio y los honores académicos. El libro no es solo un objeto que da confianza y certezas intelectuales, es parte sustancial del ejercicio académico de los profesionales. Para atender este mercado, las universidades son también editoras, en una vieja tradición que cumple una función más que necesaria: dar a conocer lo que hacen sus escuelas o institutos, generalmente no buscan un mercado para subsistir: las universidades suelen destinar fondos y recursos para cumplir con este objetivo. En momentos, algunas han convertido sus ediciones en prestigiados y reconocidos sellos editoriales, respetados, buscados, venerados también.

Hay, sin embargo, una condición que cualquier lector puede remontar con suma facilidad si tiene libros en la mano, o a la mano. Sin pertenecer a los grupos de privilegio académico, a los ámbitos universitarios o escolares, sin ser actor del universo educativo, bien puede inscribirse en sus territorios por el sencillo hecho de ser lector. El libro nos acerca a escenarios diversos y acorta distancias entre especialistas, profesionales, aficionados, y este es una de los resultados prodigiosos que tiene el mercado del libro. Ser un puente, un canal, instrumento, herramienta. De ahí que el mercado puede sostenerse a pesar de la hiper especialización de los saberes y conocimientos que tuvo lugar en el siglo XX, en particular con los textos científicos, técnicos y humanísticos, tal como afirma José María Gutiérrez «Libros auténticos, que no contribuyan a la “superinformación” [...]»³⁵

El mercado se orienta también a grupos y segmentos poblacionales. Por edades: hay libros infantiles, para escolares, para adolescentes, para jóvenes universitarios, para adultos, para ancianos. Por género: hay editores que se dedican, por ejemplo, a la publicación de libros para ciertos públicos femeninos. Por religión o credo religioso; también por condición económica: se fabrican ediciones artísticas, lujosas, las cuales no suelen estar al alcance de cualquier bolsillo; en cambio hay ediciones económicas al alcance casi de cualquier monedero. Por origen étnico, no son comunes, hay ediciones dirigidas a las poblaciones indígenas, por ejemplo, como cartillas, manuales, libros de texto. Por orientación sexual; por manifestación o condición cultural, como las ediciones de editores marginales o subterráneos. Si la Revolución francesa proclamó la igualdad, la libertad, la fraternidad, en la modernidad más reciente se han abierto las compuertas a una tolerancia relativa y, a regañadientes, hacia un respeto de las diferencias, en esto ha habido libros y lecturas de por medio. Cada cual ha exigido tener su propia literatura, la posibilidad (las posibilidades) de elegir sus lecturas o, por lo menos, acceder a, consumir determinados títulos. En la realidad si bien engrosan considerablemente el catálogo con una variedad inaudita de títulos y autores, en la práctica los niveles de lectura no siempre aumentan significativamente, ni las calidades lectoras se ven recompensadas. Una consecuencia es el almacenamiento de tiradas enteras, con obesas cantidades de ejemplares que nunca serán comprados. En un plazo determinado pasarán al mercado de segunda mano, a los circuitos de saldos y rebajas permanentes, que siempre ha sido un fructífero y próspero nicho de mercado y de comercio en todo el mundo.

Cuando los negocios no son florecientes, o no marchan con niveles apropiados de operación, el Estado puede ser fundamental para regular el mercado del libro. En el siglo XX, aunque hay acciones desde el siglo previo, algunos regímenes (que ocupan todo el espectro político e ideológico, desde la más arrebatada izquierda hasta la derecha más furibunda) se convierten en patrocinadores de las ediciones, en realidad de ciertos tipos de ediciones, cabe aclarar. El Estado puede ser un editor privilegiado, dado tiene la capacidad de imprimir literalmente lo que desee sin esperar ganancias a cambio. Esta potestad ha permitido que literatura no comercial, o proyectos poco rentables mercantilmente produzcan títulos y promuevan autores que de otra forma sería imposible conocer, o saber de su existencia, dado que, de acuerdo con Serge-André Guay:

En la economía tradicional del libro, la industria pone sus esfuerzos principalmente sobre las obras con alto potencial comercial o pueden llegar a ser los mejores vendidos para obtener beneficios. En la nueva economía, más bien la atención se centra en el número de títulos disponibles y en la acumulación de pequeños beneficios.³⁶

Cuando el mercado editorial enfrenta coyunturas, los editores comerciales, sin importar la calidad de sus tirajes, la importancia de sus catálogos, la posición que ocupan en el mercado, pueden desaparecer al paso del tiempo; bien sea por una extinción de sus actividades, o porque son devorados por editores o grupos editoriales más grandes. A la diversidad de editores se han contrapuesto los mono-polios, de tal suerte que las fusiones, las compras de sellos prestigiados por consorcios editoriales, es una de los procesos más rentables y más productivos de las últimas décadas. Para un editor en crisis, quedar bajo la protección de un grupo es una posibilidad de supervivencia; a cambio, la independencia, la libertad de elección (qué autores, títulos, temas podrán publicarse) queda supeditada a las decisiones de los ejecutivos del gigante editorial o las estrategias de los genios de la mercadotecnia, los cuales determinarán qué es *bueno* editar y bajo qué condiciones. Las estadísticas y los estudios de mercadotecnia, argumentarán siempre, deciden la ruta y el destino de la edición de libros.

El mercado del libro tiene, como cualquier otro, comportamientos cíclicos y sin embargo, es un mercado casi inagotable dada la necesidad social, política y cultural de contar con un objeto que reúne las características del libro. Si las tendencias, los gustos, los aportes se adaptan a los tiempos, o los tiempos crean los que mejor se adaptan a sus circunstancias, los ciclos referidos al producto libro pueden ser caprichosos. No hay reglas escritas que indiquen que en esta temporada la novela tendrá mejor aceptación que la poesía, o que los textos técnicos serán superiores a los humanísticos. A veces las condiciones suelen ser menos sofisticadas de lo que suele suponerse. Basta que los ciclos de producción editorial estén sincronizados con los sucesos más relevantes de su segmento de mercado (libros escolares a punto para el inicio de cursos, *best-sellers* para la temporada de vacaciones, libros de un autor determinado en la presentación estelar de la semana). Acerca de la cultura del *best-seller*, en *Reflexión estratégica del sector del libro de la CAE*, se comenta:

La metamorfosis del concepto de cultura es un fenómeno global que, en parte, tiene su origen en la producción industrial masiva y el éxito comercial, En el caso del libro se traduce en el modelo editorial imperante, sustentado en la sobreproducción de títulos acompañada de una concentración de las ventas en muy pocos que son objeto de grandes campañas. La paradoja de esta estrategia es la pérdida de diversidad cultural que supone *de facto*, debido a la limitación real de los títulos accesibles al lector en los puntos de venta. En el camino, los grandes perjudicados son los distribuidores y libreros, incapaces de digerir esta avalancha de novedades y devoluciones, en un constante trasiego de libros en busca de lectores.³⁷

También se da que se fabrican, se construyen sucesos editoriales con sumo cuidado, de allí que una vez con el libro en las mesas de venta, el éxito mercadológico sea una certeza anunciada. Si bien las ganancias no están forzosamente garantizadas, si evitan que la sentencia de muerte segura para las

editoriales sea inevitable. El libro y su mercado reproducen comportamientos similares a los de otras mercancías y mercados, imitan tendencias, aunque generalmente hay una proclividad más conservadora en comparación con otros sectores. Así, anota Giuseppe Granieri

Por lo tanto, ¿qué sucederá? ¿Qué debemos esperar? Claramente es difícil hacer previsiones coherentes, podemos leer señales débiles y hacer una serie de trazos para dibujar un escenario. [...] cinco años en el mundo digital son como veinticinco años en el siglo XX en lo que se refiere a la velocidad de cambio.³⁸

En este punto, es obligado dedicar unas líneas a la producción de libros electrónicos que si bien, con poco tiempo en el mercado, despiertan entusiasmos y admiración, al tiempo que suscitan dudas sobre su supervivencia en el futuro. La edición de textos no impresos ha tenido un relativo auge al comienzo del siglo XXI. Después del entusiasmo por la novedad de tener soportes que puedan desplazar a la edición en papel, han surgido algunos conflictos. En *Hacia un manifiesto del libro electrónico* del Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe, se lee:

2. Los riesgos de privilegiar una visión tecnocentrista en el campo de la cultura y la educación son altos. Armonizar las posibilidades de tecnologías con la capacidad de acceso y la oferta en la red de contenidos culturales propios, son aspectos de singular importancia. La amplia disponibilidad de dispositivos no garantiza un tránsito exitoso hacia los nuevos ámbitos.³⁹

La preservación digital enfrenta retos como la permanencia. Este es un problema que no permite tener certezas para el futuro inmediato de los libros electrónicos. Silvano Gozzer, apunta:

Primer reto, la conservación de los contenidos. Este es uno de los primeros aspectos a los que nos enfrentamos. Y ¿por qué? Porque lo que nos dice ahora la experiencia, después de años trabajando en entornos digitales y editando en entornos digitales, es que todos estos archivos que generamos hace diez años, por ejemplo, en un *pagemaker*, ahora mismo no nos sirven de nada, no hay manera de abrirlos, no hay manera de abrirlos, no hay manera de reutilizarlos [...]⁴⁰

A esta inquietud se suma Franía Hall:

Como es de suponerse, esto implica muchos problemas para los editores. Mientras que pueden producir varios formatos de archivo adecuados para los distintos dispositivos y han desarrollado flujos de trabajo para lidiar con esto, todavía hay problemas para asegurar la uniformidad cuando los archivos se traducen a una variedad de dispositivos, y esto además implica costos para revisar que cada una de las variedades del archivo funcione.⁴¹

Siguiendo a Hall, ésta expresa «Un problema adicional dentro del mercado es el uso de versiones propias.»⁴² Una preocupación similar a la de Grozzer y Hall, es la que expresan Isabel Galina y Cristian Ordoñez:

Los incesantes cambios tecnológicos y el incremento en la cantidad de información publicada digitalmente harán que el tema de la preservación digital sea cada vez más importante. Actualmente no hay forma de asegurar que este material esté disponible para las generaciones futuras.⁴³

Continúan Galina y Ordoñez, «La preservación tiene tres problemas fundamentales: el primero es la permanencia de acceso a una publicación, en particular para las publicaciones en línea.»⁸ Estos autores enumeran dos problemas más:

El segundo problema de preservación digital se refiere al medio en el cual está guardado un documento. En el mundo impreso, el papel ha servido como un medio que se puede mantener durante muchos años. En el mundo digital la vida de los medios es mucho más corta [...]⁴⁴

Y concluyen:

Por último, los especialistas consideran que en el futuro las publicaciones electrónicas se seguirán desarrollando y probablemente adquieran formas radicalmente distintas de las publicaciones impresas.⁴⁵

El libro electrónico no es bello, ni suntuoso. Es un recurso práctico y necesario, de allí que hoy tenemos en el libro y su naturaleza digital, un paradigma, acerca del cual enuncia Granieri:

Lo digital es el primer elemento que debemos considerar para entender cómo está cambiando el mundo del libro. Si intentamos imaginar cómo será el mundo del libro en cinco años, debemos partir, necesariamente, de este supuesto: la modificación del libro es parte de una modificación mucho más profunda, de una discontinuidad poderosa en nuestra cultura.⁴⁶

Además, el éxito de los soportes electrónicos tiene también un componente vital, dado que es un recurso con información, tal como concluye Roberto Igarza en *Nueva agenda por el libro y la lectura*, documento preparado para el CERLALC-UNESCO:

Apilan los medios y, en algunos casos, reemplazan unos por otros. Polivalencia mediante, los portátiles suelen salir ganadores. No son muchas las otras circunstancias históricas en las que una tecnología ha impregnado tanto y tan rápidamente la sociedad. Con una diferencia notable respecto de las anteriores. Por ejemplo, a diferencia de la electricidad, estas tecnologías no tratan ni transportan una corriente inerte, sino información, es decir, saberes y poderes.⁴⁷

El libro electrónico cumple así el mismo cometido que el libro convencional. El mismo autor abunda en su reflexión en torno a las apropiaciones y producción de conocimiento en el siglo que corre:

Dado que con las comunicaciones móviles todo funciona en tiempo real, se alteran las reglas de la gestión tradicional del vínculo espacio-tiempo y se modifican las formas de tomar decisiones, que se vuelven cada vez más descentralizadas y colaborativas. El nomadismo tecnologizado coopera en la sobrevivencia social, por un lado, y en un reaprovechamiento del tiempo y del espacio con una mejora exponencial de la productividad, por otro. Mediante las redes Wi-Fi de numerosos lugares públicos, semipúblicos y privados, adicionadas a la conectividad que tienden a promocionar los operadores de telefonía móvil, las pequeñas pantallas están desplazando más rápidamente de lo pensado a la computadora del lugar central y protagonista que supo tener bajo el paradigma de la Sociedad de la Información. Todo ello no puede sino tener efectos transformadores en cómo las

personas se relacionan con el sistema cultural mediático, en cómo producen conocimiento y en cómo lo comparten.⁴⁸

Se tienen nuevas nociones de las correspondencias que se crean entre libros y lectores. Igarza describe la relación que puede configurarse con la lectura de textos digitales:

Bajo el paradigma digital es posible reinterpretar la lectura y ajustar la propuesta de contenidos con más información acerca del lector y menos intuitivamente acerca de la recepción. Del mismo modo, es posible enriquecer la experiencia de lectura con otros tipos de contenidos y otras formas de socialidad, susceptibles de retener y ensanchar los públicos lectores, y es más fácil alcanzar territorios lejanos con la inmediatez de la red. Bajo el mismo paradigma digital, la lectura pierde su intimidad y el lector el control total sobre la experiencia.⁴⁹

En cambio, no se puede determinar si los libros electrónicos son objetos digitales que podemos *poseer* o productos gracias a los cuales tenemos acceso a información organizada. Somos entonces lectores y consumidores. Hall menciona:

[...] los libros electrónicos se han desarrollado como un formato nuevo, pero todavía tienen que desarrollarse como un nuevo producto. El libro electrónico aumentado está moviéndose en esa dirección, pero todavía hay muchos aspectos del libro digital que son esencialmente los de un libro tradicional.⁵⁰

Aquí hay un tránsito nuevo, de lector a consumidor, el cual no necesita ya de un libro impreso, necesita un dispositivo de lectura. Acerca de las necesidades de un lector contemporáneo, al que también podemos denominar consumidor, es oportuno compartir un comentario de Carmen Ospina:

Se requiere entender que el consumidor ahora es un consumidor diferente, pues quiere leer en todas partes, en todos los dispositivos posibles, y no va a esperar que nuestro dispositivo llegue al contenido que ellos tienen, simplemente lo va a conseguir como sea.⁵¹

2.3.1 Quienes lo venden, dónde se vende

Leed primero, los mejores libros, no sea que no tengáis la oportunidad de leerlos nunca.

HENRY DAVID THOREAU

Hoy, cuando alguien desea comprar un libro, sabe, o puede informarse, en dónde se vende. De acuerdo con Joaquín Rodríguez

La cadena de valor tradicional del libro estaba ligada a un modo de producción muy concreto basado en la fabricación industrial de objetos físicos que debían distribuirse a centenares de puntos de venta mediante la movilización de una fuerza comercial dimensionada a tal efecto.⁵²

Además, la venta de libros empleando los servicios de las cadenas de distribución convencionales como las plataformas digitales se han popularizado en los últimos años. Sostiene Gozzer:

La editorial tiene que funcionar como una máquina bien engrasada. A pesar que es cierto que tenemos la tendencia a considerar nuestras empresas como un producto cultural, no hay que olvidar que crear un libro no es en extremo diferente a crear una cadena de montaje, donde se tienen que medir los tiempos y los costes.⁵³

En un comienzo no fue así. La historia ha sido distinta. Los libros permanecían guardados largas temporadas en la casa del editor quien era a su vez impresor. Los libros como mercancías se movían poco, esperaban la llegada de un comprador, todavía no se demandaba que un agente especializado lo pusiera en manos del librero, del lector. Éstos eran tan pocos, y podían ser ubicados sin mayor problema; los catálogos de obras impresas eran escuetos, la oferta de títulos no mucha, la lista de autores corta dado que pocos eran los lectores que se sintieran con la autorización intelectual para interpretar los textos. A la distancia, el escenario resulta aburrido, poco estimulante. La formidable fuerza intrínseca (como motor intelectual, de ideas, de cambios) que trajo la mecanización en la producción de libros, sumados al olfato mercantil, el espíritu empresarial de no pocos editores, modificaron muy pronto los primeros pasos en la manufactura intensiva de libros. Cualquiera que escribiera podía publicar, las condiciones económicas lo permitían. Ya no era una la iglesia la que dictaba la moral de las personas, habían más, y amenazaban con borrar el poder temporal de Roma, el espiritual no era ya más un monopolio papal. El mundo no se reducía al horizonte del Mediterráneo, o a la pujanza mercantil del Mar del Norte, los tradicionales ejes geográficos y económicos que establecieron las hegemonías de la civilización europea; nuevos mundos estaban presentes en las cancillerías, los consejos reales, las logias, lonjas de comerciantes y gremios de empresarios burgueses. Se vivía un real espíritu de renacimiento. Grandes doctores, sesudos canónigos, prominentes científicos, humanistas revolucionarios tenían mucho qué decir, y escribían incansable, infatigablemente, ya no solo comentando los preceptos de los clásicos, o las explicaciones y ordenamientos de la *autorictas*; eran padres de sus propias ideas, sus reflexiones, inquietudes que se hermanaban y casaban con las creaciones de otros hombres que deseaban dejar constancia de su propia inteligencia. Y no había mejor medio que un libro para volver realidad estos procesos.

A la par, los nuevos burgueses, los estudiantes y los profesores de las universidades deseaban poseer un libro, no estaba lejana la época en que debían leer en textos encadenados en las librerías de monasterios y abadías. O procurarse copias que valían una fortuna. Que alguien tuviera más de un título en un repositorio personal, era un lujo y un privilegio. Con una perseverancia que avanza durante décadas, aparecen los comerciantes que se especializan en la distribución y mercadeo de libros. Llevan y traen textos por todo el mundo. Conocen qué desean leer y en dónde están sus clientes. Empiezan a formarse los comercios de libros, serán los libreros las personas destinadas para ejercer este oficio. Algunos son editores, otros solo se dedican a la venta y compra de libros. Hay quienes transitan de un oficio a otro, en suma, son gente de la cultura del libro, son los primeros especialistas en impresos, y durante siglos serán los más enterados en las artes del libro. Quien deseara saber sobre títulos editados y

autores vivos o muertos, podía acercarse a un editor o un librero, y con seguridad tendría consigo datos importantes que dilucidaban su pesquisa. De alguna forma, los editores fueron adquiriendo una importancia decisiva, algunos libreros también.

Durante los primeros siglos de la imprenta, en las plazas, a la vista de todos estaban los libros, allí se vendían, con el resto de las mercancías, fácilmente ubicables para clérigos, bachilleres, doctos profesores, y algunas mujeres, quien lo deseara, en realidad quien supiera leer, sabía qué novedades y títulos circulaban. Se exhibían los propios y los de editores amigos, o los que otros editores y sus agentes dejaban para su comercio. Los volúmenes ligeros y las hojas sueltas, hermanas más que humildes de los libros, se colgaban en cordeles. La gente deambulaba entre letras, prosas y poesías varias, en contacto casi doméstico con la literatura, no estaban confinadas en comercios *ad hoc*. Al paso lento del tiempo, las librerías se convirtieron en el sitio adecuado para comprar libros. Ya no era necesario buscarles en los mercados, o indagar en los domicilios de los editores, no era preciso que cada lector se acercara al taller del impresor. En un lugar reconocido era posible saber qué títulos estaban a la venta, cuáles eran las primicias, si alguna edición agotada había corrido la suerte de ser reimpresa. Además, no solo se vendían los volúmenes de una editorial en particular, podía haber muchos más. De otras ciudades, y naciones. Un bazar de ideas, de conocimientos. No fue poca cosa, aún en nuestros días, no es poca cosa. Al alcance de quien lo deseara la experiencia, la sabiduría, el saber de otros. Escribe Denis Diderot en relación con las librerías y sus fondos:

Un fondo de librería es por lo tanto la posesión de un número más o menos considerable de libros propios en diferentes estados de la sociedad, y surtido de manera que las ventas seguras pero lentas de algunos, sean compensadas por la venta también segura, pero más rápida de otros, favorece el aumento de la primera posesión. Si un fondo no cumple todas estas condiciones, es ruinoso. Apenas la necesidad de los fondos era conocida por las empresas y se multiplicaron hasta el infinito, y pronto los sabios que han sido pobres en todos los tiempos, pudieron obtener a un precio módico las principales obras en todos los géneros.⁵⁴

Si el capitalismo naciente se caracteriza por una especialización de las actividades y las funciones de cada actor económico, se forman también cadenas productivas en donde cada cual cumple una función determinada. Las librerías evolucionaron, de simples espacios con un orden básico, de humildes tiendas improvisadas a locales mejor establecidos. Un librero no era ya un ciudadano cualquiera, era alguien importante, con la explosión literaria del mundo libresco, inevitable también. Sin él, los lectores se perdían ya con suma facilidad en los catálogos y los sumarios de los editores. Debieron entonces elaborar catálogos de venta, guías comerciales y los materiales necesarios para dar cuenta del panorama librero del momento. En realidad el comercio de libros avanzaba con paso firme, es probable que desde el principio haya sido así. Afortunados sucesos le eran propicios: cambios definitivos en la fe y las definiciones religiosas, el surgimiento de los estados modernos, la pasión y el naciente respeto por la ciencia, una valoración de la independencia intelectual, la que define la ruptura definitiva entre la historia antigua y la modernidad. Las librerías se inscribían con relativa naturalidad en este proceso, si había establecimientos comerciales para la venta de géneros percederos, de mercancías importadas, ¿por qué no

establecimientos para la venta de libros? Sobre el papel de las librerías tradicionales, se lee en un análisis del Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC):

[...] aquellas librerías que, bajo la tutela de un librero empírico, asiduo lector y ocasional editor, se conformaban y gravitaban en torno a la experiencia de su regente y a la atención cuidadosa al cliente. Dichas librerías pretendían la universalidad; tener en sus fondos todo libro al alcance del librero, ser los recipientes de toda la cultura y todo el saber.⁵⁵

Quedaba el problema de la distribución. Mover cargas de papel demanda condiciones especiales de transportación. Es un material frágil, no puede guardarse en cualquier bodega, es necesario preservarle de la humedad, del fuego, del viento. No puede transportarse a la par que otras mercaderías, no se exhibe un libro de la misma forma como se pone en el mercado un montón de verduras u hortalizas. A los cuidados deben tenerse medidas de precaución mínimas dado que algunos libros se editaban con elegancia suma. Luego, quienes los distribuían debían estar al tanto de las formas de mantenerlos en las condiciones óptimas para su comercio. Se buscaban lugares adecuados (generalmente bodegas limpias, libres de agentes biológicos, al resguardo de los cambios violentos que pueden desencadenar accidentes fatales en un mar de papel) y se comerciaba con ellos de manera similar al resto de las mercancías delicadas.

La distribución organizada se volvió profesional, con conocimientos precisos sobre transporte, resguardo, almacenamiento, entrega, pagos, cobros. Un intermediario entre el editor y el librero, dedicado solo a proveer y distribuir, sin otra función más que esa. Como una consecuencia previsible, se pasó de los usos rústicos a la tecnificación y empleo de las facilidades que trae aparejada la modernidad. En algunos casos se fincaron emporios, en otros se mantuvieron niveles modestos y altamente eficientes. Después de todo, un distribuidor llega a lugares y puntos a donde no siempre tienen acceso los editores y libreros, dada la especialización de cada uno y las correspondientes limitaciones que esto entrañaba. Y así, tal como acontece en el comercio en general, se crearon modalidades, variantes, para la colocación de la mercancía: libros a consignación, *a vistas*, colocados a pagos parciales, con descuentos, con precios preferenciales, en un circuito en el que participan editores, distribuidores y libreros.

En este sentido, apunta Bernadette Seibel

Por su posición intermedia entre la producción-creación y los consumidores de bienes culturales, el campo de la difusión, sin embargo, está sujeto a su vez, a los cambios que obligan al sector editorial y afectan las características de la demanda. La organización de la difusión de la producción editorial no es ajena a la industrialización y al aumento de la concentración editorial que causó la creación de dos grupos grandes, paralelamente a la existencia de un grupo de editoriales medianas y un gran número de pequeñas casas asegurando en parte, la renovación y la creación. Asimismo, el aumento constante en el número de títulos y la baja en la media de los tirajes condujo a una rápida renovación de la producción, al menos en algunos sectores editoriales.⁵⁶

Cada uno creando las mejores condiciones empresariales para sí, cada quien tomando al libro como una flamante mercadería que les redituaba buenas ganancias.

En el siglo XX, una era de rompimiento de paradigmas, los libros empezaron a venderse, literalmente, en cualquier sitio y espacio. Las librerías pueden ser ya monumentos al culto del libro: superficies inmensas, catálogos abundantes, innumerables editores en exhibición, títulos que ocupan kilómetros, una carrera enloquecida entre la aparición y la salida al mercado de libros, cada vez a una mayor velocidad. Se venden libros, tal como se venden otras mercancías. El aire augusto, el orgullo de trabajar con libros y para los libros (es decir, con conocimientos, inteligencia, talentos, famas librescas) se olvida, quedando entonces el libro como una mercadería más sin mayor lustre. Esta falta de compromiso con el libro, que puede tal vez derivarse en un desprecio al conocimiento y la inteligencia, le han llevado al punto en que se encuentra hoy: a mitad de camino entre lo imprescindible y el olvido. Se suma el gigantismo absurdo, esquizofrénico, de la sociedad de consumo, las tiranías del mercado; las costumbres adaptadas a los dictados del comercio, permiten ver con familiaridad libros en almacenes generales y tiendas departamentales (eufemísticamente bautizados como *grandes superficies*), en los kioscos de periódicos de las calles, en las tiendas de los aeropuertos... Tal como menciona Seibel:

La evolución positiva de GSS se opone a la de grandes superficies comerciales dotadas con estantes de «libros», caracterizado por el estancamiento de su impacto. El impacto de la librería de primer o segundo nivel es también abajo a pesar de la concentración del comercio minorista iniciada en los años 80 con el desarrollo de las cadenas de librerías. Según J.-M. Bouvaist, la concentración del comercio minorista resultó en menos la disminución de la lectura que la adaptación de los modos de venta del libro a las tendencias generales del comercio moderno: cadenas, PCV7. Estas «nuevos» libreros comparten con los bibliotecarios una misma preocupación por la calidad y profundidad de los fondos, y comparten el mismo temor que la concentración de las compras en un número limitado de ofertas no provoque un aumento de la concentración sobre los bienes más publicitados que los bienes que los llevan a cuestionar su papel como «pioneros de talento» y seleccionador de calidad.⁵⁷

Lo cual no es una mala estrategia de venta, ¿qué impacto real ha tenido esto en los niveles de lectura, de consumo de libros? ¿Ha sido una decisión benéfica, o responde solo a las tendencias en boga: vender en donde sea y como sea? Una revisión de las calidades de los títulos que se exhiben en estos espacios indican los criterios que orientan la venta, en lo general, de libros: éxitos de temporada (no precisamente *best-sellers*); literatura más que ligera (consejos para alcanzar la felicidad momentánea, vulgarización de temas científicos, mitos, consejas y creencias populares llevadas a la imprenta); títulos clásicos y autores consagrados en versiones modestas; libros infantiles editados sin mayor gracia ni ingenio; textos que dan cuenta de escándalos y trivialidades sin fin de temas recurrentes que estarán muy pronto en los baratillos de segunda mano; volúmenes dirigidos a públicos determinados: para hacer felices a las mujeres, para los amantes de las mascotas, para los aficionados a la jardinería y la cocina; y para darle un toque de formalidad, un poco de literatura «seria» para los lectores graves. Todos reunidos en una variopinta miscelánea, sin sentido, sin

rumbo, solo el que determina el mercado y la urgente, imperiosa necesidad de vender las existencias de los sellos editoriales.

2.4 El libro ¿fetiche permanente y monolítico?

Un libro es un objeto mágico, el espejo del caos cuya búsqueda puede entrelazarse con nuestro propio destino.

ITALO CALVINO

La verdad que se encuentra en los libros es una verdad que nos descubre a veces, no cómo las cosas son, sino cómo las cosas no son.

ANATOLE FRANCE

Fetiche

(Del fr. *fétiche*). 1. m. Ídolo u objeto de culto al que se atribuye poderes sobrenaturales, especialmente entre los pueblos primitivos.

Diccionario de la lengua de la Real Academia Española

La distinción entre la función social reproductiva que cumplen estos fetiches Propiamente dichos y la que cumple la mercancía, el fetiche moderno u objeto fetichoides, es de importancia, especialmente para la conceptualización de esta última porque permite precisar las condiciones muy restringidas de su necesidad histórica [...]

BOLÍVAR ZAPATA

Si un dirigente político, un líder social, una personalidad de la cultura declarara que los libros no son necesarios dado que son adornos de la vanidad, y no producto del intelecto; con seguridad el resto de su vida, tendría poca credibilidad y un futuro ominoso se abatiría sobre el temerario declarante. Y sin embargo así ha sido, discursos hay con ese infausto calibre, aunque no sucede a menudo, para fortuna de la inteligencia. En esto las opiniones se unificarían: las de lectores y no lectores, las de los cultos y los no tanto. ¿Qué concita que distintas personas, con intereses terrenales diversos, opuestos inclusive, compartan una opinión casi unánime? Un mecanismo, un resorte, algo debe mover voluntades se concentren en un punto de vista desde posturas diversas. ¿Es el libro un objeto comercial tan valioso que permita reunir opiniones distintas a favor suyo?

Como mercancía el libro es un fetiche, si tomamos lo que redactó Karl Marx en relación con la definición de mercancía y fetiche:

A primera vista, parece como si las *mercancías* fuesen objetos evidentes y triviales. Pero, analizándolas, vemos que son objetos muy intrincados, llenos de sutilezas metafísicas y de resabios teológicos. Considerada como *valor de uso*, la mercancía no encierra nada de misterioso, dando lo mismo que la contemplemos desde el punto de vista de un objeto apto para satisfacer necesidades del hombre o que enfoquemos esta propiedad suya como *producto* del trabajo humano. Es evidente que la actividad del hombre hace cambiar a las materias naturales de forma, para

servirse de ellas. La forma de la madera, por ejemplo, cambia al convertirla en una mesa. No obstante, la mesa sigue siendo madera, sigue siendo un objeto vulgar y corriente. Pero en cuanto empieza a comportarse *como mercancía*, la mesa se convierte en un objeto físicamente metafísico. No sólo se incorpora sobre sus patas encima del suelo, sino que se pone de cabeza frente a todas las demás mercancías, y de su cabeza de madera empiezan a salir antojos mucho más peregrinos y extraños que si de pronto la mesa rompiese a bailar por su propio impulso.⁵⁸

Los fetiches no solo son objetos con poderes mágicos, sobrenaturales, subjetivos, también lo son las mercancías que adquieren características similares aunque sean manufacturas. En ambos casos, el fetiche se explica desde la economía y la antropología. El libro adquiere (o reúne) los atributos de un fetiche, en términos económicos y culturales (antropológicos). Y es quizá esto lo que explica la fascinación que ha despertado desde su aparición y entronización en los espacios de poder de la sociedad. Siguiendo el discurso de Marx en torno a la mercancía, se lee:

El carácter misterioso de la forma mercancía estriba, por tanto, pura y simplemente, en que proyecta ante los hombres el carácter social del trabajo de éstos como si fuese un carácter material de los propios productos de su trabajo, un don natural social de estos objetos y como si, por tanto, la relación social que media entre los productores y el trabajo colectivo de la sociedad fuese una relación social establecida entre los mismos objetos, al margen de sus productores. Este *quid pro quo* es lo que convierte a los productos de trabajo en mercancía, en objetos físicamente metafísicos o en objetos sociales.⁵⁹

Como entrada, como sustento, la palabra misma, al fin y al cabo el principio del texto y del libro, tiene su propia carga fetichista. Si nombra, determina, ordena, transforma, destruye, debe ser una manifestación con atributos mágicos. El sonido incuba una fuerza sobrenatural que domina a la naturaleza, domestica al medio. Al ser oral su alcance benéfico o maligno tiene un límite: en tanto es pronunciada, en tanto su música y sonido es audible, su presencia tiene efecto, una vez pasado el momento, pase a formar parte del recuerdo, de la memoria. Es probable que en el interior de cada uno su presencia permanezca con algún poder oculto obrando algo bueno, o algún maleficio. De la sonoridad interna a una hecatombe colectiva hay un trecho largo y con seguridad insalvable. Es necesario convocar una voz más poderosa que el poder oral de la palabra dicha para que ésta reviva, en tanto nadie o nada garantiza que el sonido modulado surta los efectos deseados. Por eso es necesario convocarle bajo fórmulas que se repiten (los ensalmos, las maldiciones, oraciones, plegarias y todas las invocaciones rituales no pueden modificarse, su fuerza desaparecería irremediablemente), bajo un orden que ha mostrado su eficiencia mística, su vigor mágico. Cuando las fórmulas, las comunicaciones sonoras se escriben, algo debe suceder con estos sonidos estacionados al principio, a la mitad, al término de una página.

Los primeros escritos, los primeros textos se encuentran dotados de una fuerza mágica depositada a propósito en ellos. Acompañan a muertos y vivos por el duro tránsito de la existencia, en la tierra y en el inframundo, en la realidad y en los espacios desconocidos de la muerte. Estas palabras se encuentran en buena parte de las culturas y las civilizaciones. No es posible evadirles, bien sean deseos de bienaventuranza, de gozo y regocijo, bien sean manifestaciones de castigo, anatemas terribles que condenarán a cualquiera al dolor, a la improbable

salvación. Condenan y salvan. Corren los siglos, se transforman las sociedades, lo «primitivo» da paso a la actualidad, la animalidad original queda escondida bajo la humanización y la racionalidad triunfantes. A primera vista se ha olvidado, ha quedado enterrada la magia, la religión que fue parte fundacional de los primeros textos. Los libros, hijos de la lógica, de la razón que si bien no niega al espíritu, sí le deja en un segundo plano. Los vestigios mágicos se diluyen, desaparecen, es lo que se cree y en ello hay una gran confianza, no más las irregularidades de la superstición, el miedo, lo irracional. El lenguaje articulado domina la inestabilidad de la oralidad. Todo tipo de datos, formados con letras o números, dan cuenta de la portentosa necesidad de dotar al lenguaje escrito de la fuerza contenida en los sonidos. Esto perdura aún en el siglo que corre, con su delirio tecnológico y sus seguridades mercadotécnicas que intentan explicarlo todo. Aun cuando es posible preservar los sonidos en dispositivos y formatos físicos, estos documentos y archivos sonoros, si bien importantes, no pueden alcanzar el prestigio de los libros. No es necesario que estén en el mismo espacio compitiendo, dado que sus funciones son distintas.

Todo lo que se escribe debe tener una fuerza intrínseca a partir del texto. El devenir de la historia y las generaciones hará que se pierda algo en el camino. Del origen mítico se transita a la realidad; de lo oculto, de la magia, se pasará a un estadio más apegado a lo comprobable, lo demostrable. Las condiciones para el embeleso en el misterio de los orígenes de la palabra son una reliquia. Algo queda en los sustratos menos visibles, no por ello inexistentes. Para Jung son los arquetipos, para los filósofos del positivismo lógico son los universales. Si la poesía no es una canción inmediata, si la épica no construye naciones ni funda identidades, en alguna parte deben estar sus vestigios, o debieron resguardarse las influencias orales, las determinaciones sonoras que alejaron al hombre de las especies animales. ¿En las páginas de un libro? ¿En las líneas de un texto, en las imágenes de una lámina? Cuando aprendemos a leer no volveremos a ser nunca más los niños que solo viven en el gozo de los sonidos, el cambio es tan profundo, que nuestra conducta estará marcada con letras; es el sino del alfabetizado, es la piedra de toque de quien lee. Con un temor primario el novel lector se acerca al texto, hay una relación ambigua y profundamente contradictoria: se desea abandonar el estado de feliz autismo y se teme asumir la responsabilidad que marca la vida escolar, las obligaciones y los deberes permanentes y que los libros parecen recordarnos en todo momento. Aunque en las páginas de estas lecturas se entrevean realidades ocultas, sugerentes, distantes, a tiro de ojo gracias a la tipografía, incubándose en nuestra memoria gracias al libro.

El libro es un referente de procesos y atributos positivos, o negativos: desarrollo, progreso, bienestar; o bien, de la paz, democracia, dignidad, todos altos valores éticos, sin duda. Marcan una conducta, una ruta de virtudes por donde las personas deben transitar, sin apartarse de los límites establecidos de las correcciones políticas y sociales. Valores que se desean, se promueven incesantemente, y si bien las escalas beatíficas no son más la regla dominante, los sucedáneos existen. Los libros que enaltecen, elevan al espíritu, domesticar, son tenidos en alta estima. No son textos con los cuales se pierde el tiempo, todo lo contrario. El fetiche bueno, constructor, noble y fecundo los ampara. Son los libros generosos, deseables, es la magia del mérito, es el libro actuando como

benéfico fetiche, y en esto el fetiche aparece una vez más, escriben Tom Abba y Baldur Bjarnason «Es posible que hayamos tropezado con un estado cultural que devalúa la idea del libro y fetichiza el libro-como-objeto.»⁶⁰

No todos los textos se desplazan por la escala de valores (reales o ficticios, practicables o ideales). Hay títulos dedicados a festejar el lujo del lenguaje, la maravilla de la comunicación, el arte de la imaginación. O son malos porque exploran y ponen al descubierto las tinieblas, la oscuridad de la naturaleza humana, no siempre grata, la cual se quisiera no fuera reconocida, menos memorable. A pesar de ello, son una parte necesaria, inseparable de la condición del hombre. Y tienen, como los otros libros, su carga de fetiche, quizá más evidente y explícita. No significa que necesariamente traten temas terribles o retraten vicios, son en su mayoría inocuos (son volúmenes en papel), pueden tornarse peligrosos cuando influyen al ser leídos. Algunos, además, tienen la cualidad de despertar pasiones, de descubrir necesidades, de ser un fetiche que alienta estos movimientos subjetivos.

El libro puede ser subversivo, se sabe que el llamado al desorden para crear un nuevo orden no es poca cosa. Su peso como elemento que transforma, cambia, impulsa movimientos en la sociedad, la cultura, la política, tiene también algo de mágico en tanto no siempre se reconocen los mecanismos racionales, evidentes, que se ponen en movimiento. Además, no solo se conjuga con esos verbos, el libro da cuenta de la subversión la cual documenta, la preserva, de hecho puede llegar a glorificar. Mover de un estadio a otro, de una posición a una nueva, es un indicio evidente de cambios. Y éstos no siempre son previsibles, este principio o sospecha de incertidumbre se relaciona con el misterio, con profundidades desconocidas. El ámbito oculto, quizá ininteligible, acerca a la magia, y una sucesión de actos políticos y sociales, al no ser reconocidos como tales, pueden parecer mágicos. Los libros dan cuenta de ellos, luego, algo de esa *magia*, queda resguardada en sus páginas. De aquí al fetiche no hay un trecho largo. La historia de las ideas, la historia de las religiones ofrecen ejemplos magníficos. Las principales, las más poderosas prácticas religiosas de la humanidad (la tradición rabínica judía, el cristianismo y el Islam) sustentan su lozanía e influencia al declararse y distinguirse como las religiones del libro. Sean la Torá, la Biblia o el Corán, lo que importa es que los textos son la manifestación divina del Verbo, de la magnificencia de un Dios (Yahvé, Jehová, Alá).

La religión, el culto, el rito, dan cobijo y justifican las manifestaciones místicas. También los textos políticos han sido usados como formas terrenas y palpables de la verdad, la ruta, el camino, la acción. Ejemplos sobran, aunque basta uno, elocuente, significativo, irrefutablemente contemporáneo. El *Libro rojo*, un pequeño libro de apariencia inocua, desató en el siglo pasado la Revolución cultural, una de las más elocuentes y terribles acciones de masas de las que se tenga memoria. Bastó que Mao Tse Tung le consagrara como la palabra verdadera de la revolución y el futuro para que media China, la más joven y apasionada, se lanzara en pos del cumplimiento de las consignas impresas en el tomo revolucionario. Las consecuencias sociales y económicas fueron devastadoras. Este proceso remontó su momento y su geografía. Como fetiche, se puede afirmar entonces que el libro salva, el libro sana y cura, el libro es un arma,

también una medicina, lo que se puede relacionar con lo que enuncia Luis González:

Hay un tiempo necesario para interiorizar el conocimiento que se pueda derivar de una información que genera sobrecarga cognitiva. Hay también un ritmo para asimilar la *Crítica de la razón pura* o las *Bucólicas* y ese es el ritmo que proponen los libros. El lector es el intérprete que cuanto más experimentado es dota a la lectura de los *tempi* correctos, el de la lectura-navegación, el de la lectura conectada con otros o el lento de la lectura «desenchufada» e individual.⁶¹

El fetiche se construye, se transforma, se reconstruye. No es una representación inmóvil, no permanece inalterable. Puede estar allí durante un periodo largo; siglos, o milenios. O ser temporal y al no existir los referentes que le dieron vida, decaer, desaparecer. Pasará al olvido, o bien, no es accidental que algunos de sus componentes, de la química de su estructura pasen a enriquecer a otros fetiches o sean parte de la materia fundacional de uno nuevo. El libro se inserta en un movimiento de este tipo.

Siguiendo a Marx, el cual continúa con la definición de fetiche:

[...] tenemos que remontarnos a las regiones nebulosas del mundo de la religión, donde los productos de la mente humana semejan seres dotados de vida propia, de existencia independiente, y relacionados entre sí y con los hombres.⁶²

Si los libros de caballería alimentaron la imaginación durante siglos, la natural obsolescencia del tema da como resultado la extinción del género, sin embargo, cualquier autor puede tomar el tema y crear, escribir sobre una realidad a partir de la caballería, o recrearla. Algunos rasgos quedan evidenciados en textos futuros: elogio de la aventura, búsqueda de un propósito vital como pretexto de vida, respeto a la escalas de valores morales más que éticos. Sucede algo similar con otras manifestaciones y corrientes literarias. De los libros, en la literatura se incuban y crean arquetipos, fetiches, figuras literarias —el Quijote, Don Juan, Emma Bovary, Drácula, ejemplos emblemáticos al lado de los míticos personajes de la literatura de la Grecia clásica: Edipo, Electra, Odiseo, que aún influyen en nuestra imaginación contemporánea— que alimentarán a otros recursos: el cine, las artes visuales (de la pintura al cómic), la cultura; se vuelven universales, reconocibles. Y si a la carga simbólica de los personajes o sucesos (Stevenson y sus piratas. Dumas y los mosqueteros, Verne y sus héroes científicos) se suma el fetiche económico que trae consigo el libro, las consecuencias son imaginables. Una mercancía que no se parece a otras, con valores culturales y sociales agregados, un producto industrial de larga trayectoria, una mercancía glorificada, luego, un fetiche seguro.

Si el libro es un objeto transformado en un producto ejemplar de la inteligencia, del conocimiento, con estos ingredientes también se cocina un fetiche. Elementos más que perdurables como rasgos distintivos de la humanidad, de la separación entre la bestia y el hombre, y quedan evidenciados en la representación física y material de un libro. Las anteriores previsiones conforman un estado conceptual que crea, reproduce, enriquece la percepción inconsciente del estatus del libro como fetiche.

El libro en su manifestación de fetiche se inscribe con un valor simbólico que diluye las fronteras entre la representación y lo representado. Siendo originalmente un texto, el libro como idea, como concepto, no se refiere ya solo a un texto. Tiene significaciones que parten de situaciones reales y se acercan a la fantasía, donde lo imaginario va acercándose al este objeto que tiene rasgos relevantes socialmente aceptados, económicamente conocidos. Siendo fetiche se trasmuta, recrea y, por lo tanto, permanece en una condición que nos es apoteósica no obstante sí puede identificarse con lo sagrado. En un círculo en el cual retorna al origen de su existencia (las palabras sacras). El libro se coloca en un altar, figurado e inmaterial, allí se sacraliza su continente, su contenido y su entorno. Se ha tornado entonces un objeto de reverencia, de respeto, y en esto se ha reunido el concurso de múltiples voluntades: apologistas, lectores, coleccionistas, educadores, escritores, editores, libreros, humanistas, científicos, bibliógrafos, bibliotecarios. Llega a pesar de tal forma la opinión de estos actores, que crean un cerco con los mejores deseos, opiniones, defensas en torno al libro, alejándolo de la pobreza terrenal y poniendo al libro en una especie de altar, inalcanzable, intocable, no usable, intocado. Los fetiches no suelen ser objeto de reverencia, empero sí se les otorga un aura de sumo respeto.

El libro convertido en algo *sagrado* tiene su culto y su rito. Puede llegar al punto de la divinización, qué mejor ejemplo en las religiones del libro, y hubo antes y en otros espacios otras religiones que tienen también un libro, o libros, como objetos divinos. Divinidad no significa santidad, ni santificación, lo divino suele ser un hecho más profundo, y antiguo. En esta parte, los libros son tanto divinos como sagrados. Que no milagrosos, lo que establece una diferencia. El fetiche no cura o alivia, conforta, resuelve problemas asistido por la divinidad (o potestades divinas) lo que le haría *per se* milagroso; en realidad se encuentra investido de una fuerza profunda y poderosa, nunca superficial. Siendo el libro algo que no es milagroso, su culto y su rito se relacionan estrechamente, definitivamente con la lectura. Si se desea saber algo, nada mejor que buscar un libro, en alguno estará el dato que se desea encontrar o consultar. Si es preciso enriquecer o documentar una experiencia cognitiva, hay que usar un libro. Si se apece cultivar al espíritu, la sensibilidad, qué cosa mejor que un libro. Es necesario en todos los casos proceder a la lectura, dar inicio al rito de encuentro con el texto. La celebración final corresponde en el momento que el acto de leer adquiere una magnitud que va de la comunión entre el lector y la palabra, al simple acercamiento respetuoso. Y para ello es indispensable tenerle, lo que afirma y quizá confirme su estado de fetiche.

La posesión del libro como objeto es necesaria en la relación afectiva, emocional, intelectual entre lectores y libros. El fetiche cumple una vez más su cometido. Si se le encuentra y hay recursos para ello, se le compra; si no fuera posible existen las bibliotecas, los préstamos, el uso con límite de tiempo. Lo determinante es el acto de la posesión, el hecho de tenerle y hacerlo parte de la existencia de los hombres. Convertirlo en un objeto que no está en préstamo, sino en la hacienda, en el testamento de cualquier persona. Una vez más el fetiche, como mercancía, funciona. Tener libros es parte del orgullo, de la seguridad, la elocuencia intelectual de no pocos lectores. Así ha sido desde hace mucho, explica entonces el por qué hay quienes coleccionan libros y han

sacrificado todo en nombre de la bibliofilia, de la bibliomanía, más allá de los usos y apropiaciones lectoras. El libro como objeto de colección.

El libro siendo fetiche es un referente, una coordenada que guía procesos y prácticas culturales. Se ha anclado con fuerza en los sustratos más profundos de las psique, de la memoria de las sociedades. Al parecer su firmeza es imbatible, da la sensación de ser un objeto monolítico (a veces los fetiches dan esa impresión). De ser cierta su condición monolítica, este atributo lo emparenta con la permanencia, y la permanencia se liga con la relación estrecha entre lenguaje escrito, lenguaje impreso y libro. Una relación armoniosa y exitosa. Los actos humanos y los actores que participan en éstos, donde la figura del objeto (el libro) ocupa un sitio principal o destacado, se enaltecen por el solo hecho de la inclusión del libro en estos actos, o por la referencia expresa al suceso. Si hay libros, que dan la impresión, de tan antiguos, de haber estado allí siempre, luego son monolíticos para la percepción general de las personas. La mercancía libro, culturalmente, socialmente arropada, es trascendente. Sobre el fetichismo, es preciso recurrir una vez más a Marx:

Así acontece en el mundo de las mercancías con los productos de la mano del hombre. A esto es a lo que llamo el fetichismo bajo el que se presentan los productos del trabajo tan pronto como se crean en forma de mercancías y que es inseparable, por consiguiente, de este modo de producción.

[...]

Si los objetos útiles adoptan la forma de mercancías es, pura y simplemente, porque son *productos de trabajos privados independientes los unos de los otros*. El conjunto de estos trabajos privados forma el trabajo colectivo de la sociedad. [...] Por eso, ante éstos, las relaciones sociales que se establecen entre sus trabajos privados *aparecen* como lo que son: es decir, no como relaciones directamente sociales de las personas en sus trabajos, sino como *relaciones materiales* entre personas y relaciones *sociales entre cosas*.⁶³

Si mercantilmente el libro se transforma de acuerdo con las ideas y las pasiones de las personas y las sociedades, siempre deberá estar con el paso ajustado de éstas, y en momentos, un poco más adelante. Una mercancía ubérrima en todos los sentidos. Una mercancía para enriquecer y alcanzar las utopías, un fetiche deslumbrante. Y aquí cabe recordar la mínima, conocida y poética crónica de Eduardo Galeano:

Ventana sobre la utopía

Ella está en el horizonte —dice Fernando Birri—. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. Por mucho que yo camine, nunca la alcanzaré. ¿Para qué sirve la utopía? Para eso sirve: para caminar.⁶⁴

Para eso también sirven los libros, para construir y alcanzar utopías.

REFERENCIAS

Capítulo 2

1. Arévalo JA, Cordón JA. El libro como sistema: hacia un nuevo concepto de libro. Cuadernos de documentación multimedia [Internet]. 2015 [acceso 2016 ago 23];26:25-47. Disponible en: <http://eprints.rclis.org/28290/1/50628-90563-2-PB.pdf>
2. Eco U, Carrière J-C. Nadie acabará con los libros. México: Lumen; 2010. p.134-5.
3. Bradbury R. Crónicas marcianas [acceso 2015 11 13]. Disponible en: http://depa.fquim.unam.mx/amyd/archivero/CronicasMarcianas_32306.pdf
4. Uzanne O, Robida A. La fin des livres. En: Contes pour les bibliophiles. Paris: Ancienne Maison Quantine; 1895 [acceso 2016 ene 13]. Disponible en: <https://ia800209.us.archive.org/4/items/contespourlesbi00robigoog/contespourlesbi00robigoog.pdf>
5. UNESCO. Declaración de Londres. En: Hacia una sociedad que lea: objetivos para los años 80 [acceso 2016 feb 12]. Disponible en: <http://unesdoc.unesco.org/images/0005/000545/054546sb.pdf>
6. Eco U, Carrière J-C. *Op. cit.* p. 33.
7. Chartier R. Lecteurs et lectures à l'âge de la textualité électronique. Colloque virtuel Écrans et réseaux, vers une transformation du rapport à l'écrit? 2001 dic 31-2002 mar 14, Paris: Bibliothèque publique d'information [acceso 2016 jun 29]. Disponible en: http://www.text-e.org/conf/index.cfm?ConfText_ID=5
8. Escarpit R. La revolución del libro. Madrid: Alianza Editorial; 1968. p. 38.
9. Garzón A. Política nacional del libro: guía para el trabajo de campo. París: UNESCO 2005. p. 7.
10. De la Mora S. La industria editorial más allá de la tinta. Anuario 2001 UAM-X. 2002:219-27.
11. Bahloul J. Lectures précaires: études sociologiques sur les faibles lecteurs. Paris: Éditions de la Bibliothèque publique d'information; 1990. p. 10.
12. Chartier R. Representaciones y prácticas culturales en la Europa moderna: conversación con Roger Chartier. Manuscris [Internet]. 1993 [acceso 2016 sept 21];11:29-40. Disponible en: <http://www.raco.cat/index.php/Manuscris/article/viewFile/23217/92445>

13. Bourdieu P. Une révolution conservatrice dans l'édition. Actes de la recherche en sciences sociales [Internet]. 1999 [acceso 2016 ago 19];126(1):3-28. Disponible en: doi : 10.3406/arss.1999.3278
14. Gómez-Escalonilla G. El libro y la industria editorial. España: Fundación Alternativas 2005 [acceso 2016 oct 5]. Disponible en: https://www.researchgate.net/publication/28083152_El_libro_y_la_industria_editorial
15. Febvre L, Martin HJ. L'apparition du livre. Paris: Éditions Albin Michel; 1971. p. 194
16. Eco U, Carrière J-C. *Ibidem*. p. 142.
17. Bourdieu P. *Op. cit.* p. 4.
18. Baltar, Ernesto. La función del editor en el mundo digital: desafíos y oportunidades. Telos: revista de pensamiento sobre comunicación, tecnología y sociedad [Internet]. 2016 jun-sept [acceso 2016 oct 10];104:53-61. Disponible en: <http://www.fundaciontelefonica.com/artecultura/publicaciones-listado/pagina-item-publicaciones/itempubli/532/>
19. Sierra JA. El libro como mercancía y objeto mercadeable. En: Contra la sacralización del libro: todos los libros al viento. Estados Unidos: Ediciones M T I; 1998 [acceso 2016 sept 18]. Disponible en: <http://www.mercadeoeditorial.com/El%20libro%20como%20mercancia%20y%20objeto%20mercadeable.pdf>
20. Sierra JA. *Ibidem*.
21. Nawotka E. Tendencias de la edición digital: la revolución sigue, pero no triunfa. Telos: revista de pensamiento sobre comunicación, tecnología y sociedad [Internet]. 2016 jun-sept [acceso 2016 oct 11];104:53-61. Disponible en: <http://www.fundaciontelefonica.com/artecultura/publicaciones-listado/pagina-item-publicaciones/itempubli/532>
22. Anta JM. Proyectos de colaboración sectorial en la cadena de suministro de libros. España: Lectyo libros; 2013 [acceso 2016 sept 30]. Disponible en: Fundación Germán Sánchez Ruipérez Recursos.
23. Soccavo L. Inventar juntos las nuevas mediaciones del libro. España: Lectyo libros; 2013 [acceso 2016 sept 25]. Disponible en: Fundación Germán Sánchez Ruipérez Recursos.
24. Métaillié AM. Las funciones del editor independiente en el campo editorial. Comunicación y medios [Internet]. 2013 [acceso 2016 ago 14];27:170-177. Disponible en: <http://revistas.uchile.cl/index.php/RCM/article/viewArticle/26740>
25. Métaillié AM. *Op. cit.* p. 171.
26. De la Mora S. *Op. cit.* p. 219

27. Mollier J-Y, Sorel P. L'histoire de l'édition, du livre et de la lecture en France aux XIXe et XXe siècles. Actes de la recherche en sciences sociales [Internet]. 1999 mar [acceso 2016 jul 14];126-127:39-59. Disponible en: doi : 10.3406/arss.1999.3280
28. Ricoh Production Print. The Evolution of the Book Industry: Implications for U.S. Book Manufacturers and Printers. Boulder (CO): Ricoh; 2013. p. 12.
29. Darton R. The Case for Books: Past, Present, and Future with a new chapter on Google and the Digital Future. New York: Public Affairs; 2009. p. 68.
30. Uribe R. Escenario apuesta para el sector editorial 2020 Bogotá: CERLALC-UNESCO. p. 5.
31. Uribe R, Zapata F, Jaramillo B, Dos Santos F, Torres M, Rueda JC, et al. Las ferias del libro: manual para expositores y visitantes profesionales. Bogotá: CERLALC-UNESCO; 2012. p. 23
32. Reflexión estratégica del sector del libro de la CAE. Vitoria: Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco; 2013. p. 25.
33. Gil M. Prueba, experimenta y aprende: marketing para librerías. España: Lectyo libros; 2013 [acceso 2016 ago 8]. Disponible en: Fundación Germán Sánchez Ruipérez Recursos.
34. Bahloul J. *Op. cit.* p. 56.
35. Gutiérrez JM. Sociedad lectora y «bibliodiversidad». Revista de educación [Internet]. 2005 [acceso 2016 ago 8];(núm. extraordinario):363-384. Disponible en: https://www.google.com.mx/?gws_rd=ssl#q=Guti%C3%A9rrez+JM.+Sociedad+lectora+y+%C2%ABbibliodiversidad%C2%BB
36. Guay S-A. Le monde du livre et ses coulisses: Guide pratique et critique. Québec: Fondation littéraire Fleur de Lys; 2016. p. 179
37. Reflexión estratégica del sector del libro de la CAE. p. 9.
38. Granieri G. Editoriales digitales para nativos digitales. En: Analógico / digital: dos soportes, un futuro. Guadalajara: CANIEM; 2012. p. 66.
39. CERLAC-UNESCO. Hacia un manifiesto del libro electrónico. Bogotá: CERLAC-UNESCO; 2011. p. 6.
40. Gozzer S. XML: siglas para recordar. En: Analógico / digital: dos soportes, un futuro. Guadalajara: CANIEM; 2012. p 36.
41. Hall F. El negocio de la edición digital: una introducción al mundo de las publicaciones electrónicas. México: Fondo de Cultura Económica; 2014. p. 52.
42. Hall F. *Op. cit.* p. 51.

43. Galina I, Ordoñez C. Introducción a la edición digital. México UNAM; 2007. p. 28.
44. Galina I, Ordoñez C. *Op. cit.* p. 28.
45. *Ibidem.* p. 29.
46. Granieri G. *Op. cit.* p. 61.
47. Igarza R. Nueva agenda por el libro y la lectura: recomendaciones para políticas públicas en Iberoamérica. Bogotá: CERLALC-UNESCO; 2013. p. 39.
48. Igarza R. *Op. cit.* p. 39-40.
49. Igarza R. *Ibidem.* p. 18.
50. Hall F. *Ibidem.* p. 233.
51. Ospina C. ¿Cómo iniciarse en el libro digital? En: Analógico / digital: dos soportes, un futuro. Guadalajara: CANIEM; 2012. p. 53.
52. Rodríguez J. Las librerías en el mundo: sellos de referencia y alianzas estratégicas para una nueva cadena de valor. España: Lectyo libros; 2013 [acceso 2016 sept 28]. Disponible en: Fundación Germán Sánchez Ruipérez Recursos.
53. Gozzer S. *Op. cit.* p. 37.
54. Diderot. Lettre sur le commerce des livres. Québec: Université du Québec; 2002 [acceso 2016 ago 11]. Disponible en: http://classiques.uqac.ca/classiques/Diderot_denis/lettre_commerce_livre/lettre_com_livres.pdf
55. CERLARC. Análisis de la situación actual de las librerías. Bogotá: CERLALC-UNESCO; 2012. p. 7.
56. Seibel B. Bibliothèques, librairies, grandes surfaces et vente par correspondance, quelles concurrences autour du livre? En: Publics: quelles attentes? Bibliothèques: quelles concurrences? Paris: Éditions de la Bibliothèque publique d'information; 2005. p 44.
57. Seibel B. *Op. cit.* p 45.
58. Marx K. El carácter fetichista de la mercancía y su secreto en El Capital, tomo I, capítulo I, apartado 4. [Venezuela]; 2008 [acceso 2016 may 16]. Disponible en: <http://aristobulo.psuve.org/wp-content/uploads/2008/10/marx-karl-el-capital-tomo-i1.pdf>
59. Marx K. *Op. cit.* p. 48.
60. Abba T, Bjarnason B. This is a book, for now. [United Kingdom]; 2016 [acceso 2016 sept 25]. Disponible en : <http://thisisnotabook.baldurbjarnason.com/thisisnotabook.pdf>

61. González L. Alianzas para la innovación entre bibliotecas y startups. En: Startup del libro. España: Lectyo textos; [acceso 2016 sept 28]. Disponible en: Fundación Germán Sánchez Ruipérez Recursos.
62. Marx K. *Ibidem*.
63. *Idem*.
64. Galeano E. Palabras andantes. Madrid: siglo XXI; 2003 [acceso 2016 ene 12]. Disponible en: http://ot-ds.sipr.ucl.ac.be/cps/ucl/doc/ac-arec/documents/utopie_-_lecture_E_GALEANO-ESP.pdf

CAPÍTULO 3

.....



http://educap.es.com/history/yearly/465px-Printer_in_1568-oe.png

El libro: objeto de conocimiento



Retirado en la paz de estos desiertos

FRANCISCO DE QUEVEDO

*Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos,
y escucho con mis ojos a los muertos.*

² *Si no siempre entendidos, siempre abiertos,
o enmiendan, o fecundan mis asuntos;
y en músicos callados contrapuntos
al sueño de la vida hablan despiertos.*

³ *Las grandes almas que la muerte ausenta,
de injurias de los años vengadora,
libra, ¡oh gran don Joseph!, docta la imprenta.*

⁴ *En fuga irrevocable huye la hora;
pero aquélla el mejor cálculo cuenta,
que en la lección y estudios nos mejora.*



Hay personas que ponen sus libros dentro de las bibliotecas,
y otras que ponen su biblioteca dentro de sus libros.

SÉBASTIEN-ROCH NICOLAS *CHAMFORT*

3.1 ¿Por qué el libro?

Todas las cosas del mundo llevan a una cita o a un libro.

JORGE LUIS BORGES

Un buen libro jamás está concluido. Cuando lo es, verdaderamente, la historia de los hombres que lo leen viene a añadirle su propia pasión.

LOUIS ARAGON

El tránsito entre la oralidad y la escritura no fue en *estricto senso* un tránsito *natural*, sino procesos que permitieron a la palabra escrita, y por ende a la imprenta, convertirse en el medio más importante de transmisión de información, de creación y re-creación de conocimientos, de crecimiento de la inteligencia humana. La preeminencia de la escritura y sus representaciones físicas, entre los que destacan los soportes escriptorios, va creando el momento y el espacio ideal para la entronización del libro como un objeto comercialmente y económicamente factible, como un objeto cultural y socialmente fundamental e imprescindible.

¿Por qué el libro? Porque éste preserva la palabra escrita, y por derivación, la palabra oral, y de paso, las imágenes. En ese sentido, Walter Ong proclama «Aunque las palabras están fundadas en el habla oral la escritura las encierra tiránicamente para siempre en un campo visual.»¹ En un ámbito antropocéntrico, es la materialización de la palabra, del verbo, del principio y del fin del hombre. Así, el libro se convirtió en el recurso privilegiado del tránsito de la preponderancia oral a la preeminencia escrita. Esta particularidad retórica es una figura recurrente en la literatura (véanse las magníficas reflexiones y los textos de Borges que retratan al libro y a la biblioteca, como referentes de la totalidad de la realidad, siendo ésta contenida en el lenguaje; es decir, si se carece de éste no podemos explicar la existencia del mundo. Afirma Jorge Luis Borges:

Si leemos un libro antiguo es como si leyéramos todo el tiempo que ha transcurrido desde el día en que fue escrito y nosotros. Por eso conviene mantener el culto del libro. El libro puede estar lleno de erratas, podemos no estar de acuerdo con las opiniones del autor, pero todavía conserva algo sagrado, algo divino, no con respeto supersticioso, pero sí con el deseo de encontrar felicidad, de encontrar sabiduría.²

El libro entonces puede ser interpretado literalmente o simbólicamente; o bien, puede ser literariamente, lo que nos permite acercarnos a sus contenidos desde varias direcciones y con diversas perspectivas, con distintos fines y propósitos: como lectores académicos, profesionales, lúdicos.

El libro es un objeto que parte de una representación física/objetual altamente eficiente: permite el traslado del lector en cualquier sentido al interior del texto, desplazarnos hacia arriba, o abajo, transitar hacia delante o regresar a cualquier página previa. Y como todos los materiales escriptorios altamente eficientes,

permite ser anotado, glosado, subrayado, lo que para no pocos lectores es un ejercicio necesario, un ejercicio recurrente desde tiempo inmemorial, de allí los palimpsestos, los textos glosados en la Edad Media, en el Renacimiento, la Ilustración. De allí que también puede ser censurado, emborronado, mutilado, lo que para los órdenes autoritarios no solo es útil, sino necesario. Es, después de todo, un objeto que contiene datos, información, de uso *fácil* (dado su encomiable ahorro de recursos) y aplicación universal, porque se adapta formalmente a diferentes clases de alfabetos, inclusive, a distintas prácticas lectoras. Es una unidad múltiple y diversa, y sobre todo, es un ecosistema en sí.

¿Por qué el libro? Más allá de los elogios que han acompañado proverbialmente la aparición y el posicionamiento del libro como un objeto mítico y fundacional de la cultura, existen otras condiciones que permitieron ubicar al libro en el lugar de privilegio que ha ocupado en los últimos siglos, su maleabilidad y posibilidad de ser reproducido. Anota Michel Foucault, «[...] es que no son solamente los autores de sus obras, de sus libros. Produjeron algo más: la posibilidad y la regla de formación de otros textos.»³ Así, aunque el libro, a pesar de su fragilidad (el papel no es el mejor soporte material que se tiene a la mano), en cambio, su producción es relativamente simple, en comparación con otros soportes empleados en la comunicación e información. Su maleabilidad al ser impreso y encuadernado es notable; la edición, aún con técnicas rudimentarias, no es una tarea heroica; su embalaje y almacenamiento no exigen una infraestructura incosteable. Luego entonces, el libro escrito y hecho de papel es viable porque se fabrica con el material más apto para emprender la producción industrial y a gran escala para la impresión de la palabra. La producción editorial puede ser tan vasta o restringida como la capacidad capitalista que cada editor pueda enfrentar. Si bien en su origen las casas editoriales se fundan a semejanza de otros establecimientos gremiales, el comercio de libros no crecerá como suelen desarrollarse otros productos comerciales. Diversos factores delimitaron su crecimiento, siendo fundamentalmente condicionantes políticas, sociales y culturales. En momentos determinados donde el poder político necesita, o tolera, el libro y su comercio se verán asegurados. Si las condiciones sociales demandan el uso de libros, con seguridad la distribución de éstos no tendrá demasiados obstáculos.

O bien, si la cultura hegemónica requiere de libros como elementos de preservación y de transmisión del poder de ésta, los impresos circularán con facilidad, estarán con los públicos lectores sin mayores obstáculos. La industria editorial se ve determinada por una superestructura, o parte de ésta, la cual no siempre se comporta bajo esquemas o ciclos rígidos, sino que responde a eventos de tiempo más amplios, a circunstancias históricas y políticas de larga duración, a momentos económicos, a comportamientos sociales que perdurarán por generaciones. Tal como dice François Dupuigrenet:

[...] quiero subrayar otro aspecto. El hecho que vivimos con una idea de la relación entre el libro y el conocimiento, entre el libro impreso y el conocimiento que es una construcción histórica.⁴

El libro es un producto fácilmente reproducible: a partir de las planchas originales pueden hacerse tantas copias, tantas tiradas como el editor lo desee.

Desde sus orígenes impresos se transitó de las efímeras planchas grabadas en madera primero y posteriormente con tipos móviles, con matrices mejor fundidas que dotaron al libro de una belleza que se explica en tanto debió competir con la magnificencia de las caligrafías de los copistas y amanuenses. Y es tan noble su materia, a pesar de la fragilidad del papel, que aunque éstas (las planchas) no hayan sobrevivido a la crueldad de la destrucción o a la dictadura del tiempo, el libro puede reconstruirse a partir de tener solo un ejemplar que permita al impresor saber cómo fue o se manufacturó una obra en particular. La disposición tipográfica, el orden del texto, la lógica del discurso pueden duplicarse, imitarse sin mayor dificultad. Una obra puede ser así preservada a pesar del dominio de los elementos que no suelen ser, por regla general, generosos ni mostrar piedad con el libro y el soporte físico en que se edita. Aún impreso en una forma determinada, las tiradas posteriores permiten corregir, aumentar, recrear o disminuir el texto del libro. Estas posibilidades lo acercan notablemente con las formas que adquiere el lenguaje oral, que es inasible y dúctil por naturaleza. El libro es mutable a pesar de ser un objeto inerte. Esta cualidad, que no es menor, le otorga también virtudes que lo elevan aún por sobre el imperio de las imágenes porque puede competir en justa pelea por la hegemonía en el dominio de las ideas y los pensamientos.

Una vez más, ¿por qué el libro? Porque el libro puede transmutarse, a diferencia de otros materiales y soportes escriptorios (el pergamino o el papiro, por ejemplo), tanto que con los restos de libros desafortunados puede fabricarse de nueva cuenta papel... para editar nuevos libros. Afirma Escarpit:

El libro es lo que es su difusión. Así se explica que sus mutaciones estén estrechamente ligadas a las innovaciones técnicas que lo adaptan a las necesidades sucesivas de los escritores, cuya palabra registra, y de las sociedades en que la difunde.⁵

Las sociedades y culturas no siempre se desarrollan en medio de la abundancia, así que cualquier posibilidad que implique ahorro y reciclado de recursos suele ser determinante. Como material de lujo o de presencia modesta, siempre útil. A pesar de su vulnerabilidad, de su fragilidad de origen al ser fabricado en papel, puede mantenerse durante mucho tiempo casi inmune a los factores climáticos (salvo los extremos que lastiman o pueden vulnerar su integridad material) dado la calidad de los papeles con que se fabricaba hasta el siglo XIX, y aún de factores de impacto tecnológico, por ejemplo, el surgimiento de los medios masivos de comunicación y entretenimiento. El libro, después de todo, es el resultado de la evolución del uso de los materiales escriptorios, lo que demostró que un material menos exitoso, en términos económicos o culturales, fue sustituido en cada momento histórico por un mejor material, que pudiera ser viable económicamente y perdurable como un bien cultural.

El libro es así un producto altamente exitoso, a pesar que su representación formal/material responda a un esquema que hoy, en términos reales, no se ha modificado en más de 500 años. El libro como le conocemos ahora, sin importar los formatos que ha adoptado, la evolución asociada con determinantes históricas y culturales, literalmente completó su desarrollo en los primeros siglos, si no es que en las primeras décadas de existencia de la industria

editorial. Se encontró el valor de su versatilidad como objeto de amplio y gran tamaño para contener volúmenes de datos, o como material transportable que acompañaba travesías y viajes. Enuncia Escarpit:

Con o sin el libro de difusión de masas, las sociedades que tienen una antigua tradición literaria no perderán fácilmente el reflejo académico y continuarán durante largo tiempo tratando a los escritores como héroes del espíritu [...] ⁶

De acuerdo con sus formatos puede ordenarse en estantes y libreros en respuesta a una lógica determinada, acorde con las convenciones jerárquicas y sistemáticas que determine o establezca un individuo, un grupo, una institución, y variará en cada época histórica merced a sus usos. Si bien, el libro no es el objeto que ocupa el menor espacio en términos de almacenaje de datos, sí permite una variante sorprendente de acomodos espaciales, díganlo si no las casi infinitas posibilidades, así como las diversas variantes de bibliotecas que existen. Esto demuestra que es un objeto funcional, su diseño original: páginas reunidas en pliegos, encuadernadas y unidas como un libro, cumple aún con la tarea que le dio origen cuando aún hoy desplaza y supera a otros soportes. Podemos afirmar que hay objetos que no pueden ser obviados a pesar de las evoluciones técnicas y tecnológicas, como algunos enseres domésticos, lo que les otorga un valor cultural sorprendentemente relevante en tanto representan una continuidad social, patrimonial, convirtiéndolos en un sustrato fundamental de las civilizaciones. Y es con seguridad este fundamento, este *ser permanente* en que se ha fundado su emblemática trascendencia.

Se insiste, ¿por qué el libro? Porque el libro casi siempre representa a la modernidad; también porque refleja y preserva las ideas, las opiniones, las reflexiones de su momento histórico, así sean temas que se relacionan con discursos conservadores o que se contraponen a la concepción misma de la modernidad. Desde siempre se le asocia como un producto de las ideas y un soporte de éstas, y en occidente la modernidad se construyó con ideas y razones. El libro, además, contiene connotaciones y denotaciones simbólicas altamente significativas, en tanto es un metaobjeto que reúne cualidades materiales e intangibles: ordena, describe, pone en circulación ideas, pensamientos y conocimientos; a su vez, estimula, fomenta, cobija la generación, creación y recreación de ideas, pensamientos y conocimientos. Es un producto de la inteligencia, inclusive del ingenio, no es una regla, aunque sucede: es un medio de información, es un canal de comunicación, es un instrumento de conocimiento, una herramienta, vehículo, recipiente, máquina, sistema, soporte, columna, cimiento. Si aceptamos lo anterior, puede ser intemporal o atemporal dado que reúne y cumple diversas funciones. Sirve entonces como un objeto multifacético con extraordinarias cualidades. Así, resume Chartier:

Podemos seguir diciendo que la cultura impresa se ha reforzado perfectamente sobre esta identidad en la que se unen estrechamente lo material y lo intelectual o la estética [...] en el que el objeto y la obra se identifican, muy minoritariamente para los textos contemporáneos en la edad del manuscrito, y se convirtió en una de las formas dominantes de la cultura escrita. ⁷

Si se sabe que el libro es un bien económico, lo que no es un factor menor que rebaje su calidad, dada su importancia social y cultural. Se fabrica, se

confecciona, se vende, es una mercancía tal como se vio en el capítulo anterior. Es un producto que dio origen a una industria, pujante y opulenta en momentos, pobre y en crisis en otros. Aparentemente el económico puede ser el factor menos prestigiado porque se mueve entre dineros, ambiciones comerciales, mezquindades incluso, sin el mercado, el libro no tiene las menores posibilidades de sobrevivir. Sobre el comercio del libro, señala Escarpit «Un libro se vende, se compra, se cambia, pero no se le debe tratar como una mercancía cualquiera, porque es a la vez múltiple y único, innumerable e insustituible». ⁸ No solo son la acción y los actos del empresario lo que pudiera *envilecerlo* como mercancía, son las modas y los hábitos de consumo, las limitaciones mercantiles, las que en muchos casos han deformado su representación como un objeto que preserva valores y contenidos intangibles, necesarios ya para comprender la naturaleza de las culturas y las civilizaciones. Y esto, bien sea impreso en papel o contenido en un formato digital.

3.2 Quienes lo hacen

*Quizá para escribir un gran libro te debas dar poca cuenta de ello.
Puedes esclavizarte y cambiar todos y cada uno de los adjetivos,
pero quizá escribas mejor si dejas los errores.*

JORGE LUIS BORGES

*[...] Los libros, son el producto de la inteligencia de los mejores
hombres que ha dado la humanidad; y esas obras solo
esperan que nosotros las abramos y comencemos a leerlas.*

RICARDO GARIBAY

El libro responde a un proceso productivo, en sus orígenes una *sencilla* manufactura, posteriormente en los siglos XIX y XX, un producto industrial. Desde su aparición y formación tal como le conocemos, el libro fue parte del comercio de productos dedicados a las clases y grupos que usaban documentos escritos en sus funciones y actividades políticas y sociales. Un *nuevo grupo* de artesanos especializados formaron el núcleo de la naciente industria de hechura de libros. La estructura social de manufactura de libros pasó de los monasterios con sus agentes especializados: monjes copistas, monjes ilustradores —laministas, miniadores—, traductores, encuadernadores a un sector abierto el que después serían los empresarios librereros que no solo producían para un público altamente especializado alrededor de las universidades, los monasterios, las escuelas y colegios tutelados por los obispos. Empresarios con la libertad de editar protegidos por un gremio o un príncipe, no ya por la iglesia o el poder determinante de la religión, en el mismo nivel que cualquier otro comerciante o burgués empresario, en el ámbito de la cultura esto era en realidad algo hasta ese momento desconocido y sorprendentemente innovador. Anotan Lucien Febvre y Henri-Jean Martin:

[...] se esforzaron a tal punto los perfeccionamientos técnicos fabricando más fácil y más rápido con la prensa; pronto, el componedor trabajará no más sentado, constantemente, pero con el fin de obtener un mejor rendimiento. Debido a la

necesidad de producir más y más libros, a precios más bajos, alienta a los impresores para que los métodos de producción sean más racionales. Muy libres al principio, y respetados por sus conocimientos, a continuación se convierten en compañeros de trabajo de los otros, necesarios para proporcionar un resultado específico contra salario en un tiempo limitado. Y, a partir de ese momento, la impresión da forma a un nuevo tipo de hombre: el tipógrafo.⁹

De los claustros, del recogimiento de las abadías, la producción de libros se instaló en los muy burgueses talleres de las imprentas. Se crea una estructura con actores y agentes que cumplen su parte en el proceso productivo, cada uno tiene un papel asignado y cumple una función determinada. El operario que forma con los tipos las páginas; el corrector que revisa la formación en las cajas para la edición de las planas de los textos en los pliegos de papel, éste será un personaje fundamental, porque de él depende que no haya errores; el entintador que limpia y entinta los tipos móviles; el editor que decide si el libro ya está listo para ver la luz del mundo. Al paso del tiempo surgen más especializaciones: el ilustrador que en un principio trabaja con xilografías (la técnica privilegiada en la alborada libresca durante el siglo XV y buena parte del XVI), porque el texto, según la tradición, debe acompañarse de imágenes en una época que las fronteras entre imagen, palabra hablada y palabra escrita no son aún insalvables. Las técnicas evolucionarán y en los siguientes siglos los libros se seguirán ilustrando con nuevas técnicas de edición lo que incluye magníficos grabados en metal (rayados con buriles, luego con ácidos), en piedra, en caucho inclusive. A dos colores, a muchas tintas, coloreados a mano o con técnicas mecánicas de impresión. Está también el cajista, operario quien compone el texto, personaje principal para dar la forma última y establecerá el orden en cómo un libro será leído. De él depende la integridad y la belleza tipográfica del texto y las maneras que adoptará la palabra impresa. No puede faltar el encuadernador responsable de afianzar las páginas en volúmenes sólidos, y que como sus antecesores, desplegará una imaginación y una creatividad permanente para arropar al frágil papel entre buenas tapas de cartón, madera, o con basto cuero o fina piel, obras adornadas de mil formas y en no pocos momentos de una manera primorosa.

Estos son algunos de los personajes que trabajan en los talleres de impresión, los operarios de la maquinaria que produce libros. Todo el equipo rinde respeto, veneración al verbo; la reverencia a la palabra los obliga a cuidar con celo excepcional que el texto editado no solo sea fiel al borrador original sino exacto en cada detalle a los dictados de la inteligencia del autor. Desvirtuar su sentido es tema inconcebible. Se edita con primor porque no solo es respeto a la idea del autor, es una fidelidad a la memoria (sea verbal o escrita), la palabra hablada pesa tanto aún que en muchos sentidos la oralidad los responsabiliza al cuidado sumo, a pesar del uso definitivo de la escritura que comienza a imponerse como medio privilegiado de comunicación. Es necesario anotar que el autor, tal como le conocemos, es una noción tardíamente moderna, casi contemporánea. Antes hubo solo autoridades (*autorictas*) e interpretadores de la obra de éstas, la autonomía intelectual, la libertad de ideas, vendrán después, y con mucho, de la mano de los libros.

Por su naturaleza el libro no es solo un objeto fabricado, producido en serie como otras tantas manufacturas. Hay un componente intelectual, que es en muchas formas su razón de ser, lo que hace que con un libro tengamos frente a nosotros un compendio de ideas, razones, discursos, vidas. Esto ha sido desde que el libro es libro, y promovió la aparición de más actores fundamentales, que no trabajan en su confección material aunque sí en la construcción de contenidos.

Así, el traductor, quien solo interpreta los textos sagrados para vulgarizarlos en las lenguas nacionales y acercar la palabra a públicos excluidos de los cerrados recintos del saber, trasladará también textos de otras lenguas vernáculas, ajenas o lejanas a sus lectores. Es así una especie de siervo al servicio de las lenguas y de las ideas. Al principio los comentaristas son trascendentes, en tanto son los únicos autorizados para develar los misterios de las frases y los enunciados de las autoridades; su trabajo desaparecerá cuando las ideas y las palabras vengan libres, soberanas e independientes, su razón de ser no tendrá más sentido. Por sobre todos, está el editor. Es el maestro de todos quien no solo conoce los secretos del oficio, sino emprende negocios al amparo de la palabra impresa y su determinante influencia. Está en permanente contacto con lo que sucede en su entorno, inclusive en entornos foráneos, son susceptibles de ser tocados por la fortaleza de la palabra escrita y la simiente de la cultura del libro. Sobre la función del editor, escribe Manuel Bragado:

Cada libro es el libro. El editor es el creador de sus formatos, es el responsable del tratamiento tipográfico más adecuado para el texto, de la elección de la ilustración, de las calidades de los materiales que se utilizan. Las posibilidades y limitaciones técnicas son también posibilidades creativas.»¹⁰

Además, Bragado indica que «La primera función del editor, desde la aparición de la imprenta, fue la de fabricante y financiador de los libros.»¹¹ El editor transitó de un simple fabricante a un personaje fundamental en la consolidación de la cultura impresa como la expresión hegemónica con la que se construye la cultura y la civilización contemporáneas.

El editor, quien conoce el mercado, reproduce en un principio los modelos que se usan en la época. Su primera preocupación es que los libros sean muy parecidos a los manuscritos, decisión que agradece la historia del arte porque nos legan algunos de los más bellos textos impresos. Están al tanto de lo que acontece en las universidades y los claustros monacales, sabe de las necesidades de la Iglesia, a fin de cuentas ellos son sus clientes y su público primero. Con relativa rapidez aprenden que su función es distinta a la que ocuparon los copistas y los centros conventuales de producción de libros. En este sentido, Erika Alejandra Menchaca registra un discurso de Chartier sobre las revoluciones de la lectura entre los siglos XV y XX:

El libro impreso siguió dependiendo del manuscrito, cuyas características, tipo de letra, apariencias, puesta en página, eran idénticos en el manuscrito y en el libro impreso. Se puede decir también que un libro impreso, en este primer siglo de la invención de Gutenberg, se consideraba como acabado únicamente cuando diferentes manos, la mano del iluminador, la mano del corrector, habían añadido las miniaturas, las iniciales ornadas, las marcas de puntuación, la rúbrica o los

títulos. Pero más allá de esto, hay algo fundamental y es que el objeto libro, antes y después de Gutenberg, era idéntico.¹²

Y es cuando se dan a la tarea de alejarse lentamente de la tutela y del gobierno de las rígidas convenciones que rigen ideas y decisiones intelectuales. Sucesos definitivos en la historia permiten que la independencia editorial apenas vislumbrada sea una realidad; serán definitivos en este proceso la pérdida de la hegemonía de la Iglesia, el fin del feudalismo, la aparición de las naciones, el choque-reconocimiento de culturas entre Europa y América, el humanismo y el Renacimiento. El editor, si bien no escapará a las determinantes de su momento histórico, podrá transitar hacia una posición de relativa libertad que se volverá cada vez más efectiva y definitiva, hasta situar a alguno de éstos [los editores] en el espacio de los pensadores libres, de los hombres que participaron en las revoluciones y en los cambios de la historia del mundo. Sobre el papel del editor, M. Natarajan y S. Kaliyan señalan su función humanista: «La edición de libros no es sólo una actividad comercial. Está dirigida a la educación y al bienestar de la sociedad. Está para explorar buenos autores con talento y llevarlos adelante.»¹³

Fuera de las imprentas, más allá de los talleres saturados de olor a tinta y resmas de papel nuevo, hay también actores. El autor como tal no puede ser entendido sin la existencia del libro manufacturado en serie, en tiradas industriales, con esto no debemos suponer que son tiradas masivas, éste es un fenómeno contemporáneo. El autor empieza a existir como un personaje individual que puede ser autónomo frente al poder agobiante de la religión y del Estado. Es un creador de ideas, un testigo de emociones, un observador de su tiempo y de tiempos pasados, lo que le confiere una categoría excepcional; y un poder inmanente: trascenderá porque parte de él (ideas, sentimientos, percepciones) quedará en los libros. El autor como tal es en realidad una entidad contemporánea, hubo antes que él autoridades, imbatibles, incuestionables, en torno a quienes desarrollaba el conocimiento todo. La fortaleza de quienes escribían y eran copiados radicaba en la fortuna con la que interpretaban a las autoridades, una suerte de beneficios se obtenían a partir de comentar textos, lo que permitía construir los propios.

Esta dependencia permitía el nacimiento de nuevos autores, los cuales no eran seres autónomos o independientes de la tradición y de las normas impuestas. Con la imprenta, que desata una revolución sin duda alguna, los autores pueden establecer un contrato con los editores y producir al margen de las convenciones y controles establecidos. Una posibilidad de romper los estrechos márgenes que dominan la vida de los que no escriben, y por ende, una posibilidad real de crear y recrear las ciencias, las técnicas y las tecnologías, las humanidades, las artes. El autor como un personaje que se construye a sí mismo, y construye y transforma, no existiría sin la imprenta y los procesos mecánicos y fabriles que permiten la producción industrial de libros.

Si vemos hoy cómo funciona una editorial nos daremos cuenta que los personajes fundamentales siguen allí. Desde luego no hay ya correctores frente a cajas de tipos móviles, sí los hay frente a computadoras; hay ilustradores que no usan más la madera o el metal para crear láminas, así como los que usan cámaras de fotografía o emplean técnicas modernas de ilustración en entornos y

con medios digitales. En resumen casi existe el mismo grupo de los orígenes de la industria del libro, con sus formadores, traductores, correctores, diseñadores, editores. Hay además otros personajes que participan en el proceso y ciclo económico, en momentos el productivo: los que distribuyen libros, los que los venden. Hay también un uso intensivo de las tecnologías, aunque el espíritu original casi está allí intacto. Con una acotación, de acuerdo con Gabriel Zaid:

[...] los oficios del libro no tienen el reconocimiento que merecen. Muchos especialistas ganan poco, y el problema de fondo es el prestigio. Tanta gente valiosa ha aceptado la situación (subsidiando con su trabajo mal pagado el desarrollo cultural) que se ha llegado a creer que sus conocimientos y cuidados valen poco; que cualquier ignorante que gane esa cantidad puede hacer lo mismo. Tal miopía favorece que se pierda el oficio.¹⁴

El libro contiene también un universo habitado por personas, que lo manufacturan, lo miman, lo coleccionan, lo destruyen. Así lo estima Lobsang Castañeda¹⁵ el cual elabora un catálogo de personajes relacionados con el libro, dado que al ser un artículo de primer orden cultural, no podría permanecer si no hubiera un pequeño ejército de hombres y mujeres rodeándolo con múltiples propósitos que van de la veneración al olvido y destrucción. Como un acercamiento a este universo, Selva Hernández¹⁶ hace una glosa de algunos de los oficios, de las filias librescas y alguna fobia que enumera Castañeda. Los habitantes en cuestión son: Bibliófilos (personas que sienten pasión por los libros); libreros; impresores; bibliólatras (personas que rinden culto a los libros); librofilicos (amantes de los libros); bibliólatas (personas que hacinan libros sin leerlos); bibliólogos (estudiosos del libro); diseñadores; bibliótafos (los que ocultan libros a la mirada ajena, o en el extremo, los sepultan); reseñistas; biblioclastas (destructores de libros); bibliófagos («devoradores» de libros); antólogos; editores; bibliógrafos; bibliocleptos (ladrones de libros); correctores; bibliopeas (que escriben libros sin remedio); bibliótatas (que no leen y se olvidan de la existencia de los libros); esticomantes (que practican la bibliomancia, o adivinación a partir de la lectura de una página abierta al azar); lectores; críticos; bibliómanos (que tienen obsesión por coleccionar libros); *bouquiniers* (personas que buscan libros afanosamente, aficionados al hallazgo en las librerías de viejo); bibliófobos (los que desprecian los libros); bibliotecarios; encuadernadores; ilustradores; prologuistas; *büchermenschen* (o sea, transformarse en el libro mismo, en un *homobiblios*). Gracias a todos ellos el libro, destacadamente el impreso, permanece.

Por último, un actor que resulta fundamental es el lector. Si bien un libro se usa, implica un proceso de construcción significativa que escapa a la manufactura como tal. El libro se construye intelectualmente (proceso de lectura), a pesar de su representación material (producción fabril, industrial). Siendo un objeto, el libro es un bien porque contiene valores/datos intangibles, y éstos deben ser descifrados, identificados, interpretados, contruidos, reconstruidos, en parte por quienes lo manufacturan y también por quienes los interpretan simbólica y factualmente a partir de su lectura. El lector participa fundamental y activamente en el reconocimiento intelectual, significativo del contenido impreso, verdad de Perogrullo: sin lectores no hay libros. En el proceso de lectura se produce un binomio, tal como coligen Eco y Carrière «Algunos sostienen que hay

dos tipos de libros: el que el autor escribe y el libro del que se apodera el lector.»¹⁷

El valor del libro se sostiene tanto en el proceso manual y fabril (hechura material) como significativamente (a partir del uso de sus contenidos y continente). Hay procesos de construcción y reconstrucción —en el plano significativo— de acciones como hacer y rehacer, en donde lo que contiene el texto, lo que dice el autor trasciende y transita del plano de la página al mundo de las ideas, a las acciones del lector. Es entonces que éste se convierte en un actor principal, fundamental y determinante. Si se admite que sin lectores no hay libros, aquí es donde el libro no puede sustraerse de su naturaleza objetual como mercancía en donde los consumidores usan los productos porque los necesitan (por lo menos hasta antes de la explosión de consumo incontrolable del último siglo). Si bien es una mercancía, no se deposita la determinante actividad intelectual, creativa, de diálogo entre un consumidor (el lector) y un objeto (el libro). Es una relación estrecha y difícilmente disociable, sin lectores los libros no tienen razón de ser, a su vez, sin libros no hay lectores. Las prácticas lectoras, las formas de apropiación de la lectura, los cambios y transformaciones del lector, pueden ser permanentes, cíclicos, o presentarse esporádicamente; sin embargo, siempre están presentes y en íntima consonancia con el lector, como componentes vitales de la relación entre personas y libros.

El libro entonces, es un producto porque existe como soporte físico, de ideas, de conocimiento, de lectura. Esto lo supieron muy pronto quienes lo hacen y permitió que el libro se elevara y entronizara en la posición de privilegio que mantiene aún. Borges, reflexiona en torno al tránsito de la escritura al libro:

Aquel hombre pasaba directamente del signo de escritura a la intuición omitiendo el signo sonoro; el extraño arte que iniciaba, el arte de leer en voz baja conduciría a consecuencias maravillosas. Conduciría, cumplidos muchos años al concepto del libro como fin, no como instrumento de un fin.¹⁸

No es el propósito abundar sobre los procesos de lectura, por lo tanto solo se enuncia dado que sin el ejercicio y la práctica de ésta, los libros carecen de todo sentido.

3.3 Quienes lo usan

*Parece que la afición por los libros crece con la inteligencia,
un poco por debajo de ella, pero en el mismo tallo.*

MARCEL PROUST

*Los libros solo tienen valor cuando
conducen a la vida y le son útiles.*

HERMANN HESSE

Los libros son usados, esto es una realidad. El libro tiene un valor de uso, o valores de uso. También quién(es) lo usa(n) le otorgan calidades (reales, asociadas, sugeridas) que influyen en las decisiones de quienes lo hacen. Al no ser una mercancía común, el evidente peso subjetivo que tiene en los procesos de conocimiento y aprendizaje, enriquece su valor de uso. Quienes lo usan son los lectores, sean agudos o no, se supone o se desea que el acercamiento al libro sea siempre una experiencia vital. Son lectores también las sociedades, los grupos, las civilizaciones, las culturas. Entre éstos (libro, lectores) se establece una estrecha relación a partir de los usos que hacen estos actores en diferentes momentos, espacios, circunstancias, condiciones.

Quienes lo usan encuentran en el libro satisfactores de orden cultural, político, social. En los hechos, quienes usan los libros como materiales de estudio, de aprendizaje, de reproducción de conocimientos pueden imponerlo o administrarlo para reproducir, apuntalar, mantener un estado de cosas determinado en lo político, social o cultural; o bien, para transformar, cambiar, transgredir, revolucionar la política, la sociedad, la cultura. En este sentido, quienes lo usan, sean individuos instituciones, sociedad(es), buscan y persiguen distintos propósitos y fines, y en algún punto convergen; por ejemplo: los espacios educativos, los ámbitos políticos. Los lectores tienen múltiples explicaciones para emplear a los libros: necesidad, gusto, curiosidad, deseo, para abatir la ignorancia, o la indolencia intelectual, o por obligación, pasión hacia el conocimiento. Pueden hacerlo en solitario o en grupo, a final de cuentas suele la lectura es una decisión individual libre, asumida o aceptada. Dependerá de la experiencia da cada lector el trato que mantendrá con los libros: podrá ser estrecho, permanente, incidental, accidental. En relación con la experiencia lectora, Alejandro Toledo enuncia:

Distingue Pedro Salinas entre lectores y leedores. Uno, el leedor, está apurado, busca información rápida; el otro quiere saber, necesita entender la vida a su ritmo. Posiblemente lo que ocurra es internet forma lectores, ágiles navegantes en la carretera de la información, pero no lectores, por lo que no debe considerarse a una actividad como sustituta de la otra: ¿por qué no internet y libros, es decir: ambas cosas a la vez?¹⁶

En el caso de las instituciones, generalmente las entidades que forman parte del Estado encauzarán sus usos para garantizar la estabilidad y el orden de las estructuras, para consolidar cimientos y realizar modificaciones en la forma sin tocar en exceso el andamiaje del Estado, de esto se encargarán las disidencias,

las rebeliones. Así es como se justifica el papel de la escuela y hasta la universidad, como agentes educativos que se inscriben en la dinámica que sostiene la permanencia de las estructuras. La mitificación, la sacralización inclusive del libro, es altamente conveniente, lejos del escrutinio de los legos, quienes terminarán admirándolo y rindiéndole un lejano e inoportuno culto como objeto *inasible*, es decir, *no usable*. Y el discurso del Estado es pródigo en alabanzas para el libro, porque le necesita, también le teme. La sociedad, las sociedades le requieren porque en las páginas impresas, en los planos digitales, hay mucho de la memoria y de las identidades colectivas.

El libro tiene, en un sentido más limitado, usuarios que se relacionan con su fundamento como objeto. Esto se aplica, por ejemplo, a la literatura. Entendiendo como *literatura* la que es parte del ecosistema de las bellas artes y excluyendo otras categorías literarias, como la literatura de las disciplinas sociales o la literatura científica. El libro si es tenido entonces como una obra literaria, el libro conformará una integridad indisociable con la literatura, con las artes, las ideas y la belleza, sin importar muchas veces, por ejemplo, la veta política, la cual puede quedar desplazada definitivamente ante el uso cultural y social del libro en la literatura; a pesar que las obras literarias adquieren la posibilidad de ser leídas en varios planos y contextos. En este sentido: el libro es el libro *por* el libro paralelamente a nociones como: la literatura por la literatura, o el arte por el arte. Sucede algo similar con otras humanidades y ciencias sociales desde luego también en las ciencias, en las tecnologías que demandan la lectura de libros. De allí que en casi todas las disciplinas de conocimiento, el peso y la presencia que tienen los libros en sus corpus teóricos es innegable. Asociar las características del objeto libro con lo que representa (información, conocimiento) es una consecuencia inmediata, aunque no la única.

Quienes lo usan saben que su acceso es literalmente abierto en todos los sentidos: temporalmente, factualmente. Acercarse a un clásico, alguien que escribió en un contexto histórico y geográfico distinto a la realidad del lector es asequible; evidente-mente la carga lingüística (traducción, transliteración, interpretación) es funda-mental: son aspectos formales que no pueden soslayarse y pueden ser minimizados hasta un punto en el cual el lector tenga los referentes indispensables para entender y apropiarse de la obra. De allí que si el acceso es temporal, el libro puede ser intemporal o atemporal (*v. gr.* los clásicos), sobrepasar los límites temporales y las fronteras culturales de las civilizaciones. También se pueden remontar espacios delimitados como el geográfico, el libro trasciende geografías y se sitúa en cualquier otro punto, basta que alguien lo tome abra sus páginas, lo lea.

Los accesos al libro son múltiples, aun cuando éste formalmente no tenga una presentación que ofrezca esta posibilidad, porque siendo una reunión de páginas encuadernadas inicia y termina siempre en un plano ordenado de pliegos de papel. O en un mapa de bits. Si el libro tiene sus propios márgenes: extensión, dimensión, formato, es fácil suponer que sus accesos están perfectamente delimitados; y en una revisión superficial, es así. Sin embargo, hay un contexto que denota los accesos al libro: las prácticas culturales, las habilidades de cada lector, la facilidad de uso del objeto libro, su estructura mecánica, no está de más decirlo, es sumamente simple y altamente efectiva; las cargas que denotan

el carácter y la importancia de un libro (quién lo escribió o el trayecto que ha recorrido en una determinada disciplina, por ejemplo) lo que abre de una manera notable los accesos trascendiendo con mucho sus propias limitaciones como objeto. Si su acceso es factual, permite al lector evadir las reglas únicas de lectura, aunque también puede entrañar usos comunes a muchos lectores como: lecturas ordenadas por un canon académico o cultural, lecturas dirigidas, comentarios auditados. De acuerdo con Asa Briggs y Peter Burke:

Se dice a veces que la invención de la imprenta no alteró la naturaleza fundamentalmente oral de la cultura europea. [...] la afirmación es exagerada (y extraviado el intento de caracterizar la cultura europea en términos de un solo medio de comunicación) [...] ²⁰

Quienes lo usan reconocen el valor intrínseco de su carga gráfica y de la palabra escrita sobre la oralidad. Se asume que el lenguaje escrito es preponderante por sobre los sonidos verbales, se permite que prevalezca el lenguaje detenido, inerte ante la explosión y la riqueza de las palabras habladas. Ante esta contradicción, confiar en lo estático frente a la vitalidad de los sonidos, el lector organiza un diálogo a partir de sus sentidos, su razón, su inteligencia con el texto impreso, con el libro. Guiado por signos codificados y organizados, el lector transita por los senderos del lenguaje escrito, por las rutas de las grafías. Siendo la lectura la práctica de uso del libro, que es un ejercicio complejo y de una lógica simplemente extraordinaria, depurado durante siglos, hay en este tránsito entre lo personal y lo ajeno, entre la apropiación en dos direcciones (o más) un reconocimiento explícito, asumido, de la palabra escrita como eje dominante y rector en la creación de conocimiento y el afinamiento de la inteligencia. En torno al papel de los libros editados, anotan Briggs y Burke:

Hablar de la imprenta como agente de cambio es sin duda cargar demasiado énfasis en el medio de comunicación a expensas de los autores, los impresores y los lectores que utilizaron la nueva tecnología con diferentes finalidades. Más realista sería ver en la imprenta, como en los nuevos medios de siglos posteriores (la televisión, por ejemplo), más un catalizador que contribuye a los cambios sociales que el origen de éstos. ²¹

Con el andar del tiempo en las sociedades occidentales, su acceso fue cada vez menos restringido: se permitió la lectura a más personas que transitaron del estatus de oyentes u observadores a lectores actuantes; posteriormente se promovió la lectura de los libros permitidos o tolerados; se elogió la práctica lectora como una práctica deseable, generalmente dentro de los márgenes permitidos por el Estado y sus instituciones; se ha encomiado a la lectura y al libro como las cumbres más altas para el espíritu y el conocimiento, personal y colectivo. Cuidado, más allá de esas fronteras, el libro puede ser marginal; si bien se levanta al libro como objeto cultural, se tiene cuidado en evitar que los contenidos revolucionarios se mantengan a buen resguardo, es decir, lejos, o fuera del alcance de los lectores comunes. Esta sucinta evolución de la lectura ordenada y dirigida, controlada, fue dando como resultado que su uso pudiera estratificarse: por edades, por género (no determinante), por prácticas políticas o creencias religiosas. Cada grupo, cada segmento social recupera los textos que le son fundamentales, indispensables, necesarios para preservarse. Se elegirán entonces libros asociados a particularidades y ejercicios de las particularidades,

fundamentalmente las políticas, o sociales, que encuentran en los libros las causas de su existencia, de su devenir como clases, como estamentos. Quienes lo usan construyen al libro en contextos determinados, determinantes incluso, y lo llevarán en un movimiento largo hacia el uso, los usos, del libro como objeto universal en los procesos de mejora, crecimiento, construcción de las sociedades. Bien, este posible lector que tiene libros, si son muchos, mejor, puede ocupar sin grandes problemas un lugar preponderante como persona culta, como gente de libros. Bahloul establece que:

Esta dicotomía de clasificar al discurso sobre la lectura se evidencia, en el mapa de representaciones generales, en la forma de identificar al lector en la manera del arque-tipo: es un intelectual, culto, practicante de una profesión intelectual, un «profesional» de la lectura que sistematiza la consulta de las obras y que tiene elementos psico-técnicos y semánticos de desciframiento de los textos.²²

Aunque García Canclini abunda sobre el ejercicio de la lectura, mismo que separa al lector *culto* del lector promedio:

La pobre vinculación entre lectura y gusto, sumado al alto número de los que nunca lo hacen, lleva a pensar que la pregunta por lo que nos condiciona para leer no es retórica. La mayoría considera la lectura como una tarea práctica, incluso una obligación: para cumplir con la escuela o con el trabajo.²³

En esto hay, como es lógico, conflictos, oposiciones, batallas y guerras también, porque todo se desarrolla entre hombres, con individuos y en entramados sociales. Y evoluciona; así, lo que ayer fue prohibido hoy es permitido, respetado, o simplemente tolerado; lo que antaño desataba enconos, hoy puede concitar espacios de diálogo; lo que ayer movía al escándalo hoy apenas nos permite esbozar una sonrisa amable hacia lo que pudo ser escabroso, ruin, obsceno, malévolo, ahora no despierta enojos ni mueve a la condena; lo que pudo ser reprobable quizá ha caído en el olvido. Esto siempre que las ideas, las acciones, las voluntades amenacen la permanencia de la injusticia, de la desigualdad, la opresión, el oprobio, del error convertido en gobierno y política de Estado, las víctimas propiciatorias serán los hombres y mujeres de ideas y sus hijos: los libros.

Este tránsito de espectadores a actores, de escuchas atentos a lectores permitió entonces que apareciera el público de los libros, sus públicos entre quienes lo usaban, temporal o permanentemente. Y hubo una consecuencia magnífica en estos sucesos: se obligó a arrancar al libro de los espacios privados, del ocultamiento, del resguardo, y ponerlo así frente a la luz, en los espacios abiertos. Ya no más la cata-cumba o el librero como lugares únicos, o como sitios elegidos para la supervivencia, el libro no quedaba más al resguardo de las sombras. Ahora la plaza, el parque y el atrio, la calle, la biblioteca de puertas amplias, la universidad y la escuela, la casa, ahora son también espacios naturales para el libro. Entonces, si quienes lo usaban se reúnen en un público, o públicos (como individuos, ciudadanos o colectividades), el libro pudo franquear con éxito los encierros impuestos, quedando definitivamente ante el escrutinio y la mirada permanente, atenta de la sociedad y la civilización.

3.4 Los usos del libro, el libro y sus usos

Gran diferencia existe entre la persona que pide leer un libro y la que pide un libro para leer.

GILBERT KEITH CHESTERTON

El libro que no se dirige a la mayoría, en número e inteligencia, es sencillamente un libro inútil.

CHARLES BAUDELAIRE

Si se analiza al libro de acuerdo con sus funciones y usos, se puede adelantar que el libro cumple como: recipiente, soporte, canal, instrumento, herramienta, vehículo, máquina, sistema, cimiento, columna, en una apretada lista que puede extenderse en cualquier dirección que se desee adquiriendo otros atributos que no están enumerados aquí. Es decir, depende de la postura teórica, del punto de vista que adoptemos para dirigir opiniones, reflexiones, deducciones y otros ejercicios de la observación y el estudio hacia algún destino. Si una de las características fundamentales que distinguen al libro es su uso, en tanto su condición de mercancía y objeto producto de las ideas, el uso al que ha sido sometido, al que le sometemos aún, le ha apartado definitivamente de otras mercancías, confiriéndole un carácter único, privilegiado.

Este carácter se explica, se justifica, porque el libro es en sí un objeto complejo, que ha adquirido un sorprendente número de representaciones y comportamientos. Dice Escarpit:

[...] lo peculiar del libro es que las intenciones, las utilizaciones y las técnicas que convergen para definirle, en vez de dejarse captar por el fenómeno, lo rebasan ampliamente, conservan en cierto modo su autonomía, evolucionan con las circunstancias históricas e influyen unas sobre otras, modificando mutuamente su contenido y haciendo que varíe hasta el infinito no solo el libro propiamente dicho sino su situación y su función en la vida individual o social de los hombres.²⁴

Siendo recipiente, soporte, canal, instrumento, herramienta, vehículo, máquina, sistema, cimiento, columna, puede ordenarse en un esquema descriptivo, pudiendo ser cada uno un atributo, una categoría. Estas se proponen en un orden no jerárquico ni único que atiende a descripciones organizadas de acuerdo con algunas de las características más sobresalientes, más destacadas, que definen al objeto libro.

Es preciso señalar, antes de continuar, que estas descripciones responden a una esquematización que describe atributos, antes que a una organización inmutable y que toda lista de atributos suele ser incompleta, arbitraria, limitada. Solicito licencia para usar términos relacionados con la arquitectura, la ingeniería y el uso común, los cuales me han parecido los más pertinentes. Creo que en su imperfección radica también su utilidad.

3.4.1 Múltiples miradas en torno al libro: recipiente, soporte, canal y puente, instrumento, herramienta, vehículo, máquina, sistema

Función

(Del lat. *FUNCTĪO, FUNCTĪŌNIS*). 1. f. Capacidad de actuar propia de los seres vivos y de sus órganos, y de las máquinas o instrumentos. 2. f. Tarea que corresponde realizar a una institución o entidad, o a sus órganos o personas. — 10. f. Ling. Papel relacional que, en la estructura gramatical de la oración, desempeña un elemento fónico, morfológico, léxico o sintagmático.— 11. f. Ling. Relación que los elementos de una estructura gramatical mantienen entre sí. 12. f. Ling. Cada uno de los usos del lenguaje para representar la realidad, expresar los sentimientos del hablante, incitar la actuación del oyente o referirse metalingüísticamente a sí mismo.

Diccionario de la lengua de la Real Academia Española

Las funciones del libro se relacionan, en términos generales, con la capacidad de actuar que tienen los seres humanos y sus sentidos, actos como leer, pensar, discernir, imaginar; en sus formaciones sociales, de sus relaciones con sus máquinas e instrumentos. Estos conceptos nos recuerdan, o evocan, la obsesión y la vocación utilitaria que ha distinguido al hombre desde que abandonó la recolección y se convirtió en agricultor, o desde que dejó atrás la caza como actividad primordial y se dirigió hacia la domesticación de otras especies para utilizarles en su provecho. De igual forma, el tránsito de comunidades agrícolas a culturas urbanas, enriqueció, le otorgó una fortaleza manifiesta a la vida social y apuntaló a las civilizaciones. En estas tareas, la humanidad pudo empezar a identificar qué objetos o animales (en su calidad de ganado o piezas de caza o pesca) daban más a un menor costo; o bien, si el costo no era el menos alto, si que las utilidades justificaran la elección de estos animales y objetos como los más rentables.

Evidentemente lo anterior no corresponde a un proceso de planificación racional, de decisiones premeditadas, de consecuencias previstas, en mucho fue el resultado de eventos aprendidos, ensayados, con errores y fracasos, con éxitos previsibles, fortuitos o accidentales. En todo este cúmulo de aprendizajes algunos objetos adquirieron una relevancia excepcional, como sedimento cultural con una calidad manifiesta, entre éstos, en un orden culturalmente destacado: los libros.

Es relativamente sencillo deducir que el libro reúne o presenta funciones multivalentes, entendidas como acciones, tareas, aplicaciones que convergen, que tienen lugar en un objeto nodal (el libro) y parten de éste, simultáneamente o en momentos distintos, también en direcciones diversas. Sugiere Álvaro Garzón:

El libro es un medio de información, de reflexión crítica y de educación irremplazable y se sitúa en la base misma del edificio, en constante reconstrucción, de la democracia, los derechos humanos y las libertades fundamentales.²⁵

Siendo así, el libro se nutre de una innegable riqueza ontológica, epistemológica, como concepto y objeto. Siendo un objeto tendrá características

comunes a los objetos, y aristotélicamente significa: lo que son y representan lo que son. Es decir, cuando nos acercamos a un edificio, sea porque podemos hacerlo en una aproximación física o bien cuando le observamos en una representación fija, por ejemplo, como una imagen, podemos ver sus características y atributos inmediatos (dimensiones, extensión, color, material de construcción) en tanto es un objeto tangible, medible, cuantificable; también podemos intuir, inclusive conocer, cuáles son sus usos como recinto construido y en uno más avanzado, reconocer su importancia y trascendencia; así, lo que representa como objeto dedicado para uso de los hombres. Eso lo hacemos a partir de emociones (aproximación subjetiva) y lo que tenemos enfrente (una aproximación objetiva). Un proceso similar es aplicable al libro en donde hay elementos que son y otros que representan, o forman parte, de una representación.

Las funciones multivalentes son, por regla general, paralelas o se comportan como vectores que se dirigen a puntos determinados, en momentos importando a dónde lleguen: la dinámica del movimiento generado es el que otorga su riqueza al objeto libro. Tenemos entonces que el libro funciona como: recipiente, soporte, canal, puente, instrumento, herramienta, vehículo, máquina, sistema, columna y cimiento, lo que se tratará a continuación. Ante este panorama, señala Escarpit:

[...] nos permite seguir el libro en sus sucesivas mutaciones. Hay que insistir en ello porque es totalmente imposible comprender los problemas que plantean en el siglo XX la creación literaria, la edición, el comercio del libro y la lectura si nos contentamos con ver en el libro un depósito, una reserva de nociones intelectuales o de formas verbales en que cada cual busca lo que le interesa, o incluso un medio de comunicación en dirección única. Como documento escrito, el libro es todo eso; pero como libro es algo muy diferente. Por encerrar en reducido espacio un contenido intelectual y formal de gran densidad, porque puede pasar tan fácilmente de unas a otras manos, porque puede copiarse y multiplicarse cuantas veces se quiera, el libro es el más sencillo de los instrumentos que a partir de un punto dado puede liberar innumerables sonidos, imágenes, sentimientos, ideas y elementos de información, abriéndoles las puertas del tiempo y el espacio y, unido a otros libros, volver a concentrar estos datos dispersos hacia una multitud de otros puntos y en la extensión de los continentes, en una infinidad de combinaciones totalmente distintas unas de otras.²⁶

3.4.1.1 El libro como recipiente: esto también es un arquetipo

Recipiente

Del latín *RECIPIĒNS*, *RECIPIENTIS*, participio activo de *RECĪPĒRE*, recibir, 'tomar, coger', 'el que recibe o contiene'. Tenía –ç– sorda (Cid) [...]. Lo común en la Edad Media es castellanizada *reçebir*.

Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana
J. COROMINAS

(Del lat. *RECIPIENS*, -ENTIS, part. act. de *RECĪPĒRE* 'recibir').
1. adj. Que recibe. 2. m. Utensilio destinado a guardar o conservar algo.
3. m. Cavidad en que puede contenerse algo.

Diccionario de la lengua de la Real Academia Española

Las funciones del libro se relacionan, en términos generales, con la capacidad de actuar que tienen los seres humanos y sus sentidos, actos como leer, pensar, discernir, imaginar; en sus formaciones sociales, de sus relaciones con sus máquinas e instrumentos. Estos conceptos nos recuerdan, o evocan, la obsesión y la vocación utilitaria que ha distinguido al hombre desde que abandonó la recolección y se convirtió en agricultor, o desde que dejó atrás la caza como actividad primordial y se dirigió hacia la domesticación de otras especies para utilizarles en su provecho. De igual forma, el tránsito de comunidades agrícolas a culturas urbanas, enriqueció, le otorgó una fortaleza manifiesta a la vida social y apuntaló a las civilizaciones. En estas tareas, la humanidad pudo empezar a identificar qué objetos o animales (en su calidad de ganado o piezas de caza o pesca) daban más a un menor costo; o bien, si el costo no era el menos alto, sí que las utilidades justificaran la elección de estos animales y objetos como los más rentables.

Evidentemente lo anterior no corresponde a un proceso de planificación racional, de decisiones premeditadas, de consecuencias previstas, en mucho fue el resultado de eventos aprendidos, ensayados, con errores y fracasos, con éxitos previsibles, fortuitos o accidentales. En todo este cúmulo de aprendizajes algunos objetos adquirieron una relevancia excepcional, como sedimento cultural con una calidad manifiesta, entre éstos, en un orden culturalmente destacado: los libros. Sobre el libro impreso, anota Jorge Franganillo:

Contenido y continente son nociones inseparables en el libro impreso, pero ahora un mismo contenido puede estar disponible en diversos continentes, en diferentes soportes, y es aquí donde está la gran innovación que necesita asumir el mundo editorial, de una parte, y el infinito conjunto de los lectores, por otra.²⁷

Es relativamente sencillo deducir que el libro impreso reúne o presenta funciones multivalentes, entendidas como acciones, tareas, aplicaciones que convergen, que tienen lugar en un objeto nodal (el libro) y parten de éste, simultáneamente o en momentos distintos, también en direcciones diversas. Siendo así, el libro se nutre de una innegable riqueza ontológica, epistemológica, como concepto y objeto. Como un objeto tendrá características comunes a los

objetos, y aristotélicamente significa: lo que son y representan lo que son. Es decir, cuando nos acercamos a un edificio, sea porque podemos hacerlo en una aproximación física o bien cuando le observamos en una representación fija, por ejemplo, como una imagen, podemos ver sus características y atributos inmediatos (dimensiones, extensión, color, material de construcción); también podemos intuir, inclusive conocer, cuáles son sus usos como recinto construido y en uno más avanzado, reconocer su importancia y trascendencia; así, lo que representa como objeto dedicado para uso de los hombres. Eso lo hacemos a partir de emociones (aproximación subjetiva) y lo que tenemos enfrente (una aproximación objetiva). Un proceso similar es aplicable al libro en donde hay elementos que son y otros que representan, o forman parte, de una representación.

Las funciones multivalentes son, por regla general, paralelas o se comportan como vectores que se dirigen a puntos determinados, en momentos importando a dónde lleguen: la dinámica del movimiento generado es el que otorga su riqueza al objeto libro. Tenemos entonces que el libro funciona como: recipiente, soporte, canal, puente, instrumento, herramienta, vehículo, máquina, sistema, columna y cimiento, lo que se tratará a continuación.

3.4.1.2 El libro como soporte: registro del hombre y la sociedad

Soporte

De *soportar*. Tomado del latín *SUPPORTARE* 'llevar de abajo arriba', en la baja época 'soportar'. Voz advenediza tomada en varias épocas del latín y de otros romances (catalán, francés, italiano) en los cuales viene del latín *PŌRTARE*, 'portear', 'trasportar'. 1ª doc. Berceo. Siglo XVI [citado por] Nebrija.

Diccionario etimológico latino-español
SANTIAGO SEGURA MUNGUÍA

(Del lat. *SUPPORTĀRE*). 1. m. Apoyo o sostén. — 4. m. *Telec*. Material en cuya superficie se registra información, como el papel, la cinta de vídeo o el disco compacto.

Diccionario de la lengua de la Real Academia Española

El libro es materia fabricada como soporte en tanto es un producto manufacturado, hay además un proceso que lo vuelve valioso y es el hecho que su naturaleza de soporte se manifiesta porque está marcado por signos gráficos (genéricamente escriturales, tales como los alfa-numéricos y los símbolos) e imágenes; son algunas, sino es que las más populares y conocidas de las representaciones fácticas y codificadas de la información, de la representación material de los datos.

El libro siendo una superficie sobre la cual se registran datos, información, es un soporte que difícilmente puede escapar a su destino. Es decir, es un soporte porque en él se afianza, se registra, buena parte de la historia de los hombres y de sus culturas; en este caso, a partir y a través de la escritura, de la palabra impresa. En este sentido se ha dado en llamar soporte a cualquier material, objeto o a la simple superficie que resguarda información y datos. Descripción exacta y generosa sin duda porque da como resultado que en una sola unidad

conceptual (el término soporte) se reúnen tanto materiales *insignes* (el mármol, marfil, oro, fina vitela, buen papel) como los menos lujosos (los acetatos y polímeros, el mal papel con evidente acidez dada su mala calidad de compuestos químicos). Si bien bajo la determinante influencia de la filosofía, la epistemología y otras humanidades, se buscó una justeza y una objetividad que aboliera los rangos y las clases en pro de la limpia descripción conceptual, no es posible entender la permanencia de un objeto-soporte en algo tan frágil y aparentemente poco noble como la celulosa convertida en papel. Objetos que comparten esta cualidad no han tenido mejor suerte ni han gozado de tal popularidad, a pesar del analfabetismo social y una tendencia ágrafa de las sociedades contemporáneas.

Aquí se manifiesta y prevalece un contrasentido: con el afán, con la urgencia de reducir al máximo las explicaciones ante la complejidad que nos ofrece el libro de papel, nos acomete una necesidad de simplificar su naturaleza e igualarle con otros recursos. Se crean agrupamientos que se justifican en la asepsia de los conceptos, si bien la realidad no suele comportarse así. Probablemente no hay nada más lejano que un precioso volumen miniado y un disco óptico, que una fastuosa edición príncipe y una tirada común de casetes efímeros, a todos se les ha nombrado *soporte* en un evidente deseo igualitario, democrático, sin mayor distinción de jerarquías. Sobre el soporte libro, impreso o digital, comenta César Martín Gavilán:

Entre los profesionales de la industria editorial impera la idea de la convivencia de ambas «tecnologías»: papel y electrónica. Los profesionales del sector apuestan por que ambos soportes se sumen en vez de sustituir uno al otro.²⁸

El papel, o la electrónica como soporte del libro y éste como soporte de la inteligencia descubren, a simple vista, sintéticamente, sin rebuscamientos, su naturaleza de apoyo y sostén. Comenta Sofía de la Mora, sobre el soporte libro:

Cada texto tiene su lugar y materialidad, cada autor junto con el editor pueden valerse de la diversidad existente para dar sentido al texto, cada lector encontrará y utilizará las herramientas y los soportes para apropiarse de los textos, de los conocimientos y del placer.²⁹

En su ductilidad, en su posibilidad de transmutación sin perder su esencia y su presencia, de su continuidad física, le dan un valor primordial como objeto digno, soberbio. ¿Será una consecuencia o un principio que el libro sea un soporte social, político y económico también de las instituciones, de las organizaciones, de la humanidad? Además de ser, dadas las evidencias, un sostén, dadas sus características físicas, de lo inmaterial: de las ideas, la imaginación, el genio, la inteligencia. Porque siendo un soporte de información, conocimiento y cultura en el sentido literal, en su forma de volumen de papel con datos impresos, lo es también de manera lateral como un soporte que sustenta organizaciones, civilizaciones, culturas y sus herencias, y a buena parte de la humanidad contemporánea y la de periodos pretéritos —aunque ésta no siempre le use en forma masiva ni con entusiasmo manifiesto—. Una deducción lógica es: en el libro, con el libro se apuntala y labra el destino del hombre, de la humanidad toda. Siempre y cuando pervivan y se multipliquen los lectores. Manuel Arias Maldonado se refiere al particular:

[...] es preciso también que languidezcan los lectores. Que ya lo hacen, o van camino de hacerlo en cuanto se complete el correspondiente cambio generacional, es la tesis de los tecnopesimistas que ven en el empleo de las nuevas tecnologías el riesgo de un deterioro cognitivo que terminaría por llevarse al libro por delante.³⁰

El libro impreso en papel no es eterno, ¿acaso alguna vez se habrá deseado tal destino? Tiene enemigos de diversas formas. William Blades al cierre del siglo XIX, en *Enemigos de los libros*³¹, hace mención de los agentes que reconoce como enemigos del objeto libro. Considera tanto factores físicos y químicos como el fuego, el agua, el gas, el calor, el polvo, así como biológicos, fundamentalmente alimañas del tipo escarabajo negro y otros bichos, desde luego ratas y ratones; añade, además factores humanos: la negligencia, la ignorancia, y el *ratón de biblioteca*. Entre los enemigos señala también a los encuadernadores y los coleccionistas. Blades arma una bien documentada lista de sujetos y condiciones que identifica como enemigos de los libros, en particular la que queda bajo la responsabilidad de las personas, tema al cual se referirá un siglo después Fernando Báez en su *Historia universal de la destrucción de los libros*. Afirma Báez «Yo sostengo que el libro no es destruido como objeto físico sino como vínculo de memoria.»³²

3.4.1.3 El libro como canal y puente: la inteligencia se comunica con la acción

Canal

Del latín *CĀNĀLIS*, *CĀNĀLISIS*. Cañería, canal [¿De *CANNA*, caña?]. *Canalis* es masculino en latín clásico, pero femenino en autores arcaicos (Catón, Varrón) y tardíos (Servio). No hay distinción semántica entre los dos géneros [...].

Diccionario etimológico latino-español
SANTIAGO SEGURA MUNGUÍA

(Del lat. *CANĀLIS*). 1. amb. Cauce artificial por donde se conduce el agua para darle salida o para otros usos. — 6. amb. Teja delgada y mucho más combada que las comunes, que, en los tejados, sirve para formar los conductos por donde corre el agua. 7. amb. Cada uno de estos conductos. — 14. amb. Corte delantero y acanalado de un libro encuadernado, no siendo en rústica. Es la parte opuesta al lomo. — 18. m. Cada una de las bandas de frecuencia en que puede emitir una estación de televisión y radio. — 21. m. *Ling.* Conducto físico por el que circula el mensaje.

Diccionario de la lengua de la Real Academia Española

Puente

Del latín *PŌNS*, *PŌNTIS*. Griego *πάτος*, *πώντος* [*pátos*, *póntos*] y del sánscrito *pánthā* ‘camino’. 1ª doc. Orígenes (doc. De 1043, Oelschl; Cid, etcétera).

Diccionario etimológico latino-español
SANTIAGO SEGURA MUNGUÍA

(Del lat. *PONS*, *PONTIS*). 1. m. Construcción de piedra, ladrillo, madera, hierro, hormigón, etcétera, que se construye y forma sobre los ríos, fosos y otros sitios, para poder pasarlos.

Diccionario de la lengua de la Real Academia Española

El libro es un canal porque con él se pone en circulación, por él transita la información que contiene como recipiente y preserva como soporte. Es, como su símil —diseñado y levantado por ingenieros— un conducto comunicante entre continentes y contenidos, geografías y espacios, entre personas y grupos; además de hacerlo entre los sentidos y la inteligencia, la sabiduría y la razón, el conocimiento y el saber, la experiencia y la memoria.

Como canal comunica a un individuo consigo mismo, a sus emociones con la reflexión, a la meditación con la conciencia, la reflexión con la vida; y comunica a cualesquier persona con otros individuos, grupos, o colectividades. Es esta una de las peculiaridades y singularidades que elevan al libro a dignidades que difícilmente otros objetos podrán alcanzar nunca. El libro no solo comunica al solitario con los demás, estableciendo nexos, canales, con el exterior, con los otros, entre los hombres y las sociedades; permite comunicarse a cada cual con su propio yo, en un diálogo individual, particular y único —en épocas antiguas, de elegancia clásica, se le llamaría soliloquio, recurso que ha cumplido como uno de los motores de la creación, la razón, el avance intelectual—. John Mackenzie Owen anota:

En el contexto de la escritura mecanografiada, la gente puede discutir el contenido compartido (saber o asumir que todos ellos han recibido la misma información), o (tal vez inconscientemente) actuar y cooperar sobre la base de la información compartida (de ahí el concepto de «conocimiento común»).³³

Cada cual establece su propio estilo, le imprime un particular ritmo al diálogo que comienza en el momento que toma un libro, lo abre y da comienzo a la lectura. Y lo sorprendente vendrá después, aunque se lea como un acto personal y único, irrepetible tal vez, cuando se comparte una lectura con alguien que también la ha hecho, se encuentran múltiples puntos de contacto (impresiones, sugerencias, frases, palabras) entre los actos de lectura aislados, propios. Y otros tantos que no lo son. Es la fuerza incontenible de la palabra impresa, de la fuerza y el movimiento del lenguaje que fluye por el libro como canal.

El libro, siendo un canal, promueve la circulación de los contenidos; logra que contenido y objeto sean una unidad estable, estructurada porque mantiene un conducto que comunica los resultados de los procesos internos: lo intangible, imperceptible, lo supuesto, hacia el exterior; es decir, hacia lo tangible, perceptible, evidente. Que ya no es solo una réplica, una copia simple de lo aprendido, de lo degustado, sino lleva ya la impronta de su nuevo *autor*, cada individuo en su idílico papel de lector. Conduce, sin cesar, del exterior hacia adentro, de lo interno a la superficie, de lo íntimo y privado a lo colectivo, comunitario, social, que es una característica de la especie humana, su permanente inquirir entre lo propio y lo compartido, entre lo personal y lo social.

Se vuelve pertinente la reflexión de De la Mora y Zyanya Patricia Ruiz:

El libro transita de un cuerpo a otro, tiene una estructura significativa verbal que perfecciona la transmisión de las ideas. Es una formación no natural, sino culturalmente construida y que permite la vinculación con el espectro social del objeto y la visión de pertenencia al fijar y consolidar la acción autoral. Los otros sujetos que le dan forma en la edición son partícipes de este tránsito, pero las estructuras han hecho de este proceso de comunicación un mar lleno de recovecos.³⁴

El libro como canal conduce entre tradiciones que se levantan como montañas y sorteas escollos de cultura no escrita; transporta las verdades impresas y también las mentiras; es un conducto, el tajo artificial que necesita el hombre para llegar a otros lugares, situaciones, momentos; asimismo permite el tránsito entre la historia, el tiempo, el ayer y el presente, nos da la oportunidad de imaginar y predecir el futuro. De allí que la conciencia, como entidad abstracta pueda mover a la acción, como una corriente que vitaliza lo que toca; las palabras impresas recorren por este canal (el libro) hasta llegar al movimiento de los actos, de las respuestas, de la inteligencia transformada en acción. Las acciones y los actos son el motor que alienta el avance de las sociedades.

El libro como puente une orillas, comunica y acerca extremos, pone en contacto lo material (la realidad) con lo inmaterial (el contenido textual), les vuelve materia común en un espacio colaborativo, a los lectores con los autores. En el plano textual, cuando se mencionan referencias a obras escritas en el momento o previamente, deben armarse puentes: el libro como libro de libros,

cada libro como libro entre libros, que es a final de cuentas el resultado del empleo de citas y referencias a otros textos. Esta riqueza, que no es común en otros productos de la creación humana, no por ser irreal sino porque es difícil tener en un mismo objeto referentes de su propia naturaleza, o de su mismo género. El libro cumple constantemente con esta premisa. Libros van y vienen entre las páginas, remontando las líneas, saltando por los párrafos, acomodados en las notas al pie de la página. Para que la arquitectura de este prodigio sea viable, se necesita de los puentes. Menchaca toma las palabras de Chartier, el cual afirma:

Hay una proliferación de la imaginería de la lectura que permite ver nuevas prácticas en el siglo XVIII, como la lectura en el jardín, en contacto con la naturaleza, al aire libre, la lectura mientras se camina, la lectura en la cama, la lectura en común, en la sociabilidad del salón o de la asamblea doméstica.³⁵

Los libros son puentes que llevan a plazas, a balcones, a logias, a puertas, ventanas, escaleras, torres, jardines, templos, habitaciones que son en realidad los espacios textuales por donde deambula el lector. Puede subir, o bajar, adelantarse o regresar, detenerse y reposar, o dormitar, reflexionar, aprender, soñar, jugar, orar. ¿Cuántos objetos creados por el ingenio y la experiencia de los hombres puede obrar más allá de sus límites formales? ¿Cuántos objetos resisten una complejidad que no solo es conceptual o teórica, sino evidentemente material? Si hay duda, tómese un libro y precédase a su lectura. Están allí sus canales y puentes.

3.4.1.4 El libro como instrumento: usamos a la palabra, la palabra nos hace

Instrumento

Del latín *INSTRUMENTUM* y éste de *INSTRUERE* ‘levantar (paredes, etcétera)’, ‘proveer de armas o instrumentos’ [...] ‘enseñar, informar’. Derivado de *construir*, tomado del latín *CONSTRUERE* ‘amontonar’, ‘construir, edificar’ derivado de *struere*. 1ª doc. Berceo y Nebrija.

Diccionario etimológico latino-español
SANTIAGO SEGURA MUNGUÍA

- (Del lat. *INSTRUMENTUM*). 1. m. Conjunto de diversas piezas combinadas adecuadamente para que sirva con determinado objeto en el ejercicio de las artes y oficios.
2. m. Ingenio (máquina). 3. m. Aquello de que nos servimos para hacer algo. —
5. m. Aquello que sirve de medio para hacer algo o conseguir un fin.
6. m. *Der.* Escritura, papel o documento con que se justifica o prueba algo.

Diccionario de la lengua de la Real Academia Española

El libro cumple como instrumento porque sirve para el ejercicio de pensamiento y el arte del lenguaje, para la constante sedimentación, creación, recreación de conocimientos, sabiduría y, desde luego, de saberes e inteligencia. De hecho es un instrumento que sirve a todos, en múltiples niveles y grados. Hemos perdido ya la noción exacta del momento en que el acto de pensar requirió con mayor presteza del instrumento libro, y el lenguaje escrito le demandó con mayor urgencia como instrumento de uso cotidiano, la sabiduría no se pudo concebir

nunca más sin un libro con ella; o bien, los saberes dejaron de ser una mera circunstancia de la experiencia para documentarse también con la riqueza proteínica del libro. Afirma McLuhan:

El hombre, ese animal que construye instrumentos, sea el lenguaje, la escritura o la radio, se ha dedicado desde hace mucho tiempo a ampliar uno u otro de sus órganos sensoriales, pero lo ha hecho de tal modo que todos los restantes sentidos o facultades han sufrido extorsión.³⁶

La inteligencia difícilmente habría llegado, quizá nunca, sin el uso instrumental del libro, a los niveles que ha alcanzado entre algunos hombres y sociedades.

El crecimiento y desarrollo del pensamiento, la buena salud de la memoria, demandan un esfuerzo permanente y múltiples factores que los alimenten, que los nutran, así, de cada hombre y mujer depende que su psique tenga un apetito voraz, insaciable de libros; cuando este apetito es más bien frugal, podemos intuir las previsibles consecuencias. Si sabemos que una parte significativa del acto de pensar, de creación de ideas, corresponde a cada individuo: las experiencias, destrezas, son fundamentales; con un instrumento de la calidad del libro, su desempeño se eleva notablemente. La supervivencia de la humanidad ha requerido del empleo de instrumentos y herramientas, en un principio como implementos auxiliares del desarrollo de la especie: para una mejor adaptación al medio, para dominar su hábitat, para domesticar la naturaleza, modificar el mundo y convertirlo en un elemento a la altura de su grandeza y sus limitaciones; después, como extensiones mecánicas *naturales* para paliar la debilidad y fragilidad de los hombres, convirtiéndose en elementos epónimos de la civilización y de la cultura. El libro, siendo un instrumento, adquiere, mantiene y reproduce las cualidades y características anteriores. Y vaya instrumento que ha encontrado el pensamiento para perdurar y ser ingrediente sustancial de la humanidad. Acerca del instrumento libro, del libro como instrumento, afirma Borges:

De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación.³⁷

Como instrumento es ya imprescindible para la creación y apropiación del conocimiento, de la inteligencia; se afirma, como un lugar común, que el libro es una de las más conspicuas representaciones formales del conocimiento y la inteligencia. Una presentación y manifestación física del saber, de la sabiduría, de la memoria guardada, ordenada, bajo prácticas memoriosas probadas en su eficiencia, decantadas y refinadas durante siglos. Como catalejo, como binocular, telescopio, microscopio, aún como simple lupa que acerca a nuestros sentidos objetos inconmensurablemente lejanos, diminutos; o como brújula que orienta las navegaciones, todos funcionando por separado y cumpliendo sus particulares tareas en distintos momentos; además, actuando simultáneamente en una misma unidad. Es más que un eficiente instrumento, como pocos, puede ser cada uno y todos, solo depende de quien lo use. Para mirar de lejos, a una

distancia prudente; o para observar la inmensidad del espacio; o acercar los significados a una distancia limitada, o entrar al espacio detallado, intrincado de las minucias del lenguaje impreso en un texto.

En un *summum* constante, el arte del lenguaje, requiere para su ejecución, de instrumentos. Los hay biológicos —basta revisar la anatomía humana en que buena parte es un instrumento: emisor de sonidos, receptor y decodificador de éstos, caja de resonancia, de ejecución—; y los hay manufacturados, bien sea como objetos tangibles, bien como entidades simbólicas. Es aquí donde el libro funge como estos últimos: objeto manufacturado y entidad simbólica. Un instrumento que sirve a las palabras, a los sonidos, a los conceptos, las ideas. La oralidad y las imágenes cumplen su función cultural, social, política y tienen también sus instrumentos; sin embargo, el lenguaje escrito depende, más que todos, de artefactos creados para su ejecución y su puesta en uso. El libro, que trabaja para guardarle en un recipiente, para preservarlo en un soporte, para transportarlo a través de un canal, se usa, por si fuera poco, como instrumento. Un instrumento del lenguaje y, desde luego, de la mente, del pensamiento y de las ideas.

3.4.1.5 El libro como herramienta: una palanca que mueve al mundo

Herramienta

Del latín *FERRAMENTA* ‘herramienta’, plural de *FERRAMENTUM* o de *FĒRREM*. En España sabemos que a mediados del siglo XVI *hierro*, con *h* muda o aspirada era ya la forma predominante en Vizcaya, Castilla la Vieja y Toledo.

Diccionario etimológico latino-español
SANTIAGO SEGURA MUNGUÍA

(Del lat. *FERRAMENTA*, pl. n. de *FERRAMENTUM*). 1. f. Instrumento, por lo común de hierro o acero, con que trabajan los artesanos. 2. f. Conjunto de estos instrumentos.

Diccionario de la lengua de la Real Academia Española

El libro es también una herramienta. Si como instrumento se usa para construir, mejorar, facilitar, para transmitir; como herramienta cumple para mover, cambiar, articular, movimientos mecánicos, o no. En realidad las herramientas fungen como extensiones corporales de la humanidad en tanto ésta necesita de éstas para minimizar sus debilidades, aumentar su fuerza, mejorar su desempeño motriz y así obtener la manufactura de óptimas mercancías, productos manufacturados transmutando una carencia —la corporeidad del hombre— en una destreza. Así ha sido desde el principio de los tiempos, las herramientas nos han acompañado en los estadios evolutivos, formando parte fundamental del avance social de la especie. Desde el pedernal hasta la mecatrónica.

El libro, siendo una herramienta, se convierte en una extensión del cuerpo del hombre, en una extensión de sus sentidos. Así como hay otros utensilios que son necesarios e indispensables para volver menos intolerables las limitaciones de

naturaleza humana y sus sensaciones, la humanidad precisa de herramientas para acercar y comprender, manifestar su ser interno ante la realidad del mundo.

La mecanización de la producción editorial permitió lo que anota Cordón García:

Con la imprenta el proceso se serializa y la despersonalización adquiere su máxima intensidad, los únicos signos distintivos obedecen al diseño y a las marcas editoriales. El discurso, su estructura, sus tipologías las fija el editor. Durante quinientos años hemos asistido a un distanciamiento de autor-lector, una separación de emisor-receptor-documento, y a una serialización de los contenidos, marcados por las decisiones del editor que fijaba la forma del discurso.

Con las nuevas tecnologías los elementos del proceso comunicativo se reagrupan incorporándose de nuevo a este desde un punto de vista total (imagen-sonido-texto-interactividad) o parcial (sonido o imagen), y además se incorporan todos los elementos de personalización que habían desaparecido con la imprenta, rompiéndose de esta manera el orden de los discursos, el de la razones y el de las propiedades que habían singularizado la época impresa.³⁸

El libro realiza esta función, no como un objeto más, sino como una herramienta pródiga, versátil, más que útil, necesaria, de acuerdo con determinados momentos y bajo circunstancias delimitadas por cada lector, por cada usuario del libro, que siempre tiene ante sí una herramienta; aunque puede decidir no usarla como tal, y solo encontrar su sentido como recipiente o tal vez solo como soporte.

Como consecuencia es una herramienta del intelecto, más allá del cuerpo y la materia física. A la humanidad le sirve para mover hacia él todo lo útil que la cultura y la civilización han creado al paso de los siglos, todo el sustrato intangible resguardado y preservado gracias a la palabra impresa. Siendo imposible que el yo del hombre se materialice —aunque forme parte de un cuerpo humano—, el libro como herramienta funciona porque pone allí, en el limitado espacio de un objeto parte de una vida, o la vida misma, un fragmento del mundo o el mundo todo. Una herramienta no es solo una extensión corporal, es también un objeto que mueve a la obtención de mejores resultados, permite producir más en mejores condiciones. El libro como herramienta nos acerca a la realidad (gracias a su capacidad de extensión), y ya en ésta, siendo tangible, su influencia puede inspirar y promover cambios, políticos, sociales, culturales. Es una más de sus particularidades, y no precisamente una de las menos importantes.

Siendo herramienta suele formar parte del cambio de las condiciones originales de una situación o materia, porque una herramienta impulsa un movimiento: y el libro puede intervenir o tener parte en cambios personales para cada quien en la práctica individual de la lectura, y ser partícipe de transformaciones colectivas y comunitarias cuando está en contacto con la oralidad (la que aún nos determina como especie, siendo como es un medio significativo de comunicación), o con los discursos verbales de la gente que

pueden así apropiarse del texto que ha quedado inmóvil una vez impreso. Puede establecerse una relación cercana entre el libro y el grupo o el segmento social, una alianza entre la doctrina y la acción, siendo el resultado: movimiento, dialéctica. Es quizás por esto que la inteligencia de la especie humana ha sabido tener consigo una herramienta poderosa, aunque aún hoy su uso no sea general ni parte del común en la vida de muchas personas. Es una contradicción resultante del origen mismo del libro, que sin ser su uso extenso y la lectura practicada masivamente por enormes grupos o clases, su influencia haya sido pública y universalmente reconocida, su relevancia difícilmente está en tela de juicio, aunque su trascendencia suscite polémicas y debates.

Esta generación de cambios, de movimiento en las estructuras de las sociedades explica entonces que el libro en su calidad de herramienta actúe como una palanca. Ante ello, vale tomar lo que escribe Bragado «[...] es indispensable que la sociedad asuma la defensa del libro como un bien cultural de primer orden.»³⁹ Y es bien sabido, siendo un fundamento científico, que las palancas siendo relativamente pequeñas mueven grandes objetos, desplazan volúmenes considerables, cambian de sitio y posición a la materia. Tal hace el libro, que siendo en verdad pequeño, su fuerza mecánica como palanca es y siempre ha sido, notable, significativa, digna de encomio y, por qué no, de honores.

3.4.1.6 El libro como vehículo: un transporte para el tiempo

Vehículo

Del latín *VEHICŪLUM* derivado de *VEHERE*, ‘llevar a cuestas’, ‘llevar en carro’, ‘transportar’. Medio de transporte. 1ª doc. Quevedo.

Diccionario etimológico latino-español
SANTIAGO SEGURA MUNGUÍA

(Del lat. *VEHICŪLUM*). 1. m. Medio de transporte de personas o cosas.
2. m. Aquello que sirve para conducir o transmitir fácilmente algo, como el sonido, la electricidad, las enfermedades contagiosas, etc.

Diccionario de la lengua de la Real Academia Española

El libro como vehículo permite que diversos elementos y particularidades asociadas con la memoria, con la fijación escrita de la oralidad, se trasladen, dirijan en distintas direcciones temporales, geográficas, anímicas, utilizando al libro como vehículo privilegiado. Una vez más se hace presente una de las paradojas que acompañan a nuestro objeto. Al interior de los lectores transporta, mueve ideas, pensamientos, conceptos, de lo abstracto a lo concreto, de lo real a la reflexión lógica y las sensaciones. Lo intangible debe ser representado de alguna forma y la palabra escrita al ser impresa da como resultado el signo, la letra, la palabra, la frase, el texto, la página, el capítulo, el volumen, en suma: el libro, en un movimiento creciente que va de lo mínimo a lo visible, de lo intangible a lo concreto, en un transporte que se mueve de lo particular al cosmos. Al final del proceso, el libro es un vehículo porque de nueva cuenta,

pone en contacto, como todo vehículo, a los hombres y sus comunidades, a los individuos y las sociedades, al género humano y sus memorias, sus herencias.

Siendo un vehículo, mueve información, datos, ideas, conceptos, palabras, en el cual todos somos pasajeros habituales y obligados. Por ende, el libro, en la realidad y en un sentido figurado, se mueve, toma por direcciones reconocidas, o reconocibles, enfila por caminos, sigue rutas acompañando las travesías de los hombres. En este sentido, afirma Cordón García:

El libro se distingue fácilmente de cualquier otro producto impreso, por su singularidad estética y simbólica, por sus elementos referenciales y por su imagen inscrita en el inconsciente colectivo que lo percibe como tal.⁴⁰

El objeto libro ha sido un viajero casi desde su nacimiento en los talleres de las imprentas, como manufactura tuvo la fortuna y la buena estrella de aparecer en el tiempo de las aventuras guerreras y de conquistas. Tuvo la suerte de estar en el centro de las revoluciones intelectuales, de los cismas religiosos y políticos de su momento, de allí su vocación trashumante. De igual forma, se convirtió en vehículo que transportaba las novedades, las peculiaridades de otros hombres y geografías, las inconformidades, las ideas fueran visionarias, las retrógradas también. Se volvió a la manera de un barco, el medio privilegiado para llevar entre sus páginas simientes para las mentalidades, semillas —domesticadas muchas— algunas rebeldes, siempre las suficientes para germinar, reproducirse, florecer en contextos sociales y económicos propicios. Los frutos fueron madurados en largas generaciones y permitieron la evolución de la especie bajo mejores condiciones, o por lo menos, afianzaron esperanzas en mejores horizontes. Y no sería raro encontrar en estos contextos una de las raíces del prestigio del libro como vehículo del cambio y del avance social, económico, político, cultural, civilizatorio. Conduce de la materia corporal del hombre a las esferas del espíritu, y de las sutilezas del alma a los rigores de la lógica y la razón, de las ideas al movimiento de los actos.

Los vehículos que portan buenas nuevas y se conducen por los derroteros de las mejorías colectivas pueden ser peligrosos para el *statu quo*. Ponen en riesgo el orden de los Estados y el equilibrio de los gobiernos, en grave riesgo si sus influencias benéficas llegan a grandes grupos, a comunidades organizadas, a sociedades que anhelan un cambio. En particular si estos estados y gobiernos son autoritarios, contruidos y fincados sobre las bases evidentes de la injusticia, la desproporción y los excesos de todo tipo, bien sean económicos, políticos, sociales. Cuando se generan cambios, en no pocas ocasiones hombres y mujeres letrados, que leyeron lo suficiente en cantidad y calidad, pudieron encabezar revoluciones. De allí lo peligroso del libro. Y de allí que su prohibición, confiscación y su destrucción, hayan sido las soluciones preferidas para asegurar su exterminio, garantizando así que el mal ejemplo de las insurgencias, de las revueltas, de las tomas de conciencia (patrocinadas en buena medida por los buenos y grandes lectores de libros) no trasciendan en el tiempo y la geografía a otras generaciones, o a otros territorios.

Su larga vida le ha permitido esta fortaleza y esta cualidad, equiparable a un vehículo. Así, es oportuno lo que anota Chartier sobre la forma y el uso del libro impreso tanto como su permanencia:

[...] la revolución más fundamental de la cultura escrita después de la invención de la escritura [...] y antes que el mundo digital, y todos los artículos impresos (que son los nuestros) tienen una relación fundamental con esta estructura. Así, todos los gestos que son nuestros, hojear —para hojear un libro hace falta que tenga hojas—, identificar —gracias a las referencias del índice al texto—, presuponen que hay, también, foliación, paginación, y la posibilidad de indización, o ser capaz de sostener el libro a distancia, de poseerlo, o de tenerlo en una mano, cuando se trata de un formato más pequeño. Todos estos gestos esenciales, toda esta antropología de la lectura está vinculada a la invención del códice del primer siglo de la era cristiana. Esta vez el objeto tiene el momento más largo, el que comenzó al inicio de la era cristiana hasta el siglo XXI, y tal vez esté hasta los siglos XXII o XXIII [...]»⁴¹

Aún ahora, el libro como vehículo cumple ampliamente con su cometido. Acerca espacios, lugares, personas, inteligencias, imaginaciones, puede amalgamar anhelos y deseo alcanzables. Anotan Abba y Bjarnason «El libro, en ese caso, es un vehículo para las ideas, y esas ideas son no cosas fijas. Hablan a cada lector de manera diferente.»⁴² Es su motor y su fuerza dinámica, ¿será por eso que se le admira y rinde y culto, y también por eso mismo también se le teme?

3.4.1.7 El libro como máquina: estructura para pensar y crear

Máquina

Del latín *MACHĪNA*, *MACHINÆ*, ‘andamio’, ‘artificio’, ‘maquinación’ tomado del griego dórico *μαχανή* [*macana*], (ático *μηχανή* [*mékané*]) ‘invención ingeniosa’, ‘máquina de teatro, de guerra, etcétera’, ‘maquinación, astucia’, [obra compuesta con arte]. 1ª doc. 1570, C. de Las Casas (ed. 1591). Lo emplea ya Ambrosio de Morales (1575) y otros autores de principios del siglo XVII; en el *Quijote* es frecuente.

Diccionario etimológico latino-español
SANTIAGO SEGURA MUNGUÍA

(Del lat. *MACHINĀRI*). 1. f. Artificio para aprovechar, dirigir o regular la acción de una fuerza. 2. f. Conjunto de aparatos combinados para recibir cierta forma de energía y transformarla en otra más adecuada, o para producir un efecto determinado. 3. f. Agregado de diversas partes ordenadas entre sí y dirigidas a la formación de un todo. — 9.f.coloq. Multitud y abundancia. Tengo una máquina de libros.

Diccionario de la lengua de la Real Academia Española

Si en algún momento se pudo concebir, y se suscribió la máxima *Deus ex machina*, luego ¿es posible decir: *liber ex machina*, el libro desde la máquina, el libro como la máquina, el libro como aliento del movimiento de los astros y la tierra? Parfraseando la sentencia —entendiendo que la máquina del mundo, del universo, era la divinidad porque nada podría moverse, ni tener sentido o existir, sin su presencia—, ¿el libro mueve igual a la conciencia y la voluntad? No como una herramienta que básicamente es una palanca, sino como un hábito, una

inspiración, un soplo divino y a su vez material que le otorga movimiento a lo que toca. La máquina siempre se ha fabricado, se ha pensado como una entidad autónoma, un ingenio de la humanidad que se pone en movimiento. En un principio se recurre a la compleja trama de los aparejos mecánicos, a la aplicación de la física, y de las fuerzas que son consecuencia de la estática y el movimiento, del engranaje y la polea. La edad de la razón nos legó la revolución industrial y con ella la dependencia maquinaria así como la posibilidad de construir máquinas superiores, cada vez más precisas y perfectas.

La pasión por los inventos es evidente, cuantos más haya será siempre mejor, entonces como consecuencia tenemos la avaricia en la acumulación de objetos y capitales como una constante histórica. No más la elegancia de la mecánica y su aplicación detalladamente cronometrada, se crean entonces los objetos inmensos, carentes de refinamientos, toscos y feamente burdos y bastos, los cuales son fundamentales para sostener la marcha de la civilización —la occidental primero y después la del resto del mundo, impuesta la hegemonía de occidente como norma y canon—. El libro funciona como maquinaria, y el impreso en papel aún hoy resulta mejor de acuerdo con M. Julee Tanner:

[...] libros impresos siguen siendo lo más adecuado para los requisitos ópticos, cognitivos y metacognitivos de la lectura con el cerebro. Si bien la tecnología del papel electrónico ha demostrado ser el equivalente óptico de la impresión en papel, los e-readers aún carecen corporalmente de lo que se ha demostrado ser tan importante para el entendimiento. Los e-readers también carecen de las cualidades táctiles que los lectores disfrutaban de los libros, y sólo parecen dispuestos a ceder cuando la comodidad y portabilidad escasean. En términos de la metacognición, los e-readers ofrecen oportunidades limitadas para la interacción con el texto, mientras que el cambio de página virtual ha resultado desalentador para la revisión del material leído previamente. Textos leídos en computadora tienen todas las limitaciones de los lectores electrónicos sin la óptica superior del papel electrónico, y la desventaja cognitiva añadida de las distracciones de las multitareas.⁴³

En el siglo XX un entusiasmo se manifiesta, no tiene la poética de la frase cuidada, es más terrenal y vulgar, más cercano a las decisiones inmediatas, tal como fue el siglo pasado, y se refiere a la máquina irrumpiendo en el ámbito cotidiano como un elemento más.

La máquina es metáfora y destino, tanto que se le rinde culto, díganlo si no su actuación permanente en la vida de la gente y sus sociedades: como medio de movilización, de comunicación, de información, de establecer relaciones, de supervivencia inclusive. Y da el salto, como otros objetos escogidos, al lugar privilegiado del tratamiento intelectual y del prestigio humanista. Es también un objeto de culto, de respeto, de curiosidad, en realidad casi siempre lo ha sido, al punto que el ingenio de los artistas le convirtió en parte de su lenguaje, de su expresión literaria, plástica, musical. Si la máquina ha llegado a esto, el libro funciona también como tal.

El libro, ¿se comporta como una máquina? Sí, porque mantiene una estructura que funciona como un ingenio, en el cual sus partes se ensamblan y tienen una mecánica propia. El texto va ordenándose arbitrariamente, siempre en secuencias lógicas, codificadas, éstas no son una reunión caótica, disparatada

de frases y palabras impresas. Son escogidas, elaboradas con cuidado, en momentos son incongruentes también, y hoy esto sucede cada vez con mayor frecuencia, anotadas e impresas con desaliño porque los lectores acuciosos, críticos y sensibles escasean alarmantemente. Los textos impresos buscan una hechura a la medida para formar una trama legible, entendible, y de ser posible, memorable. Si hay imágenes, las convencionales ilustraciones o las orgullosas láminas, también estarán en perfecta armonía, o deberán dar la impresión de estarlo, con el lenguaje escrito.

Hay más elementos que van conformando su función de ingenio mecánico: la elección de la tipografía, del tamaño de las fuentes, del amplio de los márgenes, de la disposición del texto, de los referentes textuales (los títulos, por ejemplo), del interlineado y todos los componentes que vuelven a un texto legible, en momentos en medio de una belleza deslumbrante, en otros solo impreso con un mínimo de decoro. Y así como estos elementos se ordenan en un mecanismo que permite ser leído, el libro como objeto es una máquina, una máquina de letras impresas para ser leídas. Su encuadernación, el tipo de pastas y guardas, la forma del lomo, el material que debe cubrirlo y todo aquello que nos lo presenta antes de ser abierto, son también parte de su mecánica. Una máquina que se arma en diferentes planos y dimensiones, y así ha sido desde que se inventó el libro moderno en la lejana alborada del Renacimiento. Una máquina que a su vez aprisiona pensamientos e inteligencia, resguarda emociones estáticas y almacena memorias y legados. Escarpit enuncia «Un libro es una “máquina para leer” pero nunca se puede utilizar mecánicamente.»⁴⁴

Todos estos elementos indican cómo es pertinente moverse entre sus partes y elementos, cómo recorrer sus líneas, párrafos y qué sentido tienen sus ilustraciones, identificando las convenciones y arreglos que ha determinado cada editor. La maquinaria establece cómo empezar y dónde terminar, cuál es el orden de las secuencias, cómo es el recorrido que se ha impuesto, luego: el libro es una máquina que se usa para leer. Una máquina propiedad de su lector, tal como las máquinas son usufructo de una industria y sus patronos. Con ello se construye el sentido de pertenencia y que el lector pueda identificarlo como suyo, como objeto de su propiedad. Esta autoridad le da el privilegio de emborronar sus márgenes, anotar comentarios, subrayados, y así cada cual rehará al objeto libro a su gusto y cambiando en cierta forma el objeto original concebido en la imprenta. Dejará constancia de sus opiniones, sus pasiones, interpretaciones y anhelos referidos al texto ideal, en su libro ideal, confeccionando en los hechos un personal y nuevo libro, lo cual no es poca cosa. Luego entonces podríamos afirmar: a cada cual su libro. Y esto sería magnífico ¿cuánto dolor, cuánto sufrimiento se hubiera evitado si todos los hombres depositaran algo de sí, indeleble y reconocible, en cualquier libro y luego, virtuosamente, trasladarlo a las acciones para construir un mundo mejor?

3.4.1.8 El libro como sistema: las articulaciones de un ser vivo

Sistema

Del latín tardío *SYSTĒMA*, principio del siglo XVIII, y este del griego *συστήμα* [systēma] conjunto, derivado de *σζυεταται* [synistánai] ‘reunir’ componer, constituir’

Diccionario etimológico latino-español
SANTIAGO SEGURA MUNGUÍA

(Del lat. tardío *SYSTĒMA*, y este del gr. *συστήμα* [sýstēma]). 1. m. Conjunto de reglas o principios sobre una materia racionalmente enlazados entre sí. 2. m. Conjunto de cosas que relacionadas entre sí ordenadamente contribuyen a determinado objeto. — 4. m. *Ling.* Conjunto estructurado de unidades relacionadas entre sí que se definen por oposición; p. ej., la lengua o los distintos componentes de la descripción lingüística.

Diccionario de la lengua de la Real Academia Española

El libro es un sistema, se organiza como un conjunto de relaciones materiales y subjetivas. Su forma física da como resultado un recipiente, un soporte, un instrumento, una herramienta, de igual forma, es un vehículo, una máquina, cada cual con atributos distintos y, sin embargo, relacionados y organizados para constituir al libro. Luego, el libro es un sistema, como los que la naturaleza nos pone enfrente cada mañana o noche cuando les vemos o sentimos: los que articulan al cuerpo del hombre (su sistema óseo, nervioso, sanguíneo), o al universo (el sistema solar, las galaxias), la naturaleza, la vida. Su complejidad radica en la forma como múltiples elementos materiales e intangibles se organizan, se comunican para formar un sistema.

No es extraño que los sistemas puedan mantener complicadas relaciones en lo interno y parecer sorprendentemente simples en su conjunto. El libro corresponde con exactitud a lo anterior. Un libro editado recientemente, exhibido en un anaquel, en una mesa, en un armario, en un librero, sin ser abierto, parece un objeto común, aparentemente sin mayor relevancia. Se intuye o se sabe que como sistema denota lo que es, si bien no siempre es visible la complejidad que resguarda en su interior. Una encuadernación siempre resguardará letras y números, imágenes impresas; sin embargo es preciso hojearle para ir descubriendo los múltiples elementos que le vuelven algo en verdad memorable siendo en apariencia una simple reunión encuadernada de pliegos de papel, literalmente insípidos, rayando en la economía máxima de recursos. Esta noción puede romperse con los libros antiguos que, muchos de los cuales fueron ornamentados con finura y destreza creativa, y aun los que no presentan un empaque de altura, son distintos porque la pátina del tiempo, y el peso de los siglos les ha dotado de una adecuada magnificencia. O los libros de lujo, que siempre han sido cuidadosamente empaquetados en distinguidas ediciones e insignes encuadernaciones. El libro común, de circulación masiva, el que no concita mayores pasiones inmediatas, es el que se presenta simple y llano aún en su calidad de sistema que reúne ideas.

Si el libro puede tener una estructura mecánica como una máquina, nos presenta también una estructura coherente, ordenada, como todo sistema. Tiene un principio y un fin, sus partes se relacionan encadenándose, no puede prescindirse de algunas de ellas, si se hiciera, el libro no existiría; aunque paradójicamente admite usar solo la parte y la cantidad de datos que sean precisos o necesarios para cada lector. Se articula, además, en torno a un índice, el cual es un eje que relaciona todas sus partes y permite conocerlas y llegar a ellas, bien sea como un indicador del contenido o como los siempre útiles, necesarios, índices analíticos u onomásticos; el índice en sí proyecta la naturaleza sistémica del libro. Todos sus elementos físicos se organizan para dar como resultado lo que es: un objeto de cultura y civilización.

Con el correr de las edades, se ha convertido en un sistema más eficiente, porque debe competir con medios sofisticados en términos de movimiento y sonido, como son los recursos audiovisuales o las ultra dinámicas computadoras, debe así demostrar que es viable como sistema a pesar de su sorprendente y aparente sencillez. Esta cualidad de *simpleza*, le ha mantenido como uno de los objetos culturales y civilizatorios más eficaces. Hay también nuevas representaciones del libro, en particular del libro electrónico, lo cual obliga asumir definiciones distintas relacionadas con el libro impreso. En este sentido, se refieren Arévalo y Córdón García:

Por lo tanto, la discusión sobre la materialidad del libro no puede centrarse en elementos desagregados como el papel, la tinta, la encuadernación o el contenido, en el caso del libro impreso, sino que ha de implicar también el conjunto de procesos desarrollados para la producción del libro. La modificación de los procesos de producción afecta de manera fundamental a las nociones culturales de autoría, lectores, y forma literaria.⁴⁵

La sabiduría de los hombres y la inteligencia de la especie humana no erraron cuando lo confeccionaron y eligieron como recurso de información y comunicación, como sistema para organizar y preservar la herencia hablada de las sociedades transmutada en escrita. El lenguaje, para ser representado como texto, y en su imposición como la mejor fórmula de comunicación desarrollada hasta el momento, no pudo tener mejor destino que el libro como un sistema que le ha dado una magnífica armazón y un inmejorable sustento. Continúan Arévalo y Córdón García, en torno a la materialidad del libro:

Mientras los libros impresos han privilegiado la abstracción y la conceptualización, las nuevas tecnologías han permitido la configuración de nuevas identidades expresivas, donde el orden cognitivo, emocional y sociocultural, está siendo sustituido. Aún no sabemos de manera definitiva si esta nueva realidad es un cambio en positivo o en negativo en unos u otros aspectos.⁴⁶

Los sistemas terminan relacionándose con otros sistemas, entrelazándose, complementándose, compitiendo, creciendo. De ello surge todo lo que vemos como mundo, como universo, como vida siendo su resultado un movimiento permanente y perpetuo que crea, alimenta, reproduce. El libro sistema es entonces el principio y el fin —alfa y omega se ha dicho al estilo de los altos griegos de los siglos míticos—, de donde partimos y a donde llegamos. Un oráculo, que se encuentra en el centro y en los confines, señalando los senderos

y avatares al paso de las generaciones. El libro es entonces un ecosistema como sustento primordial y una galaxia como sistema casi ilimitado.

3.4.2 El libro como memoria: cimiento-columna cultural y civilizatoria

El horizonte cultural del libro es generosamente amplio, en grado tal que puede afirmarse es infinito, como el lenguaje mismo. El horizonte del libro es más que extenso y, difícilmente, hay un producto cultural de esta magnificencia. Además de las funciones enunciadas en este capítulo, el libro es un cimiento y una columna de la cultura y la civilización contemporáneas; estructuralmente los libros constituyen una parte fundamental y fundacional en las sociedades actuales.

Cimiento

Del latín *CAEMENTUM* ‘Canto de construcción, piedra sin escuadrar’ derivado de *CAEDERE* ‘cortar’. 1ª doc. Berceo.

Diccionario etimológico latino-español
SANTIAGO SEGURA MUNGUÍA

(Del lat. *CAEMENTUM*). 1. m. Parte del edificio que está debajo de tierra y sobre la que estriba toda la fábrica. U. m. en pl. 2. m. Terreno sobre el que descansa el mismo edificio. 3. m. Principio y raíz de algo. U. m. en pl. *Los cimientos de la fe*.

Diccionario de la lengua de la Real Academia Española

El libro es un cimiento en tanto hoy no existe cultura o civilización que prescindiera de registros documentales (libros o materiales similares) como parte de la construcción y resguardo de su legado. De hecho, en momentos, se ha medido el avance e importancia de un pueblo por el número de registros documentales, en particular los libros que ha editado, preservado, organizado para la posteridad. Una cuantificación que puede resultar injusta porque se parte del hecho que solo la palabra impresa tiene valor como testimonio, marginando a otras formas de expresión y comunicación humanas. Al libro se le ha concedido, así, una relevancia nodal como cimiento, en éste se apoya y edifica buena parte de la tradición y la estructura cultural, civilizatoria del mundo. En consecuencia se ha llegado a proponer que las grandes civilizaciones fueron, o son, sociedades gráficas y lectoras; presuponiéndose entonces que las sociedades no lectoras, o que usan en menor medida el libro, no son dignas de ser llamadas al banquete de la inteligencia contemporánea. Por lo tanto, el libro se justifica como cimiento porque sobre éste se ha construido buena parte de la historia de los hombres, o por lo menos, una parte más que fundamental de la historia de la gente, de los pueblos. Sobre el libro impreso, escribe Hall:

es razonablemente ligero para cargar (es portátil);
puede ser leído en casi cualquier lado [...], por lo que es sencillo de utilizar casi en cualquier momento;

es razonablemente barato y en muchos casos lo suficientemente accesible como para considerarle desechable [...];
 es fácil de leer varias veces, y fácil de prestar o de ofrecer como un regalo tangible y barato, y
 no requiere batería ni energía eléctrica.⁴⁷

En este contexto, las sociedades cimentan con instituciones su viabilidad y permanencia, es decir, su futuro. Las instituciones más importantes suelen ser políticas, sociales, culturales, sistemas económicos, y todos existen como sustento del Estado. Un rasgo común es que desde la transformación de las estructuras esta-tales en *modernas* los libros han sido más que un apoyo, porque han servido no solo como juntas de unión entre distintos cuerpos sino cada vez más como basamentos. Gobiernos y regímenes se han valido de libros (o de la destrucción de éstos) para fincar los estamentos sociales, políticos, culturales, incluso los económicos, del Estado. Ha sido así desde hace siglos, hace tanto tiempo que, literalmente, no ha habido revoluciones y procesos revolucionarios, o de cambio, forjados sin lecturas, sin libros. De esto resulta que no sea fácil explicar los movimientos en las ideas, en el progreso y en la marcha de los grupos y sociedades hacia mejores destinos, sin el concurso de los libros. Cualquier cambio, sin importar su dimensión, que puede medirse de lo aparentemente insignificante hasta lo inobjetablemente relevante, ha quedado registrado con líneas impresas. Este concurso de factores se ha tornado una condición casi necesaria para la fundación y sostenimiento de las memorias sociales e individuales; lo cual hace imposible un retorno a la época de oro cuando se podía recurrir al ejercicio, la conversación oral con el fin de perpetuar la presencia y la cultura de cada familia, clan, tribu, grupo. En cambio, el libro ha cimentado la naturaleza tipográfica de la especie humana, que durante siglos parece abandonar su vocación pictórica y su origen como especie parlante. A modo de reflexión, McLuhan afirma:

En la era electrónica que sucede a la era tipográfica o mecánica de los últimos cinco siglos, hallamos nuevas formas y estructuras de interdependencia humana y de expresión que son «orales», aun cuando los componentes de la situación puedan ser no verbales.⁴⁸

El libro como cimiento es imprescindible dado que los edificios de las culturas se han alzado, a veces (y a su pesar, por qué no), con libros. Se anota «a pesar» porque actualmente se ha intentado evidenciar como menor la parte que ocupa el libro en la estructura del cosmos. Hace tiempo que una voz recorre los espacios de la cultura: los libros han sido importantes, en momentos sus honores han sido injustificados, magnificando su influencia; se tiene la opinión que la lectura es necesaria, sin embargo no es fundamental para todos. Se afirma que los medios y otros recursos materiales, documentales, han sido también parte cimera en la construcción de la tradición cultural y la memoria civilizatoria de las naciones. De suyo es una afirmación que encierra una verdad evidente, en las últimas décadas son cada vez más los recursos gráficos o impresos que construyen los ecosistemas de información, sus destinos van en otra dirección y no necesariamente en competencia con la versatilidad y eficiencia de las palabras impresas en los libros. Son, después de todo, medios necesarios y recursos distintos. Las afirmaciones que reducen y minimizan la presencia del libro son

una expresión de las voces que elogian las novedades, las modas, los giros y tienden a olvidar con frecuencia lo que permanece, lo que cimienta al mundo.

El libro se ha vuelto raíz, tal como suelen ser los cimientos en la fábrica de los mejores monumentos. La solidez, la belleza de un edificio no es solo un asunto de escenografía, suele (y debe) tener correspondencia con algo más profundo, para que esto tenga lugar. Los cimientos son definitivos en esta relación. El cimiento no es visible, de hecho debe parecer que no existe y «solo» sirve para sostener, y sin embargo, o qué tarea formidable es esa. Los libros han sido bien empleados para este fin. Religiones enteras se forjan a partir de libros, lo mismo que doctrinas en las ciencias sociales, escuelas en las artes y las humanidades, teorías en las ciencias sean duras o aplicadas. Comparten como sustento común a los libros, excelentes, buenos, malos también. Sin libros, sin editoriales, sin bibliotecas ¿cómo sería la realidad que tenemos enfrente? La especulación no puede ofrecer una respuesta solo para intentar explicar lo que hubiera sido, con certeza los panoramas de la cultura y la sociedad serían distintos. Esto demuestra cómo el libro se ha enraizado no solo en la estructura social y política de la cultura, sino también en el imaginario de las personas, en su testamento y herencia genética.

Se sabe que el libro está aquí, que sirve para mucho (los valores positivos que le son asociados), aunque no siempre sea evidente. Qué sería sin el cimiento de los libros de las tradiciones y disciplinas creadas por el hombre, de las escuelas de pensamiento, de los sistemas educativos. Cómo se administrarían las organizaciones sociales —desde la familia hasta el Estado—, las agrupaciones políticas —de los partidos hasta el Estado—, los sectores económicos. Quizá sin exageración el libro es ya parte sustancial del músculo de las poblaciones, aunque sea negado, olvidado... u obviado.

La civilización se edifica, no es una acumulación de datos al azar o el agrupamiento de información sin concierto ni lógica. ¿Qué nos dirían el pasado que alimenta el presente, el presente que será futuro, sin libros como raíz, sin libros como cimiento? La memoria social, individual se ha alimentado pródigamente con letras impresas; lo que no cancela la aparición y la emergencia de nuevos medios y su valía, frente a éstos, el libro no puede ser tenido como un objeto marchito, caduco, prescindible, desechable. Afortunadamente, al ser cimiento, su estancia en el edificio de la cultura y la civilización se afianza y, por lo menos, hasta el día de hoy se mantiene con encomiable salud.

Columna

Del latín *COLŪMNA, COLŪMNÆ*. Columna, pilar. 1ª doc. *columnna*, Berceo.

Diccionario etimológico latino-español
SANTIAGO SEGURA MUNGUÍA

(Del lat. *COLUMNA*). 1. f. Soporte vertical de gran altura respecto a su sección transversal. 2. f. En impresos o manuscritos, cada una de las partes en que se dividen las planas por medio de un corondel o línea que las separa de arriba abajo. ~vertebral. 1. f. Eje del neuroesqueleto de los animales vertebrados, situado a lo largo de la línea media dorsal del cuerpo y formado por una serie de huesos cortos o vértebras, dispuestos en fila y articulados entre sí.

Diccionario de la lengua de la Real Academia Española

Así como el libro es un cimiento, es también una columna. Una columna en la acepción clásica del término: como sostén de la fábrica de un edificio, soporte de una estructura. Se pueden tener estancias y varios pisos cuando las columnas soportan traveses, también ventanas cuando sostienen dinteles. En el levantamiento del edificio social, en la edificación de las estructuras política y económica del Estado, se precisan columnas, si no, es previsible el colapso, en cualquier momento, de la estructura. El libro, intangiblemente, sostiene el peso de instituciones de todo tipo. Materialmente, es firme y frágil, también es sólido, bien sea impreso en papel o un soporte electrónico. Estas contradicciones le otorgan una cualidad especial de ser y estar ubicado en una ventajosa posición civilizatoria. Qué duda cabe, el libro es una columna. Y sin embargo, infiere Armando Petrucci:

Según las reglas de comportamiento tradicionales, el libro debía —y debería— ser conservado en un lugar adecuado, como la biblioteca, o dentro de ambientes privados en muebles específicos, como librerías, estanterías, armarios, etc. Sin embargo, actualmente el libro en una casa (incluso ahora también en las bibliotecas en donde los materiales de consulta ya no son sólo los libros) convive con un gran número de objetos diferentes de información y de formación electrónicos y con los abundantes gadgets tecnológicos o puramente simbólicos que decoran los ambientes juveniles y que caracterizan su estilo de vida.⁴⁹

Si en la metáfora arquitectónica el libro se justifica, es entonces también una columna vertebral. El libro como eje cordado sostiene, ordena prácticas culturales: en la escritura, en la lectura. El libro mantiene las secuencias encadenadas de los procesos civilizatorios que concurren en él. Cuando se observa un librero, donde solo los lomos son relevantes, el acomodo de los volúmenes guarda un extraordinario parecido con un muro, un valladar o una apretada columnata de encuadernaciones, una asociación imposible de apartar de la noción de sabiduría, de erudición e inteligencia. Como si las palabras prisioneras entre las páginas se expresaran a través del mutismo de las encuadernaciones, en una elocuente sensación de bienestar, de confianza. La noción previa se refuerza en el momento que se abren los volúmenes, hay una formación gráfica en el libro que se relaciona con la columna. Resulta que de siempre los textos se disponen en columnas, en una, dos o más. Bien sea cuando el renglón ocupa casi toda una página, o bien si el impresor ha decidido trazar un pasillo dividiendo la plana, una ruta de aire que corta los renglones, divide la continuidad tipográfica. Desde

el Renacimiento se admite la yuxtaposición en órdenes de dos o más columnas, sea para textos monolingües, bilingües, políglotos. Y en un alarde de representación de la realidad —cuando los lectores anotaban con libertad en los textos impresos, algo que era impensable hacer en los preciosos textos manuscritos—, se colocaron también los comentarios, las observaciones, las apostillas, que pueden estar en ordenadas disposiciones impresas (como columnas pequeñas, delicadas casi etéreas) o flotando como capiteles sin fuste en los márgenes de la página. Tenemos así al texto como columna y al libro como columna cultural.

En su presentación física, el libro cumple una función subjetiva. En el plano de la representación es una columna intonsa (que no sostiene trabe o viga alguna) o exenta (fuera del recinto, del edificio); sirve también de pedestal a los prestigios y las famas de sabios, científicos, literatos, es decir, a la gloria de los hombres y mujeres de libros. Luego, la celebridad literaria, el honor editado, se relacionan con el libro, y si intelectualmente soporta un peso específico, lo tiene igualmente en el plano de la industria y el comercio. Es decir, lo inasible de la calidad autoral puede venderse como parte de una mercancía. El libro termina sosteniendo sustratos civilizatorios: documentando periodos históricos, etapas y momentos cronológicos que se asocian con los nombres y el legado de los autores, de las eminencias y erudiciones, el círculo se cierra en la forma poco convencional de una columna que es el libro. Una columnata inmensa en donde se acomodan uno al lado de otro los textos ilustres, los textos humildes, los textos magnos, los simples, los destacados, los olvidados, los memorables, los inocuos e innecesarios, los imprescindibles, todos como una sucesión que se antoja infinita, en crecimiento continuo para garantizar la humanidad del hombre, con frecuencia sepultada por la pereza intelectual, por la insidia cultural, o la muelle complacencia de la banalidad. Y esto es tanto para los libros impresos como los que son editados digitalmente, que no dejan de presentar un momento de esplendor en el siglo XXI, tal como lo vislumbra Guay «La resistencia del viejo mundo de los libros a los nuevos caminos abiertos por las nuevas tecnologías no permiten avizorar una revolución, sino una simple evolución.»⁵⁰

Los libros están también para recordar el paso ligero de cada individuo y su tiempo finito, medido por el mundo. En algún momento de la antigüedad se creyó que el cielo estaba sostenido por ciclópeas columnas afianzadas en remotos parajes de la superficie terrestre; de ser cierto el mito, ¿pudieran ser los libros estas columnas que afianzan la bóveda celeste y evitan que ésta caiga sobre los hombres y sus obras olvidables? Si se admite entonces que el libro como columna evita que la estructura social y económica se colapse, una metáfora, en este caso una novela, bien puede ilustrar cómo el libro es y puede seguir siendo una columna. Cuando Ray Bradbury, en *Fahrenheit 451*, especula y novela sobre el posible futuro donde los libros son ya un peligro para el orden social que se funda en el control de las voluntades de los nuevos ciudadanos impedidos de tomar decisiones, de soñar, de imaginar en un mundo que es tecnológicamente perfecto. Para que la asepsia comunitaria sea total, se recurre al férreo control de la policía de las mentes, el cuerpo de bomberos que incinera libros. Ese estado de cosas fue una consecuencia de la mezquina evolución de la humanidad.

Se lee en *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury:

Los autores, llenos de malignos pensamientos, aporrean máquinas de escribir. Eso hicieron. Las revistas se convirtieron en una masa insulsa y amorfa. Los libros, según dijeron los críticos esnobes, eran como agua sucia. No es extraño que los libros dejaran de venderse, decían los críticos. Pero el público, que sabía lo que quería, permitió la supervivencia de los libros de historietas. Y de las revistas eróticas tridimensionales, claro está. [...] No era una imposición del Gobierno. No hubo ningún dictado, ni declaración, ni censura, no. La tecnología, la explotación de las masas y la presión de las minorías produjo el fenómeno, a Dios gracias. En la actualidad, gracias a todo ello, uno puede ser feliz continuamente, se le permite leer historietas ilustradas o periódicos profesionales.⁵¹

En la trama, los bomberos de las ideas tienen como función no solo perseguir a los disidentes que se atreven a pensar por cuenta propia, debe también buscar los sitios donde los libertarios, resguardan un tesoro invaluable y venenoso: los libros. Cualquier impreso encontrado será condenado inmediatamente al fuego del lanzallamas, la reducción a cenizas es el fin ineludible y definitivo. No es necesario llevar los libros a un lugar público y montar un escenario propiciatorio; el presente en la novela indica que el acto se celebre ignominiosamente, en la privacidad de la vergüenza, subrepticamente. Ante la destrucción, los nidos libreros desaparecen con rapidez ante el acoso de los bomberos del Estado. Para salvaguardar los contenidos de las obras más significativas, los insurgentes tienen como misión aprender de memoria un libro, mismo que les ha sido encomendado de antemano. Se funda así una biblioteca ideal, la biblioteca viviente y actuante, ubicua, tutelada por antiguas deidades: Atenea —la inteligencia, la sabiduría—, Mneme —la memoria— y Proteo —la permanente transmutación—. Los hombres mutan en libros, la estática de la tipografía es inoculada en la sangre de los lectores memoriosos, volviéndose así vida: palabras dichas a partir de las letras aprendidas, oralidad construida a partir de textos. Más allá de la anécdota, la cual ha sido calificada como ciencia ficción, quizá con apresurada ligereza, el conflicto no se resuelve porque los libros se vuelven vivientes, parlantes, o porque la oralidad salva a la palabra impresa. Se da una vuelta de tuerca que termina siendo la salvaguarda del lenguaje, de la tradición intelectual de la sociedad, un obligado retorno a los narradores como una necesaria, obligada reacción natural de supervivencia. En *Fahrenheit 451* si alguno cae preso o es eliminado, alguien más entrará en su reemplazo; un silente y clandestino ejército de lectores se prepara a conciencia, saben que de ellos depende el futuro de la humanidad, son las columnas de la sociedad como preservadores de la memoria. Confían en que el estado de acoso terminará algún día, entonces florecerán de nuevo las libertades y con éstas los libros.

Así, el libro y la batalla contra éste, le preservan porque el libro impide que la estructura se quiebre, se fracture: sin la destrucción de los libros, el poder no permanecería mucho tiempo y probablemente languidecería descomponiéndose entre la pulcritud de la perfección tecnológica. La dialéctica correspondiente entre destrucción y resguardo donde triunfa el valor, la decisión inquebrantable de no perecer sin librar una guerra de guerrillas con los libros frente a los lanzallamas como emblemas de Ares, es el resultado obligado en la trama

novelada por Bradbury, quien termina apostando con fervor optimista por las columnas de la civilización construidas con libros.

Bradbury en la parte final de *Fahrenheit 451*, escribió:

Ahora, vámonos río arriba —dijo George— Y tengamos presente una cosa: no somos importantes. No somos nada. Algún día, la carga que llevamos con nosotros puede ayudar a alguien. Pero incluso cuando teníamos los libros en la mano, mucho tiempo atrás, no utilizamos lo que sacábamos de ellos. Proseguimos impertérritos insultando a los muertos. Proseguimos escupiendo sobre las tumbas de todos los pobres que habían muerto antes que nosotros. Durante la próxima semana, el próximo mes y el próximo año vamos a conocer a mucha gente solitaria. Y cuando nos pregunten lo que hacemos, podemos decir: «Estamos recordando». Allí es donde venceremos a la larga. Y, algún día, recordaremos tanto, que construiremos la mayor pala mecánica de la Historia, con la que excavaremos la sepultura mayor de todos los tiempos, donde meteremos la guerra y la enterraremos. Vamos, ahora. Ante todo, deberemos construir una fábrica de espejos, y durante el próximo año, solo fabricaremos espejos y nos miraremos prolongadamente en ellos.⁵²

Como una nota de optimismo, hay una celebración al libro a cargo de Borges:

Se habla de la desaparición del libro; yo creo que es imposible. Se dirá qué diferencia puede haber entre un libro y un periódico o un disco. La diferencia es que un periódico se lee para el olvido, un disco se oye asimismo para el olvido, es algo mecánico y por lo tanto frívolo. Un libro se lee para la memoria.⁵³

Hay pues una celebración al valor del libro como objeto de / para la memoria; al fin y al cabo, los hombres de la cultura fincada en la galaxia de papel, expresan su convicción sobre la superioridad material del libro impreso. El libro es entonces un bien *eterno*, el cual no puede ser sustituido a pesar de ser tenido como un medio destructible, por ser peligroso dado que en sus páginas convergen la inteligencia, el pasado como herencia, el vital presente y nuestra supervivencia proyectada hacia el futuro.

REFERENCIAS

Capítulo 3

1. Ong W. Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra. 3a reimp. México: Fondo de Cultura Económica; 1999 p. 21.
2. Borges JL. El libro. En: Borges oral. Madrid: Alianza Editorial; 1998 [acceso 2016 abr 9]. Disponible en: <http://www.laserpblanca.com/borges-el-libro>
3. Foucault M. ¿Qué es un autor?. En: Litoral [Internet]. 1983 jun [acceso 2016 sept 29]; (9):51-82. Disponible en: 23118.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/.../31.../Foucault_Que_autor.doc
4. Dupuigrenet F. L'histoire du livre et sa place dans les imaginaires européens. En: Le livre et ses imaginaires: Rencontre européenne. Paris: Éditions de la Bibliothèque publique d'information, 2001. p. 41.
5. Escarpit R. La revolución del libro. Madrid: Alianza Editorial; 1968. p. 18
6. Escarpit R. *Op. cit.* p. 192.
7. Chartier R. Les métamorphoses du livre: le rendez-vous de l'édition: le livre et le numérique. Paris: Éditions de la Bibliothèque publique d'information, 2001. p. 11.
8. Escarpit R. *Ibidem.* p. 15.
9. Febvre L, Martin HJ. L'apparition du livre. Paris: Éditions Albin Michel; 1971. p. 220.
10. Bragado M. La función creativa del editor. Educación y biblioteca. 1999 [acceso 2016 sept 12];(105):28-33. Disponible en: http://gredos.usal.es/jspui/bitstream/10366/115461/1/EB11_N105_P28-33.pdf
11. Bragado M. *Op. cit.* p. 30.
12. Menchaca EA. Conferencia Magistral con Roger Chartier: «Las revoluciones de la lectura: siglos XV-XX». En: Revista de Humanidades [Internet]. 1999 [acceso 2016 oct 5];(7):91-110. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=38400705>

13. Natarajan M, Kaliyan S. Roles of libraries and publishers in knowledge access and management. International Conference on Academic Libraries 2009; 2009 oct 6-8 Delhi (India) [acceso 2016 ago 18]. Disponible en: http://crl.du.ac.in/ical09/papers/index_files/ical-26_232_497_2_RV.pdf
14. Zaid G. Por el libro y sus oficios. Letras libres [Internet]. 2012 sept [acceso 2016 jun 21];(165). Disponible en: <http://www.letraslibres.com/mexico-espana/por-el-libro-y-sus-oficios>
15. Castañeda L. Los habitantes del libro. México: Libros Magenta; 2011.
16. Hernández S. Padecer el libro [Internet]. 2013 [acceso 2017 abr 21]. Disponible en: <http://www.tierraadentro.cultura.gob.mx/padecer-el-libro/>
17. Eco U, Carrière J-C. Nadie acabará con los libros. México: Lumen; 2010. p. 101.
18. Borges JL. Del culto a los libros. En: Obras completas 1923-1972. Buenos Aires: Emecé Editores; 1974. p. 714.
19. Toledo A. El hombre que no lee libros. Bien común [Internet]. [Acceso 2016 abr 8];47-52. Disponible en: <https://www.yumpu.com/es/document/view/14469243/el-hombre-que-no-lee-libros>
20. Briggs A, Burke P. De Gutenberg a internet: una historia social de los medios de comunicación. Madrid: Santillana; 2002. p. 40.
21. Briggs A., Burke P. *Op. cit.* p. 34.
22. Bahloul J. Lectures précaires: études sociologiques sur les faibles lecteurs. Paris: Éditions de la Bibliothèque publique d'information; 1990. p. 54
23. García Canclini N. Leer ya no es lo que era. En: Encuesta nacional de lectura: Informes y evaluaciones. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes; 2006 [consultado 2017 Abr 17]. Disponible en: <http://nestorgarciacanclini.net/index.php/industrias-y-politicas-culturales/85-fragmento-qler-ya-no-es-lo-que-eraq>
24. Escarpit R. *Ídem.* p. 15-6.
25. Garzón A. Política nacional del libro: guía para el trabajo de campo. París: UNESCO 2005. p. 7
26. Escarpit R. *Ibíd.*
27. Franganillo J. La industria editorial frente al libro electrónico. El profesional de la información [Internet]. 2008 jul-ago [acceso 2016 ago 20];17(4):416-7. Disponible en: <http://eprints.rclis.org/12403/>
28. Gavilán CM. La industria editorial y el mercado de la información: Editores, agregadores, modelos de precio y licencias. [España]; 2009 [acceso 2016 sept 29]. Disponible en: <http://eprints.rclis.org/14237/1/industredit.pdf>

29. De la Mora S. El libro impreso y el libro digital: ¿coexistencia? Anuario de inves-tigación 2009 UAM-X. 2010:349-370.
30. Arias M. Los futuros del libro. Letras libres [Internet]. 2013 ago [acceso 2016 jun 25];(176). Disponible en: <http://www.letraslibres.com/mexico-espana/los-futuros-del-libro>
31. Blades W. The enemies of books.London: Trübner & Co.,1880.
32. Báez F. Historia universal de la destrucción de los libros: de las tablillas sumerias a la guerra de Irak. Barcelona: Ediciones Destino; 2004. p. 22.
33. Mackenzie J. Whose writing is this?: authenticity and reproduction in the digital world. Authenticity and Copy: handwriting in the age of mechanical reproduction; 2003 mar 20-21; Amsterdam [acceso 2016 sep 27]. Disponible en: <http://eprints.rclis.org/4727/1/Whose-writing-is-this.pdf>
34. De la Mora S, Ruiz ZP. Las otras orillas del libro: estructuras reglamentarias y sociales. Anuario de investigación 2010 UAM-X. 2010:733-757.
35. Menchaca EA. *Op. cit.* p. 91-110.
36. McLuhan M. La galaxia de Gutenberg. México: Planeta-De Agostini; 1985. p. 11.
37. Borges JL. *Ibidem.*
38. Córdón JA. Los componentes estructurales del nuevo ecosistema del libro: editores y bibliotecas, el camino hacia la convergencia. España: Lectyo libros; 2014 [acceso 2016 ago 29]. Disponible en: Fundación Germán Sánchez Ruipérez Recursos.
39. Bragado M. *Ibidem.* p. 33.
40. Córdón JA. *Op. cit.* p. 8.
41. Chartier R. *Op. cit.* p. 8.
42. Abba T, Bjarnason B. *Op. cit.* p. 16.
43. Tanner MJ. Digital vs. print: reading comprehension and the future of the book. Student Research Journal SLIS [Internet]. 2014 dic [acceso 2016 sept 14];4(2):1-12. Disponible en: <http://scholarworks.sjsu.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1186&context=slissrj>
44. Escarpit R. *Op. cit.* p. 15.
45. Arévalo JA, Córdón JA. El libro como sistema: hacia un nuevo concepto de libro. Cuadernos de documentación multimedia [Internet]. 2015 [acceso 2016 ago 23];26:25-47. Disponible en: <http://eprints.rclis.org/28290/1/50628-90563-2-PB.pdf>

46. Arévalo JA, Cordon JA. *Op. cit.* p. 41.
47. Hall F. El negocio de la edición digital: una introducción al mundo de las publicaciones electrónicas. México: Fondo de Cultura Económica; 2014. p. 52.
48. McLuhan M. *Op. cit.* p. 9.
49. Petrucci A. Leer por leer: un porvenir de la lectura. En: Historia de la lectura en el mundo occidental G Cavallo y R Chartier, directores. Madrid: Santillana, 2001. p. 591-625.
50. Guay S-A. Le monde du livre et ses coulisses: Guide pratique et critique. Québec: Fondation littéraire Fleur de Lys; 2016. p. 157.
51. Bradbury R. Fahrenheit 451. España: Ediciones Perdidas; 2006 [acceso 2016 ago 9]. Disponible en: http://www.librosdearena.es/Biblioteca_pdf/fahrenheit%20451.pdf
52. Bradbury R. *Op. cit.* p. 149.
53. Borges JL. *íd.*

CAPÍTULO 4

.....



<https://carroflow.files.wordpress.com/2015/08/printing-press-invention-2.jpg?w=1000>

El libro en un mundo de imágenes y sonidos



Cada hombre es un volumen, si sabemos cómo leerlo.

WILLIAM ELLERY CHANNING



*Cuando era joven leía casi siempre para aprender;
hoy, a veces, leo para olvidar.*

GIOVANNI PAPINI



Cuanto más se lee, menos se imita.

JULES RENARD



*«Dime lo que lees y te diré quién eres», eso es verdad,
pero te conoceré mejor si me dices lo que lees.*

FRANÇOIS MAURIAC

4.1 Libro e imágenes: la permanencia y convivencia del texto impreso en el concierto de los lenguajes gráfico y sonoro

*Los objetos hablan siendo. Su lenguaje es ser.
Y para nuestro egotismo, mejor se expresan cuando sirven*

LUIS CARDOZA Y ARAGÓN

La imagen como representación de la realidad, como interpretación de la misma y como parte nodal o de los imaginarios (individuales y colectivos) es una constante desde el nacimiento de las sociedades humanas. En todas las culturas hay imágenes que explican e interpretan al mundo, si la imagen es una constante cultural y civilizatoria, luego, las culturas y las sociedades tienen como uno de sus fundamentos a la imagen. Sabemos que con imágenes se sostuvieron imperios, cuando las imágenes mutaron o dejaron de ser útiles, quedaron ancladas a la caída y desaparición de esas naciones; parte de la maquinaria de guerra y de los pertrechos militares se adornaban con imágenes y se dedicaban, ofrecían simbólicamente a los númenes y deidades que éstas representaban. En la vida civil era lo mismo, o aún más, las imágenes estaban relacionadas, lo están todavía, con las prácticas religiosas, las costumbres, las tradiciones culturales. Han llegado a ser tan importantes, tan poderosas, que cuando en una cultura existen evidencias escasas, o pobres en imágenes, las incógnitas y la carencia de certezas se multiplican. Identificar los mecanismos que las ha movido y los soportes que las sostuvieron se vuelven, a veces, tareas titánicas. Las ciencias sociales y las humanidades deben bordar con gran paciencia, seguir con cuidado las trazas que dejan las imágenes en el devenir histórico de las civilizaciones.

De imágenes se nutre la naturaleza humana, con palabras se alimenta el alma del ser humano la escritura es una forma tangible de los sonidos y los elementos gráficos. No es sino hasta el último siglo y medio que las sociedades le han rendido a la imagen un culto sin precedentes, a tal punto que, tomando una reflexión de William John Thomas Mitchell «[...] la relación entre signos verbales y pictóricos parece resistirse obstinadamente al intento de convertirlo en una cuestión de clasificación neutra, un mero problema en la taxonomía. Las palabras y las imágenes parecen inevitablemente implicadas en una “guerra de signos” [...]»¹ Las sociedades industriales, como ninguna otra en la historia, necesitaron o decidieron usar, desde el siglo XIX, imágenes como medio que ilustrara el estado del mundo, datos gráficos que acompañaron las expansiones comerciales, el imperialismo económico y justificar así el resultante dominio sobre las naciones más débiles. Estas potencias industriales requerían con urgencia tanto de materias primas como de mercados en los cuales colocar sus manufacturas. Más allá del permanente conflicto entre clases y grupos, se esperaba fuera menos evidente al permitir que cada vez más consumieran los productos manufacturados en serie y en escalas nunca vistas hasta ese siglo. No importaban tanto la igualdad o la equidad mientras hubiera espacios económicos en los que fuera factible dejar mercancías, siguiendo patrones de dominación en

muchos modos similares a las relaciones de las metrópolis y sus antiguas colonias. Los medios y recursos que los burgueses y comerciantes habían usado para vender se hicieron cada día más obsoletos, las tradiciones comerciales comenzaron a envejecer al ritmo del avance de las máquinas de vapor y del uso de la electricidad. La simplicidad económica dio paso a formas que se volvieron necesariamente complejas en la feroz lucha por dominar los mercados nacionales y cautivar, literalmente, a los compradores. La naciente publicidad, en mucho apoyada por las imágenes, se aposentó definitivamente en la cultura y la sociedad; como si la espiral de la historia se replegara sobre sí misma, la imagen, que en tiempos de evoluciones lingüísticas fue el anticipo de la palabra escrita, impera con una vitalidad insospechada, resolvió una vez más los problemas que implicó el uso de palabras escritas en un espacio más emocional que lógico. De nueva cuenta, el poder los libros no se dejaba avasallar, apunta Peter Weibel «De la Biblia al *Príncipe* de Maquiavelo, las letras y los libros constituyeron el vehículo preferido del poder, el fundamento místico de la fuerza de la ley, parafraseando un título de Jacques Derrida.»² La oferta de mercancías útiles y suntuarias excedió con mucho el poder de compra de grupos y personas; por lo tanto, era vital vender en el menor tiempo y bajo las mejores condiciones para comerciantes e industriales; la competencia entre productores fue aumentando al correr de las décadas, de allí el significativo desarrollo de la publicidad como conjunto de recursos que afianzaron y consolidaron el sistema capitalista de negocios. La creación de todo tipo de materiales publicitarios empezó a inundar lenta y progresivamente los espacios urbanos, fueran públicos o privados: anuncios en revistas y periódicos, afiches, carteles, hojas volantes, folletos, impresos desplegados, etiquetas, marbetes, anuncios espectaculares. El paisaje de las ciudades, primero las urbes dominantes, después los centros económicamente destacados, y luego los pueblos, las comarcas rurales, no pudieron impedir la invasión gráfica en sus espacios vitales. Nombres y marcas se apoderan de los horizontes visuales de la gente. Se vive entre imágenes, se sueña también con imágenes.

La palabra asociada con la imagen se convirtió en una constante que dejó de ser una excepción y tendió a ser una norma. En el siglo XX, al ser literalmente imposible impedir una relación entre la imagen y el texto, la comunidad entre palabra y gráficos se trasladará a todo tipo de objetos y, por su naturaleza, los libros no fueron la excepción. Hasta ese momento el texto se había enseñoreado de las páginas de los volúmenes, el libro se había convertido en ejemplo acabado del triunfo de la palabra escrita, de la palabra impresa como medio de comunicación desplazando con su severidad semántica a la imagen en el espacio de la página. Así, Eco afirma «Un texto no sólo se apoya sobre una competencia: también contribuye a producirla.»³ Ante la ingente producción editorial que demandaba ediciones en cantidades crecientes y en tiempos cada vez más cortos, obligó a abandonar la exquisitez de los primeros impresores que adornaron sus libros con delicadas ilustraciones y exquisiteces gráficas en los primeros siglos de la impresión mecánica. Al correr de los años, la razón, el orden científico, la modernidad despojaron al texto de sus jardines gráficos dando forma al libro contemporáneo como aséptico agente de comunicación escrita, simple, útil, práctico, con la rotundez de la tipografía enseñoreada sobre el espíritu y el ánimo de la lectura. Se asumió entonces que un libro es una larga sucesión de palabras organizadas en párrafos del principio al fin del volumen. En ocasiones hay

imágenes, si la materia las demandaba o la edición lo ameritaba, se entendía que las palabras son la sustancia y el continente de los libros. Sin embargo, en la era de la explosión de las imágenes, se revertirá esta constante que marcó definitivamente la convivencia culta de los iniciados y la percepción popular en torno al libro. La letra que se ufano triunfante sobre el libro compartirá con la imagen, de nueva cuenta, el espacio del texto. Cada vez será más común encontrar obras ilustradas en los catálogos de los editores de todo el mundo.

Si bien no es una novedad, dado que desde la invención gutenberiana las imágenes acompañaron de siempre a los discursos escritos, y las técnicas para duplicar ilustraciones evolucionaron de la mano con los avances técnicos en la impresión. En los albores del siglo XX que los adelantos industriales y manufactureros permitieron incluir en la impresión técnicas modernas —como la fotografía— o mejorar las ya empleadas —las ilustraciones a color, que se aderezan primero a mano, después con máquinas—. Sobre las ediciones ilustradas, escribe Walter Benjamin:

Recuerdo, por ejemplo, que alguna vez pedí un libro con ilustraciones coloreadas para mi vieja colección de libros para niños solo porque incluía cuentos de hadas de Albert Ludwig Grimm y fue publicado en Grimma, Thuringia. Grimma era también el lugar de publicación de un libro de fábulas editado por el mismo Albert Ludwig Grimm. Con sus dieciséis ilustraciones mi ejemplar de este libro de fábulas era el único ejemplo extenso del trabajo temprano del gran ilustrador alemán Lyser, quien vivió en Hamburgo a mediados del siglo pasado.⁴

La explosión gráfica, la evolución en la reproducción de las imágenes se convirtió en un asunto cotidiano para las casas editoras. Los exteriores e interiores de los libros dejaron de ser adustos. Las encuadernaciones fueron más imaginativas y no siempre de mejor calidad, se vistieron de colores y diseños vanguardistas. Se movieron en varios momentos al ritmo de las modas de cada década, nunca como antes los libros pudieron ser como en el siglo XX objetos decorativos y ser parte de una escenografía, como en los sets cinematográficos o en las *bibliotecas* de los potentados. La apariencia física de los libros se adaptó a los gustos del momento, adquirieron una fisonomía mundana, lejos de la gravedad que evocaban los volúmenes editados en siglos anteriores. En el siglo XX las ediciones se tornan festivas, ligeras y muchas, por desgracia, resultaron insulsas. Parece que se hubieran dictado consignas destinadas a romper con un determinado *statu quo* de la lectura: leer no debe ser más un ejercicio aburrido, por lo tanto leamos ahora que tenemos bonitos libros; poseer libros debe dejar de ser cosa de hombres adustos que parecen contagiarse de la tristeza que muchas ediciones reflejan en sus encuadernaciones.

La voluntad de progreso, de nunca detener la marcha de la modernidad que exigía no aflojar el paso, menos aún hacer un alto para tomar aliento, necesitó de apoyos formidables. El libro es uno de éstos. Se le tomó como un soporte necesario de la cultura, al que es imposible renunciar. El libro como objeto formó parte cada vez más de la cotidianeidad porque se le colocó en el centro de múltiples sucesos e instituciones: en la educación y la cultura formal. Debió amoldarse a las recurrentes manifestaciones de insurrección o emancipación; en el orden aceptado con todas sus justificaciones aunque fuera solo ejercido por minorías y grupos privilegiados, o en mayores espacios en algunas naciones y

sociedades vanguardistas. La escuela —desde los más sencillos jardines de niños, hasta las más rígidas universidades—; la academia y sus múltiples espacios de influencia; en la industria, el gobierno, en suma, en el Estado mismo. En los países favorecidos económicamente, el libro fue uno de los epicentros del desarrollo colectivo asociado con los fundamentos del éxito y la mejora personal. Aún se recurre a las cifras que se sostienen en la cantidad de libros y las calidades de la lectura como una forma de medir el avance y el desempeño victorioso del ejercicio político de los gobiernos. Las hegemonías y dominios culturales difícilmente se explican sin estos elementos. Qué mejor entonces si se tienen espléndidos ejemplares que se despliegan en imaginativos formatos para párvulos (sus primeros públicos) que necesitan en un primer momento, de ilustraciones para adquirir la compleja noción de la palabra escrita, del discurso con sus apabullantes y desquiciantes reglas gramaticales y sintácticas; también para adultos quienes son potenciales lectores ante el avance incontenible de las imágenes en los ámbitos cotidianos, que sirven como demostración de la superioridad fundada en el uso intensivo de la palabra escrita, y también de la lectura, no necesariamente crítica. La imagen como herramienta didáctica, también lúdica; la imagen como solaz de la solemnidad de los adultos.

Paulatinamente se abandona el culto al libro como ingrediente de una devoción académica intocada, la veneración al objeto hecho solo de palabras debe ceder a la circunstancia histórica de sociedades que no abandonan su condición de ágrafas y adoptan con buen ánimo a las imágenes en sus espacios domésticos y colectivos; en este contexto las editoriales acercan al libro a los públicos como nunca antes, encuentran en el nuevo siglo gráfico una oportunidad nueva de mercadeo y a la larga, de prosperidad. En tanto, el libro debe ser, además, parte de su siglo; es decir, parte de la modernidad, un elemento significativo de las sociedades contemporáneas, dinámicas, en movimiento continuo hacia el futuro, aunque no se sepa a ciencia cierta lo que esto significa. Las exclusiones previas que mantuvieron al libro en una penumbra relativa, resguardado de la popularidad, no puede justificarse en un siglo que exige romper con los esquemas de organización aceptados, una centuria que se asume inaugurando nuevos caminos y aportando soluciones impensadas antes. Si bien es un proceso que aparece, avanza y se instala algunas décadas atrás, será el desarrollo y la consolidación de los sistemas industriales a gran escala los que garanticen su eficacia comercial. En su espacio de privilegio cultural y prestigio social permanecen los libros, no todos porque los autores, los títulos, las editoriales tienen en muchos casos un precio que no vale lo mismo en todas partes. Sobre la conformación de las colecciones privadas y la posibilidad del coleccionismo, anota Benjamin:

La adquisición de libros no es de ninguna manera una cuestión solamente de dinero o de conocimiento experto. Ni siquiera ambos factores juntos pueden ser suficientes para establecer una verdadera biblioteca, esta siempre será en cierta medida impenetrable y al mismo tiempo típicamente única.⁵

No importan tanto las ideologías ni las lealtades a los sistemas políticos, que se presentan desde el más férreo autoritarismo —sean las dictaduras de todo tipo, los regímenes que ahogan cualquier expresión de libertad e independencia, los cuerpos que controlan cada paso e ideas de los ciudadanos—; sean los

cómodos estados intermedios entre la legalidad constitucional fundada en instituciones que dan lustre a los libros de corrección patria y la coerción permanente ejercida en la oscuridad evidente o disfrazada; o bien, los que se convirtieron en modelos que resplandecen frente al resto de las naciones, sean repúblicas o monarquías, como las grandes hermanas sabias, ejemplares y civilizadas. En todos los casos, los libros sirven como un soporte de las estructuras de poder, aunque languidezcan en la medianía con la censura y los controles férreos, o con un florecimiento exuberante (o cercano a) con las aperturas y patrocinios del Estado, incluyendo en éste las iniciativas de editores privados.

Mientras tanto, las imágenes se insertan cómodamente entre los textos, se despliegan con inaudita fuerza para ilustrar materias que las necesitan no solo porque resultan ser atractivas por el deleite estético, sino porque se vuelven imprescindibles para ilustrar (literalmente) el sentido de los textos escritos. Sin éstas ¿qué serían de las ediciones de anatomía, de ciencias, geografía, arte, historia, por citar solo los ejemplos más relevantes? Y luego, de nueva cuenta, los tomos dedicados a las primeras letras, a la vocación didáctica de despertar el afán de aprender en los noveles lectores, el «gusto por la lectura», el «amor al conocimiento». No es solo el deseo de adornar, como se apuntó en una época: la imagen como complemento de la palabra; es una necesidad de apuntalar y enriquecer. Una dialéctica que asocia el contenido literario, escrito, impreso, con el continente ilustrado. Relación que cada vez es más difícil separar, lentamente la noción de grandilocuencia que ha significado la lectura del texto sin imágenes. Los libros para ciertos usos —infantiles, para la enseñanza y la docencia, obras de consulta, obras de referencia, citando algunos dado que las categorías se multiplican— son, desde entonces, inimaginables sin ilustraciones. De la racionalidad y pureza de la tipografía que se ordena en palabras, frases, párrafos, sin necesidad de utilizar láminas o ilustraciones, o bien, si las empleara que sean las menos, hay un tránsito al uso de imágenes no solo como recurso publicitario sino como un elemento más del libro moderno. Las *áridas* ediciones que en un mundo de imágenes suelen ser poco *atractivas*, insustanciales, irrelevantes, para los grandes públicos que si bien no demuestran una predilección especial hacia las ilustraciones suelen agradecer las ediciones con imágenes, no muy «serias» para muchos, necesarias para otros. Aunque se diga que hay una inmadurez psicológica manifiesta en quienes privilegian la adquisición de obras con imágenes que quienes se apegan al canon tradicional de muchas letras y pocas, o nulas, ilustraciones. Y no solo la forma física del libro, sino los lugares donde se venden, tal como comenta Graciela Pérez Aguilar:

La venta de libros en supermercados o lo que se llama «grandes superficies» es uno de los temas que preocupan a las personas especializadas en literatura, a las editoriales y, en particular, a los libreros.⁶

No siempre es fácil romper con la tradición, menos aún con las que se decantan durante siglos de herencia cultural asumida.

Desde luego, esto no significa que para sobrevivir en el último siglo los libros deban ilustrarse como una regla y convertir en un nuevo canon la relación imagen-palabra. Ni autoriza tampoco a los editores a convertir en fórmula obligada una solución mercadológica que aligera al texto y vuelve atractiva a la

edición. Simple-mente, la coexistencia entre ediciones ilustradas y textos «puros» se torna cada vez más común con un predominio de texto y una carencia absoluta o relativa de imágenes y las que las emplean profusamente; al paso del tiempo, rompe las fronteras entre las ediciones convencionales, formalmente sobrias y adustas, flemáticas, que privilegian a la palabra impresa y le otorgan poco o ningún valor a la gráfica; y las ediciones ligeras, insustanciales, desechables —las cuales no siempre van ilustradas—. No será más el hecho del uso de ilustraciones, o no, el que indicará la diferencia entre lo socialmente aceptado, lo culturalmente destacable y lo que es intrascendente desde su origen.

Desde luego, las publicaciones para los niños verán aquí nuevos espacios para acercarse a los noveles lectores, la imaginación y el diseño editorial podrán hacer todo tipo de propuestas, muchas de ellas enriquecerán notablemente la presentación física de los libros. Las ediciones ilustradas se multiplicarán y dejarán de ser consideradas irrelevantes. Otros factores serán los que indican la importancia, la calidad de una obra: el prestigio del autor, el reconocimiento del sello editorial, el cuidado de la edición. Así, las imágenes que fueran un componente indispensable en el nacimiento del libro como objeto culturalmente necesario y económicamente viable en la inauguración gutenberiana, regresan con paso firme en el siglo de las maravillas y las mutaciones sin retorno.

El espacio ilustrado en la geografía del libro fue ganado una vez más. Se admite sin recelos ni desconfianza el uso pedagógico de las imágenes, fundamentado en las que sin duda son las instituciones más prestigiadas de la era moderna, organizado en un sistema que incluye las escuelas, los colegios y las universidades hasta los museos, cobijados bajo el nombre alto de la educación. La imagen en la aplicación de la ilustración pura, tal como la viñeta, las cenefas, medallones, láminas y todas las variantes gráficas admitidas por la tradición editorial. No es un exceso darle al diseño un lugar destacado en la producción de libros, después de todo, las imágenes estáticas y en movimiento están presentes en todas partes. Resulta imposible ignorarlas o negar su influencia. Intentar oponerse a lo evidente puede adquirir un tono heroico, apasionado y trágico, formalmente no modificará significativamente la realidad imperante. En la relación entre imágenes y palabras, armónica a veces, o contradictoria, anota Mitchel «La diferencia más fundamental entre las palabras y las imágenes parecería ser la frontera física, “sensible” entre los reinos de la experiencia visual y auditiva.»⁷ La realidad se sostiene no solo por el capricho o la casualidad, hay una estructura económica y una superestructura cultural, inclusive ideológica, que elevan a las imágenes a los centros de poder, de los cuales el sistema educativo es uno de sus soportes. En relación con los libros y el poder, reflexiona Graciela Montes:

El saber y el poder están asociados, una persona que sabe puede más. Uno de los pilares en el que se sostiene el poder injusto es en el desconocimiento. Cuando no se sabe cómo funcionan las cosas hay más cabida para la injusticia [...] ⁸

Las imágenes adquieren una fortaleza centrífuga que nos obliga a transitar y desplazarnos en torno de ellas. Se han creado relaciones de dependencia y asimilación tal que es casi imposible separarlas. En este proceso los sonidos

también ocupan un lugar destacado. Si bien los sonidos se relacionan con la oralidad como el vínculo natural entre el hombre y su entorno, la preservación de éstos permite crear nuevas relaciones entre las personas y los medios sonoros. No son solo palabras y lenguaje articulado, hay también música, fragmentos acústicos del medio ambiente, estampas vibrantes del mundo. Las sociedades les incorporan con entusiasmo manifiesto. El más frágil y volátil de los medios puede por fin ser transmitido y almacenado en dispositivos que cualquiera adquiere para su uso. Tal como se ha hecho con las imágenes y los libros.

Si bien las imágenes pueden resguardarse en múltiples soportes, tal como sucede con la escritura, no es sino hasta al terminar el siglo XIX que podrán grabarse, editarse y almacenarse sonidos, aunque se habían dado ya los primeros pasos, desde mediados de ese siglo, para grabar sonidos⁹. Antes de esto era literalmente imposible guardar, preservar los acordes de la música, la cadencia de la poesía o la entonación de la voz. Se esperaba de los sonidos que fueran instantes fugaces conservados únicamente por la experiencia, la memoria, el recuerdo. No había mayor recompensa que el momento sonoro se guardaría como un legado personal y único, compartido por la colectividad —bien fuera una familia, una comunidad, un estamento social— resguardado como una herencia privada, individual, egoístamente en la memoria. Difícilmente repetible y, desde luego, casi imposible suponer que fuese posible reproducirle. Como medio vivo, vibrante, anota Federico Miyara «El sonido hace posible el lenguaje formal o simbólico, y por lo tanto la comunicación de una manera muy sofisticada entre los seres humanos.»¹⁰

Con la grabación y reproducción de los sonidos el mundo tiene frente a sí una perspectiva revolucionaria, la dimensión oral deja de ser efímera. Es tangible. La vida diaria se llena de sonidos apresados, la magnitud sonora enriquece las vidas como nunca antes. Al paso del siglo XX los espacios domésticos no podrán prescindir de los reproductores de todo tipo (desde el fonógrafo hasta los dispositivos digitales), de las radios. Los sonidos comunican y se reproducen en todas las direcciones posibles. De los ámbitos urbanos a las comarcas rurales, en la privacidad y en la arena pública. Hoy, en el siglo XXI, es casi imposible predecir cuál será el futuro de la reproducción sonora. El siglo XX se inauguró con la ruta sonora de la cual no hay ya posibilidad de dar marcha atrás, los sonidos resguardados son un elemento adosado en la inteligencia de la humanidad.

Una explosión de sonidos aparentemente incontenible tiene efectos inmediatos. Máquinas que los reproducen, sistemas que los transmiten, objetos en los que se graba, recursos y medios que pasan a ser considerados sonoros. Así como las imágenes invaden los espacios urbanos, los sonidos hacen lo mismo en un tránsito similar. De las urbes y las metrópolis a las ciudades pequeñas, poblados, aldeas. Lo intangible, lo inasible es materia de resguardo, de atesoramiento. Así, Federico Miyara ejemplifica el valor del sonido «[...] el sonido también permite al hombre adquirir información contextual o ambiental sobre el medio en el que se halla inmerso.»¹¹ Se graba sin descanso, se documenta un amplio repertorio que encuentra sus extremos en los puros sonidos de la naturaleza hasta las más complejas composiciones musicales. Entre las personas se vuelve común poseer sonidos, cada cual desea tener su parte de sonoridades

envasadas, al cumplirse lo que indican Jean-Michel Rodes, Geneviève Piejut y Emmanuèle Plas:

Inicialmente se centró en la síntesis y la manipulación analítica del sonido para fines creativos, esos trabajos generaron nuevas aplicaciones que implicaban a la vez el sistema de captación, registro y de emisión.¹²

Sin embargo, no se establece en un primer momento una alianza directa entre palabras impresas y sonidos transmitidos y almacenados. Cada medio se mantiene separado y con una relativa autonomía. No es sencillo enlazar las ondas sonoras con un objeto como el libro o las palabras escritas, hay una frontera relativamente infranqueable entre ambos instrumentos. Hay, desde luego, referentes que son expresiones orales, textos para ser recitados, palabras para ser dichas a partir de sus raíces escritas. Formalmente no existe una competencia entre los soportes (libros, rollos, cintas) o sus canales (casas editoriales, casas discográficas, emisoras de radio). Se mantienen en posiciones aledañas, bien sea en una convivencia sin aparente conflicto, o en un diálogo menos violento como el que en momentos se establece entre imágenes y escritura.

Los sonidos no son solo palabras articuladas en discursos orales emparentados con palabras impresas, hay mucho más: la música posee sus propios códigos, en la naturaleza y el medio ambiente se encuentran ondas sonoras de todo tipo. Grabados o editados enriquecen notablemente la percepción que el hombre tiene de su entorno inmediato y de espacios remotos. Con las imágenes y las palabras configuraron un cambio, una revolución cuyo impacto ha sido determinante y definitivo.

Ordenados, codificados, reproducibles masivamente; palabras, imágenes y sonidos son ingredientes fundamentales de la cultura y la civilización contemporáneas, y de la sociedad de consumo como enuncia Eco:

[...] es si la producción industrial de sonidos se adapta a las libres fluctuaciones de este mercado, o no interviene más bien como plano pedagógico preciso para orientar el mercado y determinar las demandas.¹³

4.2 La competencia y la relación entre discursos: la grafía y el icono — la grafía y el sonido

La civilización democrática se salvará únicamente si hace del lenguaje de la imagen una provocación a la reflexión crítica, y no una invitación a la hipnosis.

UMBERTO ECO

Se afirma con una soltura no ajena a la facilidad nominal que nuestro tiempo es una era de imágenes. Si bien es una aseveración correcta, resulta ser una verdad a medias en tanto parece olvidarse que además, y siempre, hay sonidos en el escenario cotidiano de las personas. A excepción de los sordos y los ciegos, el resto de la humanidad vive en medio de una constelación de imágenes y

sonidos. Luego entonces, si habitamos en la era de las imágenes vivimos también en una edad de sonidos. Una premisa se vuelve verdad, o en algo parecida a ésta, cuando una sentencia es repetida sin descanso; es así como se cree o supone que solo hay imágenes en abierta competencia con las palabras escritas. Cuando los sonidos ocupan un estamento más que significativo en el universo vital de las personas. El espacio cotidiano se satura de recursos que atienden los sentidos que nos comunican con el mundo: la vista, el oído, el habla. Quedan de lado el olfato y el tacto, sus codificaciones lingüísticas apenas son identificables para el propósito del tema de este trabajo, aunque ambas experiencias sensitivas se relacionan también con el uso y apropiación del objeto libro. Los libros huelen — en realidad el olor es del papel como soporte material —, los libros se sienten (y es esta una de las razones que explican el porqué de la fascinación en el uso del libro: se puede tocar, asir, acariciar inclusive) y escuchar a través de la lectura en voz alta.

Se espera que exista una competencia *natural* dado el origen de cada uno. Se desea que cada cual ocupe su sitio en franca armonía, en realidad hay una intuición confirmada permanentemente que un lenguaje, dependiendo de determinadas circunstancias, prevalecerá sobre los otros. De acuerdo con la edad, condición económica, pertenencia social, condicionantes culturales y económicas, cada cual hará un mejor uso, o empleará con mayor habilidad un tipo particular de discurso. Podrá, inclusive, estar mejor *alfabetizado* para hacer de la palabra hablada, escrita o de la imagen el medio más adecuado para expresar sus conflictos y equilibrios internos así como sus vínculos con la sociedad. Idealmente es fundamental que haya un uso indistinto de los lenguajes, con una habilidad aceptable y un evidente dominio de cualquier discurso, no importando que sean palabras articuladas con sonidos, ideas escritas o imágenes decodificadas. Los sistemas educativos, las estructuras sociales y culturales formales controlan, regulan, administran los accesos, los usos, los resultados en donde los lenguajes y sus formas tienen un papel preponderante.

La lectura del mundo, la interpretación de la realidad no pueden entenderse ya sin el concurso de los discursos, sean éstos hablados, escritos, iconográficos. Lo cierto es que difícilmente las personas pueden comunicarse y entenderse sin el uso de lenguajes articulados, los cuales no siempre se hallan separados o ajenos, o distantes. Existen convicciones que otorgan confianza, como suponer que el lenguaje oral es *menos* complejo que el escrito. O bien, que el lenguaje visual es mucho más eficiente que el impreso. Ramón Fernández Durán, se refiere al poder de las imágenes:

Es difícil sustraerse al influjo de la imagen, y sobre todo a la imagen en movimiento, y mucho más si va acompañada también de voz o música. Su poderío es manifiesto. Y a través de esta combinación imagen-sonido que se formulan y reformulan las nuevas metáforas del poder, al tiempo que hacen desaparecer de nuestro imaginario las antiguas metáforas sociales de la cultura oral basadas en experiencias del mundo natural. Las nuevas y potentes metáforas icono-sónicas tienen mucho mayor contenido tecnológico, como el nuevo mundo que se ha ido conformando a lo largo de las últimas décadas.¹⁴

Una vez más algunos supuestos a fuerza de ser repetidos, aunque no siempre sean ciertos, se interpretan como verdades. Así, se ha dicho que la lengua hablada es pobre y confusa, poco clara, no muy confiable. Sus apologistas opinan lo contrario, que es un medio y un recurso privilegiado tanto que puede ser el único que retrata con exactitud la evolución de las sociedades y la riqueza cultural del mundo. Se supone además que su vitalidad es literalmente inimitable, la escritura no solo es un obstáculo, puede empobrecerla irremediablemente. Se afirma también que la palabra escrita es un recurso altamente confiable, que permite documentar la memoria y la inteligencia con una precisión sorprendente, que es el lenguaje que ha sido en mucho el soporte de la noción y percepción de la humanidad, la cultura, la civilización. Así llegó a estimarlo Raymond Murray Schafer, quien afirmó en la década de 1970 «ya hoy en una fase de decadencia de la escritura, el oído volverá a ser en esa región un sentido primordial, como lo sigue siendo todavía en muchas partes del mundo.»¹⁵ En contraparte, se dice que la escritura es altamente formal, rígida, no siempre atenta a la veracidad, suele derivar en un medio dominante y tiránico. A su vez se supone que el lenguaje visual y formado por imágenes es dinámico, adaptable a la velocidad de los cambios de las culturas y civilizaciones.

Así entonces, el icono como grafía es una de las síntesis más eficientes de la imagen, una creación literalmente insuperable de la inteligencia de la humanidad. Su valor de símbolo se resume como una representación gráfica memorizable, recordable, fundamental como instrumento lingüístico, ordenada en una estructura lógica que le otorga una gran cohesión, fácilmente administrable en el presente que permita recuperar el pasado y proyectarse hacia el futuro. Las grafías necesitan, para ser leídas, de un aprendizaje el cual no siempre se adquiere con rapidez o bien no es enseñado con eficiencia, lo que puede entorpecer u obstaculizar el éxito de su uso controlado en contextos complejos y altamente normados como son los espacios educativos y académicos. Además, su codificación no suele ser fácilmente comprensible en tanto no es innato, no proviene de un contexto *natural* al hombre sino de la construcción organizada de las lenguas y la práctica lingüística, este factor puede hacer más difícil aún poder dominar su uso. De hecho, históricamente en no pocas culturas y civilizaciones la escritura se elevó a un estatus equiparable al divino, tanto que quienes lograban hacer uso de ésta (la escritura) pertenecían a grupos privilegiados integrados al poder en turno. Si bien el ejercicio de la escritura se ha democratizado, todavía hoy quienes la dominan pertenecen a grupos, nunca multitudes, que pueden ser privilegiadas o tener una influencia decisiva en asuntos políticos, académicos, culturales, vedados a la mayoría de las personas. Siendo un tema antiguo, Hugo de San Víctor sentencia en el *Didascalicon: del arte de leer*:

La exposición comprende tres elementos: la letra, el sentido y la sentencia. La letra es la correcta disposición de las palabras, a la que también llamamos construcción; el sentido es el significado simple y claro que la letra ofrece a primera vista; la sentencia es la comprensión más profunda que sólo se alcanza a través de la explicación y la interpretación. En todo esto, el orden consiste en que se busque primero la letra, después el sentido y, por último, la sentencia. Hecho esto, la exposición está completa.¹⁶

Las grafías necesitan para su reproducción y establecimiento como vehículo del lenguaje de procesos que no solo se relacionan con su uso sino de normas que permitirán su fijación, permanencia y por ende trascendencia más allá de límites temporales y espaciales. Se vuelven *legibles*, funcionales. De igual manera hay manifestaciones y expresiones icónicas que pueden ser crípticas. La pintura y las artes visuales en general demandan la posesión de referentes que permitan la interpretación de códigos lingüísticos los cuales pueden ser altamente complejos; esto no suele ser así con el uso y aplicación práctica con los mensajes formados con imágenes y que son colocados en los espacios públicos, donde el lenguaje icónico busca una inmediatez y una aproximación que no permite dudas —o las minimiza— en su decodificación.

De allí que se suponga es mucho más sencillo entender y comprender un mensaje con imágenes, en el cual un objeto identificable en un contexto legible puede ser entendido por un número significativo de personas en comparación con quienes deben reconocer el significado de una frase escrita. Los mensajes formados con letras exigen reconocer el lenguaje en que han sido escritos, identificar su sentido y significado, saber con precisión qué se dice, con qué recursos y cómo se expresa en la mecánica del mensaje. Una conclusión inmediata suele ser: es más complejo leer que observar, reconocer letras que identificar imágenes. Esta percepción refuerza la noción de la simplicidad que implica entender la presentación cotidiana de las imágenes en espacios abiertos o domésticos frente a los rebuscamientos discursivos de la escritura.

En relación con los lenguajes y sus medios, escribe Juan Soto Ramírez:

Así como nosotros no confundimos las imágenes con las palabras, tampoco habremos de confundir la semiótica de lo visual con la semiótica de lo verbal. Existe una diferencia radical entre ‘pronunciar’ unas palabras y ‘mostrar’ unas imágenes. O entre ‘escuchar’ unas palabras y ‘mirar’ unas imágenes. Y todos sabemos que, a su vez, ‘pronunciar’ y ‘escuchar’ son acciones distintas. Tal como lo son ‘mirar’ y ‘mostrar’. Y aun así pronunciar y escuchar, y mostrar y mirar, no son excluyentes tampoco [...]17

El icono en su función de grafía se amolda con mejor facilidad a los cambios culturales dado que evoluciona y puede adaptarse con sorprendente rapidez a las exigencias que imponen los usos y las aplicaciones del lenguaje. Es altamente económico, y comparte con las grafías, la posibilidad de ser abstracto y llegar a un punto que se ordena y organiza de acuerdo con códigos y patrones, tal como lo hace la escritura, la cual se construye con imágenes estilizadas mismas que han perdido sus referentes pictóricos y se han transformado en un universo comunicacional en permanente mutación. Algunos iconos se administran de manera similar como se hace con los códigos de lectura, así pueden ser tan complejos como el lenguaje escrito dado que las culturas contemporáneas están habitadas por iconos, muchos han sido heredados décadas atrás, otros son más longevos aún y pueden tener edades que se cuentan en centurias, y a veces, en milenios. Estos iconos, mutados en símbolos, nos acompañan social y culturalmente, son tan poderosamente vigorosos que tendemos a olvidar que también son parte fundamental del universo de las imágenes. Tal como anota Peter Weibel «Al poder de los textos se añade, entre tanto, el poder de las imágenes, lo que desestabiliza el monopolio de las letras, sin eliminarlo.»18 No

todas las imágenes transitarán a la dimensión en que serán sintetizadas y convertidas en referencias abstractas, simbólicas como un reflejo de la realidad pictórica o gráfica que representaron originalmente; de allí que las imágenes *per se* no se ordenen como sistemas que pueden ser entendidos como medios de escritura; las grafías nos demuestran que son superiores como agentes de comunicación.

En un sentido similar se justifica una deducción relacionada con la facilidad e inmediatez comunicativa en el mundo de los sonidos. En tanto algunas imágenes o familias de imágenes (por ejemplo las señales y los códigos visuales) y todas las grafías se ordenan en secuencias estructuradas, las cuales pueden ser muy rígidas y lógicas a cambio de ser entendibles, *legibles* para cualquiera que se haya dado a la tarea de aprender, comprender, y en consecuencia, saber, reconocer su significado; sin embargo, no sucede algo similar con los sonidos. Éstos tienen múltiples funciones en la vida de las personas. Pueden ser organizaciones lógicas, casi innatas, como los sonidos articulados del lenguaje oral, que se extienden desde las pronunciaciones llanas hasta los tonos más sutiles, de acuerdo con la lengua o idioma, y en una esfera que pudiera ser considerada superior, a las escalas del canto como sublimación suprema de la voz, como resultado de miles de años de evolución humana. O bien, sonidos ordenados armónicamente para construir los ingredientes que edifican las músicas de la historia y el mundo. Así, hay sonidos para la comunicación, sonidos para el disfrute y el deleite, sonidos que retratan las generaciones, los que conforman los imaginarios culturales, integran los patrimonios sociales, y son asimismo, orgullo de la especie que parece dejar en el pasado, gracias a la oralidad y la música, buena parte de su estamento primigeniamente animal.

Oralmente hay una relación casi inmediata entre la imagen y el sonido, las asociaciones y referentes entre ambos son literalmente automáticos, tal como anota Freya Bailes «[...] ocurre desde la percepción del sonido hasta la creación de una re-presentación mental de ese sonido, incluyendo la imagen auditiva consciente.»¹⁹ Millones de años de evolución en el empleo de los sonidos articulados como medio inmediato en la apropiación y administración cotidiana del lenguaje permiten que la visión del mundo no sea solo icónica sino también sonora. Las sociedades y sus culturas, las civilizaciones pueden así construir un mundo de imágenes y sonidos, rico, vasto y fascinante. También un mundo de palabras. En la tensión que surge al mantener códigos altamente complejos, como los que determinan el empleo de imágenes, sonidos y palabras escritas, hay siempre conflictos que resolver. ¿Por qué hay una necesidad de elegir un medio, u otro, para comunicar algo? Desde luego pueden haber recursos que confluyen en un mensaje, o en un universo de mensajes, no es infrecuente que cada elemento prevalezca o parezca prevalecer por sobre el resto. Cuando en la literatura se hace referencia a la existencia de los sonidos o las imágenes, es la palabra escrita la que indica cómo son o deben ser leídas las descripciones sonoras o gráficas. En un espacio editado con signos impresos los sonidos sí tienen cabida: el acto de leer implica la asociación literalmente indisoluble entre grafía y sonido, entre los caracteres impresos y las evocaciones de sus significados sonoros.

De igual modo, en una composición gráfica, si aparecen palabras impresas, éstas bastan para explicar su propia naturaleza y la información que contienen, referidas una vez más a los sonidos que determinan su sentido. De manera similar se asocia con una literalidad en momentos solo simbólica, a los sonidos con las imágenes: se puede hablar de colores, de figuras concretas o abstractas, reales o ficticias, que siendo solo oralmente posibles se explican con una relativa facilidad a través de imágenes. Esto lleva a afirmar a Giovanni Sartori «Lo que hace único al *homo sapiens* es su capacidad simbólica; lo que indujo a Ernst Cassirer a definir al hombre como un ‘animal simbólico’.»²⁰

De allí la fuerza de las soluciones exclusivamente sonoras, particularmente orales, que llevan implícitas imágenes y palabras sustentadas en referencias escritas, en particular del mundo literario. Lo anterior puede ser extendido a la dimensión cinematográfica en el cual se conjugan literalmente todas las posibilidades del lenguaje, los lenguajes, en el mismo sentido funcionan todas las técnicas y expresiones audiovisuales. Las imágenes sin movimiento no forman parte de estos sustratos dado que sus fronteras comunicativas son menos amplias y se limitan a la bidimensionalidad de la gráfica y sus soportes. Con sonidos, con imágenes, con imágenes y sonidos se organizan sistemas y unidades semánticas con estructuras de significados que pueden evolucionar hasta sofisticadas polivalencias discursivas. Cuidado, lo anterior no significa que esto sea una regla que aplica únicamente en las sociedades altamente tecnificadas; tiene también lugar en complejos sociales con estructuras descritas como *más simples*, con desarrollos económica o políticamente etiquetados como *menos avanzados*, lo cual no los determina culturalmente como *inferiores*.

El tema del simbolismo en nuestras manifestaciones y actos comunicacionales guía a la reflexión a Sartori, el cual expresa:

Así pues, la expresión *animal symbolicum* comprende todas las formas de la vida cultural del hombre. Y la capacidad simbólica de los seres humanos se despliega en el lenguaje, en la capacidad de comunicar mediante una articulación de sonidos y signos «significantes», provistos de significado.²¹

En realidad las imágenes estáticas y su simplificación no lo son todo. Existen las imágenes que representan y son movimiento. Esta es la parte que las hace sugerentes, más cercanas a la naturaleza humana que está fundada en el movimiento, en la dinámica. En su contundencia no dejan lugar a dudas de lo que representan, guardan más datos de los que pueden observarse a simple vista: son definitivas y rememoran siempre algo —un recuerdo, algo ya visto, algo probablemente imaginado, lo que sucede a diario o lo que puede ser—, son explícitas aunque pueden admitir más de una interpretación, existen en el momento de ser aprehendidas visualmente, son fugaces y, sin embargo, trascienden su tiempo. La mutación, el cambio, la aparente contradicción de la imagen entre forma y contenido, se entienden bien con las prácticas culturales que imperan a partir del siglo XX. Por lo menos es más fácil poder estudiarlas puesto que es nuestro pasado inmediato. De acuerdo con la marcha del siglo, solieron ser ferozmente inmediatas, necesariamente cambiantes, hicieron de la imagen uno de sus puntos de referencia más conspicuos, desde la plástica popular y sus representaciones «toscamente burdas» hasta las imágenes

intrincadamente complejas y simbólicamente codificadas a tal detalle que son poco legibles, o inaccesibles para muchos, los que no forman parte de las élites y apartamentos culturales. En el mundo de las imágenes hay también espacios reservados, restringidos, alejados de la comprensión general y mantenidos elitistamente a salvo del escrutinio de las multitudes. Georges Gusdorf analiza la conformación de la sociedad de la imagen y anota:

La fotografía es en la historia de la imagen, una verdadera mutación. Pero incluso pasará medio siglo antes que esta mutación pase del campo artesanal a la gran industria. La combinación se llevará a cabo con antelación, entre la fotografía y la impresión, cuando sea capaz de reproducir nuevas imágenes en millones de copias.²²

A pesar de lo anterior no todo funciona como una maquinaria ni bajo principios mecánicos. Las imágenes fuera de contextos determinados, como son los ámbitos sociales, políticos o culturales o en los que desempeñan una función de comunicación, pueden resultar ilegibles, o bien, contener mensajes nebulosos, poco claros, o definitivamente confusos. Las imágenes, sin obviar su fortaleza, no siempre han sido suficientes o eficientes para comunicar colectiva o individualmente a sociedades, grupos o personas. Si bien puede existir una compleja relación entre imágenes estructuradas como iconos y sus posibles receptores, y sin embargo, no siempre se establece una relación eficaz, productiva o exitosa entre los mensajes gráficos y sus públicos. Escribe Roland Barthes «[...] algunos piensan que la imagen es un sistema muy rudimentario en relación con la lengua, y otros que el significado no puede agotar la inefable riqueza de la imagen.»²³ A pesar de estos aparentes obstáculos, no puede dejarse de lado la fascinación por la economía de recursos al utilizar imágenes o recursos gráficos, tanto como los sonidos grabados que permiten sintetizar el proceso de comunicación a partir de la creación, transmisión y recepción de mensajes sin que medie el uso de las palabras escritas o impresas. La oralidad, los sonidos, las imágenes en los libros, la comunicación gráfica son entonces recursos y medios útiles, necesarios.

Un elemento más emparenta a las manifestaciones documentales relacionadas con los lenguajes: el hecho, el acto de poder poseerlos más allá del ejercicio de su uso como recursos políticos, sociales o culturales, dada su naturaleza estaban formalmente destinados a desaparecer por ser transitorios y efímeros. De allí la urgencia de dejar constancia de su existencia. Los gráficos se han resguardado casi desde el origen de los tiempos, los sonoros apenas ayer, la escritura y la edición impresa de palabras han permitido saber cómo fueron o pudieron ser aquellas imágenes y sonidos que se perdieron o desaparecieron a los largo de la historia. Nuestra era es privilegiada en tanto desde hace un par de siglos se pueden comprar imágenes producidas en volúmenes suficientes para ser destinadas al consumo, y a partir de los albores del siglo XX es factible adquirir sonidos grabados, tal como desde el siglo XV se compran libros y otros documentos impresos. Hay un mercado para cada uno de estos medios, en donde literalmente todo es posible en materia de adquisiciones. Con imágenes, palabras impresas y sonidos grabados se conforman herencias, tradiciones, memorias, y éstas se venden, se alquilan, se poseen y pueden ser resguardadas para su uso en cualquier contexto privado o público. A pesar de las condiciones materiales que presentan los soportes, tal como comentan Rodes, Piejut y Plas

«Por su parte, los medios de comunicación tienen una evolución paralela. La señal se registra de manera cada vez más densa, y el soporte es cada vez más frágil [...]»²⁴

Parece ser cada vez más urgente tener un *algo* del mundo a la mano: sean palabras, sonidos, gráficos, no siempre importa su naturaleza, lo que los vuelve trascendentes, atesorables, es la circunstancia de ser poseídos, guardados, almacenados como propiedades, como bienes *nuestros*. El irrenunciable acto de *tener* es una regla, un estilo, una brújula que guía a casi todas las sociedades contemporáneas. Objetos sonoros, impresos o gráficos se adquieren, de acuerdo con la holgura de cada bolsillo o la extensión del presupuesto; artículos que se comercian desde los más altos sustratos del *buen gusto* y lo social, cultural, lo correctamente esperado que actúa como canon o norma: la *buena* música, los *mejores* sonidos, las lecturas de *calidad*, las imágenes *más bellas*. También hay, dado que las uniformidades cultural y social son imposibles, artículos, mercancías «burdas», vulgares, que no reúnen esos *altos* valores y pueden ser consumidas, en consecuencia, por cualquiera que pueda pagar por ellas. Consumo dedicado a las élites y los privilegiados, consumo dirigido a las masas, los desposeídos. Cuando se preconiza que el arte, la cultura y sus manifestaciones no son iguales para todos, es posible organizar, con relativa facilidad, estratificar los productos que cada segmento social o económico puede o debe consumir. A cada cual sus límites en los ámbitos del consumo de comunicación, información, de los productos de la inteligencia; a cada cual las restricciones y limitantes monetarias que imponen los precios del mercado. Cada clase y grupo puede distinguirse, volverse visible, sin aparentes conflictos de acuerdo con sus hábitos de consumo y las mercaderías de comunicación que *necesita* o se conjetura *debe* adquirir y poseer. En este contexto, para el uso de las imágenes, señala Alejandra Rayos Alarcón «[...] las imágenes deben tener un valor por sí mismas, deben funcionar como elementos autónomos sin ser útiles a otros fines que no sean los puramente artísticos: contemplativos, críticos o innovadores.»²⁵ Es decir, se reivindica el sentido de la frase «el arte por el arte», en el cual se inscriben y justifican no poco procesos de producción y posesión de imágenes, sonidos, palabras.

Con el avance de las técnicas de recuperación y almacenamiento de cualquier tipo de datos, parece ser que la competencia entre lenguajes tiende a encontrar puntos de equilibrio. En un comienzo, con dificultades, dadas las condiciones técnicas y tecnológicas; posteriormente bajo mejores escenarios, ha sido más sencillo acceder y disponer de información grabada en medios impresos, sonoros o gráficos. Un libro se emparenta entonces con otros soportes que contienen imágenes o sonidos, llenos de virtudes comunicacionales relacionadas con procesos culturales o sociales significativamente relevantes. Han ocupado, desde el siglo pasado, posiciones destacadas, gracias a la tecnificación masiva y el abaratamiento paulatino al uso y acceso a estos recursos. Y sin embargo, la preeminencia escrita es aún hoy de un peso e importancia indiscutibles. Desde luego que hay avances en distintos espacios y terrenos en los que los sonidos y las imágenes son más que significativas (por ejemplo en los medios y canales de comunicación masivas), paradójicamente, dada la inmediatez y el valor de uso instantáneo, a corto plazo, pronto pasan a ser recursos desechables y desechados. Su carácter de transitorios impide se afiancen y prosperen histórica-

mente. Este carácter se rompe cuando hay otros elementos que prolongan su existencia en la memoria y en las herencias sociales y culturales. No importa si persiguieron un fin didáctico o académico, quedan resguardados y pasan a formar parte de los imaginarios personales o colectivos, tal como sucede con los contenidos impresos en los libros.

Así los lenguajes, o las formas del lenguaje, conviven, compiten, se superponen, se comunican entre sí, para sobrevivir y trascender deben garantizar su presencia permanente en la vida de las personas y de las organizaciones colectivas o grupales. Los libros han cumplido con magníficos resultados las anteriores condiciones, cada vez más lo hacen también las imágenes que ilustran libros y los sonidos, como la lectura en voz alta. La palabra impresa tiende a quedar grabada con mayor fidelidad, o por lo menos, su contenido se desvirtúa en menor medida permitiendo una sorprendente y justificada calidad comunicacional, que si bien, no demerita a otros lenguajes y sus recursos de comunicación, si puede colocarlos en desventaja. La vitalidad de la palabra impresa le permite dominar determinados espacios y actos sociales y culturales; las imágenes y los sonidos funcionan con suma eficiencia en circunstancias propicias. Y las sociedades contemporáneas les proveen siempre de tales circunstancias.

Parece ser que existe una tendencia primigenia que sintetiza la percepción de las personas en categorías fácilmente reconocibles, o identificables. Resulta simple afirmar «la imagen desplaza a la escritura», «el sonido enriquece la vida de la gente», «solo la escritura perdura». Son lugares comunes producto de un necesario sentido de fortaleza, de una necesidad de dejar una huella perdurable a partir de los medios. Todo pueblo o nación que desee estar en la historia recurrirá a fórmulas totalitarias explicadas por el uso y la ejecución del lenguaje: las naciones del libro, por ejemplo, harán prevalecer su preeminencia y prestigio precisamente a partir de enunciados que legitiman, justifican, explican el porqué de su hegemonía. Es la divinidad, el Verbo, quien habla para ellos y por ellos, son cada uno (Jehová, Yahvé, Alá) el punto culminante del empleo del lenguaje y de la esencia de los libros que se crean para manifestar la majestad, la gloria, la piedad, la ira, la furia del dios omnisciente. El lenguaje escrito, usado a partir de la majestad de la divinidad. A este esplendor fundado en la palabra escrita se asocian también imágenes y sonidos (verbales, musicales) los cuales necesarios para el mejor lucimiento de los ritos y las liturgias. Tal como identificó Eco:

[...] toda modificación de los instrumentos culturales, en la historia de la humanidad, se presenta como una profunda puesta en crisis del «modelo cultural» precedente; y no manifiesta su alcance real si no se considera que los nuevos instrumentos operarán en el contexto de una humanidad profundamente modificada, ya sea por las causas que han provocado la aparición de aquellos instrumentos, ya por el uso de los propios instrumentos. El invento de la escritura, reconstruido a través del mito platónico, es un ejemplo; el de la imprenta o los nuevos instrumentos audiovisuales, otro.²⁶

La lógica de suponer que un lenguaje predomina sobre otro, parte de la experiencia cotidiana. A la abundancia de expresiones o formas de lenguajes podría sobrevenir una relativa y evidente confusión, la cual si se presenta, queda regulada por los marcos y códigos que cada uno administra: signos, símbolos,

relacionados con la escritura, las imágenes, los sonidos. En tanto las personas y las sociedades perciben la realidad a partir de su propia existencia, si en la vida de cada uno la lectura es insignificante, puede asegurarse una premisa que afirma que la escritura ha dejado de ser relevante y por lo tanto los libros correrán una suerte aparejada con esta circunstancia; por tanto, es fácil suponer que las imágenes y los sonidos ocuparán posiciones más ventajosas debilitando la preeminencia del lenguaje escrito. Se puede inferir que el vacío dejado por la palabra impresa debe ser ocupado por algún lenguaje que no sea escrito.

Hay una buena colección de prejuicios que afianzan las carencias particulares y colectivas. En este caso, suponer que el libro ha cedido el paso al icono y al sonido en una aparente sucesión y reemplazo de los lenguajes, es creer que la evolución se da por meras sustituciones en las cuales la eficiencia y la economía reemplazan los medios mutándolos en inútiles, inservibles. Parece ser que múltiples datos y referencias confirman una aseveración como la anterior, las imágenes y los sonidos se enseñorean con una fortaleza y un vigor indudables. La cultura audiovisual se enseñorea en todas las actividades en las que puede tomar una ventajosa posición. Los medios virtuales, Internet, son un universo pródigo e infinitamente rico en imágenes y sonidos.

Sin embargo, las cosas de la realidad no marchan con esta tersura conceptual y metódica. La vida no es una máquina que se programa con paciencia y sistema, siempre hay dosis de caos, buenas cantidades de incertidumbre y circunstancias imprevisibles o desconocidas que hacen acto de presencia para impedir que el reloj o la maquinaria perfecta sean en sí los dictadores de la vitalidad del mundo; tal como en el mundo de las palabras acontecen circunstancias, las que reseña Guy Debord:

Las ideas son cada vez mejores, el sentido de las palabras participa. El plagio es necesario. El progreso lo implica. Ciñe de cerca la frase de un autor, se sirve de sus expresiones, borra una idea falsa, la reemplaza por una idea justa.²⁷

La necesidad de suponer que un proceso de comunicación funciona bajo enunciados tan simples es suponer que la realidad se organiza y ordena bajo esquemas administrados como las partes de una maquinaria; esto impide, en parte, negar la riqueza existencial del caos. La incertidumbre, los imponderables, los avatares, son en mucho quienes marcan la marcha y el devenir de la existencia de las personas y las sociedades. De allí que suponer la muerte del libro como algo inminente, entraña una manifestación masoquista e injustificada sobre el fin irreme-diable de la palabra escrita como forma privilegiada y necesaria de comunicación. El libro estable, frente a sociedades que corren, culturas que se enajenan en el vértigo, Eco y Carrière sostienen:

Aceleración que contribuye a borrar la memoria. Se trata sin duda, de los problemas más espinosos de nuestra cultura. Por una parte, inventamos muchos instrumentos para conservar la memoria, todas las formas de grabación, todas las posibilidades de transportar la sabiduría, y se trata, sin duda de una ventaja considerable en comparación con esas épocas en que era necesario la mnemotecnia para recordar, simplemente porque no se podía tener a disposición todo lo que era oportuno saber. Pero, por otra parte, más allá de la naturaleza perecedera de estos

instrumentos, que en efecto es un problema, tenemos que reconocer que no tenemos una actitud imparcial ante los objetos culturales que producimos.²⁸

El texto encuentra en los otros lenguajes un espejo, una brújula, una arena de disputas y un foro de encuentros también. Así también las imágenes y los sonidos tienen valiosos, inevitables reflejos y apoyos en el lenguaje escrito. En esta Babel se funda la fortuna, la compleja realidad que involucra y determina al lenguaje, los lenguajes y los medios de comunicación de los hombres. Elegir un lenguaje determinado como medio de comunicación único puede no ser siempre la mejor de las elecciones. Por ejemplo, confiar en la infalibilidad de las imágenes como recurso dinámico y económico de transmisión de mensajes. Tarde o temprano, podrá ser necesario emplear otro lenguaje y sus recursos para complementar, mejorar, hacer más asequibles, confiables, los datos transmitidos y socializados individual o colectivamente. Resulta oportuna la afirmación de Antonio Pantoja Chavesen en relación con la sociedad icónica:

La expresión Sociedad de la Imagen se ha impuesto como una forma muy frecuente de definir el mundo de nuestros días, pero esta expresión recoge significados o interpretaciones diferentes y, a veces, contradictorios, sin que pueda negarse que al menos revele la presencia y la importancia de la imagen en nuestra realidad cotidiana. Porque nos encontramos en la llamada sociedad de la imagen, una imagen caleidos-cópica, fugaz, sin criterios de memoria que genera comportamientos que todos entendemos como superficiales y peligrosos [...]²⁹

Ahora bien, en el caso de la escritura hay excepciones que se afirman como un sistema de comunicación y transporte de datos definitivamente autónomo, que no requiere la concurrencia de otros recursos del lenguaje, eso puede explicar el hecho de contar con cantidades ingentes de libros en los cuales solo existe el texto. Y este escenario ha sido el que ha prevalecido desde el establecimiento de la impresión mecánica como medio de creación y reproducción de los libros, dar a la palabra escrita en el texto un poder absoluto que no requiere siempre de imágenes, menos de sonidos para ser leído y usado. Esta calidad gráfica le otorga al libro una fuerza literalmente imbatible.

4.3 El poder de la imagen, el poder del sonido

La televisión es el espejo donde se refleja la derrota de todo nuestro sistema cultural.

FEDERICO FELLINI

Internet es como un gran inventario (de información), pero no constituye en sí misma la memoria.

UMBERTO ECO

El mundo tiene en el lenguaje un poderoso recurso que lo define, que lo describe, bien sea para celebrar el esplendor de su belleza, bien para documentar que lo feo y la maldad son también elementos constitutivos de su naturaleza. Si los lenguajes hallan en su expresión inmediata formas de apropiación del mundo, en un intento por nombrar y explicarlo todo, deben entonces ser medios

confiables para asegurar la reproducción de la inteligencia. De allí la importancia que adquiere usar palabras escritas, imágenes o sonidos como forma de comunicación entre las personas y las sociedades. A lo largo del tiempo se fueron alzando fronteras entre lenguajes, mismas que pueden ser porosas y permeables, o bien, rígidas e impenetrables; la historia nos brinda ejemplos de unas y otras. También construimos puentes entre la oralidad, los sonidos, las imágenes, las grafías.

A partir del siglo XX las civilizaciones y los polos hegemónicos (potencias políticas, militares, económicas) le otorgaron a las imágenes y los sonidos un lugar sobresaliente como nunca antes. Esta fortaleza de las imágenes, se apoya en la reflexión de Vicente González Radío:

Pero lo que es inevitable es la imagen, pues siempre nos rodea, de hecho, la imagen es inseparable de toda civilización, la cual nos sirve para interpretar y determinar cómo era y cómo se presentaba la sociedad y el individuo en los distintos tiempos que nos precedieron [...]³⁰

Como casi todos los inventos relacionados con los recursos visuales y sonoros, en un inicio fueron solo accesibles para públicos pequeños, élites entusiastas de las novedades tecnológicas, empresarios que vieron, desde muy temprano, en el cine y las grabaciones sonoras un negocio con futuro, empresas relucientes para una nueva era. No se equivocaron. En las primeras décadas del siglo pasado se crearon espacios y se formaron públicos dispuestos a consumir con entusiasmo imágenes en movimiento así como sonidos grabados o transmitidos por medios como la radio. Las imágenes y los sonidos se enseñorearán como actores principales de los espectáculos públicos y para el regocijo en el tiempo libre, concepto de vanguardia para una sociedad burguesa que se vuelve dueña de sí misma y su tiempo libre. Es así que Peter Weibel puede afirmar «Con la proliferación de las imágenes, gracias a los avances técnicos y la reproducción al principio de la época moderna, la escritura perdió el monopolio del poder.»³¹

En este escenario comunicacional, formativo y lúdico, durante la primera mitad del siglo se enriquecen, se transforman con lenguajes gráficos y sonoros dos espacios sociales: el público y el privado. En el entorno público el cine y la radio, en el entorno privado la radio y la música grabada. Después, amalgamando ambos, la televisión el *súmmum* comunicacional del siglo.

El espectáculo será en gran medida el pretexto y el proveedor privilegiado de contenidos. Determinados géneros de moda que se montan en el teatro son recreados filmicamente, lo que podría suceder en el teatro también se filma; sin embargo, desde sus primeros pasos el cine no intenta ser teatro filmado, se asume como un nuevo medio, con su gramática y sintaxis propia. La escena teatral, y la literatura, la historia también se filman así como escenas de la vida cotidiana, sucesos políticos, vistas de ciudades y monumentos que hacen las delicias visuales de los turistas y curiosos. El cine es entonces un magazine, una sucesión de postales en movimiento, un almanaque, un álbum dinámico. Se hacen tomas de escenas que después formarán parte de los noticieros, de los guiones, de las leyendas que se crearán bajo la tutela del celuloide. La devoción popular por las escenas filmadas aumentará al paso de los años y las décadas, el

cine se convertirá en uno de los primeros espectáculos de masas, en una de los hitos fundacionales de las sociedades contemporáneas.

Para el cine, en las primeras décadas del siglo pasado se crearon espacios de exhibición, primero íntimos, que muestran a azorados públicos el vigor indiscutible de las imágenes en movimiento. El ritual que se construye entre medio y gente será cada vez más sofisticado. El espectáculo será en gran medida el pretexto y el proveedor privilegiado de contenidos. Determinados géneros de moda que se montan en el teatro son recreados filmicamente, lo que podría suceder en el teatro también se filma; sin embargo, desde sus primeros pasos el cine no intenta ser teatro filmado, es un nuevo medio. La escena teatral, la literatura, la historia se filman así como algunas escenas de la vida cotidiana, sucesos políticos, tomas de ciudades y monumentos que hacen las delicias visuales de los turistas y curiosos. El naciente cine graba cuadros que después formarán parte de los noticieros, dando cuenta de una memoria visual testimonial que enriquece las herencias históricas del mundo. La devoción por las escenas filmadas aumentará al paso de los años y las décadas. El cine se convertirá así en uno de los primeros espectáculos de masas. De los pequeños, casi íntimos salones de sus comienzos, hay una evolución hacia las salas inmensas, los complejos cinematográficos, que a mediados del siglo serán tomados como absolutos palacios del espectáculo y el arte. La devoción por la pantalla de plata es tal que aún hoy el cine es un medio que vende y tiene públicos devotos, incondicionalmente rendidos ante la pantalla.

Con los filmes, por primera vez puede conocerse parte del mundo sin tener que viajar, es posible saber cómo se vive en otras latitudes, identificar parámetros sociales y culturales ajenos. Las costumbres se globalizan, porque el cine las retrata. Además, más allá del espectáculo, el cine es también un medio que da información, actual, relevante, ha sido desde hace tiempo un formidable aparato de propaganda. El cine se lee tanto como los textos publicados (los subtítulos, los créditos, notas o textos intercalados en las escenas), los libros, dado que las imágenes en movimiento también comunican, informan. Así, señala Arnaud Peuch:

El siglo XX vio la llegada de la civilización de la imagen. Probablemente hemos entrado en un destacado movimiento de multiplicación de las imágenes y de efervescencia icónica que continua en el tercer milenio.³²

En el mundo de los sonidos, la música grabada será contemporánea del cine. Al cierre del siglo XIX por vez primera las personas tuvieron consigo fragmentos de su memoria sonora los cuales podían reproducir tanto como los medios mecánicos se los permitieran, bien fuera por medio de un cilindro de cera o en un disco de polímeros diversos. Poder tener consigo misceláneas personales seleccionadas para el consumo privado, fue un paso decisivo en la creación y consolidación de las audiencias, también de los públicos consumidores. Poseer fragmentos de vida sonora, como antes de imágenes estáticas, permitió igualar y romper en parte, las divisiones ancestrales entre clases privilegiadas y estratos populares. El espectáculo, el arte y cualquier manifestación que pudiera grabarse van limando con paciencia las rígidas barreras que separan a las clases sociales. Poseer objetos sonoros fue así un acto simbólicamente emancipador para el

tiempo libre y el recreo como pocos en la historia de la humanidad, permitió llevar a cualquier espacio público o privado un muestrario de la cultura de los potentados, de las manifestaciones vitales de otras culturas, átomos de la modernidad grabada.

Es pertinente hacer un alto para determinar cuáles son los documentos sonoros y su naturaleza, para este fin es fundamental la definición de Edmondson:

[...] las grabaciones sonoras, sin distinción de soporte físico ni de procedimiento de grabación, por ejemplo cintas magnéticas, discos, bandas sonoras o grabaciones audiovisuales, discos de lectura óptica a láser; a) destinadas a la recepción pública mediante la radiodifusión o por cualquier otro medio; b) destinadas a su difusión al público.

Todos los elementos enumerados son materiales culturales.³³

En el ámbito de los sonidos, la radio otro medio, que surgió un par de décadas después en esa era de vigores tecnológicos, retrató también la sociedad de su tiempo. A diferencia de los sonidos grabados, es el primer medio sonoro que puede dar información en el momento que tienen lugar los hechos y sucesos. A diferencia del cine, el cual es rigurosamente un producto técnico que parte de un proceso de producción, la radio puede emitir sonidos *in situ*, instantáneamente. Los sonidos difundidos y captados por equipos de transmisión radiofónica y que llegaban a los aparatos receptores, sin que mediara un filtro (en particular si era una transmisión en vivo), fincó la confianza entre la audiencia radiofónica y las emisoras de radio. A diferencia de los sonidos grabados, los sonidos en vivo están allí para quien desee y pueda escucharlos. Además, su consumo es inmediato, no existe literalmente obstáculo alguno para quien tiene un aparato receptor y pueda ser parte del ciclo comunicacional que se construye empleando las ondas hertzianas.

La radio es un medio que nace con buena estrella y los dueños de las estaciones y cadenas radiofónicas aprenden pronto a tomar ventajas de las bondades que les brinda un recurso que al correr del tiempo se abaratará significativamente. Acota Elizabeth Rodríguez Montiel «La radio, a diferencia de otros medios, se insertó en las esferas de los diversos grupos sociales, que participaron, de diferente forma, en su construcción social y en su significación.»³⁴ Como otras tecnologías, al inicio la radio es una curiosidad que causará furor, se irá decantando del gusto de los ricos al resto de las clases sociales; lo que en un inicio fue un sonoro avance tecnológico, con rapidez inusitada se vuelve parte del paisaje diario de los hogares del siglo XX, tanto en las metrópolis como en ciudades de menor tamaño y también en las comarcas rurales. Los sonidos de la radio son viajeros que no reconocen fronteras ni límites, lo cual hace de este medio un recurso entrañable y querido por los públicos, necesario para entender la historia del siglo pasado.

Fue una era en la cual se formaron audiencias dispuestas a consumir con entusiasmo imágenes en movimiento, al mismo tiempo que se acercaban con curiosidad y fervor al disfrute de los sonidos grabados. La novedad sonora es también un hito histórico. La historia se rinde ante una modernidad inédita que

rompió continuidades sociales. Hasta ese momento no había forma de congelar al sonido y reproducirlo una vez que su naturaleza efímera le condenó a ser nada. El momento sonoro no podía reproducirse, menos aún guardarse. Una vez que los sonidos se grabaron, fue posible crear algunas de las industrias más pujantes de todos los tiempos: la industria discográfica y la industria radiofónica.

La evolución técnica y científica no se detiene. Existen ya los sonidos grabados que pueden comprarse, los sonidos que se consumen al instante, las imágenes en movimiento como parte del espectáculo del mundo. A esto se sumó la televisión que otorgará la posibilidad de tener un medio audiovisual en medio, literalmente, de la cotidianidad de los ámbitos privados. En su momento, se creyó que la televisión y su formidable presencia mediática daría la puntilla al libro y sus manifestaciones impresas. Siendo en sí un medio total, que incluye todas las posibles manifestaciones audiovisuales conocidas hasta la segunda mitad del siglo XX, se especulaba que terminaría avasallando y destruyendo a todos los medios precedentes.

Para qué servirían ya el teatro, el cine y la radio si existía ya la televisión. Para qué desear poseer libros si se tiene ya este *meta recurso* por excelencia. Si antes las referencias a lo permanente estaban en el cine y los recursos filmados, si la referencia más relevante en la comunicación inmediata y confiable podía ser la radio, ahora la televisión las reúne a todas, las somete, las supera. Cualquier argumento que pudiera esbozarse en contra de *superioridad* de la televisión, era rebatido, desechado. En un inicio y a pesar de su corta edad, la televisión suscita entusiasmos comparados con la aparición de la radio. Hay una devoción inmediata, los públicos se rinden sin resistencias y pronto surge un culto que al paso de las décadas será global. De su origen elitista irá decantándose hasta ser uno de los ejes, un creador de parámetros para los gustos y costumbres de todas las clases sociales. De acuerdo con Manuel Fidalgo:

Es el invento tecnológico que contribuye en mayor medida a configurar, a conformar el universo cultural, los modos, las costumbres. Como dicen algunos, la televisión marca la agenda de la sociedad, lo que es importante y lo que no lo es, lo que se debe hacer y lo que no se debe hacer.³⁵

Las teleaudiencias veneran muy pronto el poder hipnótico de las imágenes televisivas. Afirma Fidalgo: «El mundo de la televisión es sobre todo, el mundo de la imagen, y el mundo de la imagen es concluyente, determinante.»³⁶ Tal como había pasado con la radio, se establece una relación estrecha y cómplice entre los medios y los públicos. No hay manera de romper estas alianzas emocionales, afectivas, cognitivas con el medio. La televisión se apropia literalmente de los reductos domésticos, tal como la radio lo hizo antes, la rendición televisiva será sin condiciones. Se auguró, con tono triunfal que con la llegada del cine, el teatro y los libros desaparecerían ante la fortaleza del medio filmico; con la llegada de la televisión, tanto libros, como teatro, el cine y la radio en un proceso inexorable sucumbirían ante la hegemonía del nuevo medio. Sin embargo, la predicción resultó falsa, la debacle no tuvo lugar. Desde luego hubo nuevas maneras de relacionarse, algunas manifestaciones se enriquecieron, otras fueron desapareciendo, algunas más se amalgamaron o se divorciaron también.

El libro, ante estos poderosos recursos de comunicación e información, parece siempre tener los días contados. Las imágenes y los sonidos existen y se mueven en todos los ámbitos sociales, políticos, económicos, culturales. Son dinámicos, ubicuos, electrizantes. Y tienen el valor agregado de quedar resguardados para la posteridad, como los libros. El apocalipsis editorial, el ocaso de la palabra impresa no se presentó.

4.4 El libro entre imágenes y sonidos

*La radio marca los minutos de la vida;
el diario, las horas; el libro, los días.*

JACQUES DE LACRETELLE

No interesa leer muchos libros, sino buenos libros.

LUCIO ANNEO SÉNECA

Ante los imperios tecnológicos de la cultura y el espectáculo, el libro no enmudeció, ni su influencia palideció. Permaneció allí, rodeado, amenazado, protegido, tal como había sucedido en otros momentos históricos. Su frágil naturaleza le ha sido útil, porque nadie esperaría comparar los atributos y las ventajas electrónicos de los medios audiovisuales, de los recursos sonoros y audiovisuales con la estática, inerte y yerma palabra impresa en papel.

A pesar de la fuerza incontenible y el poder simbólico y fáctico que representan las imágenes, casi siempre indómitas, aunque las hay también domesticadas sin dejar de ser avasallantes, los libros están aquí con su peso y fortaleza hierática. En medio de las imágenes, al lado de ellas, conteniéndolas entre sus páginas, dándoles cobijo. Están también los sonidos como ingredientes de la más que influyente oralidad como elementos atávicos, primordiales, arquetípicos de la escritura. Y todos: sonidos, imágenes, grafías, bien se sabe, son no solo parte de una herencia culturalmente milenaria sino una sustancia fundamental en la constitución y el sustento mismo de la condición humana. Aunque para García Canclini el eje rector del conocimiento no es obligatoriamente el libro, afirma:

Esta visión antagonica entre lectura y tecnologías audiovisuales es replanteada desde hace varios años, tanto en los estudios sobre cultura como en los que se hacen sobre comunicación. Comienza a cambiar, también, la concepción de la escuela y la interacción de la lectura con la visualidad. El punto de partida es averiguar cómo con-viven ahora la cultura letrada, la cultura oral y la audiovisual.³⁷

El ya multi-centenario libro se mueve hoy, como hace más de medio siglo, entre la marea audiovisual, a veces con relativa calma, y en otras, en medio de la tormenta. Desde la apabullante rectoría de la televisión, las sucesivas regeneraciones del cine y la radio y otras manifestaciones escénicas, se ha vaticinado que se acerca ya (ahora sí) el fin de los días de la hegemonía libresca. ¿Qué respuestas despierta esta aseveración? Algunas son conciliatorias, otras indican que el fin es inevitable. Podemos especular el porqué de la fascinación hacia un objeto que se encuentra en desventaja frente a los recursos

audiovisuales, dado que tener acceso a las imágenes en movimiento y a los sonidos acoplados a éstas es una circunstancia revolucionaria, dado el vigor que los aleja de la inercia del texto impreso. Si además se tiene un mercado pródigo en objetos que oferta permanentemente imágenes preservadas en cualquier tipo de envases, sonidos guardados en todo tipo de recipientes tecnológicos, la desventaja del libro parece ser evidente.

Y el libro está allí, en momentos incólume, inamovible, sorprendentemente sólido. Soportando los cambios de clima de los públicos que pueden hacerlo suyo sin distancias, o ignorarle. Tal como ha sido siempre. También ha debido sortear diferentes escenarios de peligro que sí han impactado al mercado del libro, y no le han dejado en condiciones óptimas.

Se afirma que los públicos lectores son cada vez menos, y paradójicamente se edita cada vez más, en papel y electrónicamente, fenómeno que había observado ya Escarpit en la inauguración de la segunda mitad del siglo pasado. Es evidente que en un buen número de entornos domésticos y públicos existe más el deseo y hay también el acceso a las tecnologías, a los recursos audiovisuales antes que a los libros impresos, o digitales.

Algo sucede, no es un asunto de magia a pesar del dominio audiovisual el libro permanece entre imágenes y sonidos. Que haya distintos usos del libro a partir de la acción de la lectura, de las acciones lectoras, quizá nos ayude a entender por qué el libro perdura, en escenarios que no siempre le son propicios. Si la lectura admite diversos niveles de acuerdo con los usos que se le otorgan, como los textos académicos en escuelas, universidades; como los textos técnicos en las órbitas profesionales; las obras recreativas para el esparcimiento; los títulos de consumo rápido; los textos canónicos en la literatura, etcétera, puede parecer entonces que en efecto, hay una buena cantidad de formas y necesidades de lectura(s), por lo tanto de uso(s) del libro. Lo que lleva a Sandra Comino a afirmar sobre la crisis lectora:

La literatura no está en crisis, la crisis es del gobierno, del mercado, de los seres que nos hacen creer que estamos bien, pero la desocupación, el hambre y la deserción escolar nos acompañan a diario.³⁸

Así se puede explicar la circunstancia de seguir contando con textos impresos o editados electrónicamente que son empleados en diferentes contextos, todos ellos propicios para mantener las ventas y ganancias en los mercados del libro

El libro permanece con estadísticas que indican en momentos mejores escenarios económicos para temas determinados, títulos o autores, lo cual no es una regla para todo el mercado editorial en su conjunto dado que allí conviven todas las calidades editoriales. A pesar que los datos sobre públicos lectores disminuyen e indican un desgano hacia la lectura, o bien, que los volúmenes de compra no son los mismos que se dieron en décadas anteriores, las ferias del libro alrededor del mundo, siguen arrojando números sorprendentes en la era digital y en la era del desencanto intelectual. Hasta el momento son concurridas, bulliciosas, acaparan la atención de miles y millones en el mundo, cada año se reúnen multitudes en los espacios de exhibición y en los pasillos de los recintos

feriales. Allí parece no haber crisis de formatos (impreso *versus* electrónico), ni menos cantidad de lectores fieles o cautivos. Tal como escribe Antonio María Ávila:

En el campo que nos interesa, el de la lectura y los libros, esta revolución digital está ya suponiendo la aparición de nuevas formas de lectura. Es posible que, de alguna manera, se recupere la lectura oral y grupal propia de la Edad Media, en vez de la lectura íntima e individual, burguesa, a la que estamos acostumbrados. Por supuesto, todas las formas, las nuevas y las viejas pervivirán y posiblemente superando las confusiones iniciales todas contribuyan a hacer avanzar la democratización y el conocimiento. Lo cual es positivo y bueno.³⁹

La permanencia constante del libro se explica en gran medida porque es necesario. A pesar de la hegemonía cada vez más evidente de las tecnologías y los recursos digitales sobre los formatos convencionales (denominados genéricamente como *analógicos* para diferenciarlos de sus herederos digitales), de la pasión que despiertan en nosotros los usos de las redes e Internet, no es posible tener aún hoy toda la producción editorial impresa en papel disponible ya en formatos electrónicos. Ni será posible que la extensa producción de décadas y siglos pasados sea, en su totalidad, parte del universo electrónico en formatos digitales. Se ha criticado con no poca vehemencia este aparente culto al soporte impreso, queriendo trasponer lo que es posible aplicar con otro tipo de documentos y sus contenidos, como los sonoros y los audiovisuales. Y es fácil entenderlo si tomamos en cuenta que los predominios tecnológicos pueden ser determinantes y terminan siendo, no pocas veces, imperantes.

Baste un ejemplo: El mercado, celebra con estentóreas y rutilantes campañas publicitarias cada etapa de avances tecnológicos presentándola como la mejor, la más acabada, la que es y deberá ser inigualable; son artilugios publicitarios en tanto se sabe que esto es falso dado que las tecnologías continuarán avanzando gracias a los proyectos que desarrollan laboratorios e industrias y cada nuevo soporte será sustituido tarde o temprano por algo distinto. Los formatos audiovisuales en las últimas décadas han transitado de las cintas al disco compacto y de éste al disco virtual digital, en una aparente línea evolutiva fácilmente comprensible, aunque hoy vivimos finalmente el fin de los formatos físicos audiovisuales y tenemos el predominio de la existencia digital y virtual de sus contenidos. Prevalece, evidentemente, la noción de modernidad, de actualidad, de exclusividad tecnológica, en suma, la moda aún determina con fuerza los gustos y las necesidades creadas. Esto supone una permanente atención de los públicos que deben estar al día, consumiendo novedades en todo momento. En cambio, los libros no pueden competir en esta carrera dado que tanto sus características como objetos impresos o digitales son distintas. Si bien ha habido fervorosos aplausos hacia los dispositivos electrónicos portátiles de lectura, hoy día hay más limitantes tecnológicas que virtudes en su uso y manejo, lo que impide colocar ante la mayoría de estos ingenios industriales como *mejores* frente a los, en modo alguno, *obsoletos* impresos.

Esta formidable paradoja mantiene al libro en el lugar que honrosamente ha ocupado en el último medio milenio. Además, sus públicos más dedicados, los lectores de los medios académicos y profesionales de casi todo el mundo, aún necesitan de ellos. Los sistemas de recompensas y premios, por ejemplo, en los

medios universitarios, demandan de los libros; las jerarquías universitarias de promoción y permanencia, solicitan constantemente de su presencia, por lo tanto, es imposible hacerlos a un lado. El objeto sigue siendo fundamental, aunque no se deshecha la trascendencia de lo digital, tal como propone Boris Groys:

Pero en relación a la teoría de medios, se puede afirmar en todo caso que no es el deseo el que contiene los signos sobre la superficie mediática, sino determinados soportes técnicos de medios, como libros, lienzos, películas, ordenadores, o redes telefónicas. Y esos soportes son, como es sabido, finitos, así como la electricidad — que hoy en día hace funcionar la mayoría de los soportes mediáticos— solo puede ser producida en cantidades finitas.⁴⁰

Las imágenes y los sonidos sirven también de medios y herramientas, no siempre resultan confiables. No porque sean recursos mal armados y fabricados, o no creen certidumbres; la palabra impresa, o anotada, no solo en los soportes analógicos, sino en los ambientes virtuales de todo tipo, tiene todavía una fuerza imbatible como testimonio, marca, herencia. Estamos así en una época esquizofrénica que por un lado defenestra, desautoriza el poderío de la palabra impresa y por otro la demanda, la autoriza, la valora y la solicita como un medio valioso, casi irremplazable.

Las esferas de influencia tanto de los libros y la cultura impresa como de las imágenes y sonidos preservadas documentalmente, parecen, hasta el día de hoy estar perfectamente separadas y estratificadas, aunque también se han creado híbridos. Al cierre del siglo XX se vislumbraba que el texto convencional, bidimensional y aparentemente limitado en su espacio gráfico, no podría competir con la sofisticación de los textos en los ambientes virtuales. Los hipervínculos, las relaciones entre objetos, los metalenguajes, la plasticidad virtual, parecían ya prefigurar el fin de libro analógico. Sin embargo, después de casi tres décadas, lo anterior no ha tenido lugar. Esto no indica que en el futuro estas relaciones que enriquecen la lectura y modifican no puedan cambiar o ser modificadas dando lugar a nuevas formas de lectura, el libro sigue presente sin perder su vigencia y preponderancia para discursos monográficos y literarios.

Desde luego que la apuesta digital no es solo atractiva sino inevitable. Lo cual ha traído nuevos temas en torno al aspecto del libro de hoy y del futuro. En torno al libro digital reflexionan Danusa Oliveira y Thais Sehn:

Por lo tanto, la importancia del libro digital plantea algunos debates sobre el tipo de contenido (que puede ser creado en formato digital o puede ser escaneado), la elección del soporte (si la información está disponible en la computadora, o en e-readers o tabletas) y el uso del software (qué programa se utiliza para la lectura).⁴¹

Los experimentos en torno a una simplificación muy perfeccionada del esquema tradicional del libro, es decir, mantener la forma física de éste (o por lo menos no romper con la estructura lineal, secuencia, jerarquizada de los textos impresos), la lógica de la lectura, las partes fundamentales que dan sentido al libro impreso desde su aparición no siempre han podido ser transpuestas. Inclusive, en relación con el soporte electrónico hay una imitación que nos evoca al libro impreso. Indica Hall:

Es interesante que los lectores electrónicos adoptaran el mismo tamaño que un libro de pasta suave, mantuvieran un diseño de página sencilla, como un libro simple, y claro, que la tinta electrónica permitiera que el dispositivo se leyera de la manera más parecida a un libro.⁴²

El límite actual es el horizonte tecnológico, aunque a corto plazo tampoco parece existir una ruptura revolucionaria en el mundo de los documentos escritos. Aunque ha habido un auge inicial por el uso de los dispositivos electrónicos como soportes de lectura, que podrían sustituir o heredar las características de los libros impresos, hay también caídas y estancamientos en el mundo editorial digital. Ha pasado al parecer la primera gran crisis del libro impreso, ¿qué sucedió, qué pudo haber sucedido? ¿Los editores se montaron una vez más en el desafortunado tren de las modas y las veleidades de la sociedad de consumo? ¿O el desarrollo de las aplicaciones de los dispositivos de lectura no ha sido lo suficientemente inteligente para devaluar o desplazar las virtudes del libro impreso?

Puede ser también que la fuerza, el valor cultural del libro no pueda ser desplazado dando por terminado su ciclo analógico y permitiendo a cambio la consolidación, la preponderancia del formato digital. O bien, dados sus orígenes, el libro como un artefacto, un objeto que no requirió del uso de la tecnología mecánica y la industria con sus procesos en serie, característica primordial que los diferencia de los soportes con contenidos sonoros, visuales en movimiento o audiovisuales los cuales están inevitablemente atados a los avatares tecnológicos. Y puede ser también como reflexiona Wolfgang Ernst:

Este cambio en la lógica archivística corresponde a una discontinuidad técnica: la física de los medios de almacenamiento impresos o mecánicos establecidos contra las memorias electromagnéticas fluidas. Mientras que el orden simbólico tradicional de la memoria se basó en inscripciones simbólicas fijas tales como archivos y bibliotecas, la escritura o la impresión actualmente se están sustituyendo por cargas eléctricas volátiles como portadoras de señales.⁴³

Si hoy un libro se lee en un formato impreso teniendo al papel como soporte, también existe la posibilidad de hacerlo en línea o en un ambiente virtual sin que ambas formas de lectura se contrapongan o diferencien aun notablemente; aunque hay quienes, como Javier Celaya, pronostican sobre el futuro del libro desde diversas ópticas: libros inteligentes, textos escritos por máquinas, la realidad virtual como ingrediente del mundo analógico, librerías y bibliotecas *inteligentes*⁴⁴. En cambio, no sabemos con certeza meridiana cuáles serán los formatos y soportes a futuro para los sonidos y las imágenes, dadas las mutaciones permanentes de sus soportes y tecnologías.

Al día de hoy todavía hay esperanzas en el mundo del papel. Si por una catástrofe, por un cataclismo tecnológico desaparecieran todos los acervos y repositorios digitales de textos impresos, aún estarían disponibles las representaciones físicas tal como son los libros impresos. Existe la certeza y la confianza de poder recuperar un porcentaje significativamente alto de obras dado que muchas se encuentran editadas en papel o son factibles de ser impresas *analógicamente*. Una circunstancia similar (la debacle que hace sucumbir y desaparecer los acervos) para las imágenes en movimiento y los sonidos no sería,

con seguridad, tan afortunada. A pesar de su fortaleza social, tal como asienta Juan Soto Ramírez:

Las imágenes guardan relaciones estrechas con los marcos sociales y temporales en donde aparecen. Nunca son independientes de los observadores. Siempre establecen una relación espacial y temporal con ellos. Esa idea que afirma que «una imagen dice más que mil palabras», no es más que parte de la gimnasia verbal del sentido común.⁴⁵

Los apologistas de la cultura impresa han querido ver en la permanencia del libro y los textos impresos un rotundo éxito de la cultura escrita sobre la increíble y apabullante presencia audiovisual y, ahora, los medios digitales. Creer que el libro es un muro intelectual que frena a la ignorancia, o un domador que controla a la necesidad es pecar de ingenuo. La cultura audiovisual se ha organizado en pujantes estamentos industriales y comerciales exitosos. Su poder es incuestionable. Han sabido construir y destruir discursos culturales, modificar y crear hábitos, determinar comportamientos individuales y colectivos, participaron activamente en la fabricación de hombres y mujeres del siglo XX, son determinantes para el siglo XXI.

Es aquí donde, aparentemente, se pierde la vitalidad del libro como agente activo y principal en la construcción de personalidades, como modelador de caracteres y hábitos, dado que los medios audiovisuales lo abarcan todo y todo lo pueden. Esa es la apariencia, el mundo que se *ve*, la realidad que se *escucha*. Aunque al cierre del siglo pasado la crisis tecnológica que revolucionó al mundo hizo que los medios envejecieran. Internet y los públicos digitales saludaron con entusiasmo la nueva era de las redes y la comunicación instantánea. Si el universo audiovisual se aposentó en nuestras casas, el mundo digital se apodera de nuestras percepciones del mundo, se instaló en nuestras voluntades, dominando con suma facilidad nuestro tiempo, hoy gobierna buena parte de nuestra vida. Le abrimos las puertas con una fecunda generosidad. Si las últimas generaciones no pueden imaginar ni concebir la existencia, su existencia, sin referentes gráficos, reproducciones sonoras y audiovisuales casi *ad nauseam*, hoy tampoco entienden ya la realidad sin la virtualidad, las redes, los dispositivos móviles y la dulce tiranía de Internet, la cual se traslada de alguna forma al libro electrónico. Resultan útiles las reflexiones de Celaya:

Cuando nació el libro electrónico pareció que el de papel tenía que desaparecer. Noticias y estudios recientes confirman que de momento esto no va a suceder, pero la influencia y el peso del libro de papel en la sociedad digital siguen descendiendo. ¿Está el sector editorial haciendo todo lo que debería para fomentar la demanda de *ebooks* o está encantado con el supuesto estancamiento en ventas digitales?⁴⁶

La necesidad de la posesión inmediata, la cosificación irrestricta de las relaciones, la urgencia de tener todo al infinito y multiplicado aún más allá, ha hecho posible la entronización de la era digital, la cual, indiscutiblemente tiene ventajas en un mundo acostumbrado al vértigo. Dispositivos, mecanismos, modelos, funciones del mundo automatizado han prevalecido, se han establecido y han regido en las fronteras de los dos milenios. Novedades que han caducado, o envejecido prematuramente y a toda velocidad, han sido apuestas al futuro inmediato que terminó naufragando. Con el culto a las imágenes y sonidos en

medios convencionales y digitales, los audio-visuales fueron consecuencias lógicas del progreso material y tecnológico. A mayor abundancia económica mejores posibilidades de mercados prósperos y pródigos en mercancías, a mayor oferta de satisfactores más consumidores satisfechos con el mundo audiovisual en venta. A pesar de esta intrincada relación de medios y escenarios, el libro siguió, sigue y está allí, en una posición central. A veces rodeado de malos presagios, en momentos literalmente invisible, dejado y hecho a un lado, integrado en el deslumbrante ecosistema de las imágenes y los sonidos, y de la realidad virtual.

El acceso cada vez más eficiente, exitoso, pertinente a los datos en línea, a los almacenes de objetos digitales entre los cuales hay infinidad de textos de todo tipo, desde valiosos escritos hasta insignificantes apuntes, millones de palabras escritas disponibles casi infinitamente. Tal prosperidad puede hacernos dudar sobre el valor de este objeto simple y modesto, extraordinariamente beneficioso y prodigiosamente complejo en su *simplicidad mecánica*. Si bien es cierto que no existe un plan, un programa para dejarlo ir como un recurso de información, son los públicos que se volvieron lectores y permitieron, voluntaria o involuntariamente, una relativa (en lo político y económico) evidente (en lo social y cultural) masificación de la lectura en el siglo XX. Públicos que también abandonan la veneración al libro y se han rendido sin sentimientos de culpa a los designios del presente y se han tornado entusiastas habitantes del universo audiovisual. Todo interrelacionado en un ecosistema cultural, apunta Néstor García Canclini:

Más que la homogenización, los nuevos riesgos son la abundancia dispersa y la concentración asfixiante. Ante la diseminación y dispersión de las referencias culturales, las megacorporaciones intentan controlar la circulación de bienes culturales mediante tarifas preferenciales, subsidios, *dumping* y acuerdos regionales inequitativos. La multiculturalidad, reconocida en el menú de muchos museos, de empresas editoriales, discográficas y televisivas, es administrada con un sistema de embudo que se corona en unos pocos centros del norte.⁴⁷

Si el libro fue sacado de su nicho de sacralidad y puesto en el estante de los productos de consumo, de primera necesidad para unos pocos, de adquisición caprichosa para otros, inexistente para los más, reflejando una constante histórica de mejora y prestigio creciente; y cabe señalar, con un crecimiento en su promoción y aceptación en el comercio que en edades anteriores. Sea cual fuere la relación de los lectores con el libro, el objeto no ha dejado de ser advertido como un agente primordial de las estructuras que sostienen la cultura.

Ha debido adecuarse a los gustos, las reglas y los humores de consumo de cada momento. El libro aunque se volvía *moderno*, no dejaba de ser un libro. Es decir, la arquitectura original del objeto desde el Renacimiento la cual prácticamente se ha mantenido *guttenbergianamente* inalterable. En tanto los soportes con imágenes y sonidos fueron cambiando con materiales y tecnologías que permitieron contener volúmenes mayores de datos, las calidades de las grabaciones sonoras e impresiones gráficas se perfeccionaron, simultáneamente las tecnologías y los aparatos de reproducción se hicieron obsoletos; históricamente los consumidores no tuvieron más opción que ajustarse a esos cambios. Desechar los viejos soportes y sus máquinas fue la norma, olvidarse de la

tecnología caduca una obligación. De no hacerlo las inversiones hechas en sus colecciones particulares perderías todo valor; mantener al día aparatos para discos y cintas, cámaras fotográficas, proyectores de filmes, no fue solo un capricho sino una necesidad. No actualizar los dispositivos, dejar de adquirir los nuevos, condenó a los públicos al envejecimiento tecnológico inevitable e irreversible.

Se han proclamado nuevos reinados en los cuales lo antiguo no tiene cabida, por lo tanto es casi un imperativo regrabar bajo los parámetros de las tecnologías en turno, cuando casi es una ley que también serán sustituidas por nuevas olas tecnológicas. Es inaudito entonces que los procesos de destrucción de la inteligencia y sus raíces no sea objeto de una terapia de conservación y a cambio se deje avanzar a la indiferencia hacia los documentos como si el respeto y la admiración, el culto mediático a la cultura audiovisual fuera meramente superficial y desechable.

Aunque el libro no ha recibido siempre cuidados especiales (salvo el que le prestan profesionales de las bibliotecas, bibliófilos, comerciantes y gente que ama y codicia al libro y sus legados) ha tenido mejor suerte y un destino menos trágico. Al ser un objeto sorprendentemente dúctil que gracias a su eficiente diseño no ha necesitado de modificaciones significativas, adecuaciones revolucionarias, transformaciones para poder seguir usándolo tal como se hacía 300, 200 años atrás. Afirma Joaquín Rodríguez López sobre la confianza en la permanencia del libro, por lo menos en el futuro inmediato:

Pervivirá por varias razones: porque existen hábitos perceptivos, de pensamiento y racionalización, muy arraigados en nosotros, que difícilmente serán erradicados en unos pocos años. Al menos nuestra generación y la que nos sucede, todavía habituada al uso del papel y a la racionalización consecutiva, utilizarán este soporte para trabajar y disfrutar; porque aquellas obras, particularmente literarias, que no necesiten de ninguna relación o vínculo externo para completarse o desenvolverse, que son autosuficientes y autorreferenciales, que se bastan a sí mismas y encierran una fuerte enseñanza moral, encontrarán mejor acomodo entre las páginas de un libro de papel.⁴⁸

Las alteraciones que ha tenido se relacionan fundamentalmente con los usos editoriales de cada siglo, de cada generación y por los contenidos que se le han impreso. Al libro impreso no hay que actualizarle sus componentes tecnológicos, dado que no los tiene en los hechos; debe adecuarse al paso sucesivo de programas y plataformas digitales, de edición y recuperación de lecturas electrónicas y esperar se establezcan como la norma de lectura autorizada y predominante.

Hasta el momento esta sencillez material, orgánica, ha hecho posible la supervivencia del libro entre imágenes y sonidos, no necesariamente ante su hermano secular: el libro electrónico.

En el tema de la edición impresa y las representaciones digitales, José Vidal-Beneyto enuncia:

Esta iconocidad de lo escrito-impreso nos remite a la inevitable conjunción de los tres códigos: el lingüístico, el tipográfico y el icónico y nos reinstala, en cuanto a las

nuevas tecnologías, y en especial a su dimensión electrónica, en la nueva problemática de la lectura/legibilidad que la misma inaugura.⁴⁹

De tal suerte es na manera sincrética de comunicación que emplea múltiples variantes del lenguaje y sus formas más destacadas.

4.5 El texto y el libro como síntesis de los lenguajes

*Un buen libro no sólo se escribe para multiplicar
y transmitir la voz, sino también para perpetuarla*

JOHN RUSKIN

Oda a la tipografía

PABLO NERUDA

*Desde
las manos medioevales
avanzó hasta tus ojos
esta
N
este 8
doble
esta
J
Esta
R de rey y de rocío.
Allí
se trabajaron
como si fueran
dientes, uñas,
metálicos martillos
del idioma.
Golpearon cada letra,
la erigieron,
pequeña estatua negra
en la blancura,
pétalo
o pie estrellado
del pensamiento que tomaba forma
de caudaloso río
y que al mar de los pueblos
navegaba
con todo*

*el alfabeto
iluminando
la desembocadura.
El corazón, los ojos
de los hombres
se llenaron de letras,
de mensajes,
de palabras,
y el viento pasajero
o permanente
levantó libros
locos
o sagrados.
Debajo
de las nuevas pirámides escritas
la letra
estaba viva,
el alfabeto ardiendo,
las vocales,
las consonantes como
flores curvas.
Los ojos
del papel, los que miraron
a los hombres
buscando
sus regalos
su historia, sus amores.*

El lenguaje escrito convertido en texto impreso en un libro está presente, dada su utilidad, la cual ha demostrado su vigencia a lo largo de la historia. Se han sintetizado e integrado en uno, objeto y contenido, indisociables, literalmente imposible de separarles. Estableciendo similitudes entre otros lenguajes, como lo

son el sonoro es pertinente citar a Freya Bailes la cual anota «El punto de partida más obvio, al considerar la traducción de una imagen auditiva al sonido, es la tarea de un compositor.»⁵⁰ Es decir, la música necesita un intermediario en torno al cual también se han gestado mitos: «Uno de estos mitos es que la inspiración toma la forma de una imagen auditiva completa y pura que se traduce de una manera secuencial de la mente al papel.»⁵¹ En un proceso que podríamos denominar «inverso», Bailes comenta:

¿De dónde viene la imagen musical? Una traducción se produce desde la percepción del sonido hasta la creación de una re-presentación mental de ese sonido, incluida la imagen auditiva consciente.⁵²

Esta condensación entre comunicación y lenguaje se dio en la escritura y culminó con el libro impreso, y ahora el libro digital, dando como resultado una de las ecuaciones comunicacionales mejor planteadas y desarrolladas social y culturalmente hablando. ¿Explicará lo anterior el vigor intelectual, la fortaleza del escrito? Dado que como medio, sistema, instrumento, herramienta, máquina, el libro funciona aún con un aceptable buen estado de salud, no es fácil determinar por qué es y ha sido así. Tenemos variantes culturales y sociales que determinan nuestra percepción a favor o en contra del libro, por lo que no siempre es posible mantener criterios objetivos que nos indiquen si la relación entre el texto para su lectura y el libro es virtuosa, producto de la costumbre de la cultura literaria, un peso muerto comunicacional, y si esta condición se mantendrá, desaparecerá o mutará en algo que hoy desconocemos.

Después de todo, comunicacionalmente necesitamos a los libros, intelectualmente requerimos de los libros, social y culturalmente existe la necesidad de los libros, como objetos de información dado que el libro, fundamentalmente, es lenguaje puro, bien sea gráfico o escrito, con imágenes o sin éstas; ha tenido consigo, en diferentes momentos del siglo XX, objetos asociados (cintas, discos electrónicos o magnéticos, disquetes, discos compactos, discos virtuales digitales). Los libros son editados para ser usados, es su destino natural, por tanto no es fácil imaginar aún un mundo sin libros o esperar que hayan dejado de ser un trascendente recurso al servicio de la inteligencia y el conocimiento. Los libros, por regla, desde sus orígenes industriales han podido adecuarse al entorno y las circunstancias políticas, económicas, sociales, culturales bajo las cuales son comerciados. Hasta el momento, el siglo XXI no parece ser la excepción el cual se enriquece con la suma exitosa de los entornos digitales.

Estos lenguajes conviviendo entre sí, han estado conviviendo y formando parte de un todo. Sintéticamente, apunta Soto Ramírez:

Ya no podemos afirmar, después de lo que hemos dicho, que la semiótica visual se encarga del estudio de los signos visuales porque entonces entraríamos de nuevo en esa espiral insuperable de asociación entre sensorialidad y sistemas de signos. Es decir, si existen signos visuales entonces existen los signos auditivos, etc. Las distintas clases de signos no estarían definidas por los rasgos de la sensorialidad misma asociada a los cinco sentidos y concebidos estos últimos como entradas de información distinta que termina siendo procesada por el cerebro. No existen pues, cinco clases de signos designadas por los cinco sentidos ni tampoco existen cinco semióticas pues.⁵³

El último tercio del siglo XX trae consigo desarrollos tecnológicos que hacen posibles la portabilidad. Los sonidos y las imágenes no solo *se poseen*, pueden llevarse con uno mismo. No es necesario tener avanzados dispositivos de reproducción, la fidelidad y la calidad que se habían conseguido antes que se popularizaron los transistores, dieron como resultado que los reproductores de audio fueran portátiles y buenos. Décadas después, los casetes primero y posteriormente los discos compactos acompañarán a sus dueños en la vida diaria, serán icónicos como muestra de pertenencia a una clase o grupo social. Asimismo, las vistas miniatura y las fotografías fueron parte de las carteras y las valijas de no pocas personas que viajaban con ellas, les tenían en sus casas y formaron un importante legado de la cultura popular masiva. Así, la cultura audiovisual se transportaba con sus poseedores.

La lógica de lo mínimo que pudiera moverse se extendió también y en una línea natural a los medios digitales, por ejemplo a los teléfonos celulares y los reproductores de sonidos digitales. En la era de lo más pequeño y portátil aparecen también los dispositivos de lectura algunos de los cuales han mostrado resultados afortunados, otros han desaparecido y han quedado en el olvido. El siglo XXI amanece con una nueva costumbre: usar instrumentos versátiles. Las tecnologías tienen así tanto usos prácticos, como lúdicos. Además, los accesos a Internet que en un inicio requieren de conexiones telefónicas pronto quedan superados gracias al culto a lo móvil y a los desarrollos tecnológicos de las telecomunicaciones y los datos. Tenemos entonces una percepción de *democratización* al acceso a los datos, aunque Mitchell refuta:

No hay duda de que muchas personas piensan que la distinción entre arte elitista y cultura de masas está desapareciendo en nuestro tiempo, o que en su defecto, las distinciones entre *media*, o entre formas verbales y visuales se van poco a poco deshaciendo. La cuestión es: ¿sucede esto en realidad?⁵⁴

Uno de los problemas, dada su naturaleza, es cómo hacer uso de la información contenida en libros impresos a los cuales es difícil si no imposible, tener acceso dadas las distancias, las condiciones de consulta, adquisición y todas las circunstancias que impiden a los lectores ser precisamente lectores de dichos libros. Con la evolución de las comunicaciones y las tecnologías no fue ya una novedad el acceso a los textos en línea. Al cierre del siglo XX solamente existían entradas a las eficientes e imponentes bases de datos colmadas de referencias; poco después hubo mejoras notables que permitieron la consulta a algunos de las referencias con los textos completos, tanto en el universo de las revistas como de los libros.

Así, los volúmenes de publicaciones periódicas disponibles en formato digital aumentaron incontenible y progresivamente, siendo el día de hoy el formato que predomina. El acceso a las publicaciones en línea creció como una necesidad de acceder a la información desde los ámbitos académicos y profesionales, desde las entidades públicas y privadas, locales, nacionales e internacionales. Se lee en *El libro electrónico: tendencias y recomendaciones* del CERLALC-UNESCO «La conectividad a Internet y el acceso a dispositivos electrónicos de lectura son parte de las variables clave para la profundización en el uso de las tecnologías digitales en el mundo del libro.»⁵⁵ En algunos casos como servicios pagados, en otros, puestos al acceso público y sin restricciones salvo las que indican las leyes de

protección de derechos y de propiedad intelectual y comercial. Un buen ejemplo es el movimiento *open Access* que parte de la noción de la democratización a la información digital, con lo que se busca una puerta democrática al conocimiento y la reducción en la circulación de las copias ilegales. Sobre este particular, comenta Holger Fischelmanns «Los libros electrónicos pirata solo fuerzan al lector a encontrar el libro, descargarlo y tenerlo en el formato que quiera tenerlo, como un libro electrónico completamente funcional.»⁵⁶

Entre siglos, la relevancia y trascendencia del movimiento de acceso abierto ha revolucionado los flujos de información en el mundo dado que permite la consulta y el uso de textos los cuales hace un par de décadas era difícil, si no imposible, tener a la mano. Títulos fuera de circulación, obras agotadas o algunas que por sus precios son inalcanzables en ediciones convencionales han sido objeto de reproducciones digitales tanto legales como ilegales.

Adicionalmente, una creciente conciencia de socializar, democratizar el conocimiento ha hecho posible que tendencias en su momento marginales como el open access, el creative commons y el copyleft se popularicen y paulatina, exitosamente, establezcan estándares de universalidad para la consulta y uso de la información en línea. Y no solo ha permitido instaurar normas sino condiciones ideales para la construcción de una fraternidad mundial informada, que promueva y cultive el libre (y regulado) flujo de datos en todas direcciones. En estos contextos, los libros y los textos digitales son actores principales y trascendentes.

En estos entornos, los libros impresos y electrónicos han tenido tanto momentos de estabilidad como periodos de zozobra. El universo digital abarata accesos y disponibilidades, reduce distancias, es eficiente y productivo, es intangible y corre el riesgo de ser efímero y desaparecer irremisiblemente. Aunque sigue representando la exitosa síntesis entre la palabra y la inteligencia, la revolucionaria convivencia entre la palabra y el conocimiento tal como se ha dado en estos siglos de la galaxia Gutenberg reuniendo elementos básicos y no obstante competentes: un medio para comunicar, el lenguaje como recurso vital, el libro un objeto que resguarda información y además, conocimientos, ha perdido su *objetualidad*. No es tangible, por lo tanto no es un objeto que pueda ser poseído, y este estado parece dejar a los lectores en una condición similar a la orfandad intelectual. En su forma *física* está con nosotros porque es una tecnología aparentemente irremplazable como el lápiz, la cuchara y otros objetos culturales, siendo un elemento digno de una justa apología a cargo de Eco; además, permanece porque es el objeto que pertenece a una prestigiada tecnología de la palabra, parafraseando la acertada definición de Ong.

La vitalidad del libro se hace patente no por la necesidad de defender a la galaxia Gutenberg y negar la existencia de otros recursos que permiten la comunicación y la creación de conocimientos, sino por el hecho de tener en el mundo del libro, bien sea impreso o electrónico cantidades inconmensurables de información, por ser el registro de la memoria de la humanidad. La sedimentación de datos, la inmensa lista de autores, de tópicos y temas sobre los cuales se ha escrito y editado hacen de la civilización impresa un valor cultural absolutamente imprescindible.

La existencia de este universo no puede evitarse, así dominaran otros lenguajes o medios no escritos. Las palabras habladas y escritas se benefician de las grafías impresas, los libros han demostrado así que su fortaleza no depende solo por ser parte de una civilización, o una parte preponderantemente decisiva y relevante de la civilización. La exitosa conjunción y síntesis que se ha construido entre libros y palabras es una de las empresas mejor consolidadas de la historia del hombre. Y continúa, de acuerdo con lo que afirman Martino, Dennis Messa da Silva y Suely Fragoso:

Cuando se diseña para el medio impreso, el diseñador imagina un artefacto físico que pretende ser universal, pues diseña algo con la intención de satisfacer las necesidades ergonómicas de la mayoría —o todos— los usuarios. En el segundo, se abre la posibilidad para el lector de modificar el estilo de texto, colores, tamaño y disposición de los elementos en la pantalla, bajo la voluntad de sus preferencias individuales. Como diseñadores, sabemos que esto es una transición difícil para los profesionales responsables del diseño editorial. Preguntamos, entonces, cómo el lector se da cuenta de este potencial del medio digital y realmente hace uso de la personalización que se le permitió por el cambio de soporte.⁵⁷

Aún hoy el conocimiento que se considera relevante y trascendente, digno de ser resguardado, queda impreso o se espera deba ser impreso. En los siglos XIX y XX, con la popularización de las máquinas de escribir y artefactos similares, fue posible crear documentos escritos mecánicamente con lo cual la cultura tipográfica se consolidó notablemente de una manera tal, que con la llegada de la era digital, desde las computadoras, ha florecido la cultura tipográfica puesta al alcance de todos. De una manera rudimentaria la edición de textos trascendió de las imprentas a los espacios domésticos en casa, oficinas, teniendo así una extensión exponencial del ambiente tipográfico, inconmensurable y casi ilimitado.

La edición de libros continúa, algunos títulos son editados como libros convencionales, otros lo serán como medios digitales. Los recursos cognitivos, a pesar de la presencia majestuosa del universo audiovisual, convocan a la palabra escrita para una comunicación más eficiente. En la necesidad de usar los recursos electrónicos y digitales, demanda de sociedades que lean y escriban; los dispositivos de escritura se han diversificado y popularizado en el periodo que comprende el ocaso del siglo XX y los primeros años del siglo XXI. Computadoras (de escritorio, personales), teléfonos móviles, tabletas, la televisión, todos exigen obligatoriamente de sociedades alfabetizadas. Si la palabra escrita no fuera ya funcional, estos recursos que usan múltiples lenguajes (oral, escrito, icónico) habrían ya prescindido del uso de la escritura. Contenido escrito y contenedor se cohesionan una vez más, Bárbara Bordalejo enuncia «En ese sentido, el texto editado no pretende dirigir la atención hacia los aspectos de transmisión de la cultura manuscrita, sino que presenta ante todo la obra literaria.»⁵⁸ Y no solo la obra literaria, sino la literatura científica y técnica.

Tenemos la creencia, y la convicción también, que nunca antes se escribió tanto como en nuestra era, nunca antes fue tan urgente e imprescindible dominar a la lengua. La palabra escrita y leída es no solo hegemónica sino ineludible. Cada minuto se construyen y reconstruyen, alimentan, engrosan, acumulan incesantemente los volúmenes de datos existentes los cuales circulan virtual y

fisicamente, y sin control evidente. Si bien no toda la información mantiene los niveles de calidad que demandan las sociedades letradas, lo cierto es que la aldea inmensa de escribientes y lectores hoy existe. La cultura escrita se empata y pasa a ser sinónimo de cultura impresa, fundamentalmente editada como libro. Es decir, hay una correlación directa y casi indisoluble entre lenguaje escrito, impreso como libro. Esta integración ha sido lo suficientemente sólida y contundente para crear una unidad que cumple afortunadamente con los propósitos de comunicación, información, consolidación y creación del conocimiento que ha tenido desde la fundación de la galaxia Gutenberg.

Y si tradicionalmente han rodeado al libro otros soportes y objetos escritos que permitieron (y permiten) consolidar a la civilización impresa, tales como los diarios, y las revistas, las cuales convencionalmente han sido impresas hasta hace poco y muchas han migrado, o están en la senda del cambio de domicilio al entorno digital. Sin embargo, a pesar de su prestigio en los circuitos periodísticos y académicos, las referencias inmediatas en el ámbito escrito, continúa siendo el libro. La síntesis que se ha reseñado anteriormente ha sido lo suficientemente armónica para crear una unidad que cumple afortunadamente con los propósitos que ha tenido desde la aparición de la imprenta. La conjunción social sintetizada entre palabra e imagen que se resumen en el libro, se explica de acuerdo con lo que anota Elsie Mc Phail:

Como binomio, «palabra e imagen» nombra a la distinción común entre tipo de representación y el camino corto para dividir, mapear y organizar el campo de representación, y es también el nombre de una especie o «tropo» cultural repleto de connotaciones que van más allá de las diferencias formales o estructurales. La diferencia entre una cultura de lectura y una cultura de la recepción no es sólo un asunto formal, sino que tiene implicaciones para la nueva forma que reviste la socialización y la subjetividad, por el tipo de individuos formados en una determinada cultura.⁵⁹

Mientras los ámbitos de las publicaciones periódicas presentan condiciones que las hacen rentables, necesarias, al tiempo son motivo de conflictos por los requisitos establecidos para publicar en sus páginas, así como los trámites como el arbitraje, la edición de los textos, el uso de referencias, el tipo de fuentes, etcétera. Los libros se han mantenido fundamentalmente como territorios más *libres* en los cuales las calidades si bien varían no suelen estar tan estrictamente reguladas como sí sucede con los otros productos de la cultura académica impresa, en particular la científica, en los espacios universitarios. Esta noción de apertura, esta cualidad de territorio propicio para la siembra de ideas, de abono de la inteligencia a partir de los textos editados como libros les otorgan fortaleza y prestigio.

La noción de libertad y las bondades que se le atribuyen se encuentran profundamente incrustadas en la civilización de la palabra impresa. Luego entonces, la síntesis entre palabra, conocimiento, sabiduría y medio son funcionales aunque sepamos que no toda la producción editorial, histórica o contemporánea, es necesariamente valiosa. Aunque en estricta justicia si deseamos conocer con una exactitud más precisa cómo han funcionado las sociedades, es obligado conocerlas no solo a partir de sus sistemas hegemónicos de ideas, sus publicaciones más destacadas o sus autores más conspicuos. La

riqueza del mundo se explica desde los sustratos más elementales, a partir de las ediciones medianas, hasta el pináculo de las mejores casas editoriales y sus publicaciones. Como reflexiona Bourdieu «Así los bienes culturales pueden ser objeto de una apropiación material que supone el capital económico, además de una apropiación simbólica, que supone el capital cultural.»⁶⁰

Aunque los libros se controlan como bienes comerciales y objetos del pensamiento, funcionan de una manera correcta como depósitos de datos en tanto la cultura y la civilización contemporáneas emplean abrumadoramente a las palabras escritas como soportes comunicacionales e informativos otorgándole al libro el carácter del catalizador civilizatorio. Esta cualidad obliga a interpretar que la palabra y el libro cumplen sin problema alguno su función como la síntesis primordial de lenguaje. Sobre todo como objeto de lenguaje, escribe Hazel Smith:

En los años 1970 o 1980, los estudios literarios —apropiada y destacadamente— problematizaron las suposiciones humanistas que subyacen a las nociones de escritura como autoexpresión, pusieron en primer plano la actividad mediadora del lenguaje.⁶¹

El libro no es solo un objeto, o un gran objeto. Su entorno cercano y su constelación cultural inmediata han dado nacimiento a industrias, artes y oficios. Basta nombrar alguna. La fabricación de papel, los talleres de encuadernación, los despachos de diseño y de tipografía, los talleres de los ilustradores, la industria dedicada a la impresión y edición. Asimismo el mundo del libro electrónico demanda y requiere de técnicos y profesionales especializados en la edición de textos. La presencia del libro electrónico se justifica gracias a la vitalidad de la palabra, se explica al tener un lugar fundamental en la línea sucesoria del libro impreso. Granieri anota:

Lo digital hace, fundamentalmente, algo genial: derriba las barreras de acceso a la publicación y a la distribución. Aquello que conformaba el mayor activo de un editor en el pasado; es decir, la capacidad de llevar los libros a la librería en poco tiempo y posicionar los libros en los estantes, queda anulado hoy en día. Alguien que se autopublica puede tener con toda tranquilidad, las mismas posibilidades que un editor grande. [...] El autor, además, tiene mayor control de su obra y también de su medio.⁶²

Las predicciones catastróficas se han cumplido en la parte que los lectores, en buena parte de los países más pobres han disminuido dadas las malas o precarios escenarios educativos y a la inexistencia o poca eficacia de las políticas públicas y las iniciativas particulares orientadas a la promoción de la lectura y a la mejora de las condiciones de comercialización del libro. Sociedades con una precaria vocación lectora o que no han capitalizado el hábito de la lectura, son presa fácil de la inmediatez y la eficiencia comunicacional de los medios audiovisuales, de los recursos tecnológicos como Internet y la telefonía móvil.

Tarde o temprano deben hacer uso de la palabra impresa en tanto allí se conservan sus raíces, se fundamenta su presencia en el mundo. Si bien los medios de lectura más convencionales son sustituidos con relativa facilidad por

otros recursos incrementando y ahondando los problemas relacionados con el analfabetismo, o el analfabetismo funcional de poblaciones en el umbral de la deficiencia educativa. Aún en estos países existen bibliotecas y librerías que si bien pueden ser social y económicamente «irrelevantes» son parte del entramado cultural de cualquier país moderno y civilizado

Hay también otros elementos que determinan la vigencia del libro, tal ser parte del mercado de intercambio de bienes culturales que contienen conocimientos (en este caso, los libros). Los libros, siempre es importante subrayarlo, son bienes culturales, parte sustantiva del capital cultural de la humanidad. Sobre lo anterior escribió Bourdieu:

El capital cultural puede existir bajo tres formas: en el *estado incorporado*, es decir, bajo la forma de disposiciones duraderas del organismo; en el *estado objetivado*, bajo la forma de bienes culturales, cuadros, libros, diccionarios, instrumentos, maquinaria, los cuales son la huella o la realización de teorías o de críticas a dichas teorías, y de problemáticas, etc., y finalmente en el *estado institucionalizado*, como forma de objetivación muy particular, porque tal como se puede ver con el título escolar, confiere al capital cultural —que supuestamente debe garantizar— las propiedades totalmente originales.⁶³

Lo son también los prodigiosos volúmenes de información que se mueven entre libros, la forma en que la escritura hermanada al volumen funciona con innegable precisión y eficacia no dejan lugar a dudas que la síntesis del lenguaje se ha cumplido de manera cabal, casi sin distorsiones desde la fundación de la imprenta como componente determinante de lo que hoy denominaríamos industria del conocimiento.

Como nunca, el libro nos permite aislarnos del ruido del mundo. No solo hemos construido una civilización que se mueve a un ritmo de carrera, pues en los últimos siglos se ha edificado un culto a la velocidad, se han popularizado los espacios comunes que minimizan las individualidades, privilegiando un sentido común que empequeñece las disidencias. El libro y la palabra impresa vuelven a ser el centro de la reflexión, obligada por la sociedad, inducida gracias al estruendo social, las ligerezas culturales y el imperativo del tener sobre el ser.

El libro nos hace participar de una utopía de igualdad y equidad, en una mítica realidad que nos iguala como personas, culturas y civilizaciones. Lo cual sabemos no es cierto, por tanto, permanece como utópico y el libro anida esta noción... La noción de lo desechable como una línea de vida, de existencia, ha permeado también en el mundo del libro. En el libro se concentra tanto la materialidad de los datos como el acceso a la información.

REFERENCIAS

Capítulo 4

1. Mitchell WJT. *Iconology: image, text, ideology*. Chicago: University of Chicago Press; p. 47.
2. Weibel P. Le pouvoir des images: des médias visuels aux médias sociaux. *Perspective: actualité en histoire de l'art*. 2012(1):5-7.
3. Eco U. *Lector in fábula: la cooperación interpretativa en el texto narrativo*. 3ª ed. Barcelona: Lumen; 1993. p. 82.
4. Benjamin W. Desempaco mi biblioteca: Un discurso sobre el coleccionismo. [Acceso 2016 may 8]. Disponible en: <https://mundobiblio.wordpress.com/2013/12/15/desempaco-mi-biblioteca-1-un-discurso-sobre-el-coleccionismo-por-walter-benjamin/>
5. Benjamin W. *Op. cit.*
6. Pérez G. Detergentes, mermeladas y literatura: el libro en los supermercados. *Boletín de A.L.I.J.A.* [Internet]. 1995 oct; [acceso 2016 sept 19]; 10). Disponible en: www.imaginaria.com.ar/00/9/super.htm
7. Mitchell WJT. *Op. cit.* p 116.
8. Abriendo ventanas a otros mundos: entrevista con Graciela Montes. *La Educación en nuestras manos* [Internet]. 1999 abr-may [acceso 2016 sept 19];(55). Disponible en: www.imaginaria.com.ar/00/1/lecturas.htm
9. Library of Congress. A recorded sound timeline compiled by the Recorded Sound Section Library of Congress [acceso 2016 sept 25]. Disponible en: https://www.loc.gov/today/pr/2013/files/recorded_sound_timeline.pdf
10. Miyara F. El sonido, la música y el ruido. *Tecnopolitan* [Internet]. 2001 mar-abr [acceso 2016 sept 27]:1-5. Disponible en: <http://www.fceia.unr.edu.ar/acustica/biblio/sonmurui.pdf>
11. Miyara F. *Op. cit.* p. 2.
12. Rodes J-M, Piejut G, Plas E. *La mémoire de la société de l'information*. Paris: UNESCO; 2003. p. 28.
13. Eco U. *Apocalípticos e integrados*. 7ª ed. España: Lumen; 1984. p. 314.

14. Fernández R. Tercera piel: Sociedad de la imagen y conquista del alma. [España]: Editorial: Libros en Acción; 2010. p. 17-8.
15. Schafer RM. El mundo del sonido: Los sonidos del mundo. Correo de la UNESCO [Internet]. 1976 sept [acceso 2016 oct 20]:4-8. Disponible en: <http://unesdoc.unesco.org/images/0007/000748/074828so.pdf>
16. San Víctor H. Didascalicon: del arte de leer- México: 17 Instituto de Estudios Críticos. p. 66.
17. Soto J. Las imágenes y la sociedad (o las imágenes, la sociedad y su desciframiento). Athenea Digital [Internet]. 2012 nov [acceso 2016 oct 23];12(3):217-224. Disponible en: Dialnet.
18. Weibel P. *Op. cit.* p. 5.
19. Bailes F. Translating the musical image: Case studies of expert musicians. En: Sounds in translation: intersections of music, technology and society, A Chan, A Noble, editoras. Canberra: Australian National University; 2009. p. 43.
20. Sartori G. Homo videns: la sociedad teledirigida. Buenos Aires: Taurus; 1998. p. 23.
21. Sartori G. *Op. cit.* p. 24.
22. Gusdorf G. Réflexions sur la civilisation de l'image. En: Civilisation de l'image [Internet]. 1960 [acceso 2016 nov];27(33):11-36. Disponible en: http://classiques.uqac.ca/contemporains/gusdorf_georges/reflexions_civilisation_image/reflexions_civilisation_image.pdf
23. Barthes R. Rhétorique de l'image. Communications [Internet]. 1964 [acceso 2016 oct 23];(4):40-51. Disponible en: https://monoskop.org/images/9/9a/Barthes_Roland_rhetorique_de_l_image_1964.pdf
24. Rodes J-M, Piejut G, Plas E. *Op. cit.* p. 49.
25. Rayos A. El triunfo de la imagen espectacular frente a las imágenes artísticas: puesta en valor de la sensación y la funcionalidad en un contexto artístico. Creatividad y Sociedad [Internet]. 2012 [acceso 2016 oct 20];dic;(19):1-16. Disponible en: <http://www.creatividadysociedad.com/articulos/19/El%20triunfo%20de%20la%20imagen%20espectacular.pdf>
26. Eco U. Apocalípticos e integrados. p. 40.
27. Debord G. La sociedad del espectáculo. Santiago de Chile: Ediciones del Naufragio; 1995. p. 124.
28. Eco U, Carrière J-C. Nadie acabará con los libros. México: Lumen; 2010. p. 30.

29. Pantoja A. La sociedad de la imagen: la fotografía como recurso para la memoria histórica. I Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea de la AHC; 2007 sept 26-28 Zaragoza (España). Disponible en: <http://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/27/15/55.antoniopantoja.pdf>
30. González Radío V. La imagen: tratamiento en la sociedad [acceso 2016 oct 15]. [España]. Disponible en: Dialnet.
31. Weibel P. *Ibidem*.
32. Peuch A. Problématiques d'une éducation à l'image [acceso 2016 oct 15]. Rouen: Université de Rouen; 2010-11. Disponible en: <http://www.surlimage.info/ecrits/pdf/peuch.pdf>
33. Edmondson R. Una filosofía de los archivos audiovisuales. París: UNESCO; 1998. 64 p.
34. Rodríguez E. El fenómeno histórico de la radio en México, una mirada sociotécnica. Razón y palabra [Internet]. Disponible en: <http://www.razonypalabra.org.mx/Rodriguez...pdf>
35. Fidalgo M. Televisión y espectadores: un conflicto permanente. Comunicar: Revista científica de comunicación y educación [Internet]. 2005 [acceso 2016 sept 30];(25):125-130. Disponible en: Dialnet.
36. Fidalgo M. *Op. cit.* p. 126.
37. García Canclini N. Leer ya no es lo que era. En: Encuesta nacional de lectura: Informes y evaluaciones. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes; 2006 [consultado 2017 Abr 17]. Disponible en: <http://nestorgarciacanclini.net/index.php/industrias-y-politicas-culturales/85-fragmento-qleer-ya-no-es-lo-que-eraq>
38. Comino S. ¿Leer qué en el Siglo XXI?: En busca del libro que muerda, parte 2. Revista Latinoamericana de Literatura Infantil y Juvenil [Internet]. 2000 ene-jun [acceso 2016 oct 10];(11). Disponible en: www.imaginaria.com.ar/03/9/leer2.htm
39. Ávila AM. La lectura y el libro digital. España: Lectyo libros; 2013 [acceso 2016 sept 30]. Disponible en: Fundación Germán Sánchez Ruipérez Recursos.
40. Groys B. Bajo sospecha: Una fenomenología de los medios. España: Pre-Textos; 2008. p. 117.
41. Oliveira D, Sehn T. A transformação da imagem na transição do livro impresso para o digital. Cátedra UNESCO de Leitura [Internet]. 2012 may [acceso 2016 sept 29];(4):118-131. Disponible en: https://www.academia.edu/1865801/A_transforma%C3%A7%C3%A3o_da_imagem_na_transi%C3%A7%C3%A3o_do_livro_impresso_para_o_digital_The_transformation_of_the_image_of_the_printed_book_in_the_transition_to_the_digital_book_

42. Hall F. El negocio de la edición digital: una introducción al mundo de las publicaciones electrónicas. México: Fondo de Cultura Económica; 2014. p. 54.
43. Ernst W. Digital Memory and the Archive. Minneapolis University of Minnesota Press; 2013. p. 95.
44. Celaya J. El libro que viene: Cómo la inteligencia artificial, el big data y la realidad virtual cambiarán el ecosistema libro en los próximos diez años [Internet]. Barcelona: CCCBLAB 2017 [acceso 2017 feb 5]. Disponible en: <http://lab.cccb.org/es/el-libro-que-viene/>
45. Soto J. *Op. cit.* p. 223.
46. Celaya J. *Op. cit.*
47. García Canclini N. Todos tienen cultura: ¿quiénes pueden desarrollarla? Seminario sobre Cultura y Desarrollo; 2005 feb 24; Washington (DC): Banco Interamericano de Desarrollo [acceso 2016 nov 27]. Disponible en: [sgpwe.izt.uam.mx/files/users/uami/ana/NGC_conf_cult_desarrollo_BID_2005.doc](http://m.mx/files/users/uami/ana/NGC_conf_cult_desarrollo_BID_2005.doc)
48. Rodríguez J. Edición 2.0. los futuros del libro: El betalibro. Barcelona: Editorial Melusina; 2007. p. 28.
49. Vidal-Beneyto J. La guerra del libro no tendrá lugar: datos para un análisis. 2ª ed. En: La cultura del libro, F Lázaro, JM de Areilza, et al, coordinadores. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez; 1988. p. 364.
50. Bailes F. *Op. cit.* p. 42
51. *Ibidem.*
52. Bailes F. *Ídem.* p. 43
53. Soto J. *Op. cit.* p. 218.
54. Mitchell WJT. Mostrando el ver: una crítica de la cultura visual Estudios visuales [Internet]. 2003 [acceso 2017 ene 29];nov;(1):17-40. Disponible en: <http://www.estudiosvisuales.net/revista/pdf/num1/mitchell.pdf>
55. CERLALC-UNESCO. El libro electrónico: tendencias y recomendaciones. Bogotá: CERLALC-UNESCO; 2012. p. 6.
56. Holger F. La protección del contenido: el DRM: sus ventajas y sus problemas. En: Analógico / digital: dos soportes, un futuro. Guadalajara: CANIEM; 2012. p. 48.
57. Martino T, Messa D, Fragoso S. A ação do leitor sobre o design do livro digital: [Brasil] [acceso 2017 ene 10]:1-16. Disponible en: https://www.academia.edu/5161366/A_A%C3%87%C3%83O_DO_LEITOR_SOBRE_O_DESIGN_DO_LIVRO_DIGITAL

58. Bordalejo B. Los libros del futuro *Ínsula* [Internet]. 2015 [acceso 2016 nov 19];jun;(822):6-8. Disponible en: https://www.academia.edu/12864394/Los_libros_del_futuro
59. Mc Phail E. Teoría de las imágenes. *Anuario de investigación 2007 UAM-X*. 2008:105-126.
60. Bourdieu P. Los tres estados del capital cultural. *Sociológica* [Internet]. [Acceso 2016 oct 27];(5):11-17. Disponible en: <https://existenciaintempestiva.files.wordpress.com/2014/03/bourdieu-los-tres-estados-del-capital-cultural.pdf>
61. Smith H. 'soundAFFECTs': translation, writing, new media, affect. En: *Sounds in translation: intersections of music, technology and society*, A Chan, A Noble, editoras. Canberra: Australian National University; 2009. p. 10
62. Granieri G. Editoriales digitales para nativos digitales. En: *Analógico / digital: dos soportes, un futuro*. Guadalajara: CANIEM; 2012. p. 66.
63. Bourdieu P. *Op cit p. 2*

CONCLUSIONES

El libro nuestro de todos los días

Desde que el libro adquiere su actual forma como producto manufacturado en el Renacimiento y como objeto industrial a partir del siglo XIX, ha vivido momentos de luminosidad y de crisis. Aceptado y adoptado como un producto cultural, pudo evolucionar bajo los límites físicos de su forma que se adaptaba perfectamente a los usos políticos, sociales, religiosos, económicos. Además, en los siglos XIX y XX se instituyeron fundamentos de desarrollo, avance y progreso en las cuales los libros desempeñaban un papel primordial como medios de crecimiento intelectual y mejora cultural. Estas nociones positivas y positivistas dotaron de un vigor inusitado al mundo del libro: bibliotecas, editoriales, librerías, centros de desarrollo del libro florecieron como nunca antes. El avance en la cultura lectora se dio como nunca antes en la historia, se abrieron horizontes que intentaban llegar a todos los rincones posibles. Este panorama alentador quería ser interpretado como la edificación de un mejor presente y un alentador futuro, y consolidó a la civilización impresa como un universo hegemónico en el cual confluían y del cual partían múltiples rutas de información y conocimiento desde el libro, como un objeto fundamental. La permanencia del libro ha podido sostenerse y afianzarse en los momentos de esplendor civilizatorio, dado que ha ocupado un lugar relevante y trascendente como objeto de la inteligencia.

La última década del siglo XX tuvo consigo el crecimiento, expansión y popularización de las tecnologías, en particular las desarrolladas en los vastos ámbitos de la información y la comunicación. Su uso en instituciones como las bibliotecas pronto se hizo cotidiano, se vislumbró que los servicios y procesos bibliotecarios al automatizarse terminarían siendo digitales y en línea. Así, las ediciones digitales pronto serían un bien común tal como lo eran ya los libros impresos, la confianza en los formatos digitales fue una constante al ser parte de la normalidad informacional al cierre del siglo XX. La vertiginosa tecnologización que tuvo lugar en pocos años no fue una novedad para inaugurar y recibir al nuevo milenio el cual abre con la esperanza puesta en el uso masivo de las tecnologías.

Si bien en el siglo XXI el libro electrónico entró con buen paso y su aceptación ha sido excelente, no ha tenido un éxito contundente que permita suponer que los formatos que hoy se conocen y comercializan serán los estándares de mañana. Una buena cantidad de lecturas no se llevan a cabo en dispositivos diseñados para leer libros digitales, se hacen en otros medios como computadoras portátiles o de escritorio, tabletas o teléfonos celulares. Es decir, se tiene la certeza que no solo existen libros impresos y es posible leer electrónicamente, hay una especie de libertad para elegir el recurso sin que, por el momento, haya una tendencia a sustituir el libro impreso por un dispositivo

en particular, sino más bien elegir el que se adapte mejor a las condiciones de cada lector.

Esta decisión hoy tiene como consecuencia que haya lectores *híbridos* que pueden transitar de la lectura impresa en papel a la lectura electrónica, empleando los artefactos que cada cual considere más convenientes. El lector puede elegir cómo es su relación con la lectura y por qué medio lo hará. Puede asumir la que le obliga a emplear más de un sentido (la vista, el tacto, el olfato) o la que tiene de una manera casi inmediata bastando solo navegar en Internet para leer un título seleccionado, el cual no podrá tocar, ni oler, ni escuchará el paso de las hojas. Experiencias sensoriales todavía muy apreciadas, las que no tienen por qué replicarse en los soportes digitales de lectura. Luego entonces, el libro electrónico puede ser también dúctil y maleable, si empleamos el dispositivo que mejor nos convenga. Para muchos lectores lo que importa es acceder a la información, bien sea convencionalmente empleando objetos de lectura impresos o los recursos que tenemos circulando, como teléfonos celulares, tabletas, computadoras. La relación *fetichista* con el libro parece terminar en el momento en se decide leer electrónicamente, se establece una distancia entre *tener* y *leer*.

Y a pesar de ello, la lectura tiene lugar al hacer uso de un ejemplar electrónico el cual es una representación digital del original impreso. Como hijos del siglo XX esta decisión lectora no entraña una determinante ética (*qué es mejor, por qué no leer en un solo tipo de formato, esto matará eso* frase que es una paráfrasis de *El futuro del libro: ¿esto matará eso?*, libro compilado por Geoffrey Nunberg), sino eminentemente pragmática, lo cual nos da luces sobre el acto de leer el cual suele ser convencional-mente práctico, e inteligente. El libro electrónico, de manera similar al papel que tuvo el libro impreso en el siglo XV, hace posible un acceso abierto, democrático, casi infinito a la información. Con el libro impreso se rompieron los controles y el monopolio del pensamiento que tenían tanto la iglesia como los establecimientos universitarios de la Edad Media. El conocimiento pudo entonces desarrollarse en mejores condiciones y reproducirse, crecer y alimentar nuevas disciplinas o las que ya existen. Con el libro no solo se fracturó la hegemonía sobre las ideas, sino se promovió una expansión de los saberes, una consolidación de las inteligencias científica y humanista con las cuales se construyeron los cimientos del mundo moderno. Además, como objeto, reunió características notables las cuales en la era electrónica son literalmente insuperables.

En el siglo XXI, si bien hay controles políticos, económicos y sociales, las ideas pueden transitar por medios hoy no dominados, como Internet o los libros, y si bien no es el Renacimiento (hay quienes, como Eco, Colombo, Alberoni y Sacco en *La nueva Edad Media* llegaron a equipar el fin del siglo XX como un medioevo reciclado, con ensayos dedicados a un estado similar a una nueva Edad Media; al poder, los grupos y conflicto en la sociedad neofeudal; el escenario de poder; así como la ciudad y sociedad en el nuevo medioevo), hace posible encontrar nuevos caminos a la lectura. Hoy se puede afirmar con holgura que los libros son objetos formativos, informativos y culturales exitosos. Los libros impresos se siguen usando en múltiples ámbitos públicos y privados, que se han enriquecido con el uso de los libros electrónicos. Por ejemplo, el hecho de poder tener copias electrónicas, en línea o no, de impresos valiosos, los cuales no han sido

reimpresos, títulos que se encuentran agotados o fuera de mercado, o bien, están en latitudes y sitios de acceso no fácil o imposible para un lector determinado. Los accesos y copias digitales de estas obras nos permiten usarlos, no como objetos físicos, lo cual bajo medios convencionales resultaría absolutamente inasequible. La conjunción de dos medios (impreso y electrónico) tiene como consecuencia un uso multimodal, que en momentos parece una competencia entre soportes de escritura, puede ser también complemento y enriquecimiento en la relación que construyen los lectores con los recursos de información.

Usar dos formatos distintos que persiguen el mismo fin ha enriquecido indudablemente las experiencias lectoras. Si bien parece ser que no ha aumentado el número de lectores, sí ha buscado poner al alcance de un mayor número de usuarios los accesos y los puntos de lectura dirigidos a los libros. Esto, empleado con sensibilidad y buen sentido ¿no redundaría en aumentar las posibilidades de lectura? El paradigma electrónico ha fincado bases que abren puertas a los lectores y a las posibilidades de permanencia del libro. No debe significar esperar cambios para que todo permanezca igual; en el siglo XX se rompieron esas condiciones que hicieron viables revoluciones y cambios políticos, económicos, sociales y culturales. A pesar de ello, usamos de una forma muy similar tanto la lectura en soportes electrónicos como la lectura en libros editados. Es lineal, progresiva, secuencial, jerarquizada. En algunos formatos podemos tener la sensación de *hojear*, en otros nos hemos acostumbrado al desenvolvimiento del texto en forma de código.

El impreso es el recurso más solicitado, reputado como uno de los más valiosos y prestigiados, y en momentos el único (por ejemplo, en los ámbitos de la administración pública y los sistemas de justicia) es el escrito. En los hechos cotidianos, tropezamos permanentemente con textos de todo tipo y valor, los datos escritos pueblan cada tramo de nuestra vida. La academia y sus instituciones también usan, de forma destacada, los libros y otros recursos con información escrita e impresa como componente insustituible de los procesos de enseñanza e investigación. Es precisamente en estos espacios donde los libros cumplen una función vital como generadores y reproductores de conocimientos. En general consideramos a los libros como productos culturales con un prestigio bien cimentado. Una buena cantidad de textos científicos y literarios y de otras disciplinas son usados como obras de uso académico, como parte de los cimientos y columnas de disciplinas y profesiones. Los libros son creíbles y confiables, las comunidades escolares, universitarias, de expertos, confían en los libros como obras relevantes, algunas de ellas trascendentes, para el desarrollo del pensamiento y los sistemas de ideas. Esta cualidad de confianza ha hecho factible que los textos impresos, entre ellos los libros, permanezcan y hayan permanecido desde la popularización de los libros impresos. La tinta ha otorgado una estela indeleble a todo lo que ha quedado registrado en volúmenes encuadernados desde el siglo XV. Aunque, existen también las lecturas lúdicas, aquellas que salen de los controles y necesidades institucionales.

Además, la fiabilidad hacia la palabra escrita data de largo tiempo, como lectores confiamos en la información escrita, en particular la que se ha editado en un libro. La confianza se finca en varias condiciones, como el hecho de admitir el valor testimonial de la palabra escrita la cual refleja también la

fidelidad de las ideas que de la abstracción se trasladan al mundo concreto; se confía en el diálogo de inteligencias que se establece cada vez que leemos un libro; un texto editado después de todo es el resultado de un trabajo, o trabajos, que hace posible domeñar la complejidad del pensamiento sintetizado en las palabras fijadas gracias a la impresión del libro. Este valioso atributo, confiar en la veracidad del texto puede ser trasladado a la lectura de un medio digital, como el libro electrónico.

Este factor de confianza se puede relacionar con la verosimilitud. La lectura de textos alimenta el razonamiento, ejercita la lógica y aumenta la capacidad de síntesis, nos entrena en la discriminación para identificar datos valiosos y la información sin valor. En universos abiertos y sin regulación, donde los datos circulan en múltiples direcciones y sin aparente control como Internet discriminar datos suele ser difícil, la cantidad de información falsa o poco confiable nos abruma con sus cantidades, las cuales crecen a cada hora. En cambio, la extensión finita del libro, la organización de sus contenidos, la jerarquización de los datos, le otorga un alto grado de verosimilitud porque el contenido está ubicado en los confines físicos del libro. Formalmente no se derrama en un espacio infinito, ni muta de manera constante. Podemos afirmar con seguridad: *lo leí en, está escrito en*, cada referencia a un autor o un título se finca en la confianza hacia la verdad que está impresa en cada libro.

Al libro no le ha bastado con ser un elemento producido por la inteligencia y estar al servicio de ésta. A lo largo de los siglos fue preciso que los libros se convirtieran en esos prodigiosos recursos de lectura para que ocuparan el lugar de privilegio que tienen en la sociedad. Esta herencia ha sido trasladada con relativa facilidad hacia los libros electrónicos, es decir, a pesar de ser formatos distintos, no hemos edificado una nueva práctica lectora. Por el momento, reproducimos aún y conservamos las formas de leer que se han desarrollado en los últimos siglos. De allí que no exista una ruptura aún entre la lectura y su relación con el libro electrónico. Por ejemplo, se especula acerca de las formas que podrá adquirir en el futuro la manera de leer. Se vaticina que los lectores establecerán una relación más dinámica con el medio de lectura. O que serán más exigentes obligando al recurso a adaptarse con más rigor a las necesidades de cada lector. Curiosamente, ambas premisas se cumplen en cierto modo con la tradición lectora de libros convencionales en boga al inicio del siglo XXI, lo cual no indica que habrá una mutación que haga irreconocible tanto al lector como al medio de lectura del futuro. Es así que hoy tenemos necesidades de uso de los recursos tecnológicos, que incluye los medios de lectura, quizá lo que sucede es que hay una atención primordial hacia lo digital y sus relaciones con personas y sociedades y no hacia la evolución y el futuro de la escritura como medio de comunicación y conocimiento.

Y aunque los medios que reproducían otros lenguajes se afirmaron como opciones de información a lo largo y ancho de la historia, el texto impreso seguía (y sigue) presente con una fuerza y presencia que parecen desafiar todos los avances y cambios tecnológicos, todas las modas y sus variantes. Lo anterior no corresponde a una apología de los usos de bienes pretecnológicos, sino al hecho de la utilidad que aún tienen objetos como los libros impresos, los cuales son uno de los ejemplos más acabados que demuestran el hecho que los objetos

producidos sin componentes tecnológicos son aún útiles en la era de las tecnologías y las comunicaciones digitales.

Si bien los medios audiovisuales nos deslumbran dados su plasticidad y dinamismo los cuales añaden una vitalidad y eficacia que se hermanan con su utilidad y presencia social, política, económica. Estas cualidades son difícilmente comparables con el hieratismo del texto impreso. Sin embargo, al cierre del siglo pasado hubo una apuesta por el texto multimediático con ricas posibilidades de lectura a través del hipertexto y las conexiones hipertextuales. Si bien la multimedia no se convirtió en una norma de lectura, sí posibilitó la adecuación de nuevas formas de pesquisa, como en las obras de consulta (como enciclopedias, diccionarios, datos estadísticos, en un principio grabados en CD-ROM, después en accesos remotos por Internet), y ahora fundamentalmente en los portales y páginas web de periódicos, revistas y noticieros así como en servicios de referencia como diccionarios y enciclopedias en línea. Su uso en libros electrónicos que no sean obras de consulta, por el momento, no ha significado la aparición de un nuevo formato con cambios significativos orientados a la mejora de la experiencia lectora. Esto no quiere decir no existan libros electrónicos que usen hipertextos y vínculos hipertextuales.

Otros medios de información, como los audiovisuales, aunque han desarrollado lenguajes o utilizan otras manifestaciones del lenguaje como el oral, usan imágenes o sonidos (o ambos) no han creado una relación tan estrecha y exclusiva con actividades o acciones académicas o políticas, económicas o sociales como la que existe entre la escritura, el libro y la sociedad. Son medios más abiertos que admiten expresiones sociales y culturales con mayor libertad, bajo diversos esquemas de forma y contenido no están determinados forzosamente de una forma tan cerrada y concluyente como escritura y libro. Sin dejar de ser rigurosos, se permiten que convivan en armonía tanto manifestaciones de la alta cultura como de la cultura del desperdicio, de la trivialidad del espectáculo; así, cohabitan tanto las manifestaciones de las mentes más lúcidas como la más burda gazmoñería y vulgaridad. Si bien el cine, la radio, la televisión, la industria de la música, comunican, pueden enseñar o educar, y en muchas ocasiones solo entretienen, mantienen márgenes de independencia comunicacional que les da fuerza para adaptarse en los entornos tecnológicos y sociales de cada momento histórico. Han podido aclimatarse a las condiciones técnicas que prevalecieron en la primera mitad del siglo XX, a los profundos cambios que tuvieron lugar en la segunda mitad del siglo pasado y llegar con buen ánimo a los escenarios del siglo XXI. En tanto el libro ha debido enfrentarse a condiciones, tanto adversas como afortunadas las cuales no le han obligado a mudar necesariamente de continente físico. Esto no quiere decir que no pueda existir una evolución del objeto libro hacia formas que aún desconocemos. Los prototipos de libros electrónicos han buscado, en no pocos casos, simular e imitar las características primordiales de los libros impresos.

En cierta forma se repite la historia en una especie de *déjà vu* cuando el libro impreso sustituye en el mercado a los libros manuscritos. Estos primeros libros emulaban las características de los libros que existían: la tipografía gótica, el uso de capitulares, la disposición de los textos, incluidas las láminas. Parecían ser medievales. Los lectores no confiaban en estos nuevos objetos de lectura dado

que les parecían remedos de los libros y códices manuscritos; sin embargo, pronto el libro trascendió esas peculiaridades y se inauguró como el objeto de una nueva etapa histórica, el libro del Renacimiento. Se modificaron las tipografías al punto que se inventaron familias tipográficas, algunas de ellas vigentes hasta nuestros días; se crearon nuevos arreglos del texto, la técnica de la ilustración con láminas evolucionó a grados técnicos hasta ese momento desconocidos. Lo que trajo consigo la impresión mecánica de libros fue la creación de un nuevo objeto de lectura, similar a los que ya existían con atributos distintos que le otorgaron un valor supremo de medio de transporte de la escritura, el medio por excelencia de la escritura.

Soportes de audio, de imágenes, audiovisuales, se han transformado de acuerdo con los avatares y evoluciones tecnológicas. Han vivido en pocas décadas cambios profundos y determinantes que han vuelto obsoletos no solo sus contenidos sino también sus soportes. Cintas y discos, con sus múltiples formas y presentaciones físicas han pasado a ser parte del museo de la historia tecnológica. Los medios audiovisuales están, muchas veces, atados a los caprichos de estilos efímeros y las extravagancias de las sociedades. Esto no significa que los libros no se encuentren también sujetos a estas condiciones; si las determinantes son poderosas entonces muchos títulos terminan siendo parte de la literatura desechable, de existencia de corto plazo o condenada a estarse en el limbo de las obras intrascendentes, de los títulos olvidados.

Esta circunstancia ha dado argumentos a los detractores de los libros impresos, que los hay y no son pocos, alrededor de la cultura del desperdicio y mal uso de los recursos bióticos del mundo. Esgrimiendo juicios de corrección política se expresan preocupaciones relacionadas con el mal manejo que la industria papelera hace de bosques y cursos de agua, sobre la mala calidad de la celulosa con que se fabrican los papeles; además, dado el aumento en los volúmenes de producción editorial del mundo los cuales no han disminuido significativamente, se apela a la conciencia y la ética conservacionista con el fin de promover un uso racional de los bienes madereros. A cambio se enaltece el uso de los libros electrónicos como una forma lúcida de minimizar el desastre ecológico relacionado con la fabricación convencional de libros. Este ánimo de conservación así como los escenarios creados desde la última década del siglo XX y que se multiplicaron en los primeros años del siglo XXI apostando con optimismo a las futuristas perspectivas que entrañan la edición y puesta en circulación de los libros electrónicos.

Lo anterior es una paradoja de los tiempos que corren, la conciencia y la voz pública ambientalista nos alerta acerca de la irresponsabilidad e irracionalidad que representa mantener una industria editorial que publica volúmenes altos de títulos, muchos de los cuales se convertirán en basura más pronto que tarde. Además, el que las personas estén obligadas a escribir, en particular en círculos como los laborales (públicos y privados) o los académicos, nos ha llevado como civilización a usar mayores cantidades de papel gracias a los avances tecnológicos. Es una necesidad de las organizaciones el que deban imprimirse una gran cantidad de documentos que no son libros. En el mundo de la edición, han aumentado los espacios que permiten la autopublicación, de allí que sea factible lanzar al mercado, o por lo menos al universo de la lectura, una gran

cantidad de textos denominados libros los cuales no han estado sujetos a los límites que imponen las editoriales.

Algunos de estos textos serán editados como libros convencionales, una mayoría verá la luz solo como ediciones electrónicas, aunque cabe también la posibilidad de hacer tirajes en papel bajo la demanda del autor o del mercado. Cualquiera puede ser un autor, bien sea en una página web, en un blog, en una red social o como padre de una obra electrónica llamada libro. Las restricciones comerciales o institucionales que han normado al mundo editorial se han roto desde el momento en que las tecnologías permiten a casi cualquiera poder ser un autor, puede cumplirse así la utopía de un acceso democrático que autoriza estar al lado de los grupos que han dominado la cultura y sus espacios. Sin ser parte de la élite, aunque sea simbólicamente, se emula una pertenencia de privilegio. Es este un elemento que, una vez más, nos indica la permanencia del libro, en tanto los volúmenes de títulos publicados bien sea por primera vez o como reediciones, en papel o electrónicamente, mantienen todavía un buen estado de salud.

El lenguaje escrito, lo mismo que otras manifestaciones del lenguaje, puede ser estudiado como recurso histórico que retrata civilizaciones y culturas y ha sido un recurso invaluable para descifrar y conocer sucesos históricos. La escritura permite tender puentes entre el presente y el pasado, muchas veces en condiciones inmejorables que de otra forma sería posible establecer. A su vez, los medios audiovisuales pueden ser fugaces y fabulosamente mutables. Si bien las imágenes y los sonidos ofrecen información y son testimonios de la memoria, los registros escritos aportan datos que pueden ser incuestionables, o casi, dado que la palabra escrita *es*, no aparenta *ser*. Los límites lingüísticos son una fortaleza al no permitir que significado y significante escalen más allá de las fronteras de los códigos escritos, esos límites pueden poner en marcha mecanismos de conocimiento y dominio del lenguaje escrito que alejen a muchos del ejercicio de la lectura. Aunque existen paralelismos entre los lenguajes, la impronta de la palabra que se imprime literalmente es indeleble, por lo tanto, aunque debemos recurrir a la arqueología lingüística, los significados de los textos antiguos, u oscuros, no nos resultan del todo incomprensibles. Esta característica es la que hace del libro un medio permanente, y que permanece, no por una herencia mecánica, sino como resultado de ser el agente más destacado en la línea de continuidad del lenguaje escrito.

Si el libro impreso permanece aún es en parte gracias a la obsolescencia tecnológica la cual es una frontera la cual no ha podido ser minimizada o controlada totalmente en los soportes o documentos que se fabrican como objetos electrónicos. Tal como sucede con los medios audiovisuales, los cuales dependen absolutamente de las tecnologías diseñadas para guardar y perpetuar sonidos e imágenes en movimiento. Los reproductores y formatos son útiles en tanto existen las condiciones tecnológicas para ser usados. Si los aparatos que hacen posible la reproducción son modificados, o evolucionan y desaparecen, entonces los documentos audiovisuales, sonoros o con imágenes se convierten en testimonios irre recuperables. Algo similar sucede con los dispositivos y tecnologías empleados para el almacenamiento y lectura de libros electrónicos. En tanto no se cree un dispositivo que garantice una durabilidad similar al papel y que no

dependa de las condiciones mínimas para usar las tecnologías, que si bien han ganado autonomía en áreas como las telecomunicaciones son muy limitadas en el uso de energía. Evidentemente un libro editado en papel no tiene estas limitaciones, y por ahora sigue siendo exitoso como un soporte a prueba de cataclismos tecnológicos. Desde luego hay factores ambientales que alejan al libro convencional de ser un objeto inmortal, eterno. El papel, si bien es un material extraordinariamente maleable, a cambio, suele ser una materia frágil.

Como objetos que permanecen en el ámbito del comercio, si los libros no fueran importantes no existirían las ferias y exposiciones de libros, ambas se han convertido cada vez más en los principales canales de promoción y distribución de los libros. No solo de los textos impresos sino también de los formatos electrónicos. A su vez, los espacios de distribución y venta digitales ponen en circulación tanto libros convencionales como electrónicos. Ahora bien, si la venta de libros no fuera un buen negocio, no existirían fenómenos como la piratería. La piratería, un fenómeno presente tanto en el mundo de los libros impresos como digitales, hace ya tiempo la piratería haya hecho acto de presencia, aunque cabe señalar que sin la virulencia con que ha atacado otras industrias, como la de la música grabada. Y no siempre se trata del negocio ilícito de libros, suele suceder que algunos títulos, emblemáticos o de uso común en algunas áreas de conocimiento se distribuyan subrepticamente, generalmente con fines académicos. Responde muchas veces al hecho que el título no circula ya comercialmente o bien, que no sea de fácil adquisición dado su costo.

Si el libro es origen, es también complemento. Un libro es en sí, al albergar citas y referencias a otros, de otros libros, puede reunir continentes librescos. Cada libro suele o puede ser, a su vez, más de un libro. Esto le confiere una amplia composición espacial de múltiples universos encuadrados en un conjunto de hojas impresas, o de bits reunidos en la composición de los textos electrónicos. Desde sus inicios como objeto de conocimiento, el libro tuvo también una vocación intelectual y multiforme. La cualidad práctica de ser *un* texto y *más de un texto* al contener referencias de otros libros le confirió muy pronto un lugar destacado como recurso de información y conocimiento. Esta particularidad, entre otras, no se perdió al paso de los siglos y ha podido potenciarse como objeto tecnológico gracias al hipertexto. Las glosas, las notas, las referencias cobran una vitalidad sorprendente en el universo digital gracias a los hipervínculos.

El libro es, además, un símbolo. Poseer libros representa pertenecer a estamentos sociales culturalmente relevantes. Es decir, todavía podemos medir la calidad intelectual de las personas oteando sus posesiones librescas, tal como se ha venido haciendo en los últimos cuatro siglos. Suponemos que alguien que cuenta con cierta cantidad de libros, los cuales reunidos denominamos en un espacio determinado llamamos biblioteca, que es, desde luego, una denominación genérica inapropiada. Bien, este posible lector que tiene libros, si son muchos, mejor, puede ocupar sin grandes problemas un lugar preponderante como persona culta, como gente de libros.

Y esto resulta sorprendente en una época en que no hay admiración hacia la erudición, sin embargo, nos maravillamos con los portentos tecnológicos. Hay,

eso sí, una reverencia hacia las personas de ideas que si tienen libros y además han «triunfado» se deba quizá a que son gente de cultura libresca. Esta noción, que no deja de tener un tufillo determinista, es vigente, y social y culturalmente se reproduce como un cliché. Quien posee muchos libros es mejor, sobre todo porque podrá heredarlos como un bien.

La discusión hoy radica en ¿cómo se podrán dejar para la posteridad colecciones de archivos digitales que contienen una cantidad determinada de libros electrónicos? La imagen de un muro cubierto de libros no deja aún de ser evocadora. Un estante con artilugios tecnológicos que contiene una colección de títulos con la categoría idéntica a los libros ¿virtualmente podría ser considerada como una colección bibliográfica? Después de todo el simbolismo que condesan los libros es apabullante: cultura, Inteligencia, civilización, desarrollo, conocimientos, sabiduría, elevación ética y moral, superioridad intelectual, etcétera. Es fácilmente distinguible en tano podemos *ver, tocar, sentir, contar*, los libros que físicamente tenemos enfrente. Esto es difícil, si no que casi imposible, cuando tenemos dispositivos que quizá contengan muchas veces más los títulos que se pueden resguardar en un espacio determinado, en una *biblioteca*. No establecemos ninguna relación sensorial, salvo el uso la vista y el tacto cuando leemos un libro electrónico. No hay más, así sea la colección más fabulosa e importante no nos evoca mucho. La permanencia la construimos no solo en el presente (que es cuando lo electrónico tienen una fuerza contundente) sino también con nuestra relación con el pasado, y aquí las sensaciones, los sentimientos son primordiales.

Podemos preguntarnos: ¿cómo olían los libros nuevos, y los antiguos? ¿Cuál era el sonido de las páginas de ciertos libros? ¿Cuánto pesaban? ¿Cuál era la textura de los libros leídos en determinado momento? Y así pueden haber muchas más preguntas relacionadas con la materialidad del libro, con la certeza de nuestras lecturas, de nuestro historial de lecturas. Electrónicamente esto desaparece. Como también desaparece la posesión de los libros. No son más nuestros, sino libros alquilados, quizá sin fecha de término del contrato de posesión los cuales mientras no garanticemos una viabilidad real de permanencia de los artilugios electrónicos con los que accedemos al mundo digital, simplemente no forman parte de la noción de futuro, menos aún lo serán del pasado. Simbólicamente entonces, poseer libros es poseer también un bien imperecedero, si se rompe con este principio, luego entonces ¿qué poseemos? ¿Un momento de lectura electrónica, un instante de satisfacción intelectual o espiritual y del cual podríamos no tener memoria o recuerdos en el futuro?

Luego entonces la permanencia del libro se sitúa en el tablero de los símbolos, con los cuales hemos construido identidades sociales, políticas, religiosas, económicas y culturales. Si ya no existe la materia prima de los símbolos ¿qué tendremos? Parafraseando a Eco y Carrière: hay libros en el altar y libros en el infierno, hay libros que han sido magnificados y celebrados, que han recibido honores y son parte de la herencia universal de las civilizaciones, o de ciertas culturas. Y también hay libros que han recibido etiquetas infamantes con que han sido colocados en el infierno. No solo simbólico sino también físico. Los libros prohibidos, los que contienen las ideas no aceptadas por ser blasfemas, obscenas, radicales, que rompen con determinados *statu quo*, se mantienen en

ciertas bibliotecas en un sitio llamado *el infierno*, o *el purgatorio*. Gracias a ellos podemos conocer cómo hemos evolucionado o involucionado socialmente, como se han edificado la censura y la prohibición, como las clases y los estamentos que dominan han implantado y hecho prevalecer su noción del mundo y la realidad. Gracias al estudio y reconociendo de estos acervos podemos saber con precisión, y quizá también simbólicamente, cómo pensaron y vivieron generaciones pasadas, gracias a las cuales hemos heredado nuestra estancia en la tierra.

En un ejercicio de futurología, supongamos se impone el libro electrónico porque el libro convencional y sus toneladas de papel han caducado ante la modernidad del siglo XXI ¿qué haremos con los vastos, inmensos repositorios de libros impresos? ¿Cuáles pasarán a ser parte de la herencia para la posteridad? ¿Tendrán el mismo trato las colecciones públicas que las privadas? ¿Se harán selecciones para decidir qué se guardará y qué no, mutilaremos la memoria del mundo en pos de un *bien mejor*? ¿Los contenidos serán trasladados a formatos digitales que no sabemos si en un futuro serán viables? En el siglo XX existieron ya decisiones que buscaron hacer mucho más eficientes los espacios de almacenamiento de impresos, entre los cuales estuvieron no pocos libros. Hoy tanto microfiches y microfichas como discos compactos son tecnologías obsoletas y en desuso. En muchos casos los originales en papel desaparecieron, hoy que se les busca por su utilidad no existen. Sin menoscabo de la utilidad de las tecnologías, lo digital y lo virtual ¿no estaremos haciendo una alegre y jubilosa, esperanzadora apuesta por la permanencia del libro trasladándolo a una muerte segura? No quiero decir que toda tecnología sea mala y esté encaminada al fracaso o al cataclismo, no obstante, experiencias previas nos han enseñado que las decisiones más lúcidas pueden terminar en medio de la nada. Queriendo hacer un bien simplemente el objetivo no se cumplió.

La discusión sobre la permanencia del libro, bien sea impreso o como formato electrónico, continuará. Y es una discusión que tienen grande y profundo sustrato: estamos discutiendo el destino que deberá tener nuestra civilización y su memoria. No es un asunto trivial ni un tema de segundo orden, todo lo contrario. La permanencia del libro dependerá de múltiples decisiones que se tomarán hoy y mañana. Dependerá si seguimos usando el lenguaje escrito como la forma que mejores resultados nos ha dado, por lo menos, en los últimos dos milenios. Dependerá si prevalece la razón y no nos rendimos al paso fugaz de los cambios tecnológicos, que siendo óptimos no dejan huella y son sustituidos por nuevas tendencias y desarrollos. Se prevé que quizá la comunicación del futuro prescindirá de la escritura, de ser así, la permanencia del libro que hoy, a pesar de las tormentas, sigue firme, en ese momento hipotético dejará de serlo. Entonces sí, podremos vislumbrar que la galaxia Gutenberg habrá llegado a su fin.



Imagen tomada de <http://eslamoda.com/wp-content/uploads/sites/2/2015/08/amantes-libros-600x671.jpg>

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Abba T, Bjarnason B. This is a book, for now. [United Kingdom]; 2016 [acceso 2016 sept 25]. Disponible en : <http://thisisnotabook.baldurbjarnason.com/thisisnotabook.pdf>

Abriendo ventanas a otros mundos: entrevista con Graciela Montes. La Educación en nuestras manos [Internet]. 1999 abr-may [acceso 2016 sept 19];(55). Disponible en: www.imaginaría.com.ar/00/1/lecturas.htm

Anta JM. Proyectos de colaboración sectorial en la cadena de suministro de libros. España: Lectyo libros; 2013 [acceso 2016 sept 30]. Disponible en: Fundación Germán Sánchez Ruipérez Recursos.

Arévalo JA, Cordon JA. El libro como sistema: hacia un nuevo concepto de libro. Cuadernos de documentación multimedia [Internet]. 2015 [Consultado 2016 ago 23];26:25-47. Disponible en: <http://eprints.rclis.org/28290/1/50628-90563-2-PB.pdf>

Arias M. Los futuros del libro. Letras libres [Internet]. 2013 ago [acceso 2016 jun 25];(176). Disponible en: <http://www.letraslibres.com/mexico-espana/los-futuros-del-libro>

Ávila AM. La lectura y el libro digital. España: Lectyo libros; 2013 [acceso 2016 sept 30]. Disponible en: Fundación Germán Sánchez Ruipérez Recursos.

Báez F. Historia universal de la destrucción de los libros: de las tablillas sumerias a la guerra de Irak. Barcelona: Ediciones Destino; 2004. 386 p.

Bahloul J. Lectures précaires: études sociologiques sur les faibles lecteurs. Paris: Éditions de la Bibliothèque publique d'information; 1990. 85 p.

Bailes F. Translating the musical image: Case studies of expert musicians. En: Sounds in translation: intersections of music, technology and society, A Chan, A Noble, editoras. Canberra: Australian National University; 2009. p. 41-59.

Balis P. El libro en la era digital. En: Analógico / digital: dos soportes, un futuro. Guadalajara: CANIEM; 2012. p. 85-93.

Baltar, Ernesto. La función del editor en el mundo digital: desafíos y oportunidades. *Telos: revista de pensamiento sobre comunicación, tecnología y sociedad* [Internet]. 2016 jun-sept [acceso 2016 oct 10];104:53-61. Disponible en: http://www.fundaciontelefonica.com/artes_cultura/publicaciones-listado/pagina-item-publicaciones/itempubli/532/

Barthes R. *El grado cero de la escritura: y nuevos ensayos críticos*. México: Siglo XXI; 1997 [consultado 2016 Jul 16]. Disponible en: [http://assets.espapdf.com/b/Roland%20Barthes/El%20grado%20cero%20de%20la%20escritura%20\(2896\)/El%20grado%20cero%20de%20la%20escritura%20-%20Roland%20Barthes.pdf](http://assets.espapdf.com/b/Roland%20Barthes/El%20grado%20cero%20de%20la%20escritura%20(2896)/El%20grado%20cero%20de%20la%20escritura%20-%20Roland%20Barthes.pdf)

Barthes R. *Rhétorique de l'image*. *Communications* [Internet]. 1964 [acceso 2016 oct 23];(4):40-51. Disponible en: https://monoskop.org/images/9/9a/Barthes_Roland_rhetorique_de_l_image_1964.pdf

Beaupérin Y. *La Bible entre oralité et écriture* [acceso 2016 ago 4]. Disponible en: <http://mimopedagogiepagespersorange.fr/Beauperin/Traditionsorales/Bible%20Entre%20Oralite%20et%20Ecriture.pdf>

Benjamin W. *Desempaco mi biblioteca: Un discurso sobre el coleccionismo*. [Acceso 2016 may 8]. Disponible en: <https://mundobiblio.wordpress.com/2013/12/15/desempaco-mi-biblioteca-1-un-discurso-sobre-el-coleccionismo-por-walter-benjamin/>

Blades W. *The enemies of books*. London: Trübner & Co.,1880. 110 p.

Bordalejo B. *Los libros del futuro* *Ínsula* [Internet]. 2015 [acceso 2016 nov 19];jun;(822):6-8. Disponible en: https://www.academia.edu/12864394/Los_libros_del_futuro

Borges JL. *Del culto a los libros*. En: *Obras completas 1923-1972*. Buenos Aires: Emecé Editores; 1974. p. 713-16.

Borges JL. *El libro*. En: *Borges oral*. Madrid: Alianza Editorial; 1998 [acceso 2016 abr 9]. Disponible en: <http://www.laserpblanca.com/borges-el-libro>

Boter K. *Oralidad en la escritura: un breve estudio sobre la oralidad fingida en: Conversación en la catedral* de Mario Vargas Llosa [Internet]. Sevilla: Universidad de Sevilla; 2014 [consultado 2016 Ago 23]. Disponible en: http://www.academia.edu/8335453/Oralidad_en_la_escritura

Bourdieu P. *Los tres estados del capital cultural*. *Sociológica* [Internet]. [Acceso 2016 oct 27];(5):11-17. Disponible en: <https://existenciaintempestiva.files.wordpress.com/2014/03/bourdieu-los-tres-estados-del-capital-cultural.pdf>

Bourdieu P. *Une révolution conservatrice dans l'édition*. *Actes de la recherche en sciences sociales* [Internet]. 1999 [acceso 2016 ago 19];126(1):3-28. Disponible en: doi : 10.3406/arss.1999.3278

Bradbury R. Crónicas marcianas [acceso 2015 11 13]. Disponible en: http://depa.fquim.unam.mx/amyd/archivero/CronicasMarcianas_32306.pdf

Bradbury R. Fahrenheit 451. España: Ediciones Perdidas; 2006 [acceso 2016 ago 9]. Disponible en: http://www.librosdearena.es/Biblioteca_pdf/fahrenheit%20451.pdf

Bragado M. La función creativa del editor. Educación y biblioteca. 1999 [acceso 2016 sept 12];(105):28-33. Disponible en: http://gredos.usal.es/jspui/bitstream/10366/115461/1/EB11_N105_P28-33.pdf

Briggs A, Burke P. De Gutenberg a internet: una historia social de los medios de comunicación. Madrid: Santillana; 2002. 425 p.

Bruneton J-M. Mémoire, oralité, écriture: Formation continue 2003-2005. Rhône-Alpes: CEFEDM [acceso 2016 ago 30]. Disponible en: <http://www.transmut.fr/ressource/docs/Bruneton.pdf>

Castañeda L. Los habitantes del libro. México: Libros Magenta; 2011. 128 p.

Castillo M, Galeote G. La oralité dans tous ses états. Pandora: Revue d'Études Hispaniques [Internet]. 2002 [acceso: 2016 jul 22];(2):11-34. Disponible en: https://www.academia.edu/12068326/_con_G%C3%A9raldine_Galeote_L_oralit%C3%A9_dans_tous_ses_%C3%A9tats

Celaya J. El libro que viene: Cómo la inteligencia artificial, el big data y la realidad virtual cambiarán el ecosistema libro en los próximos diez años [Internet]. Barcelona: CCCBLAB 2017 [acceso 2017 feb 5]. Disponible en: <http://lab.cccb.org/es/el-libro-que-viene/>

CERLARC. Análisis de la situación actual de las librerías. Bogotá: CERLALC-UNESCO; 2012. 20 p.

CERLAC-UNESCO. Hacia un manifiesto del libro electrónico. Bogotá: CERLAC-UNESCO; 2011. 11 p.

CERLALC-UNESCO. El libro electrónico: tendencias y recomendaciones. Bogotá: CERLALC-UNESCO; 2012. 21 p.

Chartier R. Lecteurs et lectures à l'âge de la textualité électronique. Colloque virtuel Écrans et réseaux, vers une transformation du rapport à l'écrit? 2001 dic 31-2002 mar 14, Paris: Bibliothèque publique d'information [acceso 2016 jun 29]. Disponible en: http://www.text-e.org/conf/index.cfm?ConfText_ID=5

Chartier R. Les métamorphoses du livre: le rendez-vous de l'édition: le livre et le numérique. Paris: Éditions de la Bibliothèque publique d'information, 2001. 33 p.

Chartier R. Materialidad del texto, textualidad del libro. *Orbis Tertius* [Internet]. 2006 [acceso 2016 sept 3];11(12):1-9. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/10626?show=full>

Chartier R. Representaciones y prácticas culturales en la Europa moderna: conversación con Roger Chartier. *Manuscripts* [Internet]. 1993 [acceso 2016 sept 21];11:29-40. Disponible en: <http://www.raco.cat/index.php/Manuscripts/article/viewFile/23217/9244>

Comino S. ¿Leer qué en el Siglo XXI?: En busca del libro que muerda, parte 2. *Revista Latinoamericana de Literatura Infantil y Juvenil* [Internet]. 2000 ene-jun [acceso 2016 oct 10];(11). Disponible en: www.imaginaria.com.ar/03/9/leer2.htm

Cordón JA. Los componentes estructurales del nuevo ecosistema del libro: editores y bibliotecas, el camino hacia la convergencia. España: Lectyo libros; 2014 [acceso 2016 ago 29]. Disponible en: Fundación Germán Sánchez Ruipérez Recursos.

Darton R. *The Case for Books: Past, Present, and Future with a new chapter on Google and the Digital Future*. New York: Public Affairs; 2009. 240 p.

Darnton R. What Is the History of Books? *Daedalus* [Internet]. 1982 [acceso 2016 sept 3];111(3):65-83. Disponible en: https://dash.harvard.edu/bitstream/handle/1/3403038/darnton_historybooks.pdf?sequence=2

De la Mora S. El libro impreso y el libro digital: ¿coexistencia? *Anuario de investigación 2009 UAM-X*. 2010:349-370.

De la Mora S. La industria editorial más allá de la tinta. *Anuario 2001 UAM-X*. 2002:219-27.

De la Mora S, Ruiz ZP. Las otras orillas del libro: estructuras reglamentarias y sociales. *Anuario de investigación 2010 UAM-X*. 2010:733-757.

Debord G. *La sociedad del espectáculo*. Santiago de Chile: Ediciones del Naufragio; 1995. 131 p.

Díaz-Plaja G. *El libro ayer, hoy y mañana*. España: Salvat Editores; 1974. 142 p.

Diderot. *Lettre sur le commerce des livres*. Québec: Université du Québec; 2002 [acceso 2016 ago 11]. Disponible en: http://classiques.uqac.ca/classiques/Diderot_denis/lettre_commerce_livre/lettre_com_livres.pdf

Dupuigrenet F. *L'histoire du livre et sa place dans les imaginaires européens*. En: *Le livre et ses imaginaires: Rencontre européenne*. Paris: Éditions de la Bibliothèque publique d'information, 2001. p. 39-43.

Eco U. *Apocalípticos e integrados*. 7ª ed. España: Lumen; 1984. 403 p.

Eco U. Lector in fábula: la cooperación interpretativa en el texto narrativo. 3ª ed. Barcelona: Lumen; 1993. 330 p.

Eco U, Carrière J-C. Nadie acabará con los libros: entrevistas realizadas por Jean-Philippe de Tonac. México: Lumen; 2010. 263 p.

Eco U, Colombo F, Alberoni F, Sacco G. La nueva Edad Media. Madrid: Alianza Editorial; 1997. 155 p.

Edmondson R. Una filosofía de los archivos audiovisuales. París: UNESCO; 1998. 64 p.

Ernst W. Digital Memory and the Archive. Minneapolis University of Minnesota Press; 2013. 265 p.

Escarpit R. La revolución del libro. Madrid: Alianza Editorial; 1968. 205 p.

Febvre L, Martin HJ. L'apparition du livre. Paris: Éditions Albin Michel; 1971. 538 p.

Fernández R. Tercera piel: Sociedad de la imagen y conquista del alma. [España]: Editorial: Libros en Acción; 2010. 80 p.

Ferreiro E. Escritura y oralidad: unidades, niveles de análisis y conciencia metalingüística. En: Relaciones de (in)dependencia entre oralidad y escritura. Barcelona: Gedisa; 2002. p. 151-71.

Fidalgo M. Televisión y espectadores: un conflicto permanente. Comunicar: Revista científica de comunicación y educación [Internet]. 2005 [acceso 2016 sept 30];(25):125-130. Disponible en: Dialnet.

Foucault M. ¿Qué es un autor?. En: Litoral [Internet]. 1983 jun [acceso 2016 sept 29]; (9):51-82. Disponible en: 23118.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/.../311.../ Foucault_Que_autor.doc

Franganillo J. La industria editorial frente al libro electrónico. El profesional de la información [Internet]. 2008 jul-ago [acceso 2016 ago 20];17(4):416-7. Disponible en: <http://eprints.rclis.org/12403/>

Galeano E. Palabras andantes. Madrid: siglo XXI; 2003 [acceso 2016 ene 12]. Disponible en: http://ot-ds.sipr.ucl.ac.be/cps/ucl/doc/ac-arec/documents/utopie_-_lecture_E_GALEANO-ESP.pdf

Galina I, Ordoñez C. Introducción a la edición digital. México: UNAM; 2007. 128 p.

García Canclini N. Leer ya no es lo que era. En: Encuesta nacional de lectura: Informes y evaluaciones. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes; 2006 [consultado 2017 Abr 17]. Disponible en: <http://nestorgarciacanclini.net/index.php/industrias-y-politicas-culturales/85-fragmento-qler-ya-no-es-lo-que-eraq>

García Canclini N. Todos tienen cultura: ¿quiénes pueden desarrollarla? Seminario sobre Cultura y Desarrollo; 2005 feb 24; Washington (DC): Banco Interamericano de Desarrollo [acceso 2016 nov 27]. Disponible en: sgpwe.izt.uam.mx/files/users/uami/ana/NGC_conf_cult_desarrollo_BID_2005.doc

Garzón A. Política nacional del libro: guía para el trabajo de campo. París: UNESCO 2005. 76 p.

Gavilán CM. La industria editorial y el mercado de la información: Editores, agregadores, modelos de precio y licencias. [España]; 2009 [acceso 2016 sept 29]. Disponible en: <http://eprints.rclis.org/14237/1/industredit.pdf>

Gil M. Prueba, experimenta y aprende: marketing para librerías. España: Lectyo libros; 2013 [acceso 2016 ago 8]. Disponible en: Fundación Germán Sánchez Ruipérez Recursos

Gómez-Escalonilla G. El libro y la industria editorial. España: Fundación Alternativas 2005 [acceso 2016 oct 5]. Disponible en: https://www.researchgate.net/publication/28083152_El_libro_y_la_industria_editorial

González L. Alianzas para la innovación entre bibliotecas y startups. En: Startup del libro. España: Lectyo textos; [acceso 2016 sept 28]. Disponible en: Fundación Germán Sánchez Ruipérez Recursos.

González Radío V. La imagen: tratamiento en la sociedad [acceso 2016 oct 15]. [España]. Disponible en: Dialnet.

Gozzer S. XML: siglas para recordar. En: Analógico / digital: dos soportes, un futuro. Guadalajara (México): CANIEM; 2012. p. 35-40.

Granieri G. Editoriales digitales para nativos digitales. En: Analógico / digital: dos soportes, un futuro. Guadalajara (México): CANIEM; 2012. p. 60-69.

Groys B. Bajo sospecha: Una fenomenología de los medios. España: Pre-Textos; 2008. 295 p.

Guay S-A. Le monde du livre et ses coulisses: Guide pratique et critique. Québec: Fondation littéraire Fleur de Lys; 2016. 372 p.

Gusdorf G. Réflexions sur la civilisation de l'image. En: Civilisation de l'image [Internet]. 1960 [acceso 2016 nov];27(33):11-36. Disponible en: http://classiques.uqac.ca/contemporains/gusdorf_georges/reflexions_civilisation_image/reflexions_civilisation_image.pdf

Gutiérrez JM. Sociedad lectora y «bibliodiversidad». Revista de educación [Internet]. 2005 [acceso 2016 ago 8];(núm. extraordinario):363-384. Disponible en: https://www.google.com.mx/?gws_rd=ssl#q=Guti%C3%A9rrez+JM.+Sociedad+lectora+y+%C2%ABibliodiversidad%C2%BB

Hall F. El negocio de la edición digital: una introducción al mundo de las publicaciones electrónicas. México: Fondo de Cultura Económica; 2014. 344 p.

Havelock E. La musa aprende a escribir: Reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente. España: Paidós; 1996. 188 p.

Hernández M R. El impacto de la cultura escrita en las estructuras de pensamiento. Contactos [Internet]. 2001 [acceso 2016 jun 29];(39):5-8. Disponible en: <http://www.izt.uam.mx/newpage/contactos/anterior/n39ne/impacto.pdf>

Hernández S. Padecer el libro [Internet]. 2013 [acceso 2017 abr 21]. Disponible en: <http://www.tierraadentro.cultura.gob.mx/padecer-el-libro/>

Holger F. La protección del contenido: el DRM: sus ventajas y sus problemas. En: Analógico / digital: dos soportes, un futuro. Guadalajara (México): CANIEM; 2012. p. 47-50.

Igarza R. Nueva agenda por el libro y la lectura: recomendaciones para políticas públicas en Iberoamérica. Bogotá: CERLALC-UNESCO; 2013. 130 p.

Iguíniz J B. El libro: epítome de bibliología. 2ª ed. México: Porrúa; 2014. 251 p.

Library of Congress. A recorded sound timeline compiled by the Recorded Sound Section Library of Congress [acceso 2016 sept 25]. Disponible en: https://www.loc.gov/today/pr/2013/files/recorded_sound_timeline.pdf

Luhman N, Zermeño G. La forma escritura: Estudios sociológicos. 2002 Ene-abr; 20 (58): 3-21.

Mackenzie J. Whose writing is this?: authenticity and reproduction in the digital world. Authenticity and Copy: handwriting in the age of mechanical reproduction; 2003 mar 20-21; Amsterdam [acceso 2016 sep 27]. Disponible en: <http://eprints.rclis.org/4727/1/Whose-writing-is-this.pdf>

Mc Phail E. Teoría de las imágenes. Anuario de investigación 2007 UAM-X. 2008:105-126.

McLuhan M. La galaxia de Gutenberg. México: Planeta-De Agostini; 1985. 347 p.

Martino T, Messa D, Fragoso S. A ação do leitor sobre o design do livro digital: [Brasil] [acceso 2017 ene 10]:1-16. Disponible en: https://www.academia.edu/5161366/A_A%C3%87%C3%83O_DO_LEITOR_SOBRE_O_DESIGN_DO_LIVRO_DIGITAL

Marx K. El carácter fetichista de la mercancía y su secreto en El Capital, tomo I, capítulo I apartado 4. [Venezuela]; 2008 [acceso 2016 may 16]. Disponible en: <http://aristobulo.psuv.org.ve/wp-content/uploads/2008/10/marx-karl-el-capital-tomo-i1.pdf>

Menchaca EA. Conferencia Magistral con Roger Chartier: «Las revoluciones de la lectura: siglos XV-XX». En: Revista de Humanidades [Internet]. 1999 [acceso 2016 oct 5];(7):91-110. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=38400705>

Métailié AM. Las funciones del editor independiente en el campo editorial. Comunicación y medios [Internet]. 2013 [acceso 2016 ago 14];27:170-177. Disponible en: <http://revistas.uchile.cl/index.php/RCM/article/viewArticle/26740>

Mitchell WJT. Iconology: image, text, ideology. Chicago: University of Chicago Press; 226 p.

Mitchell WJT. Mostrando el ver: una crítica de la cultura visual Estudios visuales [Internet]. 2003 [acceso 2017 ene 29;nov;(1):17-40. Disponible en: <http://www.estudiosvisuales.net/revista/pdf/num1/mitchell.pdf>

Miyara F. El sonido, la música y el ruido. Tecnopoltan [Internet]. 2001 mar-abr [acceso 2016 sept 27]:1-5. Disponible en: <http://www.fceia.unr.edu.ar/acustica/biblio/sonmurui.pdf>

Mollier J-Y, Sorel P. L'histoire de l'édition, du livre et de la lecture en France aux XIXe et XXe siècles. Actes de la recherche en sciences sociales [Internet]. 1999 mar [acceso 2016 jul 14];126-127:39-59. Disponible en: doi : 10.3406/arss.1999.3280

Moncada J D. Balance y perspectivas predominantes en la historia de la cultura escrita: una aproximación. Palabra clave [Internet]. 2014 abr [consultado 2016 ago 10];3(2):102-118. Disponible en: <http://eprints.rclis.org/28440/1/PCLP%202014%20v3n2a3.pdf>

Mostacero R. Oralidad, escritura y escrituralidad. Sapiens, revista universitaria de investigación [Internet]. 2004 jun [acceso 2016 oct 3];5(1):53-75. Disponible en: <http://www.redalyc.org/pdf/410/41050105.pdf>

Natarajan M, Kaliyan S. Roles of libraries and publishers in knowledge access and management. International Conference on Academic Libraries 2009; 2009 oct 6-8 Delhi (India) [acceso 2016 ago 18]. Disponible en: http://crl.du.ac.in/ica109/papers/index_files/ical-26_232_497_2_RV.pdf

Nawotka Edward. Tendencias de la edición digital: la revolución sigue, pero no triunfa. Telos: revista de pensamiento sobre comunicación, tecnología y sociedad [Internet]. 2016 jun-sept [acceso 2016 oct 11];104:53-61. Disponible en: http://fundaciontelefonica.com/arte_cultura/publicaciones-listado/pagina-item-publicaciones/itempubli/532

Nikleva G. La oposición oral/escrito: consideraciones terminológicas, históricas y pedagógicas. *Didáctica: lengua y literatura* [Internet]. 2008 [acceso 2016 jul 21];20:211-227. Disponible en: <http://revistas.ucm.es/index.php/DIDA/article/view/DIDA0808110211A/18983>

Nunberg G, compilador. *El futuro del libro: ¿esto matará eso?* Barcelona: Paidós; 1998. 314 p.

Oliveira D, Sehn T. A transformação da imagem na transição do livro impresso para o digital. *Cátedra UNESCO de Leitura* [Internet]. 2012 may [acceso 2016 sept 29];(4):118-131. Disponible en: https://www.academia.edu/1865801/A_transforma%C3%A7%C3%A3o_da_imagem_na_transi%C3%A7%C3%A3o_do_livro_impreso_para_o_digital_The_transformation_of_the_image_of_the_printed_book_in_the_transition_to_the_digital_book

Olson D R. *El mundo sobre el papel: el impacto de la escritura y la lectura en la estructura del pensamiento*. Barcelona: Gedisa; 1994. 349 p.

Ong W. *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*. 3a reimp. México: Fondo de Cultura Económica; 1999. 190 p.

Pantoja A. La sociedad de la imagen: la fotografía como recurso para la memoria histórica. *Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea de la AHC*; 2007 sept 26-28 Zaragoza (España). Disponible en: <http://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/27/15/55.antoniopantoja.pdf>

Pérez G. Detergentes, mermeladas y literatura: el libro en los supermercados. *Boletín de A.L.I.J.A.* [Internet]. 1995 oct [acceso 2016 sept 19];(10). Disponible en: www.imaginaria.com.ar/00/9/super.htm

Pérez S. *La travesía de la escritura: De la cultura oral a la cultura escrita*. México: Taurus; 2006. 361 p.

Petrucci A. *Alfabetismo, escritura, sociedad*. Barcelona: Gedisa; 1999. 319 p.

Petrucci A. *Leer por leer: un porvenir de la lectura*. En: *Historia de la lectura en el mundo occidental*. G Cavallo y R Chartier, directores. Madrid: Santillana, 2011. p. 425-52.

Peuch A. *Problématiques d'une éducation à l'image* [acceso 2016 oct 15]. Rouen: Université de Rouen; 2010-11. Disponible en: <http://www.surlimage.info/ecrits/pdf.peuch.pdf>

Pontecorvo C. *Las prácticas de alfabetización escolar: ¿es aún válido el «hablar bien para escribir bien»?* En: *Relaciones de (in)dependencia entre oralidad y escritura*. Barcelona: Gedisa; 2002. p. 133-49.

Rayos A. El triunfo de la imagen espectacular frente a las imágenes artísticas: puesta en valor de la sensación y la funcionalidad en un contexto artístico. *Creatividad y Sociedad* [Internet]. 2012 [acceso 2016 oct 20];dic;(19):1-16. Disponible en: <http://www.creatividadysociedad.com/articulos/19/El%20triunfo%20de%20la%20imagen%20espectacular.pdf>

Reflexión estratégica del sector del libro de la CAE Vitoria: Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco ; 2013. 39 p.

Ricoh Production Print. *The Evolution of the Book Industry: Implications for U.S. Book Manufacturers and Printers*. Boulder (CO): Ricoh; 2013. 23 p.

Rodes J-M, Piejut G, Plas E. *La mémoire de la société de l'information*. Paris: UNESCO; 2003. 103 p.

Rodríguez E. El fenómeno histórico de la radio en México, una mirada sociotécnica. *Razón y palabra* [Internet]. Disponible en: <http://www.razonypalabra.org.mx/Rodriguez...pdf>

Rodríguez J. *Edición 2.0. los futuros del libro: El betalibro*. Barcelona: Editorial Melusina; 2007. 198 p.

Rodríguez J. *Las librerías en el mundo: sellos de referencia y alianzas estratégicas para una nueva cadena de valor*. España: Lectyo libros; 2013 [acceso 2016 sept 28]. Disponible en: Fundación Germán Sánchez Ruipérez Recursos.

Rodríguez M E. El fenómeno histórico de la radio en México, una mirada sociotécnica. *Razón y palabra* [Internet]. Disponible en: <http://www.razonypalabra.org.mx/Rodriguez...pdf>

San Víctor H. *Didascalicon: del arte de leer- México: 17 Instituto de Estudios Críticos*. 134 p.

Sartori G. *Homo videns: la sociedad teledirigida*. Buenos Aires: Taurus; 1998. 139 p.

Seibel B. *Bibliothèques, librairies, grandes surfaces et vente par correspondance, quelles concurrences autour du livre? En: Publics: quelles attentes? Bibliothèques: quelles concurrences?* Paris: Éditions de la Bibliothèque publique d'information; 2005. p. 43-50.

Schafer RM. *El mundo del sonido: Los sonidos del mundo*. Correo de la UNESCO [Internet]. 1976 sept [acceso 2016 oct 20]:4-8. Disponible en: <http://unesdoc.unesco.org/images/0007/000748/074828so.pdf>

Sierra JA. El libro como mercancía y objeto mercadeable. En: *Contra la sacralización del libro: todos los libros al viento*. Estados Unidos: Ediciones M.T.I.; 1998 [acceso 2016 sept 18]. Disponible en: <http://www.mercadeoeditorial.com/El%20libro%20como%20mercancia%20y%20objeto%20mercadeable.pdf>

Smith H. 'soundAFFECTs': translation, writing, new media, affect. En: Sounds in translation: intersections of music, technology and society, A Chan, A Noble, editoras. Canberra: Australian National University; 2009. p. 9-24.

Soccavo L. Inventar juntos las nuevas mediaciones del libro. España: Lectyo libros; 2013 [acceso 2016 sept 25]. Disponible en: Fundación Germán Sánchez Ruipérez Recursos.

Soto J. Las imágenes y la sociedad (o las imágenes, la sociedad y su desciframiento). Athenea Digital [Internet]. 2012 nov [acceso 2016 oct 23];12(3):217-224. Disponible en: Dialnet.

Tanner MJ. Digital vs. print: reading comprehension and the future of the book. Student Research Journal SLIS [Internet]. 2014 dic [acceso 2016 sept 14];4(2):1-12. Disponible en: <http://scholarworks.sjsu.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1186&context=slissrj>

Toledo A. El hombre que no lee libros. Bien común [Internet]. [Acceso 2016 abr 8]:47-52. Disponible en: <https://www.yumpu.com/es/document/view/14469243/el-hombre-que-no-lee-libros>

Tusón J. El lujo del lenguaje. Barcelona: Paidós; 1989. 104 p.

UNESCO. Boletín de la UNESCO para las bibliotecas. 1972 sept-oct 26:(5):250-253.

UNESCO. Declaración de Londres. En: Hacia una sociedad que lea: objetivos para los años 80 [acceso 2016 feb 12]. Disponible en: <http://unesdoc.unesco.org/images/0005/000545/054546sb.pdf>

UNESCO. Hacia una sociedad que lea: objetivos para los años 80 [acceso 2016 feb 12]. Disponible en: <http://unesdoc.unesco.org/images/0005/000545/054546sb.pdf>

Uribe R. Escenario apuesta para el sector editorial 2020 Bogotá: CERLALC-UNESCO. 20 p.

Uribe R, Zapata F, Jaramillo B, Dos Santos F, Torres M, Rueda JC, et al. Las ferias del libro: manual para expositores y visitantes profesionales. Bogotá: CERLALC-UNESCO; 2012. 170 p.

Uzanne O, Robida A. La fin des livres. En: Contes pour les bibliophiles. Paris: Ancienne Maison Quantine; 1895 [acceso 2016 ene 13]. Disponible en: <https://ia800209.us.archive.org/4/items/contespourlesbi00robigoog/contespou rlesbi00robigoog.pdf>

Vidal-Beneyto J. La guerra del libro no tendrá lugar: datos para un análisis. 2ª ed. En: La cultura del libro, F Lázaro, JM de Areilza, et al, coordinadores. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez; 1988. p. 335-74.

Weibel P. Le pouvoir des images: des médias visuels aux médias sociaux. *Perspective: actualité en histoire de l'art*. 2012(1):5-7.

Zaid G. Por el libro y sus oficios. *Letras libres* [Internet]. 2012 sept [acceso 2016 jun 21];(165). Disponible en: <http://www.letraslibres.com/mexico-espana/por-el-libro-y-sus-oficios>

Zavala V, Niño-Murcia M, Ames P, editoras. *Escritura y sociedad: nuevas perspectivas teóricas y etnográficas*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú; 2004. 459 p.



<http://www.iup.edu/uploadedImages/Units/M/MARTI/Services/CALSA/images.jpg>

BIBLIOGRAFÍA ADICIONAL

Corominas J. *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos; 1991. 6 t.

Diccionario de la lengua española. Disponible en: <http://dle.rae.es/>

Segura S. *Diccionario etimológico latino-español*. Madrid: Ediciones Generales Anaya; 1985. 1122 p.